

Universidad de Costa Rica
Facultad de Educación
Instituto de Investigación en Educación

Informe final del proyecto de investigación N° 724-A5-051

**Experiencias significantes en relación con los procesos pedagógicos
promovidos con los educadores y educadoras**

Investigadora: Dra. Lupita Chaves Salas
Asistente : Adriana Alvarado

Febrero - 2008

Índice

1. Datos generales del proyecto	4
2. Antecedentes	4
3. Objetivos	6
Objetivo general	6
Objetivos específicos	7
4. Referente Teórico	8
5. Procedimiento metodológico	20
Supuesto teleológico	21
Supuesto ontológico-axiológico	21
Supuesto epistemológico	22
Supuesto metodológico	22
Etapas de la investigación	23
Etapa I	23
Etapa II	23
Etapa III	24
Etapa IV	24
Etapa V	25
Etapa VI	25
Participantes en el estudio	26
Técnicas de recolección de datos	27
6. Análisis de la información	27
7. Conclusiones	44
8. Resultados	47
9. Limitaciones	48
10. Presupuesto	48
11. Bibliografía	49
12. Anexos	53

Índice de anexos

Anexo 1: Personas que se les invitó a participar

Anexo 2: Carta de invitación a participar en la investigación

Anexo 3: Anuncio en la cartelera de la UCR en el periódico La Nación
Afiche sobre proyecto de investigación

Anexo 4: Correo electrónico enviado a RINACE

Anexo 5: Guía de escritura de los relatos o ensayos

Anexo 6: Cuadros de triangulación de información, algunos ejemplos

Anexo 7: Reunión con autores y docentes destacados: Agenda, registro de asistencia y ejemplo de certificado de participación

Anexo 8: Relatos o ensayos sobre maestros destacados

Anexo 9: Ponencia “El papel de la educadora en la construcción de la identidad de género” presentada en el Congreso Mundial “Educación de la infancia para la paz” 20,21 y 22 de abril. Albacete, España.

Anexo 10: Borrador del libro “Educadoras y educadores destacados”

1. Datos generales del proyecto

Número del proyecto: 724-A4-0 51

Nombre del proyecto: **Experiencias significantes en relación con los procesos pedagógicos promovidos con los educadores y educadoras**

Unidad Responsable: INIE

Información acerca de la investigadora:

Principal: Dra. Ana Lupita Chaves Salas, ¼ de tiempo sobre la carga.

Duración del proyecto: 01-08-05 al 31-12-07

2. Antecedentes

El propósito de este proyecto es recolectar experiencias positivas que diferentes personas hayan compartido con educadores y educadoras en cualquiera de los niveles del Sistema Educativo Nacional (preescolar, primaria, secundaria o universitaria). Se pretende rescatar prácticas pedagógicas, acciones, actitudes, relaciones interpersonales de ese personal docente, con el propósito de darlo a conocer a docentes en servicio y en formación.

El interés se dirige a conocer aquellos aspectos positivos que se desarrollan en la cotidianidad del aula y que favorecen el aprendizaje de contenidos, relaciones y actitudes en la población estudiantil, con el fin de analizarlos y contribuir al mejoramiento de la práctica pedagógica del personal docente en servicio, y así como, ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

La educación es reconocida como un factor fundamental para favorecer el desarrollo humano y social, sin embargo para cumplir esta función es necesario que se ofrezca una educación de calidad. Esta es un desafío para la sociedad actual. Algunos autores la asocian a criterios cuantitativos en relación con el número de días lectivos y los resultados finales de pruebas nacionales de áreas específicas, entre otros aspectos más. Otros consideramos que la calidad de la educación, es un término mucho más amplio que se relaciona con diversos elementos que entran en juego en los procesos educativos: políticas estatales, formación y capacitación docente, currículo, planeamiento, procesos de enseñanza y aprendizaje, evaluación, material didáctico, participación de la comunidad educativa, infraestructura, entre otros, que inciden decisivamente en la oferta educativa que se brinda a la sociedad.

La bibliografía consultada coincide que uno de los elementos más importante para que un programa de educación sea de calidad, es la actitud y el compromiso del

personal docente. De ahí la importancia de conocer diversas experiencias que desarrollaron educadoras y educadores con sus estudiantes y que dejaron huellas positivas en ellos con el fin de analizarlas para construir teoría educativa en torno a este tema.

Para Abarca y Rojas (1992) y Alarcón (1993) el personal docente tiene un papel determinante, por lo que es de suma importancia la actitud y la formación de este personal para el éxito de un programa educativo. Peralta (1998) afirma que también deben ser conocedores y respetuosos de la realidad sociocultural donde laboran para ofrecer experiencias de aprendizaje significativas a la población estudiantil así, como, establecer una buena comunicación con las familias.

Según Kappelmayer (1993) y Giroux (1997) es necesario que educadoras y educadores estén conscientes de su papel de transformadores dentro de la sociedad, por lo que es fundamental que conozcan a fondo a sus estudiantes y las características de la comunidad, así como el tipo de sociedad y de ser humano que están contribuyendo a formar. En el mismo sentido McLaren (1997) aboga porque el personal docente dirija su acción hacia “el bien común” para lo cual es necesario construir un lenguaje de análisis y de esperanza que promueva cambios en las interacciones del aula para convertirla en un espacio pedagógico híbrido donde la población estudiantil pueda desplegar su voz y narrar sus experiencias e identidades, repensar la relación de ellos mismos con la sociedad, de ellos en relación con las otras personas y “...profundizar en la visión moral del orden social” (1997:41); es decir construir un espacio para la expresión colectiva y la solidaridad.

Campos (2003) en un estudio realizado sobre excelencia en la práctica docente universitaria indica que es necesario que educadoras y educadores mantengan una actitud crítica de su propia labor, que reflexionen sobre su práctica docente, que experimenten nuevos métodos y procedimientos creativos en su salón de clase. Asimismo resalta como condición necesaria que sea “una persona honesta, tolerante y con gran capacidad para la interacción. Sensible, apasionado por el saber e interesado en el desarrollo humano” (2003:40) y que establezca una relación afectiva y positiva con el estudiantado.

Para Day (2006:24) los mejores educadores y educadoras “son los que tienen una identidad intelectual y emocional fuerte y un compromiso con su materia o materias y con sus alumnos”, son los que demuestran pasión por lo que hacen y dejan una huella positiva imborrable en la mente y espíritu de sus estudiantes.

En el libro “Grandes maestros costarricenses” (Mora, et.al, 2004) donde se publican biografías de Roberto Brenes Mesén, Omar Dengo, María Isabel Carvajal (Carmen Lyra) y Joaquín García Monge, se destaca la visión filosófica humanista de

estos educadores y educadoras, su compromiso por construir una sociedad libre y democrática, por formar ciudadanos y ciudadanas amantes de su patria, solidarios; por cultivar en el estudiantado las ciencias, las artes y las letras, con profundo respeto por la naturaleza; y por “mantener una absoluta consecuencia entre su acción y su intelecto” (1997:56).

Carr (1996) y Latorre (2006) resaltan la importancia del docente como investigador de su práctica pedagógica lo que le permite reflexionar, innovar, cuestionar sus creencias y problematizar su accionar con el fin de mejorar su desempeño profesional.

Es decir que la profesión docente, por la responsabilidad que conlleva en cuanto a la formación de seres humanos, exige ser ejercida por personas con vocación, conscientes de su papel en la sociedad, con una sólida preparación humanística y académica que les permita impulsar las transformaciones para la construcción de una sociedad democrática, equitativa, solidaria, pacífica y en armonía con la naturaleza.

3. Objetivos

Objetivo General

Analizar las experiencias significativas en el campo educativo y de relaciones interpersonales que diferentes personas vivenciaron como estudiantes de educadores y educadoras que dejaron huella y los motivaron a construir aprendizajes significativos en las áreas cognoscitiva, socioafectiva o psicomotora.

Objetivos Específicos

1. Identificar las experiencias significantes en el campo de la educación y de las relaciones interpersonales que diferentes personas vivieron como estudiantes de educadoras y educadores destacados.

Meta

Obtener al menos 25 ensayos escritos por diferentes personas sobre experiencias significantes en el campo de la educación y de las relaciones interpersonales que diferentes personas vivieron como estudiantes de educadoras y educadores

Logro

Se obtuvieron 25 ensayos o relatos sobre maestras y maestros destacados. De los cuales dos no cumplían con los objetivos del estudio.

2. Determinar las características personales de las educadoras y educadores que desempeñaban su labor docente de manera gratificante para sus estudiantes.

Meta

Elaboración de un artículo científico para publicar en una Revista indexada.

Logro

El marco teórico de este estudio se redactó a manera de artículo, el propósito es enviarlo a una revista indexada una vez aprobado este informe. Además se elaborará otro artículo sobre la investigación completa.

3. Generar lecciones a partir del análisis de las experiencias gratificantes en los contextos escolares, identificando a la vez, aspectos relevantes para la formación docente y la práctica pedagógica

Meta

Elaboración de un libro con los ensayos recibidos.

Logro

Se elaboró el primer borrador del libro “Educadoras y educadores destacados” que se anexa en un disco compacto. El cual debe ser revisado por un Consejo Editorial para su publicación.

4. Referente teórico

Introducción

Las transformaciones políticas, económicas y sociales que experimenta el mundo demandan un profundo análisis de la oferta educativa que se le ofrece a las personas. Numerosas investigaciones confirman el valor que tiene la educación en cuanto al mejoramiento de la calidad de vida de los seres humanos, y por ende, de la sociedad. Está demostrado científicamente que mayores niveles educativos en la población trae como consecuencia mejor salud, salarios más altos, menores niveles de criminalidad y de embarazos en adolescentes. Los beneficios derivados de la educación son tanto en términos individuales e inmediatos como sociales y económicos a lo largo de toda la vida en cuanto al desarrollo de habilidades para contribuir con la familia, la comunidad y el país (Myers,1995; Rivera, 1998 y Kliksberg,2007)

La educación debe dirigirse a promover el desarrollo integral de las personas que las lleve a ser solidarias, respetuosas, creativas, amantes de la paz, ciudadanas y ciudadanos activos, comprometidas con el desarrollo humano y sostenible de nuestro mundo, sensibles ante lo bello, con conocimientos, actitudes y habilidades que les

permita incorporarse al mundo del trabajo, recrearse y disfrutar plenamente de la vida, por lo que se requiere de un Sistema Educativo renovado que ofrezca un servicio de calidad a los diferentes sectores sociales. Por ello es importante analizar las múltiples variables que inciden en el mejoramiento de la calidad de la educación, sin embargo, este artículo profundizará, únicamente, en el papel que desempeña la educadora y el educador en esta labor.

En los procesos educativos que se desarrollan en los salones de clase, el personal docente cumple una función muy importante, puesto que ejerce el poder, dirige los procesos de enseñanza y aprendizaje, y establece las interacciones sociales con el grupo de estudiantes, de ahí la importancia de que cuenten con vocación, una sólida formación y sensibilidad para ejercer la docencia. Definitivamente el profesorado es uno de los factores más importantes del proceso educativo, su calidad humana y profesional, desempeño laboral, compromiso con los resultados, entre otros aspectos más, son determinantes en la formación de los estudiantes pues fácilmente pueden convertirse en personas que incentivan el crecimiento intelectual, espiritual, socioemocional y físico de la población estudiantil, o en todo lo contrario, en personas que inhiben el desarrollo integral del alumnado.

El personal docente cumple una gran variedad de funciones: ejerce la docencia como trabajo, como práctica socializadora, como práctica institucional y comunitaria (UNESCO, 2007). Su labor no es sencilla ni fácil, implica relaciones sociales permanentes con: la población estudiantil, colegas, familias y comunidad. Es fundamental, por lo tanto, indagar sobre las características que muestran los buenos docentes con el propósito de destacar y divulgar esos conocimientos, habilidades y actitudes que manifiestan en su práctica profesional con el fin de contribuir al mejoramiento de la labor pedagógica del personal docente en servicio, y así como, ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

En este apartado se presenta una revisión bibliográfica sobre aspectos que inciden en el buen desempeño del personal docente: vocación, formación y desarrollo profesional, compromiso social, relaciones sociales afectivas y respetuosas con estudiantes, familias y comunidad, práctica pedagógica, entre otros. Así como las condiciones sociales, económicas y físicas que contribuyen a que educadoras y educadores desarrollen su labor de manera óptima.

Calidad de la educación y docentes destacados

La educación es una práctica política, social y cultural presente en la vida cotidiana de las personas. En las interrelaciones sociales, que se generan en el hogar, en los centros laborales, en las instituciones educativas, el ser humano construye

conocimientos, desarrolla habilidades, actitudes y valores, de esta manera va formando su identidad individual y social. Descubre cuál es el papel que le corresponde asumir en la sociedad. Las familias, y sobre todo los progenitores, son determinantes en las conductas y los conocimientos que construyen y asumen las niñas y los niños desde su más tierna infancia. Si bien es cierto que la educación informal es fundamental en la formación de las personas, también es cierto, que los centros educativos tienen una inmensa responsabilidad en esa tarea. Sin embargo, el Sistema Educativo es cuestionado por muchas razones, entre ellas, por la falta de pertinencia de los contenidos que ofrece, por la metodología que sigue, por su papel de reproductor de desigualdades sociales, por el bajo rendimiento académico de los estudiantes, por el poco compromiso del personal docente, entre otras razones. Pero a la vez, no se evidencia una gran presión social ni voluntad política de los Estados por una reforma integral al Sistema Educativo que contribuya al desarrollo individual y social de nuestros pueblos.

La calidad de la educación formal está determinada por una gran cantidad de variables, entre ellas: definición de políticas educativas, infraestructura adecuada, material didáctico en buenas condiciones, personal docente profesional y con vocación, planificación del proceso educativo a partir de las realidades de la población estudiantil, currículos activos, pertinentes y acordes con las demandas de la sociedad en cuanto a contribuir con la formación de personas solidarias, críticas, honestas, responsables y comprometidas con la construcción de sociedades democráticas y justas en armonía con la naturaleza; así como con los conocimientos, actitudes y habilidades para que se inserten con éxito al mercado laboral.

La literatura (Murillo, 2006, Day, 2006) indica que uno de los elementos esenciales en el mejoramiento de la calidad de la educación es el recurso humano, es decir, el personal docente que guía, orienta, facilita los procesos pedagógicos que se desarrollan en las aulas y en los centros educativos.

Al respecto Unesco (2007:6) menciona “Hay evidencias que muestran que, excluyendo las variables extraescolares como el origen socioeconómico de los alumnos, la calidad de los profesores y el ambiente que logran éstos generar en la sala de clase son los factores más importantes que explican los resultados de aprendizaje de los alumnos. Es más, la posibilidad de transformar las políticas educativas y las grandes reformas en cambios reales en las escuelas y en las prácticas pedagógicas de los profesores tienen relación directa con su compromiso y corresponsabilidad”.

Las educadoras y los educadores deben ser profesionales conscientes de su responsabilidad social, del por qué y el para qué de su práctica pedagógica, del tipo

de ser humano y sociedad que desean ayudar a construir. Para ello es fundamental la reflexión de los procesos educativos que desarrollan en el salón de clase, a favor de quién y en contra de quién trabajan. Es necesario que cuestionen constantemente la teoría que asumen y su congruencia con la práctica que llevan a cabo. Deben conocer y analizar los contextos culturales, sociales y económicos de sus estudiantes y sus familias, promover el diálogo y la pregunta que permita profundizar en lo que piensan, viven, sienten y conocen sus alumnas y alumnos. En la construcción del conocimiento es fundamental partir de lo conocido para aprehender lo desconocido e incorporarlo. El personal docente debe asumir el papel de facilitador de aprendizajes, establecer relaciones horizontales, respetuosas, afectivas y transmitir pasión y gusto por el aprendizaje. El papel de la educadora y el educador en la formación de la manera de ser y de pensar de las personas es decisivo, al respecto Gutiérrez indica:

en la conformación de la concepción del mundo del alumno, ocupa un lugar fundamental el docente, quien en función de su posición ideológica, puede promover o no, el carácter crítico del alumno y propiciar o no, su autonomía mediante el impulso de los valores, creencias y conocimientos que conforman un pensamiento independiente (Gutiérrez,1984, citado por Jiménez, Kemly,1999:17).

Por ello se necesitan educadoras y educadores que asuman el papel de “intelectuales transformativos” como los llama Giroux (1997), lo que implica ejercer activamente la responsabilidad de planear cuestiones serias acerca de lo que enseñan, sobre la forma en que deben planificar los procesos de enseñanza y aprendizaje, sobre los objetivos generales que persiguen. Esto significa que el personal docente tiene que desempeñar un papel responsable y protagónico en la configuración de los objetivos y condiciones de la enseñanza escolar y no ser simples reproductores de curriculum diseñados por técnicos en otros contextos que no toman en cuenta que la cultura escolar cotidiana, es una cultura plural, híbrida, producto de la mezcla de muchos elementos heterogéneos, donde se enlaza lo objetivo y lo subjetivo (García,N. 1995 y Carusso,M. y Dussell, I, 1995). Aspecto que sí conoce el “intelectual transformativo” lo que le permite plantear y replantear las relaciones sociales que generan en el salón de clase, el papel del estudiantado, la pertinencia de los contenidos, la organización del ambiente físico, la distribución del tiempo, la contribución de los padres y madres de familia, de otros profesionales y de las instituciones de la comunidad .

El personal docente al que se refiere Giroux (1997) ofrece una educación para el desarrollo de una sociedad libre, pacífica, solidaria y democrática para lo cual es necesario formar estudiantes creativos, seguros, felices, que expresen sentimientos y

afectos, que respeten las diferencias, que reconozcan la igualdad en dignidad y en derechos de todas las personas, que se realicen como personas y ciudadanos activos y críticos. Para lograr esta meta se requiere conceder a la población estudiantil protagonismo en los procesos educativos que se desarrollan en el aula, voz y voto en las decisiones que se toman en el contexto escolar, en cuanto a planificación, ejecución y evaluación, puesto que la educación es un proceso de relación, de comunicación. De ahí la importancia de promover prácticas educativas que propicien relaciones simétricas, solidarias y con autoridad respetuosa, que incentiven el diálogo como el medio más fecundo para educar, pues exige reciprocidad y protagonismo compartido entre las personas participantes; pero un diálogo que incorpore el conflicto o situaciones problematizadoras que lleven a la reflexión crítica de la realidad, un diálogo que ayude a tomar conciencia y a cuestionar el estado de las cosas en busca de los cambios que requiere la sociedad (Freire, 1998).

Para conocer al estudiantado y propiciar el aprendizaje es necesario crear ambientes cálidos y seguros, relaciones afectivas que incentiven la participación democrática, la expresión de pensamientos y sentimientos, donde es válido discrepar, pensar distinto, sin perder legitimidad. Para ello, la educadora y el educador promueven una educación con enfoque de derechos que incorpora el respeto a la diversidad en todas sus manifestaciones e incentiva la participación. Para Freire (1998) el diálogo es la esencia de la educación como práctica de la libertad que permite conocer las percepciones de las personas e indica que “nadie educa a nadie nos educamos en comunidad”. De tal forma, el personal docente y la población estudiantil se convierten en sujetos y no en objetos de la educación, que viven en y con el mundo, que buscan ser más. En este proceso de conocimiento, todas las personas enseñan y aprenden.

Para Freire (1998) el profesional en educación debe conocer la cultura de los educandos, sus creencias, sus sueños y su lenguaje, pues no se puede educar sin conocer la realidad concreta.

A pesar de la importancia que tiene el personal docente en contribuir a mejorar la calidad de la educación, la UNESCO (2007:6) señala que “El reconocimiento del papel clave de los docentes, en la calidad de la educación no ha sido debidamente acompañado de políticas y estrategias que aborden el tema con la profundidad y la consistencia necesarias. Las actuales políticas sobre docentes no han sido suficientes para fortalecer su protagonismo en los cambios, ampliar su participación en las decisiones, mejorar su preparación y su compromiso ético y garantizar el aprendizaje de los estudiantes”. Lo que es una realidad en muchos de nuestros países en donde se percibe al docente como técnico que implementa reformas educativas, de las

cuales no ha sido participe, siendo uno de los protagonistas más importante en los procesos educativos formales.

Formación docente y desarrollo profesional

Para ofrecer una educación pertinente y de calidad es fundamental fortalecer la formación docente. Como lo indica Murillo (2006,11) “El desempeño docente...depende de múltiples factores, sin embargo, en la actualidad hay consenso acerca de que la formación inicial y permanente de docentes es un componente de calidad de primer orden del sistema educativo. No es posible hablar de mejora de la educación sin atender el desarrollo profesional de los maestros”.

La formación del docente, a diferencia de otras profesiones, se inicia desde edades tempranas. Las personas al participar como estudiantes en el Sistema Educativo aprenden de sus maestras y maestros; van construyendo, en las vivencias cotidianas, una imagen de lo que es ser docente. En este contexto estructurado “por pautas institucionalizadas de comportamiento históricamente creadas y recreadas” (Romero y Gómez, 2007:5) se van estableciendo creencias, percepciones y formas de mirar el mundo que influirán decididamente en un futuro desempeño profesional. La mayoría de las veces, en la práctica pedagógica, se reproduce inconscientemente esas acciones sin analizar ni cuestionar. Es tarea fundamental en la formación docente contribuir a que los futuros educadores y educadoras tomen conciencia de las consecuencias de su actuar, cuestionen constantemente su labor, analicen las relaciones interpersonales que promueve y la congruencia entre teoría y práctica.

Las instituciones formadoras tienen un gran reto, es preciso ofrecer planes de estudio flexibles que preparen a sus estudiantes a tener claro el tipo de sociedad y de ser humano que desean formar, el por qué y el para qué de su labor profesional y a analizar las ideas preconcebidas o creencias que tienen sobre la profesión docente. Lo que implica partir del análisis del contexto sociocultural y económico en el que se encuentran y tomar en cuenta las grandes transformaciones que ocurren en todos los campos en una sociedad cada vez más globalizada, intercomunicada y tecnificada.

Es fundamental partir de la premisa que la labor se dirige a construir una sociedad justa, solidaria, democrática y comprometida con el desarrollo social y sostenible de nuestro mundo. Para ello se debe tomar conciencia de lo que implica ser docente, de la responsabilidad social que se asume al trabajar formando personas: almas, mentes y corazones, teniendo en cuenta la gran diversidad de formas de ser, pensar, sentir y actuar de la población estudiantil. Por lo tanto es necesario, que

desde el inicio del proceso de formación, los futuros docentes tengan prácticas en las diferentes realidades educativas.

Es imperativo que las instituciones formadoras seleccionen cuidadosamente a las personas que desean seguir la carrera del magisterio, es preciso que tengan vocación, pues como lo indica Hanseen “En igualdad de condiciones, una persona que tenga vocación desempeña el papel de maestro de forma más plena que un individuo que lo considere solo un trabajo...es más probable que ejerza una influencia intelectual y moral más amplia y dinámica sobre los estudiantes...Como vocación la enseñanza es un servicio público que también conduce a la realización personal de quien presta ese servicio” (1999, 94).

Esto implica que un requisito indispensable para ejercer la docencia, además de la formación y la educación continua, es la vocación, que involucra compromiso, gusto y pasión por lo que se hace. La educadora y el educador con vocación transmiten interés, entusiasmo y emoción a sus estudiantes; se preocupan por sus necesidades y sentimientos; conocen sus individualidades, habilidades y limitaciones; procuran mejorar continuamente su práctica profesional para que la población estudiantil aprenda y se desarrolle integralmente. Al respecto Day indica:

...los docentes apasionados por la enseñanza se muestran comprometidos, entusiastas e intelectual y emocionalmente enérgicos en su trabajo con los niños, jóvenes y adultos, estos signos manifiestos de la pasión se sustentan sobre unos fines morales claros que van más allá de la implementación eficiente de los currículos establecidos; además son concientes del desafío de los contextos sociales en los que se enseñan; tienen un sentido claro de identidad y creen que pueden favorecer el aprendizaje y el rendimiento de todos sus alumnos (2006:16).

De ahí la importancia de que las instituciones formadoras de docentes, seleccionen cuidadosamente a las personas que desean estudiar para docentes.

Un ejemplo claro de esta práctica se realiza en Finlandia, país reconocido a nivel internacional por la calidad de educación que ofrece a sus estudiantes. En esa nación la selección de candidatos para la docencia se toma en cuenta las competencias disciplinares y teóricas que poseen, el concepto que se han formado sobre la profesión y el conocimiento que tienen de la infancia. Los candidatos a docentes de nivel de educación primaria, deben tener tres años de experiencia en una institución educativa como ayudantes de trabajo con niñas y niños. Posteriormente presentan su solicitud de admisión en la Facultad de Educación. Durante dos días se someten a pruebas y entrevistas. Una de ellas se realiza en grupos de seis, donde cada uno debe discutir, ante un grupo de observadores, sobre un tema relacionado con la educación. Las personas que desean estudiar para docentes del nivel

secundario, deben contar con una maestría en un área del conocimiento específica y luego deben estudiar pedagogía por uno o dos años. Para ingresar a la Facultad deben presentar las mismas pruebas que los docentes del nivel primario. Es importante resaltar que la formación docente se ofrece en universidades públicas (Robert, 2006).

Tan importante como la selección cuidadosa de las personas que desean estudiar educación es la formación que reciban en las universidades, la cual debe incluir práctica desde el inicio de la formación y en diferentes contextos con el fin de que se interrelacione en forma dialéctica con la teoría. Al respecto Murillo indica: “ya no es la práctica la que se ve supeditada a la teoría, sino que ambas dialogan y se retroalimentan en un ambiente de colaboración mutua. De esta forma, la aplicación de la teoría en la práctica y la teorización de la práctica se convierten en dos elementos indisolubles en la formación docente”(2006:34).

En la formación del profesorado, es esencial incentivar la investigación con el propósito de que la persona que estudia para docente, al convertirse en profesional, la utilice para analizar y mejorar su práctica pedagógica, lo cual constituye una excelente oportunidad para el autodesarrollo profesional, puesto que se estimula la capacidad de reflexionar, deliberar, criticar y tomar decisiones. En este proceso, el personal docente interrelaciona teoría y práctica en busca de alternativas para la solución de los problemas cotidianos que debe enfrentar.

La educadora y el educador son consumidores y generadores de conocimiento, de manera que la investigación de su propia práctica les permite producir teoría y establecer propuestas a partir de sus experiencias, de aciertos y errores, de sus conocimientos previos, del estudio y análisis de la teoría y de lo que hacen en el aula; que paulatinamente, lo convierten en una persona profesional más autónoma, creativa y crítica.

La investigación en el aula, asumida responsablemente, es una alternativa que contribuye con el mejoramiento de la calidad de la educación, porque permite a los protagonistas de los procesos educativos estudiar la vida del aula, probar opciones y ofrecer propuestas para enfrentar la diversidad de situaciones surgidas en la práctica pedagógica.

Asimismo es necesaria una formación docente transdisciplinaria que contribuya a construir una visión holista e integral de diferentes temáticas para su mejor comprensión y aprendizaje, que promueva el trabajo en equipo, la discusión, el valorar el aporte de las diferentes disciplinas en la resolución de problemas y en la comprensión del mundo.

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional, sin embargo es importante que se tenga conciencia que esta formación inicial constituye únicamente una base para ejercer el puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera responsable. Para ello, las educadoras y los educadores deben mantener vínculos estrechos con las universidades, intercambiando experiencias y conocimientos continuamente.

Aprendizaje y docentes destacados

El personal docente debe ser especialista en su disciplina y estar conciente del papel que desempeña en la construcción de la sociedad. Es relevante que tenga en cuenta que la educación implica incentivar a la población estudiantil a aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser (Delors, 1998), y que educar es ciencia, arte, praxis, acción-reflexión, concientización y proyecto (Gadotti, 2001).

La docencia es una profesión que se ocupa de incentivar el desarrollo humano de los estudiantes con todo lo que ello implica, en cuanto a saberes, valores, actitudes con el fin de formar personas para sociedades democráticas. Por lo que la práctica pedagógica implica reflexión, planeamiento, valoración, es una actividad profesional que conlleva un alto grado de responsabilidad puesto que se está formando seres humanos.

En el aprendizaje de las personas intervienen muchos factores, entre ellos lo emocional, al respecto Antonio Damasio (1994,2000) “uno de los neurólogos más destacados del mundo, señalaba que la emoción forma parte de la cognición” (Day, 2006:59). De ahí la importancia de que el personal docente sienta pasión por lo que hace y transmita emoción a sus estudiantes en las actividades cotidianas que desarrolla en el salón de clase con el objetivo de promover la construcción de aprendizajes significativos en ellos a partir de sus intereses. Mujica afirma que “todos aprendemos mejor lo que nos interesa. Aprendemos mejor cuando realizamos actividades, exploramos, hacemos preguntas, buscamos soluciones, dialogamos, construimos. Aprendemos mejor cuando no tenemos miedo, cuando se nos anima a pensar y a ensayar respuestas dadas por nosotros mismos, cuando se reconoce y valora nuestras propuestas y opiniones” (1999: 7).

La persona profesional en educación es la responsable de diseñar y valorar estrategias que promuevan aprendizaje en sus estudiantes, para ello debe tomar en cuenta su cultura, su nivel de desarrollo y partir de los significados que poseen en relación con lo que van aprender. El personal docente no parte de abstracciones sino

de realidades, por ello escucha, analiza el lenguaje de la población estudiantil para conocer lo que es relevante, pues refleja la visión de mundo, los conocimientos, costumbres, valores del grupo social al que pertenece, de ahí que el diálogo y la participación constituyen estrategias valiosas en todo proceso educativo. Con este conocimiento la educadora y el educador, junto con sus estudiantes, definen temas por estudiar, analizar y criticar.

De acuerdo con Vygotsky (1978) para planear las estrategias de aprendizaje, se requiere tener presente los dos niveles de desarrollo del sujeto: el nivel actual de desarrollo y la zona de desarrollo próximo, la que se encuentra en proceso de formación, es el desarrollo potencial al que cada estudiante pueden aspirar. Este concepto es básico para los procesos de enseñanza y aprendizaje pues el personal docente debe tomar en cuenta el desarrollo de cada estudiante en sus dos niveles: el real y el potencial para promover niveles de avance y autorregulación mediante actividades de colaboración como lo proponía Vygotsky. Moll (1993:20) menciona tres características para crear zonas de desarrollo próximo :

- Establecer un nivel de dificultad. Este nivel, que se supone que es el nivel próximo, debe ser algo desafiante para el estudiante, pero no demasiado difícil.
- Proporcionar desempeño con ayuda. El adulto proporciona práctica guiada a la población estudiantil con un claro sentido del objetivo o resultado del desempeño del niño
- Evaluar el desempeño independiente. El resultado más lógico de una zona de desarrollo próximo es que el estudiantado se desempeñe de manera independiente.

Es tarea del personal docente despertar el interés y la curiosidad del alumnado para que construya nuevos conocimientos, provocar desafíos y retos que lo hagan cuestionar esos significados y sentidos y lleven a su modificación, por lo que debe planear estrategias que impliquen un esfuerzo de comprensión y de actuación por parte de la población estudiantil. Esa exigencia se acompaña de los apoyos y soportes de todo tipo, de los instrumentos tanto intelectuales como emocionales, que posibiliten a los estudiantes superar esas exigencias, retos y desafíos (Onrubia,1998). Para ello es importante diversificar los tipos de actividades, posibilitar la elección de tareas distintas de parte del estudiantado y recurrir a diversos materiales de apoyo.

La creación de zonas de desarrollo próximo se da dentro de un contexto interpersonal docente-estudiante, estudiante-estudiante siendo el interés de la persona profesional en educación trasladar al estudiante de los niveles inferiores a los superiores de la zona. Lo esencial es dar apoyo estratégico a la población estudiantil para que logren solucionar un problema, este apoyo se puede inducir mediante el

planteamiento de preguntas claves o llevando al alumnado al autocuestionamiento. Matos afirma que la participación del personal docente en el proceso

...para la enseñanza de algún contenido (conocimiento, habilidades, procesos) en un inicio debe ser un poco *directivo* mediante la creación de un sistema de apoyo que J. Bruner ha denominado "andamiaje" por donde transitan los alumnos y posteriormente con los avances del alumno en la adquisición o interiorización del contenido, se va reduciendo su participación al nivel de simple *espectador empático* (1996:10).

En este contexto, la enseñanza debe entenderse como una ayuda al proceso de aprendizaje pero sólo ayuda, ya que la enseñanza no puede sustituir la actividad mental constructiva del estudiante ni ocupar su lugar (Onrubia, 1998).

El proceso de conocer es colaborativo e involucra transformaciones, al respecto Godatti (2001:5) indica: "Conocer implica cambio de actitudes, saber pensar y no apenas asimilar contenidos escolares del saber llamado universal. Conocer es establecer relaciones, para Piaget y Pablo Friere saber es crear vínculos".

Piaget dice que "lo afectivo es motor o freno del desarrollo" y Freire (1998) indica que el acto de conocer y pensar están directamente ligados a las relación con las otras personas. Estas afirmaciones ratifican la importancia de que el personal docente establezca relaciones afectivas y de respeto con sus estudiantes. Lo que significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten. De acuerdo con Day:

La demostración de afecto como elemento de la pasión por la enseñanza está lejos de ser un ideal sentimental. Es esencial y aparece en las descripciones de buenos docentes que hacen alumnos de todas las edades. Son amables, justos, alentadores, se interesan y son entusiastas frente a los docentes que se muestran indiferentes. Por lo tanto las relaciones de afecto entre maestros y alumnos son fundamentales para una enseñanza y un aprendizaje satisfactorios. Son el adhesivo que une a ambos y constituyen la expresión patente del compromiso del docente con el alumno como persona (2006:44).

Una persona profesional en educación crea ambientes motivadores, afectivos, alegres, flexibles, seguros donde la población estudiantil pueda sentir confianza de expresar pensamientos, sentimientos y sueños; establecer relaciones interpersonales sanas y aprender en comunidad. Necesita sentirse aceptada, respetada y que es parte del grupo.

En el logro de un buen ambiente de aprendizaje el personal docente debe ser comprometido, estudioso, responsable, amante de las ciencias, las artes y las letras, investigar el contexto socio-histórico y debe reflexionar sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje, y a partir de estos análisis construir nuevas formas de

mediación, estrategias creativas y avanzadas con el propósito de provocar aprendizajes significativos en sus alumnas y alumnos, lo que es importante porque la enseñanza no es un proceso de acción y respuesta sino es un proceso de apropiación de la realidad sociocultural, y el aprendizaje es una representación personal de la realidad con el fin de construir nuevas formas de pensamiento.

Day (2006:31) menciona un estudio comparativo realizado sobre docentes calificados por el alumnado como excelentes en diferentes países: Nueva Zelanda (Ramsay, 1993), Italia (Macony, 1993), Estados Unidos (White y Roesch, 1993), Suecia (Lander, 1993) y Francia (Alter, 1993). Estos tienen en común que deseaban el éxito de sus estudiantes y lo manifestaban “a través del espíritu de la clase: su sentido del humor, afectivo, interpersonal, paciente, empático y de apoyo a la autoestima de los estudiantes. En su práctica profesional empleaba un alto conjunto de enfoques docentes que promovían un aprendizaje semiautónomo y colaborativo; mediante la cooperación con otros maestros y a través de una capacidad de reflexión continuada de distintos tipos”.

Relaciones interpersonales y docentes destacados

En la construcción de conocimientos por parte de la población estudiantil, intervienen una gran cantidad de factores, entre ellos, los ambientes y las relaciones sociales que se establecen con sus pares y docentes. Es conocido que una relación afectiva, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado contribuye al aprendizaje y a la construcción de identidades seguras, pues permite la expresión de pensamientos, sentimientos, y la persona se siente respetada y querida. Mujica indica que es necesario desarrollar “el arte de educar y de enseñar con cariño, con sensibilidad, que evita herir, que trata a cada uno como persona, como ser valioso, único, individual, irreplicable” (1999:9).

Las relaciones interpersonales que se promuevan en la aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. El personal docente al ejercer el poder es el modelo a seguir, de ahí la importancia de analizar el lenguaje que utiliza, los intercambios sociales que promueve y permite entre el alumnado.

En el contexto escolar se debe propiciar relaciones de empatía, camaradería, compañerismo, colaboración y respeto, promover un espacio donde se viva la democracia como estilo de vida y como forma de organización. En la construcción de este ambiente es necesario que intervenga la población estudiantil, así como en el establecimiento de normas y de mecanismos para su cumplimiento, porque en la

medida que sientan que tienen el poder de decidir en esa medida se sentirán responsables de lo que sucede en el aula.

Para mantener una adecuada relación con la población estudiantil y comprender sus conductas es importante conocer: sus gustos, aficiones, temores, ilusiones, sueños, sus historias de vida, su familia y comunidad lo que permite establecer una comunicación fluida y permanente. Ello conlleva la necesidad de propiciar espacios para el intercambio y el diálogo con el estudiantado y sus familias. Acciones que debe planificar el profesorado como parte de su labor docente para conocer las diversas realidades de donde provienen sus estudiantes, y de esta manera, comprender de una mejor manera sus pensamientos y conductas.

En la construcción de relaciones interpersonales sanas es imprescindible la reflexión constante del personal docente sobre su accionar y sobre los intercambios que promueve en el aula, lo que le permitirá tomar conciencia de lo que hace y del tipo de ser humano que está ayudando a formar.

Es importante tener presente que en nuestra sociedad requerimos de “identidades individuales y colectivas sólidas, con clara conciencia de la dignidad personal y de las propias capacidades” (Mujica, 1999:9), ideal por el que se debemos trabajar de manera sistemática y consciente.

Condiciones laborales y reconocimiento social

Todos los seres humanos necesitan sentirse reconocidos por los papeles y funciones que desempeñan en la sociedad. En los últimos años, la profesión docente ha sido desvalorizada. La educadora y el educador se han convertido en técnicos que aplican reformas educativas y nuevos programas, que generalmente son definidas por autoridades gubernamentales, que no solicitan su opinión ni participación.

En este contexto, es preciso tomar conciencia del importante papel que desempeña las personas profesionales de la educación en nuestra sociedad y revalorar su función puesto que son las encargadas de formar a niñas, niños y adolescentes, lo que es una tarea muy delicada e importante en cualquier sociedad. Al respecto, la PRELAC afirma “que los docentes son actores fundamentales para asegurar el derecho a toda la población a la educación y sostienen la necesidad de avanzar hacia el fortalecimiento de su protagonismo en el cambio educativo para que respondan a las necesidades de aprendizaje de los alumnos” (UNESCO, 2002 :5). Asimismo, es importante tener presente que el compromiso del docente « está íntimamente relacionado con la satisfacción en el trabajo, la moral, la motivación y la identidad y sirve para predecir el rendimiento del trabajo » (Day, 2006 :77)

En Finlandia, país que se ha distinguido por la calidad de su educación pública, la profesión docente cuenta con muy buenas condiciones laborales y gran prestigio social por “el sentimiento ampliamente extendido de que los docentes son expertos en su dominio y que ellos se consagran con todo su corazón a su tarea ». Además dicen sentirse satisfechos y felices con su labor. Este sentimiento se justifica por varias razones: cuentan con condiciones materiales óptimas, el número máximo de estudiantes es de veinticinco, las aulas son amplias y están equipadas con diversos recursos. Un aspecto muy importante es que « ...gozan de una libertad pedagógica total y de un margen amplio de autonomía y de iniciativa... » lo que permite al personal docente desarrollar su propia manera de enseñar, de acuerdo con su formación y creencias, lo que implica respeto y confianza de las autoridades por su labor (Robert,2006).

Se requiere, por lo tanto, en nuestros contextos incentivar a estos profesionales y mejorar sus condiciones laborales en cuanto a: horarios de trabajo que les permita contar con el tiempo suficiente para su educación continua y la preparación de sus clases, reducir el número de estudiantes a su cargo con el objetivo de que ofrezcan una educación personalizada, contar con infraestructura adecuada, material didáctico y tecnológico en buenas condiciones, mejorar salarios, promover su participación en la definición y ejecución de las políticas educativas condición indispensable para lograr cambios, entre otros aspectos.

Lo anterior indica que es indispensable que nuestras sociedades revaloricen a las personas profesionales en educación mediante acciones y políticas que reconozcan la importante función que desempeñan, fortalezcan su protagonismo y valoren su aporte en las transformaciones que la educación necesita para la construcción de sociedades democráticas con el fin último de promover un desarrollo humano pleno en armonía con la naturaleza.

6. Procedimiento metodológico

El enfoque de esta investigación es cualitativo ya que se pretende analizar ensayos donde se narren experiencias positivas que diferentes personas han vivido como estudiantes de educadores y educadoras en cualquiera de los niveles del Sistema Educativo Nacional (preescolar, primaria, secundaria o universitaria).

El paradigma cualitativo se basa en supuestos teleológicos, ontológico-axiológicos, epistemológicos y metodológicos que es necesario definir y que la distinguen de la investigación positivista en educación (IIMEC,1999).

Supuesto teleológico

El paradigma cualitativo se preocupa por la comprensión de los fenómenos sociales mediante la captación e interpretación de los significados que las personas le asignan a sus acciones en su contexto. Desde el punto de vista teleológico su finalidad es el estudio de lo que sucede en una situación concreta y singular con el fin de comprender el sentido de esa realidad humana, por lo que su intención no es la producción de leyes o generalizaciones independientes del contexto como en la investigación cuantitativa.

En este enfoque el conocimiento es producto de la actividad colectiva donde "los valores inciden en la investigación y forman parte de la realidad-realidades. Por lo tanto, todo el proceso está influido por los valores del contexto social y cultural" (IIMEC,1999:3)

De acuerdo con José Gimeno y Ángel Pérez, la intencionalidad de la investigación cualitativa en educación es la transformación y perfeccionamiento de la práctica, y afirman que:

... La disociación habitual entre la teoría y la práctica desvirtúa el carácter educativo de la investigación, ya que impide o dificulta el vínculo enriquecedor entre el conocimiento y la acción, para desarrollar una acción informada y reflexiva a la vez que un conocimiento educativo, comprometido con opciones de valor y depurado en las tensiones y resistencias de la práctica. Si se utiliza el calificativo de educativa es... porque pretende ser una investigación que eduque, que el mismo proceso de investigación y el conocimiento que produce, sirva para la transformación de la práctica. (1993:117)

Por tal razón, en esta investigación se optó por el paradigma cualitativo.

Supuesto ontológico-axiológico

Este estudio parte de la premisa que no hay una realidad, sino muchas realidades de acuerdo con la infinidad de situaciones que vive a diario cada ser humano en contextos económicos, familiares, laborales y culturales diferentes.

Nuestra sociedad establece relaciones de poder asimétricas y se caracteriza por excluir a ciertos sectores haciendo diferencias por clase, etnia, región y género. En este contexto, se pretende consolidar las manifestaciones sociales de la cultura dominante e ignorar lo que viven, piensan y sienten amplios sectores sociales que no tienen el poder. La exclusión es reproducida, consciente e inconscientemente, por las diferentes instituciones sociales: familia, escuela, medios de comunicación, entre otras. (Lagarde, 1996) Por ello es fundamental estudiar las vivencias que diferentes personas hayan tenido como estudiantes en cualquier nivel educativo y les hayan marcado positivamente en su vida personal y laboral.

El paradigma cualitativo nos permite vivenciar las diferentes realidades para comprenderlas e interpretarlas en su magnitud, tomar conciencia de lo que sucede y de esta forma iniciar procesos de transformación individual y colectivos que nos lleven a la construcción de una sociedad más equitativa y solidaria..

Supuesto epistemológico

El supuesto epistemológico de la investigación cualitativa considera que para que se adquiriera el conocimiento es preciso establecer una relación cercana entre quién conoce y lo que quiere conocer con el propósito de aprehender la esencia de lo que esta conociendo.

Al seleccionar el paradigma cualitativo, se concibe la investigación como un proceso de interacción donde los participantes forman una unidad indisoluble para conocerse. Al respecto, Miguel Martínez afirma que "el proceso natural del conocimiento humano es hermenéutico: busca el significado de los fenómenos a través de una interacción dialéctica" (1989:99) Por lo tanto, el estudiar y compartir las experiencias positivas que han vivido diversas personas en contextos escolares nos permite develar la influencia que dichos acontecimientos ejercen sobre las personas.

José Gimeno y Ángel Pérez afirman:

Sin vivencias compartidas no se alcanza la comprensión del mundo de los significados. Sin implicarse afectivamente no existe auténtico conocimiento de los procesos latentes, ocultos y subterráneos que caracterizan la vida social de los grupos y personas (1993:120).

De acuerdo con lo anterior, se concibe que la investigación es realizada por personas y con personas en contexto, que implícitamente involucramos nuestras creencias y valores. Por ello, el diseño de la investigación es abierto, flexible y emergente con el propósito de profundizar en las percepciones y en la intencionalidad de las acciones de las y los sujetos en su contexto económico, político y social (Colás, M Pilar .y Buendía, Leonor.1994).

Supuesto metodológico

El estudio se ubica en el marco fenomenológico, dado que se centra en el estudio de los acontecimientos vividos por las personas participantes, se interesa por descubrir la visión propia de la realidad construida y actuada en su vida como estudiantes. Lo anterior se obtiene como resultado de la escritura de experiencias positivas en el campo educativo y de relaciones interpersonales que vivieron como

estudiantes de educadores y educadoras que dejaron una huella imborrable en su existencia

La fenomenología es una posición filosófica que parte de los fenómenos como lo que es cognoscible, a partir de los cuales se puede deconstruir los aspectos que constituyen la experiencia humana subjetiva e intersubjetiva. Esta posición es fundamentada por Husserl, el filósofo alemán del siglo XIX, para quien la "fenomenología es la ciencia que trata de descubrir las estructuras esenciales de la conciencia; debido a ello el fin de la fenomenología no es tanto describir un fenómeno singular cuanto descubrir en él la esencia válida universalmente y útil científicamente" (Husserl, citado por Martínez, 1989: 168). En esta investigación, el estudio se centra en analizar las experiencias vividas para ofrecer un insumo teórico importante a la formación docente y a la práctica pedagógica.

Etapas de la investigación

En este apartado se describen las etapas de la investigación y las actividades desarrolladas en cada una de ellas.

I. Etapa: Elaboración teórica .

Revisión de bibliografía (libros, artículos de revistas, tesis, internet) sobre los siguientes aspectos:

- Calidad de la educación
- Práctica docente
- Formación docente
- Docentes y aprendizaje
- Grandes maestros
- Docentes destacados.
- Identidad personal y profesional de los docentes

II. Etapa: Ubicación de participantes

Se elaboró una lista de personas (anexo No.1) a las cuales se les envió una carta invitándolos a participar con ensayos o relatos sobre sus maestras y maestros destacados, en esta se indica que el envío del documento implica la autorización de las autoras y los autores a que sean reproducidos en un libro (anexo No.2). El plazo establecido para el envío del documento tuvo que ser ampliado varias veces, a solicitud de las personas que lo estaban escribiendo: 30 de abril, 30 de junio, 15 de julio, y 30 de noviembre del año 2006. El último relato se recibió en abril del 2007.

Se contactó y conversó con algunas personas para que participarán en la investigación.

Se publicaron dos anuncios en los meses de febrero y marzo del 2006 en la cartelera universitaria de la Universidad de Costa Rica del Suplemento Áncora que aparece los domingos en el periódico “La Nación” y se divulgó mediante afiches que se distribuyeron en la UCR con el propósito de invitar a otras personas a participar con sus ensayos o relatos sobre docentes destacados (anexo No. 3).

A inicio del año 2006, se envió una invitación, mediante correo electrónico a la Red de Investigación sobre la Eficiencia y Mejora Escolar (RINACE@LISTSER.REDIRIS.ES), se obtuvo respuesta de varias personas pero finalmente no enviaron sus ensayos (anexo No. 4).

III. Etapa. Recolección de la información

Con el fin de recolectar la información se elabora una guía para la escritura de los relatos o ensayos (anexo No.5), la cual se envía a las personas que manifiestan interés en participar. La mayoría de los documentos son enviados al INIE mediante correo electrónico, solo una persona lo envió escrito a mano.

Los ensayos recibidos se enviaron a la correctora de estilo del INIE, Licda. Liceth Alvarado. Posteriormente con las sugerencias de la filóloga se envió nuevamente a las personas que los escribieron para que su revisión y aprobación. De los veinticinco relatos recibidos se aceptaron únicamente veintitrés para realizar el análisis de datos, ya que dos de ellos no responden a los objetivos del estudio.

IV. Análisis de datos

Este consta de dos fases, la primera consiste en analizar el contenido de cada uno de los relatos a la luz de los objetivos de la investigación, y la segunda tiene el propósito de profundizar en lo que piensan y sienten las autoras, los autores y los docentes seleccionados. Seguidamente se describen cada fase brevemente:

1. Se analizó el contenido de los veintitrés documentos seleccionados. Estos se leyeron varias veces y, de acuerdo con los objetivos de la investigación y el contenido de los ensayos y relatos, se definieron categorías a las cuales se les asignó un código de color:

- Características personales (amarillo).
- Formación y desarrollo profesional docente (rojo).
- Relaciones interpersonales (verde).
- Práctica pedagógica (azul).
- Relación con la familia y la comunidad.(anaranjado).

Para facilitar el análisis conforme se iba leyendo el relato se marcaba el color correspondiente a la categoría y posteriormente esta información se incluía en las siguientes matrices:

Matriz de análisis		
Categoría 1: Características personales		
Contenido del ensayo	Teoría	Comentario

A cada relato se le asignó un número con el fin de hacer referencia a ellos en el análisis de acuerdo con el número que se le estableció en el cuadro No1, por ejemplo se indica (R/6) para referirse al relato de la niña Virginia.

De esta manera se trianguló la información entre los relatos recibidos, la teoría y la opinión de la investigadora. Ver ejemplo en anexo No. 6.

2. El 8 de diciembre del 2006 se convocó una reunión con las autoras y los autores de los relatos y con las educadoras y educadores seleccionados con el propósito de intercambiar experiencias y dar a conocer el proceso que se seguía con la investigación. A cada docente destacado se le hizo entrega de un certificado. Sin embargo únicamente asistieron 9 personas entre escritoras, escritores y docentes. (Ver en anexo No 7 Agenda de la reunión y lista de asistencia).

V. Etapa. Elaboración de informe final.

Realizado el análisis se inicia con la elaboración del informe final. Durante el año 2007 se concluyó el análisis de la información y se elaboró el informe final.

VI. Etapa. Elaboración de un libro con los ensayos de los participantes

Se concluye el primer borrador del libro "Educadoras y educadores destacados", el cual se incluye en un CD en este documento. Una vez aprobado este informe, se enviará a un Consejo Editorial para su posterior publicación.

Participantes en el estudio

Las personas que enviaron sus trabajos se presentan en el siguiente cuadro. El análisis de los datos se realizó con los primeros 23 ensayos (anexo No.8). En el libro se incluyen hasta el número 16, pues se ajustan con mayor medida a los propósitos del libro.

Cuadro 1
Relatos recibidos

Autor/a	Título relatos	Seleccionado para incluir en libro
1. Jeanina Umaña Aguilar	María Julia Riggioni: maestra para la vida	Sí
2. José María Gutiérrez G.	Don Mauricio Pérez	Sí
3. Álvaro Salas Chaves	La niña Viria	Sí
4. Ileana María Ruiz R.	A Margarita: usted dejó una huella que marco mi vida y con este propósito le dedicó este relato	Sí
5. Magda Cecilia Sandí S.	Un ejemplo de maestra: La Niña Ángeles	Sí
6. Álvaro Salas Chaves	La niña Virginia	Sí
7. Mauricio Víquez Lizano	Margarita Guzmán, maestra	Sí
8. Patricia Chaves Salas	La niña Dyala	Sí
9. María Enriqueta Castro	María Odilia Castro Hidalgo	Sí
10. Marta Sánchez López	La pequeña niña Martha	Sí
11. Gilberto Alfaro Varela	Profesora Thelma Murillo Mondragón Una educadora ejemplar	Sí
12. Carlos Rubio	Marielos Salas Chavarri o pequeño espejo para una mujer grande	Sí
13. Jacqueline García F.	Inspirar, creer y confiar: Tres palabras entrelazadas en el proyecto de vida, según las experiencias educativas personales	Sí
14. Marta E. Sánchez G.	Viviente Rivera de Solís	Sí
15. Yadira Calvo	Don Carlos Luis Sáenz: Literato y maestro	Sí
16. Hilda Ma. Víquez M.	¿Qué es ser una educadora? La respuesta es sencilla...	Sí
17. Jeannette Barquero G.	Educadora ejemplar	No
18. Luissiana Naranjo A.	María Luisa Monge Díaz	No
19. Glen Franklin Giba	Excelente Educadora	No
20. Zeidy Araya Leal	Educadores y educadoras que sobresalieron en su labor pedagógica	No
21. Lizbeth Rojas Brenes	Profesor Mario Rojas Quirós	No
22. Mauricio Castillo	Un profesor inspirador es... El mejor modelo por seguir	No
23. Allen Quesada	La construcción de la práctica pedagógica de la maestra: Doña Blanca educando en la zona rural de los años 50 y 70	No
24. Ana Francisca Fernández	Rimador rimadero. Apuntes para una nueva edición	No
25. Freddy Rojas Esquivel	Anécdotas de Maestros Destacados (transcripción)	No

Técnica de recolección de datos

La información se recolectó mediante ensayos y conversación informal entre autoras, autores y docentes.

VI. Análisis de la información

En este apartado se presenta el análisis de los relatos sobre educadoras y educadores destacados de acuerdo con las categorías de análisis de la investigación:

- Características personales
- Formación y desarrollo profesional de los docente
- Relaciones interpersonales
- Práctica pedagógica
- Relación con la familia y la comunidad

Características personales

Las personas seleccionadas por sus estudiantes como docentes destacadas tienen en común diversas características importantes de resaltar: vocación y gusto por su labor profesional, incansables trabajadoras, trato amable y respetuoso, expertas, sencillas, con sensibilidad social y compromiso con el desarrollo individual y de la sociedad:

Y eso era don Maurilio, un ser humano especial, muy competente, muy atento y cálido, muy humano y dedicado, un gran maestro (R/2).

Hablar de la Niña Virginia es hablar de la maestra más integralmente completa que haya conocido en mi vida, la persona más dedicada a la educación, a la formación en cuerpo y alma de generaciones de jóvenes, por encima de todo y de todos. Mencionar su nombre es hablar de trabajo, de mucho trabajo; de esfuerzo agotador, de autoridad indiscutible, de disciplina, pero sobre todo de un inmenso sacrificio personal y familiar por sus estudiantes (R/ 6).

Creo que lo que más tenían esos maestros era vocación y deseos de enseñar y realmente se sentían privilegiados por esa misión que se les había encargado: formar adecuadamente niños y hacerlos buenos ciudadanos (R/8).

Se resalta en los relatos que el personal docente muestra una gran satisfacción por su trabajo, se preocupaban por la formación integral de sus estudiantes, por formar buenos ciudadanos y ciudadanas que se sintieran copartícipes de la construcción de la nacionalidad costarricense, este rasgo se presenta en la mayoría de las narraciones lo que evidencia que la formación docente hacía énfasis en este aspecto.

Hansen señala “En igualdad de condiciones, una persona que tenga vocación desempeña el papel de maestro de forma más plena que un individuo que lo considere solo un trabajo...es más probable que ejerza una influencia intelectual y moral más amplia y dinámica sobre los estudiantes...Como vocación la enseñanza es un servicio público que también conduce a la realización personal de quien presta ese servicio” (1999, 94), y la vocación de un docente se manifiesta mediante diferentes conductas que son percibidas por el estudiantado:

Evoco el gusto con que nos enseñaba, y nosotros aprendíamos aritmética; las tablas de multiplicar, que estaban escritas en la contratapa de los cuadernos. Los ejercicios de redacción, con temas a veces seleccionados por él y a veces libres. Las clases de dibujo, en las que copiábamos unas figuras que él nos presentaba; recuerdo en particular la figura de un viejo con barba, que mi padre conservó por muchos años (R/2).

Sonriente y grave a la vez, cercana y solidaria con todos, nos fijamos en una mujer que supo marcar la vida cotidiana de sus alumnos y fijarse permanentemente en sus recuerdos (R/7).

...era una persona muy feliz y realizada, disfrutaba lo que hacía; ella era la maestra nueva que llegó a dar el quinto grado (R/8).

Marielos también significa el sentido del humor, la criticidad intensa (R/12).

...al menos cuatro rasgos, en conjunto, lo distinguían de los demás: pasión, sencillez, habilidad comunicativa y sentido del humor (R/15).

Es evidente que un requisito indispensable para ejercer la docencia es la vocación, que involucra alegría, compromiso y pasión por lo que se hace. La educadora y el educador con vocación transmiten interés, entusiasmo y emoción a sus estudiantes; se preocupan por sus necesidades y sentimientos; conocen sus individualidades, habilidades y limitaciones; procuran mejorar continuamente su práctica profesional para que la población estudiantil aprenda y se desarrolle integralmente. Al respecto Day indica:...los docentes apasionados por la enseñanza se muestran comprometidos, entusiastas e intelectual y emocionalmente enérgicos en su trabajo con los niños, jóvenes y adultos, estos signos manifiestos de la pasión se sustentan sobre unos fines morales claros que van más allá de la implementación eficiente de los currículos establecidos; además son conscientes del desafío de los contextos sociales en los que se enseñan; tienen un sentido claro de identidad y creen que pueden favorecer el aprendizaje y el rendimiento de todos sus alumnos (2006:16).

Las educadoras y los educadores seleccionados para este estudio tenían conciencia de que además de promover el aprendizaje de contenidos en sus estudiantes, también era importante educar integralmente:

La niña Margarita era una persona muy creativa, flexible, comprensiva, de buenos principios morales y éticos. Nos inculcó hábitos morales, espirituales y cívicos... (R/ 4)

Otro rasgo interesante de este personal docente, que llama la atención del alumnado, es la imagen que proyectan y la presentación personal.

La frescura de su expresión, su juvenil belleza, el porte elegante y el vestir práctico y siempre impecable de la niña María Julia no hacían sino reforzar su innegable presencia en el aula (R/1).

La niña Viria era impecable, pelo corto, bien peinada, siempre bien vestida con colores alegres (R/3).

Siempre vestía de manera muy apropiada, como una maestra, no de manera lujosa pero siempre con una sobria elegancia. Recuerdo unas blusas tejidas de colores muy vivos que ella usaba. Siempre se veía limpia, pulcra como fresca (R/ 8).

La primera imagen que tengo en mi memoria fue su afable rostro, su sonrisa cómplice y su alegría (R/13).

...me encontré a una mujer fina, de tez blanca, delgada, pulcramente vestida y con un trato personal muy cálido (R/14).

Algo que creo influyó en la disciplina fue la magnífica presentación personal del profesor Araya. A pesar de estar en un lugar de clima caliente como es Cañas, siempre llevaba su camisa impecable y su corbata, su cabello bien peinado, sus otros atuendos bien presentados (R/20).

Estas expresiones se dan en torno a docentes de diferentes niveles educativos lo que muestra el peso que tiene para el estudiantado la actitud, la forma de ser, y hasta de vestir, de sus educadoras y educadores.

Recuerdan las personas que escribieron sobre sus educadoras y educadores lo exigentes y rigurosos que eran:

En esa ocasión la mayoría de sus estudiantes reconoció que como docente era una persona exigente... me exigió siempre a mejorar, a no desfallecer y a concluir los proyectos que trazaba, a darles identidad (R/ 13).

Fue ahí donde saco su profesionalismo, la experiencia que tantos años de trabajo docente le habían dado, tantos alumnos que habían pasado por sus manos y me dijo: "O se alinea o se va". Esto me dejó pasmada pues no me imaginaba un ultimátum, y me alineé...Al poco tiempo ya tenía mi anteproyecto listo (R/16).

Y es que en los procesos educativos que se desarrollan en los salones de clase, el personal docente cumple una función muy importante, puesto que ejerce el poder, dirige los procesos de enseñanza y aprendizaje, y establece las interacciones sociales con el grupo de estudiantes, de ahí la importancia de que cuenten con

vocación, una sólida formación y sensibilidad para ejercer la docencia. Estos profesionales son uno de los factores más importantes del proceso educativo, su calidad humana y profesional, desempeño laboral, compromiso con los resultados, entre otros aspectos más, son determinantes en la formación del estudiantado. La literatura indica (Murillo 2006, Day, 2006) que uno de los elementos más importantes en el mejoramiento de la calidad de la educación es el recurso humano, es decir, el personal docente que guía, orienta, facilita los procesos pedagógicos que se desarrollan en las aulas y en los centros educativos.

Es importante resaltar que algunos las personas seleccionadas como docentes destacados han obtenido premios nacionales por su trabajo, entre ellos: la niña Virginia Campos Arredondo que obtuvo, a nivel nacional, el premio Mauro Fernández, y la niña Margarita Murillo Montoya que se le otorgó ese mismo premio por el circuito 02 de San José en el año 1994.

Formación y desarrollo profesional

Es interesante observar que la mayoría de los relatos sobre educadoras y educadores destacados se refieren a docentes graduados de la Escuela Normal de Heredia, también, aunque en menor cantidad, de la Escuela Normal Superior, Universidad de Costa Rica, Universidad Nacional y una de ellas del Colegio Superior de Señoritas, estas personas se formaron durante la primera y segunda mitad del siglo XX. Unos pocos tuvieron la oportunidad de trasladarse a países como Estados Unidos y México a continuar estudios.

Muchas de estas profesionales en educación contaron con excelentes formadores como: Omar Dengo Obregón, Anastasio Alfaro, Roberto Brenes Mesén, Joaquín García Monge, Luisa González, Emma Gamboa, entre otros, que los formaron para ejercer la docencia y como ciudadanos y ciudadanas con un gran sentido de responsabilidad cívica y social. En los relatos se indica:

Sus estudios primarios los realizó en Esparza y los secundarios en la Escuela Normal de Heredia. Fue su director el insigne educador Omar Dengo, el cual forjó maestros de verdad. La niña Berta decía: "Salimos de ahí a las aulas con el alma henchida de amor hacía los niños y con el deseo sincero de forjar hombres de bien". (R/17)

Sus cualidades innatas se vieron enriquecidas tanto con la formación que recibió en la Escuela Normal donde fue alumna, entre otros educadores, de la Dra. Emma Gamboa, como en la Escuela Normal Superior de México D.F., donde realizó estudios... (R/14).

Las educadoras y los educadores más jóvenes que no se formaron con estos grandes maestros y maestras, conocieron de ellos en las universidades donde estudiaban para ejercer la profesión docente:

En la escuela y el colegio, siempre cuestionó a sus maestros y profesores... algunos como Esther de Mezzerville, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Auristela Castro de Jiménez, Moisés Vincenzi, Carlos Luis Sáenz, Anastasio Alfaro, José Fidel Tristán y José Joaquín Vargas Calvo... Todos ellos estimularon su activa participación en la solución de los problemas sociales y políticos, además del interés por la literatura, la música y las ciencias, que la acompañaron a lo largo de su vida (R/9)

Y al mismo tiempo que intentábamos conocer el pensamiento de Omar Dengo, supimos de otros maestros costarricenses de inicios del siglo XX. Empezamos a interesarnos en Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén y Carmen Lyra... (R/12).

Asimismo, nos introdujo en el estudio de los grandes maestros costarricenses: Omar Dengo Guerrero, María Teresa Obregón, Fabio Garnier Borella, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, entre otros, era motivo de reflexión constante en nuestras actividades (R/14)

En las narraciones se indica que las educadoras y los educadores destacados valoran positivamente la formación que recibieron, aunque las autoras son poco explícitas en detalles. Se puede inferir que recibían una buena formación en cuanto a contenidos de materias básicas, metodología, música, artes, elaboración de material didáctico, psicología, trabajo con la familia y comunidad.

menciona con orgullo a sus dilectos maestros de la escuela Normal en Heredia. La formó en Psicología, Luis Felipe González, uno de los primeros especialistas en esta área. En Arte, el maestro Paco Amiguetti. Como profesor de Matemática, Samuel Sáenz y su hermano Miguel Ángel, le dio Física y Química, entre otros. Ya casi por concluir su función tuvo como Director a Omar Dengo (R/18).

En una escuela lejos de la capital, era un privilegio tener una maestra realmente educada, recién graduada de la Universidad de Costa Rica, como lo indicaba el anillo que con orgullo usaba. Muchos años después comprendí que la formación universitaria de la niña María Julia nos había garantizado que los contenidos a los que nos expuso fueran en ese momento los más actualizados, actor nada despreciable dada la importancia de la actitud hacia el conocimiento que deben tener quienes guían a niños y niñas en el mundo escolar (R/1).

Durante la formación profesional realizaban prácticas docentes en diferentes instituciones educativas, y muchas de estas personas se incorporaron al mercado laboral en centros educativos unidocentes y/o rurales: Guanacaste, Limón, Atenas, Esparza, Quepos, entre otros.

Recuerda que hizo en Cuajiniquil la práctica pedagógica que duraba quince días. Y sigue comentando sobre sus años de estudio “Ya nosotras habíamos hecho otra práctica, fuimos a todas las escuelas de Liberia y eso que la formación era de dos años, pero sí salíamos bien preparadas (R/10)

Inició su labor docente como maestro aspirante en varias escuelas de Limón, San José y Guanacaste (R/20).

Los relatos ofrecen pocos datos sobre la educación continua que recibieron, sin embargo se menciona que eran personas estudiosas y que asistían a los cursos de verano y a los asesoramientos que organizaban diferentes instituciones:

Como profesor siempre se distinguió en todos los aspectos: su tenacidad por saber, estudiar más y más y compartir con las demás personas... Le gustaba asistir a asesoramientos y luego servía de factor multiplicador con sus colegas. Se le notaba esa alegría de asistir a enriquecer su quehacer en bien del aspecto educativo conllevando provecho en su medio, tanto dentro del aula como en su comunidad (R/ 20) Zeidy

Doña Blanca se prepara formalmente en educación en los cursos de verano en la Escuela Julia Lang. Durante los meses de vacaciones de 1951 y 1952, obtiene el Título de Aptitud en 1951 y en 1952 el Título de Elemental (R/23).

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional, sin embargo es importante tener conciencia que esta formación inicial constituye únicamente una base para ejercer el puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera responsable. Como lo indica Murillo (2006,11) “El desempeño docente...depende de múltiples factores, sin embargo, en la actualidad hay consenso acerca de que la formación inicial y permanente de docentes es un componente de calidad de primer orden del sistema educativo. No es posible hablar de mejora de la educación sin atender el desarrollo profesional de los maestros”. Por lo que es importante establecer políticas que se concreten con acciones prácticas para optimizar la formación y la educación continua de educadoras y educadores, por el papel esencial que desempeñan en toda sociedad.

Relaciones interpersonales

Las relaciones interpersonales que se promuevan en las aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. Es conocido que una relación afectiva, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado

contribuye al aprendizaje y a la construcción de identidades seguras, pues permite la expresión de pensamientos, sentimientos, y la persona se siente respetada y querida. Mujica indica que es necesario desarrollar “el arte de educar y de enseñar con cariño, con sensibilidad, que evita herir, que trata a cada uno como persona, como ser valioso, único, individual, irrepetible” (1999:9).

Este tipo de relaciones se evidencia en los diferentes relatos, que han hecho inolvidables a las educadoras y educadores considerados excepcionales por sus estudiantes, alguna de estas manifestaciones son:

Pero más allá de los recuerdos específicos y de los detalles de las clases, el sentimiento que produce mi memoria es el de una mezcla maravillosa de estímulo, afecto, exigencia racional, aceptación y bondad. Nunca de temor y represión (R/2).

Lo que pasaba era que nosotros adorábamos a la niña Viria porque ella nos adoraba igual. Nos enseñaba de una manera que nos levantaba la autoestima y nos hacía sentir tan importantes con eso de leer mamá me amaba, que el Quijote no tenía nada de especial....A ratos yo tenía la sensación de que éramos como de la misma edad, era tan integradora en sus actitudes y de relación personal que nos sentíamos partes de un solo grupo, muy unidos y queridos entre todos los compañeros (R/ 3).

Se enseña con el ejemplo y en la simpleza de la vida, no hace falta ser prepotente ni arrogante, porque en esas etapas de la vida, quienes aprendemos estamos deseosos de encontrar apoyo y seguridad en quienes nos sirven de referentes. (R/11).

Estas profesionales ofrecían una atención personalizada a sus estudiantes, tenían la habilidad de hacerles sentir personas inteligentes y talentosas. Se preocupaban por su situación personal y familiar, y colaboraban en la resolución de problemas que se les presentaba, como se describe en los relatos:

Imposible no aprender también que la relación con los estudiantes, para que sea exitosa, requiere el contacto individual, personalizado, y que una conversación corta en la que se le dé toda la atención al alumno, tiene más impacto que muchas horas de aula (R/ 1).

Aprender era crecer, aprender era hacernos grandes y muy importantes (R/3).

Nos llamaba a cada uno por su nombre, con gestos agradables y muy sonriente, preocupada por la salud de cada estudiante, su condición social y económica. Cuando algún alumno tenía alguna dificultad ella siempre estuvo presente, buscaba la ayuda con otro profesional como doctores, dentistas, psicólogos, entre otros; he de decirlo, en mi caso, siempre me apoyó, porque conocía a mi familia y mi situación (R/4).

Encontraba en cada uno de nosotros su fortaleza, su habilidad y nos motivaba a desarrollarla. A mí no me encantaba la matemática, pero si dibujaba muy lindo, o

por lo menos eso me hacía creer. A mí me decía: “Patricita porque no nos dibuja alguna cosa”; me hacía ir a la pizarra a dibujar para que la clase se viera más bonita; me hacía sentir importantísima. Y, así con cada uno de sus alumnos...En la escuela yo era del promedio, pero con la niña Dyala fui de las mejores estudiantes. Ella me hizo creer en mí, nos hacía sentir talentosos, inteligentes, llenos de habilidades. Y logró lo que ella quería: que alcanzáramos nuestros sueños (R/8).

En ella encontré inspiración, creyó y confió en mí, mientras me formaba profesionalmente, y le daba sentido a mi vida, las actitudes que me transmitió, y sin las cuales habría sido más duro, no menos difícil, asumir la vida como una experiencia inacabada, constructiva y transformante (R/13).

Al lado de esas relaciones interpersonales afectivas que se promovían en el contexto escolar, estas educadoras y educadores estaban concientes de la importancia de establecer normas de comportamiento y límites claros entre el estudiando que permitían construir ambientes de aprendizaje participativos y respetuosos.

Un segundo rasgo que recuerdo en mi maestra era la plena conciencia de su papel en el aula y de la necesidad de poner límites a las alumnas. No obstante, o quizás por eso, la niña Maru era sin duda una figura de autoridad, que para nuestro bien irradiaba a la vez firmeza, una enorme dulzura y un verdadero afecto hacia sus alumnas (R/1).

Cuando había problemas de indisciplina, la niña Viria no se andaba con rodeos, rapidito nos ponía en su lugar sin mucha ceremonia(R/ 3).

Freire (1998) indica que el acto de conocer y pensar están directamente ligados a las relación con las otras personas, y Piaget afirmaba que “lo afectivo es motor o freno del desarrollo”. Estas afirmaciones ratifican la importancia de que el personal docente establezca relaciones afectivas y de respeto con sus estudiantes. Lo que significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten. Al respecto Day menciona:

La demostración de afecto como elemento de la pasión por la enseñanza está lejos de ser un ideal sentimental. Es esencial y aparece en las descripciones de buenos docentes que hacen alumnos de todas las edades. Son amables, justos, alentadores, se interesan y son entusiastas frente a los docentes que se muestran indiferentes. Por lo tanto las relaciones de afecto entre maestros y alumnos son fundamentales para una enseñanza y un aprendizaje satisfactorios. Son el adhesivo que une a ambos y constituyen la expresión patente del compromiso del docente con el alumno como persona (2006:44).

Los seres humanos necesitamos sentirnos queridos y respetados, un aspecto esencial en el mejoramiento de la calidad de la educación es el establecimiento de relaciones interpersonales cordiales entre la población y el personal docente, lo que le permite al alumnado a sentirse en un ambiente de confianza donde puede expresar

pensamientos y sentimientos libremente, y formarse como personas respetuosas y solidarias, condición deseable en la sociedad actual.

Práctica pedagógica

En los diferentes relatos sobre docentes destacados se evidencia que la actitud de estas personas hacia la práctica profesional es muy positiva, manifestaban gusto, pasión, alegría, compromiso, preocupación por estudiar, por elaborar materiales, por ofrecer las lecciones amenas, que incentivan al estudiantado a aprender. Algunos ejemplos de ello son:

Y a la niña Maru le debo el haber disfrutado todo lo aprendido desde mis primeros años de escuela (R/1).

Lo que sí puedo asegurar es que, por intuición o formación, o por las dos cosas simultáneamente, era una persona tremendamente estimulante y respetuosa... La enseñanza, bajo su guía, era una fuente de estímulo y gusto, nunca algo aburrido o carente de vitalidad (R/2).

Los temas de historia y geografía eran apasionantes; yo me sentía Colón descubriendo América. La maestra preparaba materiales con tanto gusto que nos hacían soñar. Lograba crear la fantasía necesaria para dimensionar los acontecimientos relevantes de nuestra historia. (R/3).

Cercana al estudiante limitado, animadora del alumno que podía dar más de sí, era también capaz de ser arriesgada estimulando y confiando fuertemente en quien recibía un encargo de su parte (R7).

... fue ella quien despertó mi entusiasmo por la vida, el asombro ante la naturaleza, el espíritu de aventura, la inquietud por la investigación, la alegría para disfrutar de las cosas simples de cada día, el interés por la lectura y la buena disposición hacia las actividades artísticas (R/9).

Los años fueron pasando y las ciencias para mí continuaron asociadas con la profesora. Con ella aprendimos de plantas, animales, rocas, preparativos para el estudio del espacio (en esa época eran los estudios del espacio por medio de las naves Apolo), pero también con ella tuvimos las lecciones que corresponderían hoy con educación sexual. En un marco absoluto de respeto y seriedad se nos explicaban asuntos relativos a la sexualidad, diferencias y semejanzas entre hombres y mujeres pero sobre todo la responsabilidad en el manejo de los asuntos sexuales en la vida. En las clases se planteaban lo que hoy podríamos llamar mitos, temores, fantasías y la profesora aclaraba con aplomo y con visión científica lo que correspondía (R/11).

Unas pocas personas dedicadas a educar consiguen que sus estudiantes se enamoren de sus enseñanzas... Don Carlos, que no era profesor de monólogo y conferencia, mantenía en cada uno de sus cursos de Literatura Costarricense a veinte o treinta jóvenes colgados del hilo de sus palabras. Palabras que discurrían con vehemencia, sin forma de discurso preparado o clase planeada o notas de guía. Palabras que eran indicio de su profunda y respetuosa pasión por aquello que buscaban contagiar más que transmitir (R/15).

Además de la importancia que este personal docente daba al aprendizaje de las ciencias, artes, literatura, matemática, estudios sociales y demás contenidos, consideraban esencial educar para la vida y enseñar con el ejemplo. Así lo manifiestan las personas que escribieron los relatos:

Como educadora conciente de su rol, la niña Maru sabía, mucho antes de que la UNESCO lo declarara, que nos estaba educando para la vida. Por eso se centraba en asegurarse de que realmente aprendiéramos destrezas fundamentales, esas que son para siempre, transferibles a todo lo que vendría posteriormente (R/1).

El objetivo primordial de este esfuerzo era formar seres humanos plenos, felices, seguros de sí mismos, con sólidas bases de conocimientos, con una actitud positiva ante la vida y sobre todo personas de bien (R/ 5).

En la parte académica era muy buena, muy ordenada, pero su mayor fortaleza, era la motivación, la formación integral del estudiante (R/8).

Entonces parece que no solo caló en ellos el recuerdo de la maestra que enseña a sumar y restar, sino también la que educó para la vida, la que de su bolsillo les compraba melcochas pues era la única posibilidad de que ellos probaran un dulce (R/10).

Lo que evidencia que tenían conciencia de la gran responsabilidad que implica ser educador o educadora, y en su acción pedagógica hacían realidad lo que Delors (1998) propuso en cuanto a la importancia de que la educación se dirija a incentivar a la población estudiantil a aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. De tal forma, al mismo tiempo se esforzaban porque sus estudiantes aprendieran sobre ciencias, artes y letras, inculcaban valores, relaciones respetuosas y solidarias, así como actividades de la vida cotidiana.

Desde los paseos a jugar a la plaza del pueblo, a una finca cercana o alguna excursión al Parque Nacional Santa Rosa a conocer de Biología Marina con un funcionario del MINAE hasta enseñarles a coser y bordar a sus estudiantes. Menciona que como antes no había comedor, la comida la llevaban de la cocina al aula y allí se repartía por el maestro, en platos que cada niño traía de su casa (R/10).

Sobresale en los ensayos la intención de educadoras y educadores de formar buenos ciudadanas y ciudadanos amantes de su patria, y educar en valores para construir una sociedad justa y democrática.

Mi maestra fue ejemplar porque tenía una profunda convicción cívica y sabía motivar ...Pero creo que, visto en retrospectiva, lo más maravilloso de la niña Maru era su capacidad para lograr que nos sintiéramos orgullosas de nuestra comunidad y de nuestro país (R/1).

La niña Margarita era una persona muy creativa, flexible, comprensiva, de buenos principios morales y éticos. Nos inculcó hábitos morales, espirituales y cívicos, despertó en sus alumnos el deseo de aprender, superarse y luchar por salir adelante (R/ 4).

Ella –con su misma presencia ya de por sí educadora– supo ser promotora de sentido patrio, del valor de la responsabilidad, de la urgencia de la curiosidad intelectual, de la importancia de las virtudes humanas y las sobrenaturales; en fin, supo enseñar los instrumentos esenciales para vivir como ciudadanos ejemplares y honestos (R7).

Ella es la mejor prueba de que con el ejemplo se enseña y de aquella idea pedagógica, según la cual en el acto educativo se transmiten más que conocimientos, sino también valores y prácticas (R/13).

En las transcripciones se evidencia que este personal docente estaba consciente de la necesidad de construir una sociedad que promoviera la solidaridad, la vida ética, la participación y el desarrollo humano. Esto era congruente con las prácticas pedagógicas en las cuales mostraban un gran profesionalismo creando en sus aulas ambientes de aprendizaje cálidos, flexibles, donde se estimulaba la participación del estudiantado, como se describe en algunos ensayos:

Había en torno a ella la seguridad de que el aula era un ambiente limpio, agradable y de respeto, donde siempre se aprendía algo interesante, a pesar de que la infraestructura era poco menos que idónea según los parámetros actuales (R/1).

El ambiente que él generaba en sus clases era afable, estimulante, cálido. No recuerdo haber sentido el temor y la tensión que sentí en otros años de mi escuela primaria (R/2).

Don Carlos era maestro en el arte de volver fácil lo difícil, de ponerse en los zapatos de sus estudiantes y hacerse comprender. Nos hablaba de literatura en vocablos de vecindario, fáciles, fluidos, entendibles; y esto hacía que obras y autores se nos pusieran tan a la mano y tan a la vista que nada en ellos parecía ni tedioso ni complejo. Posiblemente, más que su saber, lo que destellaba en sus clases era su personalidad de hombre estudioso, observador, reflexivo, inteligente sensible y creativo; y una innata facilidad para comunicarse con quienes sabían menos(R/15).

Asimismo estas educadoras y educadores se valían de diferentes recursos para ofrecer los contenidos a sus estudiantes, preparaban material, narraban cuentos, poesías, cantaban, organizaban excursiones, elaboraban resúmenes y constantemente innovaban con el propósito de interesar a los estudiantes a aprender. Al respecto Dengo afirma que la primera función del docente es propiciar el aprendizaje en el estudiantado para lo cual debe “disponer y promover todos los medios y recursos didácticos necesarios...” y para lograrlo “... es indispensable que el educador esté bien preparado en el uso de las técnicas pedagógicas y que sea

plenamente solvente en el conocimiento de las disciplinas que integral el curriculum...” (1998:260). Algunos ejemplos se transcriben a continuación:

La niña Margarita mostraba gusto por su labor docente; cuando iba a introducir un tema nuevo, nos motivaba con canciones, cuentos, poesías; nos formó en un ambiente democrático donde todos podíamos participar y dar nuestras opiniones por lo que se desarrollaba el pensamiento crítico y el razonamiento. El material didáctico utilizado era muy variado y muy bien elaborado; entre ellos, recuerdo hojas poligrafiadas, fichas didácticas, libros, el minidiccionario, donde se escribían las palabras desconocidas, con una oración y un dibujo era muy interesante y bonito; entre otros, usaba también grabadora y a veces televisión, para cambiar la rutina del aula. Se hacían exposiciones y trabajos grupales e individuales, los grupos siempre eran los mismos, grupos integrados por solo mujeres o solo varones de rendimiento académico excelente y bueno y otros grupos eran integrados, tanto por hombres como mujeres; creo que algunos estaban así conformados con el propósito de ayudar a los quienes les costaba el estudio (R/4).

Introducía novedades, creaba materiales que sorprendían, favorecía la capacidad constructiva –a nivel individual y grupal– en el proceso de enseñanza-aprendizaje y alababa sin reservas a quien sabía ir más allá por su capacidad de abrir horizontes (R/7)

Sus explicaciones en la clase siempre estaban cargadas de ejemplos que conectaban con la realidad y cuando la ocasión se prestaba, las lecciones se complementaban con excursiones durante los fines de semana (R/11).

Doña Viviene fue la maestra que cada mañana nos leía una hermosa página de la literatura universal o nos ponía una hermosa pieza musical (R/14).

Los cierto es que la profesora nos aportaba aquellos resúmenes bien elaborados que nos servían para repasar la lección que con gusto y esmero nos había dado. Era su estilo y aún hoy me parece interesante sintetizar al final de una clase las ideas principales que han sido presentadas y discutidas de manera que los estudiantes se vayan claros en los puntos en los que hemos llegado a acuerdos o por lo menos que serán los que sirven de base para continuar aprendiendo (R/11).

Un denominador común entre estos docentes destacados es que inculcaron en el alumnado pasión por la lectura y se realizaba como una actividad cotidiana para transmitir conocimientos, gozo y placer.

En las calurosas y lluviosas tardes griegas, era frecuente que, después de hacer la tarea, las alumnas de la niña Maru fuéramos a su casa a leer en voz alta. Esperábamos el turno para sentarnos a leer en una banca en el corredor al frente de su casa. Imposible entonces no aprender el significado de cada pausa marcada por un signo de puntuación, e imposible también no entender el valor de la flexión de la voz para dar significado especial a cada texto. Creo que mi afición al maravilloso mundo de las palabras que eventualmente me llevaría a la lingüística como profesión, se remonta a esos días escolares, cuando trataba de imitar la entonación y el ritmo de mi maestra (R/1).

Cuando aprendimos a leer, nos recomendó que tratáramos de leer anuncios y rótulos en la calle; y nunca se me olvida esa sensación mágica de poder hacer la

lectura de un anuncio, de conectar las palabras y entender un mensaje escrito, ¡qué descubrimiento! Cultivó en nosotros el placer por la lectura, y recuerdo lo agradable de los relatos y narraciones que nos hacía en clase. También las lecturas de poesía, y el disfrute de recitar en público, frente a nuestros compañeros. El gusto por escuchar la rima y la musicalidad de un poema (R/2).

La niña Margarita se inclinaba por el área de español, fomentaba mucho la lectura y la escritura, nos pedía hacer muchas redacciones, narraciones, historias creativas, dramatizaciones, entre otras (R/4).

... poco a poco nos fue introduciendo en la obra de literatos y pedagogos tanto de nuestra América como de otros continentes y que hoy vienen a mi mente: John Dewey, Jesualdo, Juana de Ibarbo, Gabriela Mistral, Salvador de Maradiega, Rabindranath Tagore, Gandhi Jalil Gibrán, Krisnamurti, Makarenko, Frienet, para nombrar solo algunos de ellos... También aprovechaba ese espacio para invitarnos a la lectura. En ese periodo matinal, nos mostraba las láminas de un libro, algunos de los textos de reciente publicación o bien escuchábamos música de los grandes clásicos, prácticas pedagógicas que posteriormente, en el ejercicio de mi profesión como maestra y formadora de docentes, puse en práctica con mis estudiantes (R/14).

Al profesor le gustaba tener alumnos lectores. Recuerdo que sin escatimar costos, tenía una biblioteca personal, pero la puso a la orden del estudiantado para que disfrutara leyendo. También hizo hincapié en el gusto por la escritura. A menudo nos ponía a redactar y nos decía cómo la escritura era una forma de expresar nuestras experiencias, logros, recuerdos de nuestras vidas, y que nos invitaba a crear a igual que en la lectura (R/20).

En los relatos se muestra la gran sensibilidad de estas maestras y maestros por la literatura y otras artes, que fueron inculcando a sus estudiantes diariamente en las actividades que desarrollaban. Y es que la lectura transporta al ser humano a otras realidades, situaciones, estimula la imaginación y la creatividad. La importancia de inculcar el placer por la lectura desde edades tempranas radica en que se ofrece a la población estudiantil la posibilidad de adquirir un buen hábito que les permitirá aprender por sí mismos, conocer sobre una infinita diversidad de temas, ponerse en lugar de otras personas, percibir diferentes sensaciones, trasladarse a otros mundos y experimentar el gozo que produce la literatura. Estas maestras y maestros destacados conocedores de la magia de la lectura la promovieron en sus estudiantes, a los cuales influyó positivamente. Al lado de la lectura incentivaron el gusto por otras artes y la expresión escrita, habilidad que se debe desarrollar en todo proceso de enseñanza y aprendizaje formal, ya que mediante la escritura se transmiten pensamientos, sentimientos y conocimientos, se da a conocer las creencias de las personas, sus más íntimas emociones lo que contribuye a la realización plena del ser humano.

Otro aspecto relevante en los relatos analizados es la importancia que tiene la experiencia directa del estudiantado con el material concreto. Este contacto se

destaca como una estrategia valiosa que le permite al estudiantado construir conocimientos sobre diferentes temas al poder tocar, oler, manipular y experimentar con diferentes materiales didácticos y del medio, que los llevan a cuestionar, analizar, reflexionar, llegar a conclusiones y adquirir conocimientos a partir de las discusiones que se promovían en el salón de clase en relación con estos materiales. Así lo recuerdan las personas que escribieron sobre sus maestras y maestros destacados.

La Niña Virginia nos daba clases a los de sexto grado. ¡Qué clases Dios mío! Era para babear. Ninguna clase recibida sobre membranas meníngeas en mi querida Facultad de Medicina de la UCR fue recordada, tan fielmente como aquella que nos dio la Niña Virginia a los de sexto. Se trajo tres cerebros de vaca enteros, los del matadero sabían que cuando la Niña pedía los cerebros había que sacarlos completos, con todo y meninges, para mostrarle a los asombrados estudiantes, órgano en mano, la estructuración y organización del cerebro. Hacía una cuidadosa disección, en órganos frescos, lo que ayudaba mucho a comprender “aquellos insondables misterios” (R/6)

Hasta el día de hoy puedo recordar el olor del material educativo que nos traía. Hay que tener presente que no había televisión y solo escasos radios en algunas de las casas de mi pueblo. De manera que unos paisajes hechos con lana de portal, nubes de algodón, lagos con espejos y animalitos de plástico primitivo se convertían ante nuestros ojos en auténticos y verdaderos parajes que aún guardo en mi memoria...la niña Viria había hecho con aserrín de colores, una especie de maqueta del pueblo, con su iglesia, el parque, la plaza de fútbol, los caminos, los ríos y las montañas. Nos dejó con la boca abierta, qué belleza, qué cosa maravillosa, qué niña tan inteligente. Todos fuimos reconociendo el camino a nuestra casa, los ríos cercanos, la iglesia de techo rojo, en fin un broche de oro para el cierre de mi primer grado de la escuela”...(R /3).

Los barcos con fondo de alcanfor que flotaban libremente en una palangana con agua fueron para mí una sorpresa y creo que de ahí en adelante entendí cuando del concepto de densidad se trata. Aquella fue una experiencia, tal vez menos sofisticada, pero con los mismos principios de una feria científica, todos tuvimos que presentar algo y exponerlo para todo el colegio. La profesora estaba involucrada en la organización de esta tarea (R/11).

Las excursiones fue un recurso utilizado en los procesos de enseñanza y aprendizaje por estos educadores y educadoras inolvidables para sus estudiantes. Se planeaban para estudiar diferentes temas, se preparaban con antelación con el alumnado, se asignaban trabajos previos y posteriores a las visitas con el fin de aprovechar al máximo esta experiencia. En algunos casos se invitaba a las familias de la población estudiantil lo que contribuía a la integración de éstas a las actividades escolares.

¿Cómo no recordar el paseo anual a una finca cercana de la escuela? No se podía decir que íbamos de paseo al campo porque vivíamos en el medio del campo, Atenas era mucho más rural de lo que es hoy. No se podía decir que

íbamos de pic nic porque nadie sabía que era eso; ir a una finca viviendo todos los días en una, era muy sin gracia. Pero la niña Viria nos fue introduciendo en el tema con antelación, nos dejaba tareas para dibujar ríos, montañas, animales, paisajes, plantas que nos fueran abriendo la imaginación y la fantasía de creernos en un viaje de exploración que el comandante James Cook cuando descubrió Australia era cualquier cosa. Nos contaba cuentos de animalitos en el campo, nos enseñaba canciones ... (R/3).

¡Qué bonitas eran las excursiones que realizamos! Fuimos al Volcán Irazú y al Volcán Poás con nuestras familias. Se llevaban a cabo los domingos para que todos pudiésemos participar en ellas. Nos divertíamos e integrábamos y compartíamos con la familia. Luego, al llegar al aula, se entregaba un informe de la excursión, además se compartían en círculo las experiencias y los conocimientos adquiridos (R/4).

Recuerdo excursiones para visitar las minas de oro en Líbano, para conocer las diversas formas en que nos los podíamos encontrar los minerales que en esas minas nos parecían sorprendentes. Las excursiones nos permitían, además de profundizar en el tema, socializar un poco más con los compañeros, asumir la responsabilidad en las cosas que hacíamos y generar estrategias y cuidados en la manera de conducirnos en la vida (R/11).

Asimismo la inclusión de lo lúdico en las actividades que se desarrollaban en las aulas fue un elemento que recuerdan algunas personas que escriben sobre este personal docente. El cual tenía conocimiento del valor de la actividad lúdica en el desarrollo integral del ser humano. Es conocido que el juego incentiva la experimentación, el descubrimiento, la fantasía, el pensamiento creador, potencia el desarrollo socioafectivo, cognitivo y psicomotor porque permite al estudiantado expresar sentimientos, pensamientos, creencias, interactuar con otros, respetar reglas y es fuente de alegría (Erikson, 1998).

En el área de matemática, nos repasaba las tablas de multiplicar: hacíamos un círculo todos y empezaba a preguntar las tablas, por ejemplo, 3 por 4 y el estudiante tenía que contestar inmediatamente, de lo contrario, sonaba una campanita, llamada por todos "Wendy". Este juego era emocionante y todos estudiamos mucho para ese día, porque nos gustaba quedar de finalistas y obtener un 100 (R/ 4).

Se describe en los relatos, las clases de recuperación que ofrecían maestras y maestros a la población estudiantil. También la forma de evaluar y la corrección de los exámenes en el aula, lo que contribuía a aprovechar el error como fuente de aprendizaje. Así por ejemplo indican:

De las maestras que daban clases de recuperación, no porque se las pagaran sino por auténtica preocupación de que sus alumnos salieran adelante. No había aula integrada como ahora, todos los niños y niñas estaban en una sola, conviviendo con la más amplia gama de diversidades, promoviendo cotidianamente la solidaridad y la cooperación... (R/10).

Cuando pasaba por los pupitres revisando lo que estábamos haciendo nos ponía unos buenos con rojo, que no puedo olvidar: grandotes, perfectas líneas sin trazos, intensos, que nos creíamos haber escrito la fórmula de la relatividad de Einstein (R/3).

Cuando entregaba los exámenes corregidos, los revisaba en la pizarra con todos y explicaba las respuestas (R/4).

Un aspecto relevante es que el personal docente destacado insistía a sus estudiantes en la importancia de superarse y continuar estudiando. Como se refleja en las siguientes transcripciones:

Con el paso de los años, lógicamente he tenido que aprender de nuevo muchos de los contenidos de la educación primaria y secundaria, y soy aficionada a las computadoras, pero eso ha sido posible porque la niña Maru nos supo inculcar curiosidad por lo desconocido y la certeza del cambio (R/1).

La niña Margarita... despertó en sus alumnos el deseo de aprender, superarse y luchar por salir adelante (R/ 4).

La profesora estuvo a cargo de la Química y la Biología y nos animaba a aprenderlas con gusto y dedicación, porque serían la base de las carreras universitarias que después quisiéramos escoger. En esto siempre nos animaba a continuar más allá de lo que el colegio podía ofrecernos, porque como ella decía en ese entonces, sus alumnos teníamos que ir más allá de donde ella había logrado llegar con el estudio. (R/11)

Era común escuchar a doña Viviene decir a sus estudiantes: “muchachos estudien, prepárense pues mañana serán ustedes quienes tendrán a cargo puestos relevantes en la conducción de la educación del país” (R/ 14).

Ese mismo año por recomendación de ella y a que comencé a trabajar, ingresé de una vez a maestría, pues en palabras de ella, eso me ayudaría mucho a formarme más como profesional, cosa que hice inmediatamente (R /16).

En la práctica pedagógica este personal docente evidenció su vocación profesional, pues son evidentes los esfuerzos realizados por formar integralmente a sus estudiantes, en el académico y en lo personal. Se valían de diversos recursos para promover aprendizajes de contenidos curriculares y para la vida. Estaban conscientes de la función social que tenían como formadores de seres humanos, lo que los motivó a realizar su trabajo con gran sentido de responsabilidad y pasión lo que marcó positivamente a sus estudiantes que los recuerdan con admiración y cariño.

Relación con la familia y la comunidad

En la práctica educativa es fundamental la relación que el personal docente establezca con las familias de sus estudiantes y con la comunidad donde se ubica la escuela.

Las familias son los primeros agentes educativos de niñas y niños, en ellas se aprenden valores, actitudes, habilidades, creencias, tradiciones, a establecer relaciones con otras personas, marcan definitivamente la vida de los seres humanos. La comunicación con las familias ayuda a que el personal docente conozca mejor a sus estudiantes, sus gustos, sus habilidades, sus temores y comprenda sus reacciones ante diversas situaciones, por ello es fundamental establecer una comunicación fluida con las personas encargadas de las niñas y los niños. Al respecto Dengo indica que “La comprensión del medio y de las personas que lo constituyen, la relación necesaria con los padres de familia, son los primeros ingredientes en las actitudes sociales que conviene cultivar por parte del maestro” (1998:261).

En los relatos analizados se muestra que estas educadoras y educadores se comunicaban periódicamente con las familias:

Tuve la fortuna de ir a la escuela en una época en que los informes de notas trimestrales incluían información sobre el número de visitas de los padres a la escuela –para enterarse del progreso y de la conducta de sus hijos, por supuesto, no para quejarse–así como el número de visitas del maestro ¡al hogar! Es decir, había un acuerdo tácito entre padres y maestros de que la labor educativa era en realidad una tarea conjunta, y se daba cuenta estadística para que así fuera. R/ 1

...para ella era fundamental la comunicación periódica con los padres y madres de familia, una llamada telefónica, un mensaje escrito en un cuaderno especial de apuntes, una visita de aquellos a la escuela, la participación en la entrega de calificaciones, la participación en reuniones de grupo; en fin, ella encontraba espacios de diálogo para compartir las preocupaciones y problemas con los padres y madres de familia. Por eso siempre gozó de su beneplácito y anuencia para aplicar medidas correctivas en el aula y para convertir la labor de formación en una responsabilidad compartida entre el hogar y la escuela. (R/5)

Los padres de familia en general la consideraban una gran maestra y trataban de colaborar en todo lo que fuera necesario, para que el proceso de aprendizaje no se viera retrasado o afectado. Nadie faltaba a las reuniones de padres porque sabían que asistir era importante (R/ 3).

En estos lugares, donde la escuela se vuelve el centro de socialización, ella hacía reuniones de padres y madres de familia. Graduó a sus estudiantes, pero también hizo un huerto, un jardín, “turnos” para “recaudar fondos”. Los domingos que no viajaba a su casa, ensillaba un caballo y montaña adentro se iba a visitar hogares (R/10).

Asimismo, las comunidades donde viven las familias van a determinar ciertas conductas y comportamientos en la población estudiantil, puesto que no es lo mismo vivir en la ciudad que en el campo o en una comunidad deprimida socialmente. Es esencial tener presente que “...lo primero es tratar de conocer el medio, la realidad social, económica y humana de la comunidad-escuela en la cual se labora, ya sea urbana o rural. Esto debe hacerse en forma sistemática, aplicando criterios

investigativos, pero también con gran naturalidad y con tacto, a fin de adentrarse en esa realidad sin producir situaciones forzadas ni pecar de intruso. El compartir con los miembros de la comunidad, el participar, el convivir si es posible ahí mismo, son las mejores modalidades de inserción en el medio social que se deben practicar” (Dengo, 1998: 261-262).

De ahí la importancia de que el personal docente conozca a las familias de sus estudiantes y a la comunidad puesto que ello le permitirá ofrecer una educación más humana y pertinente, lo que se demuestra en los relatos analizados:

Se fue a meter a las barriadas más pobres del centro de Atenas, la recuerdo en el Cajón enseñando en miserables instalaciones del salón comunal a gentes que por su marginalidad no asistían a la escuela de adultos. A ellos también les dedicó tiempo de donde no había, porque ella entendía como nadie que la educación es la herramienta por excelencia para la movilización y ascenso social, es la llave que abre las puertas de las oportunidades, sin ella no será posible el desarrollo y el progreso humanos (R/6).

Esta maestra era de las que hacían de enfermeras, de guardaespaldas, de policías, de coreógrafas, de dibujantes y poetizas, de maestras de ceremonias, de consejeras, de productoras de espectáculos para el día del libro, del árbol o de la graduación. . (R/10).

En síntesis, este personal docente demostró en su práctica pedagógica por qué fueron calificados por sus estudiantes como personas inolvidables que marcaron sus vidas positivamente, ya que demostraron vocación por lo que hacían, educaron en el amplio sentido de la palabra, en ciencias, artes y letras, en valores y para el desarrollo individual del estudiantado con miras a formar ciudadanas y ciudadanos para una sociedad justa, solidaria y democrática.

7. Conclusiones

La educación es un factor determinante en el desarrollo individual y social de nuestra sociedad. Para ofrecer una educación pertinente y de calidad es esencial el papel que desempeña el personal docente. En este estudio se han identificado algunas de las características personales de educadoras y educadores destacados de acuerdo con la opinión de sus estudiantes. A este personal docente lo distinguen las siguientes cualidades:

- Vocación por su labor docente, que se evidencia en la dedicación, gusto y amor por su profesión.
- Respetuosos, de trato amable, alegres, atentos, saben escuchar, con sentido del humor.

- Sencillos con sensibilidad social, conscientes de su responsabilidad como formadores de seres humanos para una sociedad solidaria, justa y democrática.
- Habilidad y fluidez comunicativa que permite la comprensión del mensaje por parte del estudiantado.
- Se interesan por cada uno de sus estudiantes, en lo académico y en lo personal. Tienen la habilidad de hacer sentir al estudiantado importante y que pueden aprender.
- Establecen normas de comportamiento y límites claros en el salón de clase.
- Demuestran coherencia entre lo que piensan, predicán y lo que hacen.
- Estudiosos, observadores, analíticos, innovadores, buenos lectores.
- Profesionales formados en instituciones de educación superior, expertos, conocen la materia, sobre didáctica y metodología.
- Incentivan a sus estudiantes a superarse, continuar estudiando y prepararse profesionalmente.
- Establecen relación constante y respetuosos con las familias y la comunidad.

En los relatos analizados en la investigación se identifican experiencias desarrolladas por este personal docente que hacía que sus estudiantes desarrollaran el gusto por aprender, estudiar, investigar y descubrir. Algunas de estas experiencias son las siguientes

- Generaban ambientes cálidos, de respeto, agradables, democráticos, donde se podía preguntar, participar y plantear ideas.
- Conocían las condiciones socioeconómicas y culturales de cada estudiante y de sus familias.
- Promovían la habilidad que cada estudiante tenía, lo que hacía que todo el alumnado se sintiera talentoso.
- Introducían alguna temática con un cuento, una poesía, una canción, una obra de arte. Cada vez con recurso diferente que atraía la atención del estudiantado.
- Elaboraban diversidad de material didáctico.
- Presentaban material concreto y real para el estudio de determinados temas.
- Realizaban experimentos científicos en el aula.
- Las explicaciones sobre algún tema eran conectadas con ejemplos de la realidad.
- Promovían la lectura de bellas obras literarias.
- Incluían la actividad lúdica en el desarrollo de las diferentes temáticas, lo que contribuye a adquirir conocimientos para toda la vida.
- Incentivaban a la población estudiantil a investigar sobre diferentes temáticas para estudiarlos en el salón de clase.

- Organizaban excursiones, a las cuales se les planeaban actividades previas, durante la excursión y posterior a esta.
- Resumían al finalizar la clase las ideas principales de lo que se había estudiado, lo que permitió tener claro los contenidos analizados en el aula.
- Aprovechaban las evaluaciones para analizar los errores cometidos por el estudiando.

A partir del análisis de las experiencias gratificantes en los contextos escolares, se identifican las siguientes lecciones aprendidas para la formación docente y la práctica pedagógica:

- Es importante que la persona que desee seguir estudios para formarse como docente esté segura de su vocación. Para ello es importante que todas las instituciones formadoras de docentes apliquen pruebas para el ingreso a la carrera.
- En los planes de estudio de formación docente se debe continuar con el estudio de los grandes educadoras y educadores costarricenses que inspiran al profesorado a desempeñar su labor profesional de una manera comprometida.
- Tener presente la responsabilidad social que implica ser docente, pues influye de una manera determinante en el desarrollo socioafectivo, espiritual, cognoscitivo y psicomotor del estudiantado. Se debe tener conciencia que se está formando seres humanos integrales para que se desenvuelvan en una sociedad justa, solidaria y comprometida con el desarrollo sostenible.
- Tomar en cuenta que la educación es una práctica política y social, por ello es fundamental analizar el contenido, el material educativo y las interacciones que se promueven en el salón de clase para promover prácticas colaborativas, democráticas, respetuosas de la diversidad humana en toda su amplitud y erradicar cualquier tipo de discriminación ya sea de género, nacionalidad, étnica o cualquier otra.
- Enfatizar en la importancia de conocer el contexto socio-cultural y económico de cada uno de los estudiantes, lo que le permite al docente comprender las actitudes, habilidades, conocimientos y destrezas de ellos y ellas, y a la vez, planificar de una manera más pertinente el proceso de enseñanza y aprendizaje.
- Estrechar relaciones con las familias del estudiantado para conocer sus realidades y coordinar acciones conjuntas en beneficio del estudiantado.
- Utilizar material concreto y cercano al estudiante para el estudio de diferentes temas.

- Propiciar un ambiente cálido y afectivo en el aula donde se promuevan relaciones cordiales y de respeto, pues está demostrado que “afectivo es motor del desarrollo”.
- Promover el diálogo y la participación activa de la población estudiantil en el salón de clase con el fin de que puedan expresar libremente sus pensamientos, conocimientos y sentimientos libremente.
- Inculcar en la población estudiantil el placer por la lectura desde edades tempranas lo que le permitirá aprender por sí mismos, conocer sobre una infinita diversidad de temas, percibir diferentes sensaciones, trasladarse a otros mundos y experimentar el gozo que produce la literatura.
- Utilizar el error como fuente de aprendizaje.
- Favorecer la formación continua del profesorado que le permita mantenerse actualizado

Es decir que la profesión docente, por la responsabilidad que conlleva en cuanto a la formación de seres humanos, exige ser ejercida por personas con vocación, conscientes de su papel en la sociedad, con una sólida preparación humanística y académica que les permita impulsar las transformaciones para la construcción de una sociedad democrática, equitativa, solidaria, pacífica y en armonía con la naturaleza.

8. Resultados

Desde agosto del 2005, fecha en el que inició el estudio los resultados han sido los siguientes:

1. Se lograron los objetivos de la investigación.
2. El marco teórico de este estudio se escribió como artículo científico, el cual está siendo revisado para la correctora de estilo del INIE para posteriormente enviarlo a una revista reconocida.
3. Se participó Congreso Mundial “Educación de la infancia para la paz” 20,21 y 22 de abril, 2007. Albacete, España
Ponencia “El papel de la educadora en la construcción de la identidad de género de sus estudiantes” (ver anexo No 9).
4. Se escribió un libro que debe ser valorado por un Consejo Editorial para su publicación (ver anexo No.10).

9. Limitaciones

El proyecto se desarrolla sobre la carga académica de la investigadora por lo que el avance no ha sido como se esperaba.

10. Presupuesto del 2006 y 2007

Se desglosa el presupuesto que se invirtió en el proyecto durante los años 2005, 2006 y 2007. El cual se ejecutó casi en su totalidad.

2005

Partida	Descripción	Monto
14-15	Impr., reproducción y encuadernación	20.000.00
21-17	Útiles y materiales de computación	30.000.00
42-06	Horas estudiante (10 horas x 10.5 meses)	198.397.00

2006

Partida	Descripción	Monto
14-15	Impr., reproducción y encuadernación	10.000.00
21-06	Productos papel, cartón e impresos	10.000.00
21-17	Útiles y materiales de computación	30.000.00
42-06	Horas estudiante (10 horas x 10.5 meses)	218.001.00*

2007

Partida	Descripción	Monto
1-03-03-00*	Impr., reproducción y encuadernación	700.000.00
2-99-01-01	Útiles y materiales de oficina	200.000.00
2-99-01-03	Útiles u materiales educ. y dep	15.000.00
2-99-01-04	Útiles y materiales de imprenta y fotografía	30.000.00
2-99-01-05	Útiles u materiales de computación	40.000.00
2-99-03	Útiles y materiales de imprenta y fotografía	10.000.00
6-02-02-01	Horas estudiante (10 h x 10.5 meses)	248.640.00

*Se trasladó para imprimir y publicar el libro: "Investigación-Acción Colaborativa: Un encuentro con el quehacer cotidiano del Centro Educativo para su transformación"

11. Bibliografía

- Abarca, Sonia y Rojas, Maricela (1992) "El Constructivismo". **Memoria I Simposio de Educación Preescolar**. San José: Escuela de Formación Docente, Universidad de Costa Rica. 1992.
- Aguerrondo, Inés. (2000) "La calidad de la educación: Ejes para su definición y evaluación". Revista Interamericana de Desarrollo Educativo. Año XXXVIII. N° 116. III 93. Washington D.C. Estados Unidos: Centro Editorial La Educación. 2000
- AICD. (2003) Documentos del curso en línea "**Calidad de la Educación Básica**". Agencia Interamericana para la Cooperación y el Desarrollo de la organización de Estados Americanos. de mayo a agosto del 2003
- Alarcón, Dina. (1993) "El niño menor de dos años y el educador que se requiere para su atención". **Memoria I Simposio Latinoamericano Desarrollo de una**

- Atención Integral Pertinente a América Latina para el niño menor de seis años.** Santiago: Junta Nacional de Jardines Infantiles
- Alfaro, Gilberto (1994). El educador como aprendiz. **Revista de Educación.** Universidad de Costa Rica, 18 (1).
- Araya, Guillermo et al (1997) **Cuento mi vida de maestro.** Costa Rica: EUNA.
- Bernstein, Basil (1994) **La estructura del discurso pedagógico** Madrid, España: Morata.
- Bernstein, Basil (1998) **Pedagogía, control simbólico e identidad.** Madrid, España: Morata.
- Campo, Rafael (2003) **“Caracterización de una excelente práctica docente universitaria”.** (Estudio de caso en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia) Tesis doctoral del Programa de Estudio del Posgrado en Educación, San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Capra, Fritjof. (1992) **El punto crucial** Buenos Aires, Argentina: Estaciones.
- Caruso M. y Dussel I. (1996) **De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea.** Buenos Aires, Argentina: Kapelusz.
- Carr, Wilfred (1996). **Una teoría para la educación.** Hacia una investigación crítica. Madrid: Morata y La Coruña: Fundación Paidea.
- Corrales, Olga y Jiménez, María de los Ángeles. (1994) El docente como investigador. **Revista de Educación.** Universidad de Costa Rica. Vol, 18, No2.
- Day, Christopher (2006) **Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores.** Madrid: Narcea.
- Delgado, Juan y Gutiérrez, Juan (1994) **Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales.** Madrid, España. Síntesis S.A.
- Delors, J. (1998) **La educación encierra un tesoro.** Madrid: UNESCO
- Dengo, María Eugenia (1998) **Educación Costarricense.** San José, Costa Rica: EUNED.
- Freire, Paulo (1998) **Pedagogía de la esperanza** 3ª edición. México: Siglo Veintiuno.
- Gadotti, Moacir (2001). **Los aportes de Paulo Freire a la pedagogía crítica** Ponencia en Simposio Latinoamericano de Pedagogía Universitaria “Hacia una pedagogía alternativa para la Educación Superior”. 17 al 20 de abril. San José, Costa Rica: Escuela de Formación Docente. Universidad de Costa Rica.
- Gamboa, Emma (1971) **Omar Dengo.** San José. Costa Rica: Ministerio de Cultura Juventud y Deportes.
- García Canclini, Néstor (1995) **Ideología, cultura y poder.** Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Gimeno, José y Pérez, Ángel. (1993) **Comprender y transformar la enseñanza** 2ª Edición. Madrid: Morata.S.A.
- Giroux, Henry (1997) **Los profesores como intelectuales.** 1ª Reimpresión Barcelona, España: PAIDÓS.

- Giroux, Henry (1997a) **Cruzando límites.Trabajadores culturales y políticas educativas**. Barcelona, España: Paidós.
- Gurdián, Alicia (1997) Por el derecho a un nuevo imaginario pedagógico. En **Revista Reflexiones**. Facultad de ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica N°65. Diciembre.
- Gurdián, Alicia (1998) "Perfil curricular, temas transversales y derechos humanos" En **Reconocer todas las voces de la historia: Derechos Humanos y diversidad cultural en la educación**. San José, Costa Rica: CSUCA.
- Hansen (1999) Conceptions of teaching and their Consequences. En Lang, Olson, Hansen,Bünder. **Changing Schools/Changing Practices: Perspectives on Educational Reform and Teacher Professionalism**. Louvin:Garant
- IIMEC (1999) **Paradigma Cualitativo Caracterización** Instituto de Investigación para el Mejoramiento de la Educación Costarricense. Universidad de Costa Rica p.7
- Jiménez, Kemly (1999) **Monólogo para un diálogo: acerca de la sociopedagogía**. Universidad de Costa Rica. Facultad de Educación. Escuela de Formación Docente. Departamento de Preescolar y Primaria (mimeo).
- Kappelmayer, M. (1994) "Vínculo familia-escuela: función preventiva y orientadora que pueden cumplir las instituciones educativas". Quito: **Memoria III Encuentro Latinoamericano y congreso nacional de profesionales en Educación Inicial**".
- Kliksberg, Bernardo (2007) "Educación es la clave" **Periódico La Nación**. San José: Programa para el desarrollo. pag. 36 A, 11 de noviembre.
- Latorre, Antonio (2004). **La investigación-acción. Conocer y cambiar la práctica educativa**. Segunda Edición Barcelona: Graou.
- León, José Alfredo y Valdés, Marta Beatriz. **Conversando con destacados maestros. Sus saberes, valores y consejos**. Recuperado 20 julio 2005 En:<http://www.ilustrados.com/publicaciones/EEEEyEAplZddIUCLkM.php>
- Lomborg, Bjorn (2007) "Prioridades de reforma en América Latina". **Periódico La Nación**. San José: Programa para el desarrollo. pag. 37 A ,11 de noviembre. Traducido del inglés por David Meléndez Tormen. www.project-syndicate.org
- Matos, José (1995) **El paradigma sociocultural de L. S. Vigostky y su aplicación en la educación**.(mimeo).Heredia, Costa Rica: Universidad Nacional
- McLaren, Peter (1997) **Los profesores como intelectuales, hacia una pedagogía crítica del aprendizaje**. 1 reimpresión. Barcelona: Piados.
- Mora, Gerardo et al (2004) **Grandes maestros costarricenses**. Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica
- Mujica, Rosa Ma (1999) **Práctica docente y educación en derechos humanos**. Lima: Instituto Peruano en Educación en Derechos Humanos y la Paz.

- Murillo, Javier (2006) La formación docente: una clave para la mejora educativa. En **Modelos innovadores en la formación inicial docente. Una apuesta por el cambio**. Santiago: Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (PRELAC).
- Myers, Robert (1995). **La educación Preescolar en América Latina. El Estado de la Práctica**. Santiago de Chile. Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina.
- Onrubia, Javier (1998) "Enseñar: crear zonas de desarrollo próximo e intervenir en ellas" En **El constructivismo en el aula**. 8 edición. Barcelona: GRAÓ.
- Peralta, Victoria (1993) "Criterios de calidad curricular para una educación inicial Latinoamericana". I **Memoria Simposio Latinoamericano Desarrollo de una Atención Integral Pertinente a América Latina para el niño menor de seis años**. Santiago: Junta Nacional de Jardines Infantiles.
- Peralta, Victoria (1996) **Currículos educacionales en América Latina**. Su pertinencia cultural. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Peralta, Victoria (1998) "**El currículo en el jardín infantil**". Santiago: Alfa.
- Pérez, Ángel (2004) **La cultura escolar en la sociedad neoliberal**. Cuarta edición. Madrid: Morata
- Rivera, José. (1998) "La educación infantil en el siglo XXI" **Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe. Boletín 47**. Santiago de Chile.
- Robert, Paul (2006). **La educación en Finlandia: Los secretos de un éxito asombroso. Cada alumno es importante**. Traducción de Manuel Valdivia Rodríguez <http://foroeducativo.org/comunicaciones/alerta/275/finlandia.doc> 15 de mayo del 2007.
- Romero, J y Gómez, L (2007) ¿Sirven las políticas y prácticas de formación del profesorado para mejorar la educación? Una respuesta desde el análisis de la construcción social de la docencia. **Archivos Analíticos de Políticas Educativas**, 15(19). Recuperado 11 de octubre del 2007 de <http://epaa.asu.edu/epaa/v15n19/>
- Solera, Guillermo (1971) **Ilustres servidores de la enseñanza**. Costa Rica: Imprenta Nacional.
- Torres Santomé, Jurjo (1996) **Globalización e interdisciplinariedad: el currículum integrado**. 2 Edición. Madrid, España: Morata.
- UNESCO (2007) **Programa Regional de Políticas Educativas para la Profesión Docente. Documento General**. Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: mimeo.
- Vygotsky, Lev (1978) **Pensamiento y Lenguaje**. Buenos Aires, Argentina: La Pleyade

Anexo 10

Libro: “Educadoras y educadores destacados”

Primer borrador

Relatos y ensayos aceptados para publicar

1. María Julia Riggioni: maestra para la vida

Jeanina Umaña Aguiar

Corría el año 1953 cuando ingresé al primer grado de primaria. No había asistido al kinder, como entonces le llamábamos a preescolar, porque en Grecia no había. La escuela Eulogia Ruiz era entonces una escuela pública solo para niñas, uniformadas como en la actualidad, pero con la gran diferencia de que había muchas que iban a la escuela descalzas, ya que todavía no se sentía plenamente el impacto de los cambios suscitados por los eventos del 48. Tuve la fortuna de ir a la escuela en una época en que los informes de notas trimestrales incluían información sobre el número de visitas de los padres a la escuela –para enterarse del progreso y de la conducta de sus hijos, por supuesto, no para quejarse– así como el número de visitas del maestro ¡al hogar! Es decir, había un acuerdo tácito entre padres y maestros de que la labor educativa era en realidad una tarea conjunta, y se daba cuenta estadística para que así fuera.

La vida me premió al tener como mi primera maestra a la profesora María Julia Riggioni Maroto, "la niña Maru" como hasta ahora la llamamos sus exalumnas. En una escuela lejos de la capital, era un privilegio tener una maestra realmente educada, recién graduada de la Universidad de Costa Rica, como lo indicaba el anillo que con orgullo usaba. Muchos años después comprendí que la formación universitaria de la niña María Julia nos había garantizado que los contenidos a los que nos expuso fueran en ese momento los más actualizados, actor nada despreciable dada la importancia de la actitud hacia el conocimiento que deben tener quienes guían a niños y niñas en el mundo escolar.

Un segundo rasgo que recuerdo en mi maestra era la plena conciencia de su papel en el aula y de la necesidad de poner límites a las alumnas. La frescura de su expresión, su juvenil belleza, el porte elegante y el vestir práctico y siempre impecable de la niña María Julia no hacían sino reforzar su innegable presencia en el aula. Había en torno a ella la seguridad de que el aula era un ambiente limpio, agradable y de respeto, donde siempre se aprendía algo interesante, a pesar de que la infraestructura era poco menos que idónea según los parámetros actuales. Las aulas eran viejas y de madera, los pupitres no eran ergonómicos ni mucho menos, la decoración consistía de carteles alusivos a los contenidos del curso escolar y las plantas y flores que aportaban las estudiantes, y la biblioteca escolar consistía de unos cuantos mapas con los que lográbamos viajar en forma imaginaria. Pero la maestra nunca nos hizo pensar que eso fuera obstáculo para aprender; no entiendo cómo pudo aportar siempre todos los materiales que necesitábamos.

Sus alumnas éramos niñas sin el exceso de estimulación que aqueja a la población escolar actual, que controlábamos la hiperactividad – que ni siquiera tenía nombre– jugando intensa y creativamente en el patio de la escuela; además, teníamos padres y madres que nos ponían límites en la casa y nos inculcaban un enorme respeto no solo hacia los maestros sino hacia todo lo relativo a la institución escolar. No obstante, o quizás por eso, la niña Maru era sin duda una figura de autoridad, que para nuestro bien irradiaba a la vez firmeza, una enorme dulzura y un verdadero afecto hacia sus alumnas. Muchas veces oí a mi abuela materna, que también había sido maestra, mencionar la antigua filosofía de que "la letra con sangre entra", pero para mí eso era difícil entender, ya que no podía imaginar que hubiera algo doloroso en el proceso de aprendizaje. Y a la niña Maru le debo el haber disfrutado todo lo aprendido desde mis primeros años de escuela.

Como educadora conciente de su rol, la niña Maru sabía, mucho antes de que la UNESCO lo declarara, que nos estaba educando para la vida. Por eso se centraba en asegurarse de que realmente aprendiéramos destrezas fundamentales, esas que son para siempre, transferibles a todo lo que vendría posteriormente. En lo académico, formó una generación dueña de destrezas básicas: aritmética sólida que más de medio siglo después todavía me permite hacer cálculo mental pero no comprender por qué hay estudiantes a los que no les gustan las matemáticas; prácticas de escritura, las famosas redacciones cortas y periódicas, que desde entonces me hicieron sentirme cómoda escribiendo; sesiones breves pero constantes de caligrafía que hasta la fecha me permiten escribir en forma legible y sin que me avergüence de mi letra, eso tan en desuso debido a una idea errónea del papel de la tecnología; y además nos despertó una gran pasión por la lectura. Con el paso de los años, lógicamente he tenido que aprender de nuevo muchos de los contenidos de la educación primaria y secundaria, y soy aficionada a las computadoras, pero eso ha sido posible porque la niña Maru nos supo inculcar curiosidad por lo desconocido y la certeza del cambio.

En las calurosas y lluviosas tardes griegas, era frecuente que, después de hacer la tarea, las alumnas de la niña Maru fuéramos a su casa a leer en voz alta. Esperábamos el turno para sentarnos a leer en una banca en el corredor al frente de su casa. Imposible entonces no aprender el significado de cada pausa marcada por un signo de puntuación, e imposible también no entender el valor de la flexión de la voz para dar significado especial a cada texto. Creo que mi afición al maravilloso mundo de las palabras que eventualmente me llevaría a la lingüística como profesión, se remonta a esos días escolares, cuando trataba de imitar la entonación y el ritmo de mi maestra. Imposible no aprender también que la relación con los estudiantes, para que sea exitosa, requiere el contacto individual, personalizado, y que una conversación corta en la que se le dé toda la atención al alumno, tiene más impacto que muchas horas de aula.

Realmente no sé cómo lo hacía, pero la niña Maru también nos organizaba para que participáramos en actos culturales. Esa era la época de las "veladas", que ahora llamarían "tarde de talentos", en el cine local o en el salón de actos de la escuela. Nos hizo creer que podíamos cantar, declamar poesía en público, y hasta bailar, y si hubiera existido un Castilla en la localidad, muchas quizás habríamos explorado alguna veta artística.

Pero creo que, visto en retrospectiva, lo más maravilloso de la niña Maru era su capacidad para lograr que nos sintiéramos orgullosas de nuestra comunidad y de nuestro país. Entre las fechas del calendario escolar que esperábamos con gran ansiedad estaban aquellas en que se celebraba alguna fiesta patria o comunitaria: Batalla de Santa Rosa, Batalla de Rivas, Fundación de Grecia, Día de la Independencia, 12 de octubre. Nunca nos cuestionamos la disciplina requerida para soportar el sol y el calor sofocante durante un desfile o un acto cívico en el patio de la escuela, y el honor de lograrlo. Preparadas de previo por ella, nos emocionábamos cantando los himnos patrios de memoria y escuchando los discursos que daban maestros y políticos del lugar durante los actos cívicos al final de los desfiles. Así, el premio que recibíamos al terminar la mañana, un refresco de cola Muñoz con algún "gato" o "tostel", era más de lo que esperábamos por cumplir con un deber de ciudadanas en ciernes. Mi maestra fue ejemplar porque tenía una profunda convicción cívica y sabía motivar.

El ejemplo personal de la niña Maru y la dedicación de maestra reflejada en prácticas cotidianas ordenadas y constantes, realmente dejaron en mí una huella

indeleble y una visión tan positiva de la labor docente que años más tarde me hizo explorar la enseñanza como opción de vida. Sirva este breve texto como testimonio de admiración, enorme cariño y agradecimiento imperecedero hacia mi primera maestra.

2. Don Maurilio Pérez

José María Gutiérrez Gutiérrez

A veces me sorprende la nitidez con que recuerdo mi primer día de clases en la escuela primaria, hace ya casi 46 años. Recuerdo el movimiento en mi casa, la preparación en la mañana para asistir al inicio del año escolar de 1961. Recuerdo incluso estar desayunando y el estímulo de mis padres y mis hermanos mayores al momento de salir de la casa. No habiendo cursado educación preescolar, algo común en aquella época, tenía muchas ganas de iniciar mis estudios. El bus del Colegio de La Salle nos trasladó hasta La Sabana. Al llegar, uno de mis hermanos me llevó al aula correspondiente al primer grado B, situada en el extremo este del primer piso del Colegio. Y ahí, al iniciarse las clases a las 7:30 am, conocí a mi maestro de primer grado, don Maurilio Pérez. Él se encargaría de todas las clases, excepto de la de religión, que le correspondía a un Hermano Lasallista de las Escuelas Cristianas.

Tuve mucha suerte de quedar ubicado en el grupo de don Maurilio, aunque ese día aún no lo percibía con claridad. El Colegio de La Salle en aquella época tenía una filosofía de enseñanza sumamente autoritaria y memorista. Se trabajaba con algunos libros que presentaban, en su primera página, la imagen del Generalísimo Francisco Franco, y el énfasis en el éxito académico opacaba aspectos más sutiles y personales de la formación del estudiante. Don Maurilio no encajaba en ese estilo de enseñanza autoritario y punitivo, sino que el suyo era un estilo centrado en el estímulo y el afecto. No tengo idea de dónde se formó como maestro; en 1961 debe haber tenido alrededor de 60 años, a juzgar por su apariencia en la foto de nuestro grupo. Probablemente fue alumno de la Escuela Normal, heredero por lo tanto de una noble tradición educativa costarricense.

El ambiente que él generaba en sus clases era afable, estimulante, cálido. No recuerdo haber sentido el temor y la tensión que sentí en otros años de mi escuela primaria, generados por exigencias académicas a veces exageradas. Recuerdo haber afirmado con don Maurilio mi gusto por el conocimiento, iniciado ya en el ambiente de mi casa, siempre estimulante, lleno de amor y alegría. No tengo muy claro cuál era su estilo de enseñanza, pero sí vienen a mi memoria momentos de gran satisfacción. Colocaba unos afiches en la pizarra donde mostraba cosas muy interesantes. Rememoro los cuadernos de caligrafía, y el reto tan agradable que representaba hacer aquellos ejercicios de escribir con la misma inclinación las frases con escritura manuscrita. Evoco el gusto con que nos enseñaba, y nosotros aprendíamos aritmética; las tablas de multiplicar, que estaban escritas en la contratapa de los cuadernos. Los ejercicios de redacción, con temas a veces seleccionados por él y a veces libres. Las clases de dibujo, en las que copiábamos unas figuras que él nos presentaba; recuerdo en particular la figura de un viejo con barba, que mi padre conservó por muchos años. Y hasta recuerdo que, en algunas ocasiones, nos llevó a dar un paseo a la parte de atrás del colegio, para observar plantas y pequeños animales.

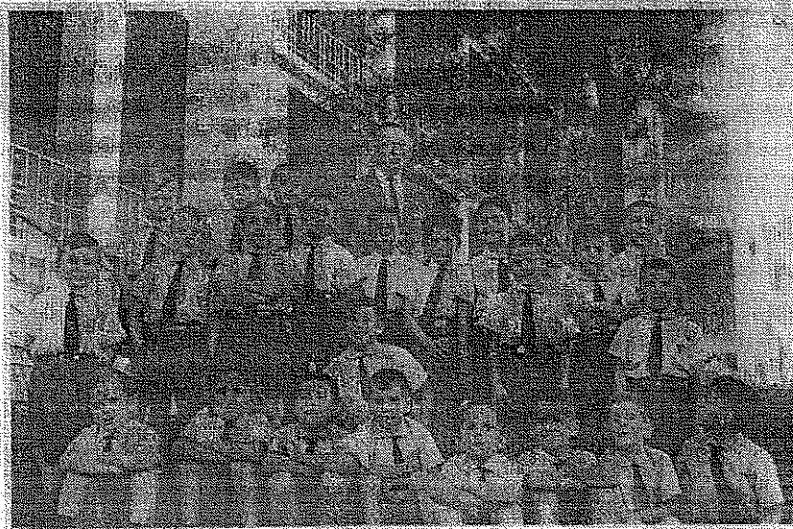
Pero más allá de los recuerdos específicos y de los detalles de las clases, el sentimiento que produce mi memoria es el de una mezcla maravillosa de estímulo, afecto, exigencia racional, aceptación y bondad. Nunca de temor y represión. ¿Cómo

logró mantener esa filosofía en un medio que favorecía precisamente lo contrario? ¿Qué convicciones tendría que le permitían ser el tipo de maestro estimulante y no represivo? ¿Tendría dificultades a la hora de defender su estilo de enseñanza en un medio evidentemente opuesto? No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que, por intuición o formación, o por las dos cosas simultáneamente, era una persona tremendamente estimulante y respetuosa. No lo recuerdo haciendo burlas de compañeros que no sabían algo, ni efectuando comparaciones odiosas entre alumnos. Sí lo recuerdo dedicado a explicarnos algo que no habíamos comprendido, y hablando con nuestros padres y madres sobre los problemas que afectaban el aprendizaje; mostrándonos el fascinante mundo de las letras y los números, el placer de la lectura y de la aritmética, la satisfacción por llevar una tarea bien hecha. Cuando aprendimos a leer, nos recomendó que tratáramos de leer anuncios y rótulos en la calle; y nunca se me olvida esa sensación mágica de poder hacer la lectura de un anuncio, de conectar las palabras y entender un mensaje escrito, ¡qué descubrimiento! Cultivó en nosotros el placer por la lectura, y recuerdo lo agradable de los relatos y narraciones que nos hacía en clase. También las lecturas de poesía, y el disfrute de recitar en público, frente a nuestros compañeros. El gusto por escuchar la rima y la musicalidad de un poema. La enseñanza, bajo su guía, era una fuente de estímulo y gusto, nunca algo aburrido o carente de vitalidad.

¿Cómo se le transmite a un niño el gusto por el conocimiento y por la vida? ¿Existe alguna fórmula? Me parece que, cualquiera que sea esa fórmula, don Maurilio la conocía y manejaba con sapiencia. El gusto por el conocimiento es una faceta del gusto por la vida. Si no se posee gusto por la vida, si se prefiere el inmovilismo a la búsqueda de lo nuevo, si el temor y la represión predominan sobre la creatividad y la libertad, el interés por el conocimiento y por muchas cosas más se desvanece, indefectiblemente. ¡Qué tremenda responsabilidad ser el primer maestro de un niño o una niña! Ser la primera persona que lo introduce en el mundo del estudio formal. Ser la persona que le forma por primera vez sus hábitos de estudio. Quienes asumen esa responsabilidad deben ser personas muy calificadas, en todo el sentido de esta palabra. Y eso era don Maurilio, un ser humano especial, muy competente, muy atento y cálido, muy humano y dedicado, un gran maestro.

Al finalizar el año lectivo me dolió dejar de ser su alumno. Cuando cumplí 7 años, en noviembre de 1961, me obsequió un libro, con una dedicatoria cariñosa, titulado "Cuentos de hadas de la Condesa de Segur". Lo conservo aún. Es un libro especial para mí. Y le agradezco que se haya acordado de mi cumpleaños y me haya hecho ese obsequio. Durante los años siguientes, a la hora de los recreos o al salir de clases, mis compañeros y yo nos lo encontrábamos con frecuencia y siempre mostraba la misma actitud de afecto y cordialidad, de interés por saber cómo nos iba; los encuentros con él continuaron siendo agradables.

No recuerdo bien cuándo lo dejamos de ver, en qué momento se retiró del colegio. Y nunca más supe de su paradero. Nunca me enteré de cuándo murió. Además del libro que me regaló, conservo una fotografía en blanco y negro de nuestro grupo de primer grado en la que él aparece. Al verla pienso cuán afortunados fuimos aquellos a quienes, en aquel lejano año de 1961, nos correspondió estar en el primer grado B del Colegio de La Salle y tener durante todo ese año a un gran educador dirigiendo nuestros primeros pasos en los estudios formales.



Grupo del primer grado B del Colegio de La Salle, año lectivo de 1961. Arriba, el maestro don Maurilio Pérez

Grupo del primer grado B del Colegio de La Salle, año lectivo 1961.
Arriba el maestro don Mauricio Pérez

3. La Niña Viria

Álvaro Salas Chaves

La niña Viria pertenece a la época en que las mujeres podían ser solamente amas de casa, maestras o monjas. No existía ninguna otra posibilidad para desarrollarse profesionalmente y se recuerdan siempre con nombre y apellido a quienes en esa época fueron las primeras odontólogas, médicas, abogadas o ingenieras. De manera que la niña Viria no fue la excepción de una fuerte tradición familiar donde cuatro tías, su madre y dos hermanas, fueron maestras. Me correspondió ser su alumno en primer grado A, en 1958 y cuarto grado B, en los primeros años de su práctica profesional en la Escuela Central de Atenas.

Como todas las maestras de su tiempo, la niña Viria tuvo que dejar su natal Atenas y trasladarse a vivir a Heredia donde estaba la única institución formadora de profesionales de la educación en Costa Rica: la Escuela Normal. No olvidaremos nunca a las estudiantes de la Normal con su uniforme de enagua azul sin pliegues, su blusa blanca con un triangulito azul alargado con una estrella blanca y el nombre de la escuela en plateado para usarlo en el pecho del lado izquierdo, medias y zapatos negros. Las vimos muchas veces desfilando los quince de setiembre como lo hacen hoy los estudiantes de secundaria, con su estandarte azul que era igual al triangulito que usaban en el pecho.

La Escuela era una institución conformada por una combinación de jóvenes y antiguas maestras que mostraban la transición entre una organización muy antigua de docentes que no habían realizado el bachillerato porque no existía escuela secundaria en Atenas, sino que al salir de sexto grado recibían dos años más en la llamada Escuela Complementaria; y las más jóvenes que eran bachilleres en ciencias y letras, habían completado los estudios profesionales y eran graduadas de la Escuela Normal.



Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIMEC)
Facultad de Educación

Esta es una historia similar a la observada en el desarrollo de las instituciones públicas educativas y no educativas, de la transformación de una Costa Rica pobre y atrasada hacia una moderna con instituciones formadoras de recursos humanos, con mayores recursos técnicos y profesionales, como fue el caso de las enfermeras obstétricas, antes conocidas como parteras empíricas y ahora como enfermeras profesionales especialistas en obstetricia.

Sin embargo, había diferencias enormes que solo el tiempo se encarga de resolver. Las maestras jóvenes carecían de la experiencia de las más antiguas, de la tolerancia y la paciencia que el proceso educativo está llamado a tener, pero las jóvenes aportaban nuevas metodologías de enseñanza en provecho de los estudiantes y de las mismas maestras. Otra gran diferencia era su temperamento de solteras jóvenes que causaban estragos en el estudiantado. Casi todas estaban solteras y nosotros sufríamos tanto sus alegrías como sus tristezas, pasábamos de las lágrimas a la euforia de un día a otro, dependiendo de la vitalidad del noviazgo, del fracaso o rompimiento que se diera.

La niña Viria estaba soltera y jalaba con un muchacho considerado en el pueblo entre los apuestos y gardeles, los que siempre estaban listos para organizar bailes, o como les conocíamos en Atenas: "melcochas danzantes", "lunadas" fiestas de cumpleaños, aparte de los gloriosos bailes del 24 de octubre, los más formales e importantes del año. Era la fiesta del Santo Patrono, el Arcángel San Rafael. Gilo Alfaro era, como todos los galanes de entonces, jugador de fútbol. Esta era una condición sine qua non para ocupar la posición de "papacito" que tanto disfrutaba pero que tantos problemas le traía a la niña Viria; era pues, de los perseguidos y poseedor de muchas admiradoras, lo que golpeaba constantemente el ánimo de nuestra querida maestra.

Las cosas empeoraron porque nuestro querido Gilo se fue a estudiar medicina a México y este hecho definitivamente rebasó las posibilidades de nuestra niña y la depresión la invadió. Se le veía muy triste siempre, se pasaba de un humor fatal y por cualquier cosa nos jalaba las orejas durísimo. Ahora entiendo por qué las tengo tan largas, yo sentía que se me despegaban. Por todo eran gritos y la disciplina se volvía más difícil de controlar.

Así las cosas, decidimos reunirnos en la hora del aseo para planear alguna estrategia que le devolviera la alegría a la niña Viria. Jorge y yo consideramos que la palidez, aquel aspecto demacrado era lo más importante de combatir (fuimos médicos después) y propusimos comprarle unos polvitos que vendían en la botica de don Juan de Dios Umaña y que venían en unas cajitas amarillas con una cinta dorada. Había dos tonos, uno color crema y otro color zapote. Optamos por el último y se lo llevamos envuelto en un lindo papelito de regalo que nosotros mismos buscamos. La clase entera estaba atenta a la reacción de la niña, sonrió y le agradó mucho, pero acto seguido empezó a llorar intensamente.

Finalmente el proyecto de estudiar medicina en México fracasó a los pocos meses lo que ayudó a mejorar el estado de ánimo de la niña y todos respiramos con más tranquilidad. Gilo había regresado para casarse con la niña Viria y en pocos meses estaba casada y embarazada. Los problemas en lugar de amainar, empeoraron. El carácter de la niña se volvió aún más difícil, se le veía mal, decaída y casi siempre muy malhumorada. Entonces aplicamos el segundo color de los polvitos para ver si esto cambiaba la situación. Pero de nuevo fracasó el intento, una alegría fugaz y una gran tristeza posterior.

Pero faltaban más y más graves problemas. La niña Viria perdió al bebé y eso colapsó la clase. No sabíamos qué hacer, si ir a la casa, si mandarle una tarjetita de pésame,

si mejor esperar a que regresara. Yo era el más comprometido en este asunto porque era el encargado de la Cruz Roja del grupo y por supuesto que se esperaba que propusiera algo que nos sacara de aquella situación tan triste. Finalmente decidimos ir a la casa todos los que quisieran y allí veríamos qué hacer.

La niña Viria estaba recostada y cuando nos oyó en la puerta, se vino a darnos un abrazo. Nosotros veníamos con los bultillos de clases, con nuestro uniforme blanco y azul de pantalón corto y con la consternación en la cara. Donde la vimos nos tiramos todos encima y nos fundimos en un largo abrazo remojado en lágrimas y sollozos que no nos dejaron decir nada de lo que habíamos practicado y que consideramos más apropiado para el momento.

Lo que pasaba era que nosotros adorábamos a la niña Viria porque ella nos adoraba igual. Nos enseñaba de una manera que nos levantaba la autoestima y nos hacía sentir tan importantes con eso de leer mamá me amaba, que el Quijote no tenía nada de especial. Nuestras sumas y restas de solo dos dígitos o tres a lo sumo, era la contabilidad que llevaba Abelito Mayorga. Aprender era crecer, aprender era hacernos grandes y muy importantes. Cuando pasaba por los pupitres revisando lo que estábamos haciendo nos ponía unos buenos con rojo, que no puedo olvidar: grandotes, perfectas líneas sin trazos, intensos, que nos creíamos haber escrito la fórmula de la relatividad de Einstein.

La niña Viria era impecable, pelo corto, bien peinada, siempre bien vestida con colores alegres que irradiaban lo que la carita de tristeza no podía, en esos días aciagos. Mantenía la disciplina con firmeza pero en el fondo todos sabíamos que nos quería más que a nadie en el mundo. A ratos yo tenía la sensación de que éramos como de la misma edad, era tan integradora en sus actitudes y de relación personal que nos sentíamos partes de un solo grupo, muy unidos y queridos entre todos los compañeros.

Cuando había problemas de indisciplina, la niña Viria no se andaba con rodeos, rapidito nos ponía en su lugar sin mucha ceremonia; nos dolía tanto después haberla hecho enojar que buscábamos la manera de contentarnos pronto, para volver a jugar con ella en el recreo. Siempre andamos guindando de cualquier parte del vestido, si las manos no alcanzaban.

En casa se hacía lo que la niña Viria dijera. Si nos mandaba mensajes señalando faltas, alístense muchachos porque la mano venía pesada. Nuestros padres le tenían gran respeto y consideración y les causaba vergüenza ajena nuestros malos comportamientos. La niña Viria hablaba poco, pero cuando lo hacía era muy seria y nunca lo hacía en broma. Los padres de familia en general la consideraban una gran maestra y trataban de colaborar en todo lo que fuera necesario, para que el proceso de aprendizaje no se viera retrazado o afectado. Nadie faltaba a las reuniones de padres porque sabían que asistir era importante.

En clase la situación era muy intensa, todos queríamos participar; hacía preguntas y todos queríamos contestar levantando la mano y haciendo un gran escándalo, lo que acongojaba mucho a la maestra porque teníamos fama de bulliciosos y de interrumpir el trabajo de los demás grupos. Además, a las maestras más antiguas les molestaba el carácter impetuoso y agitado de las jóvenes. Pero eso no cambiaba la situación, igual seguíamos haciendo ruido y trabajando en medio de un gran bullicio. Creaba un ambiente de gran motivación y entusiasmo lo que permitía que los compañeritos más callados y retraídos se animaran a participar.

Los temas de historia y geografía eran apasionantes; yo me sentía Colón descubriendo América. La maestra preparaba materiales con tanto gusto que nos hacían soñar. Lograba crear la fantasía necesaria para dimensionar los acontecimientos relevantes de nuestra historia. Hasta el día de hoy puedo recordar el olor del material educativo que nos traía. Hay que tener presente que no había televisión y solo escasos radios en algunas de las casas de mi pueblo. De manera que unos paisajes hechos con lana de portal, nubes de algodón, lagos con espejos y animalitos de plástico primitivo se convertían ante nuestros ojos en auténticos y verdaderos parajes que aún guardo en mi memoria.

Los cuadernos de vida, que en nuestro caso de primer grado comenzarían más tarde, eran el símbolo claro de nuestro desarrollo y avance. Teniendo cuaderno de vida, éramos como los grandes, que tenían muchos cuadernos, lápices de colores, reglas, compases, escuadras y cartabones. Nosotros a lo más teníamos ábacos y un cuaderno de borrador y otro de tareas. El cuaderno de vida era nuestra carta de presentación. ¡Con qué esmero lo cuidábamos!; tenía que estar limpio, bien forrado y al día, sin tachones ni suciedades. Mamá se preocupaba de que nos laváramos las manos y limpiáramos la mesa para escribir en los cuadernos, pero el de vida era el más importante.

¿Cómo no recordar el paseo anual a una finca cercana de la escuela? No se podía decir que íbamos de paseo al campo porque vivíamos en el medio del campo, Atenas era mucho más rural de lo que es hoy. No se podía decir que íbamos de pic nic porque nadie sabía que era eso; ir a una finca viviendo todos los días en una, era muy sin gracia. Pero la niña Viria nos fue introduciendo en el tema con antelación, nos dejaba tareas para dibujar ríos, montañas, animales, paisajes, plantas que nos fueran abriendo la imaginación y la fantasía de creernos en un viaje de exploración que el comandante James Cook cuando descubrió Australia era cualquier cosa. Nos contaba cuentos de animalitos en el campo, nos enseñaba canciones como aquella que decía:

"aquel arroyito que va presuroso,
cantando a la vida, mirando la,
lo amé desde niño...."

El paseo fue un éxito. Los chiquillos íbamos felices como si nunca hubiéramos salido al campo, cantando, palmeando las canciones, aplaudiendo, buscando bichitos, todos en fila ordenadamente, llegamos al río y lo cruzamos por las piedras con gran habilidad aunque no faltó alguno que se metió con zapatos al agua; lo más seguro que fui yo. Después de buscar hojitas y aprender de las que ortigaban, ya un poco cansados nos fuimos a sentar debajo de un gran árbol de higuera a comernos el almuercito que mamá nos había preparado. ¡Que sabor de comida!, los frijolititos majados sabían a gloria, la torta de huevo, el platanito maduro, que dulzura. Realmente un paseo inolvidable, gracias a la niña Viria que nos enseñó a soñar.

Llegó el fin de curso y nos teníamos que volver a nuestras casas. Sufríamos una mezcla de felicidad por nuestras primeras vacaciones, las cuales ansiábamos desde hacía tiempo, pero por otro lado, con gran nostalgia por tener que dejar la escuela, los compañeros y a la niña Viria. Ella nos hizo la fiesta de la alegría, fue la primera fiesta de la alegría de nuestras vidas. Participamos felices, disfrutamos cada detalle, gritamos todo lo que pudimos, jugamos con los regalitos, brincamos y comimos helados y galletas. Todo era muy sencillo. Nuestro pueblo y nuestras familias no eran ricos aunque no nos faltaba nada, pero tampoco se alardeaba de tener nada. Se disfrutaban todas las cosas con intensidad y se era feliz con muy poca cosa. Después nos pasaron al aula y la niña Viria había hecho con aserrín de colores, una especie de maqueta del pueblo, con su iglesia, el parque, la plaza de fútbol, los caminos, los ríos y

las montañas. Nos dejó con la boca abierta, qué belleza, qué cosa maravillosa, qué niña tan inteligente. Todos fuimos reconociendo el camino a nuestra casa, los ríos cercanos, la iglesia de techo rojo, en fin un broche de oro para el cierre de mi primer grado de la escuela.

**4. A Margarita: usted dejó una huella que marco mi vida
y con este propósito le dedicó este relato**

Ileana María Ruiz Rodríguez



Para ser una excelente educadora se necesita más que un título, se requiere de vocación, actitud y tener muy buenas relaciones humanas, por eso considero importante que conozcan a una educadora de corazón y amante de lo que hace.

Su nombre es Margarita Murillo Montoya, nació en San Antonio de Belén, Heredia. Realizó sus estudios universitarios en la Escuela Normal de Costa Rica, en la Universidad Nacional y en el Instituto de Psicología Mariano Coronado, en la Universidad de Costa Rica.

Ustedes se preguntarán por qué puedo hablar con propiedad acerca de ella. Pues, porque fui su alumna. Durante los años de 1976 hasta 1979 fui discente de ella en la Escuela Julia Lang, ubicada en el Edificio Metálico, en el centro de San José.

Son tanto los recuerdos y las anécdotas vividas durante esos años de educación primaria que creo que, al transcurrir del tiempo, me di cuenta de la huella que mi maestra había dejado en mí y de lo maravilloso que era ser educadora, y cuánto había influido en mi decisión de estudiar esa carrera que solo nos deja la satisfacción de servicio y entrega a los demás.

La niña Margarita era una persona muy creativa, flexible, comprensiva, de buenos principios morales y éticos. Nos inculcó hábitos morales, espirituales y cívicos, despertó en sus alumnos el deseo de aprender, superarse y luchar por salir adelante.

Nos llamaba a cada uno por su nombre, con gestos agradables y muy sonriente, preocupada por la salud de cada estudiante, su condición social y económica. Cuando algún alumno tenía alguna dificultad ella siempre estuvo presente, buscaba la ayuda con otro profesional como doctores, dentistas, psicólogos, entre otros; he de decirlo, en mi caso, siempre me apoyó, porque conocía a mi familia y mi situación.

Su relación con las madres y los padres de familia era de armonía; recuerdo las actividades del día de la madre, muy bien organizadas: juegos, dinámicas, risas y el agrado de las madres por participar y, por supuesto, nuestras presentaciones con canciones, poesías y dramatizaciones; además de compartir un refrigerio; esto unía a los familiares y estudiantes con la maestra.

Nuestro grupo era muy variado, desde estudiantes muy inteligentes y talentosos hasta otros que tenían dificultades. Ella trataba de ayudar a los que tenían algún problema, atendiéndolos y orientando su proceso de enseñanza y aprendizaje. Conversaba mucho con quienes presentaban problemas de conducta que, por cierto, no eran muchos. Era un grupo tranquilo. A los compañeros sobresalientes y cuyos padres y madres podían solventar los gastos, los llevaba a realizar programas educativos a canal trece; recuerdo que iban orientados al área de español. Los compañeros y compañeras se sentían muy felices de salir en programas televisivos.

A lo largo de esos tres años que estuve en ese grupo, nos enseñó a ser solidarios, cooperativos y muy buenos compañeros. La mayoría de estudiantes venían desde primer grado con ella. Rememoro que, cuando llegué a tercer grado, por una enfermedad en el oído, perdí ese grado. Al año siguiente, cuando iba a repetir el año, a mi mamá le dijo una señora que pidiera que estuviera con la niña Margarita. Siempre recuerdo la cara de esa persona y le estoy muy agradecida por su consejo; no se equivocó la maestra, era todo aquello que le dijeron ese día a mi mamá.

Yo venía de un grupo de compañeros y compañeras de mucho dinero y de estar con una maestra clasista y de preferencias, que me hacían sentir mal, pero gracias a Dios llegué a tener la calidad de docente y de persona humana que yo necesitaba: la niña Margarita.

Mi grupo, el tercero CH, se componía de compañeros y compañeras con un calor humano que propiciaba la docente; solo por eso valió la pena repetir ese tercer grado, situación de la que nunca me he lamentado, pues por el contrario, fue una oportunidad de superación personal. Los padres de familia eran muy unidos, resultado de la labor y del esfuerzo de una excelente educadora, que no solo se preocupaba de la parte académica sino también de la parte emocional de sus estudiantes. Evoco, como anécdota, cómo nos celebraba nuestros cumpleaños y lo divertido que era ese momento; le pedía a un compañero o compañera del sexo opuesto que bailará con el que cumplía ese día años y además de cantar cumpleaños feliz y bailar, se le cantaba "por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar, por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar...", luego nos regalaba algún detalle: un libro de lecturas, una carterita, algún recordito.

La niña Margarita mostraba gusto por su labor docente; cuando iba a introducir un tema nuevo, nos motivaba con canciones, cuentos, poesías; nos formó en un ambiente democrático donde todos podíamos participar y dar nuestras opiniones por lo que se desarrollaba el pensamiento crítico y el razonamiento. El material didáctico utilizado era muy variado y muy bien elaborado; entre ellos, recuerdo hojas poligrafiadas, fichas didácticas, libros, el minidiccionario, donde se escribían las palabras desconocidas, con una oración y un dibujo era muy interesante y bonito; entre otros, usaba también grabadora y a veces televisión, para cambiar la rutina del aula. Se hacían exposiciones y trabajos grupales e individuales, los grupos siempre eran los mismos, grupos integrados por solo mujeres o solo varones de rendimiento académico excelente y bueno y otros grupos eran integrados, tanto por hombres como mujeres; creo que algunos estaban así conformados con el propósito de ayudar a los quienes les costaba el estudio.

La niña Margarita se inclinaba por el área de español, fomentaba mucho la lectura y la escritura, nos pedía hacer muchas redacciones, narraciones, historias creativas, dramatizaciones, entre otras.

En el área de matemática, nos repasaba las tablas de multiplicar: hacíamos un círculo todos y empezaba a preguntar las tablas, por ejemplo, 3 por 4 y el estudiante tenía que contestar inmediatamente, de lo contrario, sonaba una campanita, llamada por todos "Wendy". Este juego era emocionante y todos estudiamos mucho para ese día, porque nos gustaba quedar de finalistas y obtener un 100.

Cuando entregaba los exámenes corregidos, los revisaba en la pizarra con todos y explicaba las respuestas.

¡Qué bonitas eran las excursiones que realizamos! Fuimos al Volcán Irazú y al Volcán Poás con nuestras familias. Se llevaban a cabo los domingos para que todos pudiésemos participar en ellas. Nos divertíamos e integrábamos y compartíamos con la familia. Luego, al llegar al aula, se entregaba un informe de la excursión, además se compartían en círculo las experiencias y los conocimientos adquiridos.

Asimismo, realizábamos otras excursiones, a lugares más cercanos, como la Sábana, el Parque Simón Bolívar, el Museo Nacional.

Hoy, después del paso de los años, analizo que mi maestra era una docente que tenía clara su labor como formadora de estudiantes, amante de la docencia. Enseñar es un arte, implica dar lo mejor de sí mismo, entregando lo que se sabe con pasión y mucho amor a los alumnos. No solo llenaba nuestras mentes de conocimientos, sino que ella trascendía su labor, no olvidaba mi maestra que era una facilitadora de los aprendizajes de los educandos; pero también nos educó con su ejemplo y capacidad de servicio a los demás, como modelo por seguir, mostrando buenos sentimientos y valores morales y éticos para formar personas buenas e integras.

La esencia de una buena docente no radica en quién tiene más perfeccionamiento o más títulos sino en quién deja su alma en la sala de clases, día a día; y esto requiere de esfuerzo, constancia y optimismo. La educación es una tarea que tiene frutos a largo plazo y que todo educador debe saber reconocer. Gracias a que ella supo entender las dimensiones de esta tarea, en 1994 obtiene el Premio Mauro Fernández por el Circuito 02 de San José.

Después de salir de la escuela, transcurridos los años, nos hemos reunido la mayoría del grupo con esta ejemplar educadora; pienso que ella se siente satisfecha de las personas adultas que somos hoy, y que de niños y niñas nos tuvo en sus manos, nos orientó, moldeó, guió, motivo y nos ayudó a formarnos como mejores ciudadanos y personas, para lograr tener una mejor calidad de vida y mejorar la de las generaciones que están en nuestras manos.

Gracias, niña Margarita, por su entrega a la educación costarricense, por sus años de labor y sobre todo, por su calidad humana, que muchos educadores, actualmente, no tienen.

5. UN EJEMPLO DE MAESTRA: LA NIÑA ÁNGELES

Magda Cecilia Sandí Sandí

La educadora a la cual me voy a referir es una mujer profesional con gran sentido de responsabilidad sobre la labor educativa. No resulta difícil describir a la Maestra, la "Niña Ángeles", porque ella desempeñó a lo largo mis seis años de primaria, muchos roles, como mamá, consejera y amiga no solo de sus "chiquitos" sino también de los padres y madres de familia.

La niña Ángeles fue una profesional con mística, de una puntualidad envidiable, y siempre manifestó el aprecio y cariño por su labor. En todos los años que fue mi "Niña" nunca manifestó malestar o descontento por su quehacer en el aula; por el contrario, siempre se mostró afable y agradecida con Dios y con la vida con su insigne profesión.

Desde que inicié mis estudios primarios en la Escuela Vitalia Madrigal en San José, la "Niña Ángeles", me inspiró confianza; después de mi mamá, era la figura femenina fuera de mi hogar a la que le tenía más cariño, respeto y admiración. Además, al lado de ella me sentía protegida y segura, gracias a su trato y a las muestras de afecto con que nos recibió desde el primer instante en su salón de clase.

Dice el refrán "que lo que bien se aprende nunca se olvida" y hay muchas cosas que aprendí para siempre de ella. No me refiero a los conocimientos teóricos, me refiero a las vivencias personales, a la convivencia con mis compañeros y compañeras, a los ratos felices que pasé en mi escuela, a los valores, a los buenos hábitos de urbanidad y comportamiento, a los sentimientos de solidaridad por mis semejantes, que ella y mi madre me inculcaron, y sobre todo a la espiritualidad que llenaba mi salón de clase. La "Niña Ángeles" nos enseñó a dar gracias a Dios por todas las cosas que nos acontecen en la vida, lo bueno y lo no tan bueno, a entender los designios de Dios. Quizá era esto lo que hacía que mis compañeras y compañeros fuéramos más juiciosos y tranquilos.

En este momento vienen a mi mente recuerdos tan agradables de mis años de escuela, que quisiera poder escribirlos todos con detalle pero quizá mencionaré los que más impactaron mi vida de colegio y de universidad. Aprendí que la presentación y el aseo personal eran dos aspectos fundamentales para mi autoimagen, para que las otras personas también sintieran agrado al tratarme y compartir conmigo. Aprendí que el orden, aseo y limpieza en mi pupitre, bulto y cuadernos decían mucho de mí, reflejaban inclusive cómo era mi casa, es decir, que yo era el reflejo de mis padres en estos aspectos tan cotidianos y simples. Aprendí a desarrollar hábitos de estudio, para organizarme con mis tareas y exámenes: pocas veces mis familiares o padres me ayudaron a realizar una tarea o asignación; por lo general yo era responsable de mis deberes escolares. Aprendí que la lectura es una puerta para descubrir nuevos conocimientos y que ello contribuiría a cultivarme como ser humano y en un futuro a ser un buen profesional. Periódicamente mi maestra realizaba dictados de palabras nuevas para incorporarlas a nuestro vocabulario, hacíamos copias todos los días en cuaderno de caligrafía con la finalidad de tener una letra legible y de buenos trazos, entre otras razones.

Por otra parte, nuestra maestra nos reforzaba el aprendizaje de historia y geografía de nuestro país y del mundo en general, trataba de inculcar en cada uno de nosotros aspectos de cultura general, como leer el periódico, ver noticiarios, leer temas de actualidad, en fin... creo que tuve la dicha y privilegio de tener una maestra en toda la extensión del concepto. Pienso que la "Niña Ángeles" quiso hacer de nosotros y nosotras buenas personas, estudiosos, responsables y educados; no sé si pudo calar en todos y todas, pero en lo personal tengo que agradecer la rigurosidad con que nos trató, firme en sus decisiones, con autoridad moral para exigir tanto a alumnos como a padres de familia buen comportamiento y compromiso con la educación.

La "Niña Angeles", dejó una huella positiva en mi vida; después de hacer un recuento de los hechos, estoy convencida de que muchos de los hábitos que me inculcaron en mi etapa de educación primaria, han estado presentes en mi vida académica y personal hasta hoy. Aunque en algunas ocasiones fui tratada con dureza o severidad

no albergo ningún reproche pues entiendo que se quería hacer de mí una persona de provecho, y creo que tanto mi madre como mi maestra lo lograron.

A pesar de las dificultades que mi maestra tenía que enfrentar como lidiar con padres y madres de familia incómodos, trabajar con recursos escasos y limitados, trabajar con niños y niñas con problemas para aprender, con niños y niñas con problemas de conducta, con compañeras y compañeros de trabajo también problemáticos, no recuerdo haber escuchado a mi maestra renegar, vociferar, increpar o maltratar de palabra a cualquiera de las personas antes citadas. Todo lo contrario, siempre mantuvo buenas relaciones interpersonales con padres y madres de familia, con sus superiores jerárquicos, con sus pares, con los estudiantes. Pero esto quizá se deba a que ella en su vida personal era una mujer realizada en los planos profesional, personal y académico.

Creo que con mucho acierto estableció un canal de comunicación abierto y claro con los padres y madres de familia, esto le permitió sensibilizarse y conocer con más detalle la situación familiar de cada uno de sus alumnos, con la mayor discreción y ética la "Niña Ángeles" manejaba los problemas que cada alumno o alumna iba presentando en el salón de clase; para ella era fundamental la comunicación periódica con los padres y madres de familia, una llamada telefónica, un mensaje escrito en un cuaderno especial de apuntes, una visita de aquellos a la escuela, la participación en la entrega de calificaciones, la participación en reuniones de grupo; en fin, ella encontraba espacios de diálogo para compartir las preocupaciones y problemas con los padres y madres de familia. Por eso siempre gozó de su beneplácito y anuencia para aplicar medidas correctivas en el aula y para convertir la labor de formación en una responsabilidad compartida entre el hogar y la escuela.

El objetivo primordial de este esfuerzo era formar seres humanos plenos, felices, seguros de sí mismos, con sólidas bases de conocimientos, con una actitud positiva ante la vida y sobre todo personas de bien. Estoy convencida de que la mayoría de mis compañeras y compañeros asistimos a clase con mucho entusiasmo; cada día era descubrir algo nuevo, era una experiencia diferente, la convivencia con los compañeros y compañeras era muy respetuosa, no había excesos y siempre procuramos el respeto mutuo. Por supuesto, esto sucedía en un contexto de país y sociedad diferente a la actual, es decir para ser específicos hace treinta años.

También recuerdo que uno de los tesoros más preciados para mí era mi cuaderno de vida, un cuaderno que se elaboraba con mucho cuidado, de un orden y limpieza impecables, allí se registraban las fechas históricas más relevantes y los temas de estudio de especial atención. Este cuaderno representaba muchas cosas bonitas y me ayudó en mi etapa de colegio porque trataba de llevar mucho orden y limpieza en los diferentes cuadernos de las asignaturas que componen el currículo del Ministerio de Educación Pública.

En la actualidad mi maestra de primaria, está muy activa, es una persona lúcida, que goza de buena salud física y espiritual, con una actitud positiva ante la vida a pesar de las adversidades, y esto me da mucho gusto, porque significa que todavía le puede dar mucho a sus semejantes. A lo mejor, estas y muchas otras cualidades personales fueron determinantes en nuestro comportamiento dentro y fuera del salón de clase.

¡Qué privilegio para mí y para mis compañeros y compañeras haber tenido como maestra durante casi seis años a la "Niña Ángeles"! Y lo digo de esta manera porque con ella crecimos, lloramos, reímos, disfrutamos de lindos instantes, compartimos experiencias agradables y tristes, ella nos acompañó en nuestro crecimiento físico y espiritual, nos apoyó siempre, nos estimulaba para alcanzar nuestras metas; nos elogiaba cuando logramos éxitos y también se solidarizaba con nuestros fracasos;

abogaba por nosotros ante nuestros padres y madres de familia, protegía nuestros derechos, pero también nos recordaba constantemente nuestros deberes como hijos y estudiantes. Siempre recuerdo esta frase de la "Niña Ángeles": "yo tengo también derecho de llamarles la atención porque ustedes también son mis muchachitos...". Estas palabras encierran el cariño, afecto, compromiso y dedicación que nuestra maestra tenía por su labor formadora de seres humanos íntegros y de bien para la sociedad.

Hasta hoy no hemos perdido el contacto con la "Niña Ángeles", nos reunimos con ella, recordamos anécdotas, compartimos nuestros triunfos, también nuestros ratos amargos, siempre tiene una palabra de aliento y un rostro de alegría cuando nos ve, y saluda a cada uno de nosotros con mucho afecto, como si realmente el tiempo no hubiera transcurrido y aún fuéramos sus muchachitos. Así las cosas, escribir estas líneas me ha permitido de alguna manera agradecer y reconocer a la profesional todas las buenas cosas que me enseñó en mi etapa de estudiante de primaria, que quizá en aquel momento yo no valoraba como ahora, pero reflexionando tiempo después qué influencia tan positiva ejerció sobre mí. Siempre admiré en ella su orden, limpieza, su vasta cultura general, el gusto por la lectura, su manera de ejercer autoridad y disciplina en sus alumnos.

Concluyo este ensayo, afirmando que esa generación de maestros y maestras tenían gran vocación por su labor, amaban su trabajo y de igual manera se entregaban a sus niños y niñas, sin importar nivel socio-económico, el credo o religión, etnia o cualquier otro aspecto que pudiera discriminar o hacer sentir diferentes a alguno de sus alumnos. Qué más puedo decir sino que ella fue una formadora, una maestra y una gran profesional. Finalmente si tuviera que escoger mi escuela y mi maestra, escogería de nuevo, sin dudar, la Escuela Vitalia Madrigal y a la Niña Ángeles Losilla de Torres.

6. La Niña Virginia

Álvaro Salas Chaves

Hablar de la Niña Virginia es hablar de la maestra más integralmente completa que haya conocido en mi vida, la persona más dedicada a la educación, a la formación en cuerpo y alma de generaciones de jóvenes, por encima de todo y de todos. Mencionar su nombre es hablar de trabajo, de mucho trabajo; de esfuerzo agotador, de autoridad indiscutible, de disciplina, pero sobre todo de un inmenso sacrificio personal y familiar por sus estudiantes.

La Niña Virginia Campos Arredondo (q.d.D.g) vino del Barrio San José de Atenas, uno de los barrios con mayor pobreza que yo recuerde. La gente vivía arrimada, en ranchos mal hechos, en las fincas de ganado y café donde les daban trabajo y un pedacito de tierra para poner sus miserables casitas, sin servicios básicos como agua para consumo humano, letrina y menos electricidad. Los niños morían de desnutrición, esqueléticos, con grandes estomaguitos llenos de parásitos, envueltos en una piel grifa, seca, corrugada que se arrollaba al tocarla por falta de la capita mínima de grasa; eran solo ojos; ojos inmensos, tristes y sin lágrimas. Ese era el campo de Atenas de los años cincuenta, esa era la Costa Rica campesina de entonces.

Como fácilmente podremos imaginar, esos eran también, en una gran mayoría, los alumnos de la Niña Virginia, un montón de harapientos incapaces de aprender, buenos solo para peones y para reproducir la pobreza. Pienso que esa dura e intensa realidad vivida en sus primeros años de maestra normalista en el Barrio San José la caracterizó para el resto de su vida. Creo también que su firmeza de carácter, la intolerancia a la mediocridad, la disciplina en el trabajo de las maestras, las porteras y los

administrativos, pero más importante aún, su ejemplo diario y continuo, las veinticuatro horas del día fueron testimonio hasta el día de su muerte, de su compromiso con los más pequeños, los más tristes, y abandonados de la tierra.

La Niña Virginia vino a sustituir a la directora histórica de la Escuela Central de Atenas, a nuestra querida y recordada Niña Marta Mirambel de Meneses, que después de haber sido la directora simultáneamente de la Escuela y el Liceo de Atenas se retiró a su merecido descanso, no sin antes haber diseñado el estandarte y haber escrito el himno de ambas instituciones educativas. Había una gran preocupación por el cambio. Significaba traer a una maestra de barrio, además, uno de los más atrasados, a asumir la conducción de la principal escuela del circuito y sobre todo después de la estela de éxitos dejada por la Niña Marta.

No pasó mucho tiempo para que la mano firme, la sabiduría, y el inmenso amor de la Niña Virginia se empezaran a sentir a todo lo largo y ancho de la escuela. El mensaje era claro, no se tolerarían más las ausencias injustificadas, las llegadas tardías de las maestras y menos de los estudiantes, no se aceptarían excusas por no presentar al día el Diario, ella se comprometía a devolverlo al día siguiente; de acuerdo con el cronograma establecido, el diario se presentaría en perfecto orden y limpieza, el día y la hora acordada.

Hablar de la Niña Virginia es hablar de administración educativa. Reunía las condiciones académicas, administrativas y personales, de mando necesarias, que en su conjunto garantizaban un proceso educativo continuo, constante y sin sobresaltos. Organizaba a las maestras en comités de trabajo, de acuerdo a las afinidades e intereses de cada una.

Recuerdo a una maestra del comité de danza que por poco "hace abortar la brillante carrera de este profesional de la medicina" La Niña Beatriz Bogantes, artista nata y amante de la danza, seleccionó a lo más destacado y promisorio del repertorio de estudiantes de la escuela, "claras promesas de futuros artistas atenienses". Se pasaba todo el año incorporando los últimos ritmos a las coreografías que se inventaba para el disfrute de todos en la escuela.

En ocasión de la celebración del 12 de octubre, la Niña Virginia le pidió a los comités y muy especialmente a la Niña Beatriz que organizaran una serie de actos relativos a tan importante celebración, dado que era esos aniversarios de números redondos 400, 500 etc años del descubrimiento de América. Era uno de esos días de la Raza, como se llamaban entonces, importantes y ella quería que todos los comités organizaran actos relativos a la fecha, pero con gran énfasis en lo nuestro, en lo propio y menos en lo extranjero.

La escuela se vistió de matas de plátano, matas de café por todos lados, rincones indígenas con pequeños ranchitos de paja donde se mostraban metates, jícaras, máscaras "indios e indias" en taparrabo, ventas de pozol (yo no sé quién inventó que los indígenas comían pozol); tortillas palmeadas (en Atenas ese era el pan nuestro de cada día); gallos de picadillo de papa, de aguacate con sal, frijoles molidos con asiento de chicharrón (en ese tiempo "no había colesterol malo ni bueno") que nos sabían a gloria. No puedo olvidar el olor a frutas, verduras, a hojas y tallos aromáticos que todos los comités aportaron para tan significativo acontecimiento.

Naturalmente la celebración alcanzaba su punto climático cuando la niña Virginia, reunidos todos en el magno salón de actos, daba inicio a "la velada" como se llamaba entonces a los actos generalmente artísticos.

Por alguna razón que no pude averiguar nunca, a este amago de artista, la niña Beatriz lo vistió de indio chorotega, pero lo alistó de primero (probablemente ella calculó que embadurnar a ese gordo con aquella pasta café le tomaría mucho tiempo y lo mejor era salir de mi de primero) de manera que estuvo en pelota, cubierto solo con unas diminutas hojitas de caña de indio rojas de la cintura para abajo únicamente, desde la una hasta las cuatro de la tarde, a la intemperie, temblando de frío, justamente cuando estaba cayendo uno de esos aguaceros de octubre en Atenas con viento y rayería que duran hasta la noche. Probablemente para el hermano chorotega que quería representar, aquello no hubiera sido nada, pero para este asmático y redondo imitador, significó la más severa bronconeumonía que haya sufrido nunca.

La Niña Virginia fue a verme a mi cama de enfermo, seguramente para mostrar su solidaridad y preocupación ante tan grave consecuencia. La sola presencia de la niña Virginia en mi casa fue suficiente para que la furia de papá amainara, aunque si quedó claro que nunca más sería tomado en cuenta en veladas donde se expusiera mi redondo físico. Por supuesto que la Niña Beatriz desapareció de mis coordenadas por bastante tiempo.

La Niña Virginia nos daba clases a los de sexto grado. ¡Qué clases Dios mío! Era para babear. Ninguna clase recibida sobre membranas meníngeas en mi querida Facultad de Medicina de la UCR fue recordada, tan fielmente como aquella que nos dio la Niña Virginia a los de sexto. Se trajo tres cerebros de vaca enteros, los del matadero sabían que cuando la Niña pedía los cerebros había que sacarlos completos, con todo y meninges, para mostrarle a los asombrados estudiantes, órgano en mano, la estructuración y organización del cerebro. Hacía una cuidadosa disección, en órganos frescos, lo que ayudaba mucho a comprender "aquellos insondables misterios". Que maravilla, recibir clases con la directora, eso era extraordinario para nosotros; nos hacía sentir muy importantes. Ella se dejaba para sí, los temas que consideraba esenciales para desarrollarlos en el salón de actos y solo para mayores.

No bastándole el trabajo del día entero, la Niña Virginia organizó la escuela para adultos de Atenas. Le preocupaba mucho ver a tantos muchachos y adultos que no habían terminado la primaria. Buscó fondos de donde no había para echar a andar este proyecto. Fue un esfuerzo de las maestras pensionadas que dedicaban una o dos horas cada noche para formar a esa generación sin oportunidades del pueblo. A las diez de la noche se la veía saliendo del antiguo Liceo de Atenas y antes, escuela complementaria, envuelta en un chal o con su suéter negra yendo para su casa.

Se fue a meter a las barriadas más pobres del centro de Atenas, la recuerdo en el Cajón enseñando en miserables instalaciones del salón comunal a gentes que por su marginalidad no asistían a la escuela de adultos. A ellos también les dedicó tiempo de donde no había, porque ella entendía como nadie que la educación es la herramienta por excelencia para la movilización y ascenso social, es la llave que abre las puertas de las oportunidades, sin ella no será posible el desarrollo y el progreso humanos.

A finales de los años ochenta, el Ministerio de Educación decidió nominar a la maestra o maestro más destacada por sus virtudes personales y profesionales, por su sacrificio por la educación de los más pequeños de la Patria. Sin la menor duda, la Niña Virginia fue la primera maestra que recibió la Medalla de Oro a la mejor maestra de Costa Rica, merecido reconocimiento y homenaje de nivel nacional. Todo lo tomó con gran humildad y aprovechó la ocasión para enviar su mensaje de más trabajo y más compromiso a la joven generación de maestros y maestras costarricenses.

Así transcurrió toda su vida profesional activa hasta su pensión. Costó mucho que aceptara la idea de pensionarse y lo tuvo que hacer por razones estrictas de salud. Adquirió una severa cardiopatía que la acompañó hasta su muerte. Sin embargo, ni los estudiantes, ni las maestras, ni los miembros de las juntas de educación la olvidamos nunca. No pasa un día que no la mencionemos, que no la recordemos, como el ejemplo vivo de entrega y sacrificio a la juventud de mi país.

7. Margarita Guzmán, maestra

Mauricio Víquez Lizano

En estos días aciagos en los que tanto se habla y nada se resuelve de cara al futuro de un país que se nos deshace a poquitos, el tema educativo es uno de los más llevados y traídos por candidatos a la presidencia, autoridades ministeriales y gremiales, alumnos, padres de familia y alguno que otro de esos teoriquillos que nunca han pisado un aula, pero que se sienten con derecho a decir lo que sea. En medio de estas condiciones, se me ha ocurrido pensar en lo que ha sido, lo que hemos sido y lo que hemos perdido. Y así he recordado a grandes ciudadanos que he conocido, me han formado y he admirado. Mujeres y hombres que amaron y construyeron patria, supieron de conciencia nacional y cooperaron en la forja de las generaciones que les sucedieron. De inmediato recordé la figura excepcional de Margarita Guzmán, mujer ejemplar, ciudadana celosa, maestra de vocación. Una especie, sin duda, en extinción.

Muchas y muchas generaciones de juventudes heredianas pasaron por las manos formadoras de esta gran educadora. Una maestra en todo el sentido de la palabra. De esas que ya hoy día son tan escasas. Una maestra vocacionalmente definida y ubicable dentro de esa gran tradición normalista, perdida en su momento a raíz de una de las genialidades de nuestros políticos de turno.

La gran educadora en que nos fijamos nació en 1925 y vivió la experiencia de pasar a finales de los años cuarenta por la Escuela Normal. Empezó su camino docente en la Escuela de San Lorenzo de Flores y luego tuvo la experiencia de pasar por un servicio largo en las aulas de la Escuela Estados Unidos de América del mismo cantón herediano, donde incluso fue maestra de mi padre.

En 1965 tuvo una ocasión singular de actualización en su formación como docente. Junto a educadoras de la calidad de Judith Vargas, Edelweiss D'Allanese, Virginia Martínez y Eida Badilla, viajó a Pennsylvania y gracias a una beca que se les concedió pudieron acercarse a las últimas corrientes que, por la época, animaban la labor de enseñanza.

Vendría luego para Margarita su paso por la Escuela Cleto González Víquez. Allí fue capaz de transmitir a quienes le fueron confiados por sus padres, los valores más preciados a que podía aspirar discípulo alguno en la mitad de la confusa segunda parte del siglo XX. Ella –con su misma presencia ya de por sí educadora– supo ser promotora de sentido patrio, del valor de la responsabilidad, de la urgencia de la curiosidad intelectual, de la importancia de las virtudes humanas y las sobrenaturales; en fin, supo enseñar los instrumentos esenciales para vivir como ciudadanos ejemplares y honestos.

Sonriente y grave a la vez, cercana y solidaria con todos, nos fijamos en una mujer que supo marcar la vida cotidiana de sus alumnos y fijarse permanentemente en sus recuerdos.

Desde la oración con que abría la jornada, pasando por sus exhortaciones y su manera de enseñar de vanguardia, Margarita Guzmán supo cada día marcar los

surcos y poner la semilla que más tarde tocaría a sus pupilos hacer crecer. Me parece que no hay razón para dudar que la mayoría de sus pupilos lo haya hecho con creces.

No es fácil para un educador innovar, mas Margarita lo lograba sin poses extrañas. Supo utilizar prudente y sabiamente los recursos novedosos que la sana pedagogía le ofrecía. Cercana al estudiante limitado, animadora del alumno que podía dar más de sí, era también capaz de ser arriesgada estimulando y confiando fuertemente en quien recibía un encargo de su parte. Introducía novedades, creaba materiales que sorprendían, favorecía la capacidad constructiva –a nivel individual y grupal– en el proceso de enseñanza-aprendizaje y alababa sin reservas a quien sabía ir más allá por su capacidad de abrir horizontes.

Hoy, después de su pensión en 1978, Margarita vive su vida en su acogedor hogar de siempre, en medio de la ciudad de Heredia. Sus manos, llenas de tantos frutos, son tan expresivas como siempre. Su voz fuerte alecciona aún hoy a cuantos siguen escuchando su manera prudente y sabia de leer cuanto ocurre en su entorno.

El aporte de esta herediana de corazón lo recordamos muchos, incluso treinta años después de nuestra última clase con ella en las aulas de la Escuela Cleto González. Su celo y vocación de educadora, su amor a este suelo bendito mancillado por tantos, su identidad clara y seductora son lección que se prolonga en el tiempo y nos marca aún hoy.

En estos momentos de deformación y enseñaderos, en las presentes circunstancias patrias, el ejemplo que les cuento nos ha de animar: es posible educar si queremos, es posible construir un verdadero proyecto-país si nos lo proponemos, es posible ser costarricenses rectos si amamos este suelo que nos vio nacer. Un saludo a la distancia para esta gran educadora y una invitación a nuestros docentes –me incluyo– a retomar e imitar el espíritu que motivó el camino de tan egregias carreras de servicio.



8. La niña Dyalá

Inés Patricia Chaves Salas

Yo tuve la suerte de estudiar en la Escuela España en los años sesenta, con una directora excepcional: la niña Rosalina. Y, como sucede con toda persona exitosa, su equipo de trabajo, sus maestras, eran especiales; de todas podrías decir muy buenas cosas.

Recuerdo las asambleas, el coro con la niña Rosario, las clases de religión de la niña Virginia en las que las parábolas eran cuentos y nos encantaban. La exigencia por la disciplina y los cuadernos de caligrafía con copia diaria de cinco reglones de la niña Keyna, a la cual le debo mi buena letra y mi ortografía. Los rosarios en las mañanas en el mes de la Virgen, las idas a misa en la Iglesia La Soledad, maestros llenos de valores, que predicaban con el ejemplo.

Creo que lo que más tenían esos maestros era vocación y deseos de enseñar y realmente se sentían privilegiados por esa misión que se les había encargado: formar adecuadamente niños y hacerlos buenos ciudadanos.

Todos ellos lo hacían con ilusión, pero debo hacer un aparte especial, con la niña Dyalá Jara Rojas. Para mí fue como un ángel. Cuando llegó a la escuela era una persona muy feliz y realizada, disfrutaba lo que hacía; ella era la maestra nueva que llegó a dar el quinto grado. Sinceramente no sé si la niña Dyalá tendría muchos títulos, pero sí sé que tenía mucho entusiasmo y deseos de educar y de encontrar en cada uno de nosotros nuestra fortaleza y desarrollarla.

Siempre vestía de manera muy apropiada, como una maestra, no de manera lujosa pero siempre con una sobria elegancia. Recuerdo unas blusas tejidas de colores muy vivos que ella usaba. Siempre se veía limpia, pulcra como fresca.

Su experiencia laboral anterior a llegar a nuestra escuela, se relacionaba con un trabajo en Venezuela; ella amaba ese país y nos explicaba con entusiasmo la vida en los llanos, sobre el Salto Ángel, el más alto del mundo, el río Orinoco, las leyendas de las pirañas, la riqueza de ese país gracias a través de los recursos naturales, el petróleo, y muchas cosas que aún nos entusiasman. Ponía tanta ilusión que muchos de nosotras añorábamos conocer ese país.

Encontraba en cada uno de nosotros su fortaleza, su habilidad y nos motivaba a desarrollarla. A mí no me encantaba la matemática, pero si dibujaba muy lindo, o por lo menos eso me hacía creer. A mí me decía: "Patricita porque no nos dibuja alguna cosa"; me hacía ir a la pizarra a dibujar para que la clase se viera más bonita; me hacía sentir importantísima. Y, así con cada uno de sus alumnos.

En la parte académica era muy buena, muy ordenada, pero su mayor fortaleza, era la motivación, la formación integral del estudiante. Nos hacía creer que se podía, que todos teníamos habilidades y que las podíamos desarrollar. Y le creímos.

En la escuela yo era del promedio, pero con la niña Dyalá fui de las mejores estudiantes. Ella me hizo creer en mí, nos hacía sentir talentosos, inteligentes, llenos de habilidades. Y logró lo ella quería: que alcanzáramos nuestros sueños.

Yo no sé si todos los compañeros y compañeras tengan el mismo sentimiento hacia la niña Dyalá. Pero siempre que pienso, en quien hizo la diferencia, pienso en ella.

Le mando bendiciones a la niña Dyalá donde quiera que esté, porque a mí, sí me hizo sentir especial.

Ojalá los nuevos educadores aprendan de personas como la niña Dyalá, porque la parte académica es importante pero mas aún, el fortalecimiento de la parte emocional del estudiante.

9. MARÍA ODILIA CASTRO HIDALGO

María Enriqueta Castro Castro

Ella fue mi maestra. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto, en el ámbito familiar, social y político. No siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales.

Desde muy pequeña, mi abuela decía que era "opuesta". En la escuela y el colegio, siempre cuestionó a sus maestros y profesores, aunque algunos como Esther de Mèzzerville, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Auristela Castro de Jiménez, Moisés Vincenzi, Carlos Luis Sáenz, Anastasio Alfaro, José Fidel Tristán y José Joaquín Vargas Calvo, llegaron a apreciarla tanto que conservó su amistad a lo largo de mucho tiempo. Todos ellos estimularon su activa participación en la solución de los problemas sociales y políticos, además del interés por la literatura, la música y las ciencias, que la acompañaron a lo largo de su vida.

El Colegio Superior de Señoritas funcionaba entonces como Escuela Normal, de modo que fue allí donde recibió su formación docente inicial, se puso en contacto con las corrientes pedagógicas de la primera mitad del siglo XX y descubrió su vocación para la enseñanza, aunque la docencia ya era una tradición en nuestra familia. Siempre afirmó que la educación es un apostolado y todos los que seguimos sus pasos, de una u otra manera, hemos tenido eso muy claro.

Por otra parte, también cuando salió de bachiller tenía la firme intención de estudiar medicina; pero la carrera no se impartía en el país y la familia carecía de los recursos para enviarla al exterior, pues había cinco hermanos menores cursando primaria y secundaria. Pensó en la enfermería como otra opción, pero también era una carrera larga y costosa, además de que no se consideraba entonces muy apropiada para una señorita.

De manera que completó sus estudios en educación en la Escuela Normal de Heredia, empezó a trabajar muy joven y tan pronto como pudo reunir el dinero necesario entró a la Escuela de Enfermería, dependiente en ese entonces del Colegio de Médicos y Cirujanos. Cuando se graduó, trabajó como enfermera voluntaria durante las noches y en las vacaciones, alternando esta actividad con sus labores de maestra. También se sentía muy orgullosa de la colaboración que pudo brindar durante la guerra civil de 1948, atendiendo a los heridos. Y cuando debió abandonar su patria por motivos políticos, esa segunda profesión le permitió sobrevivir en tierras lejanas. Posteriormente, en Venezuela, estudió Servicio Social, con lo cual completó el "triángulo de la solidaridad" que fue el norte de su vida.

Mi abuela también le reclamaba que se hubiera ido a trabajar en tantos y tan remotos lugares, lo que atribuía precisamente a su carácter. Tal vez tenía razón, pero en ella no solamente estaba la furia destructiva contra lo que quería cambiar sino la firme determinación de lo que esperaba lograr con sus arrebatos. En muchos casos fue la tabla de salvación para mucha gente en momentos difíciles y el estímulo para superarse que necesitaron algunos en momentos cruciales.

Aunque fue muy intransigente con las debilidades humanas, siempre estuvo del lado de los más débiles desde el punto de vista físico, social, económico o político. Por sus opiniones en este último campo, a menudo fue acusada de comunista, aunque nunca quiso afiliarse al partido, ni en Costa Rica ni en Venezuela, a pesar de compartir muchas de sus premisas y haber tenido amigos militantes. Una vez que alguien comentara que tal vez se había afiliado de incógnito, la escritora Luisa González respondió:

—¡De incógnito! El día que María Odilia se afilie al partido comunista le damos el carné en el Teatro Nacional...

Recientemente, la profesora Jenny Solís, alumna en la Escuela Marcelino García Flamenco durante la década de 1940, me contaba la impresión que causó en ella y sus compañeras de tercer grado la llegada a la Dirección de una mujer tan impactante:

Hubo un cambio radical con el nombramiento de María Odilia Castro, como si hubiera entrado el sol a iluminar todo el plantel y no solo la Dirección, con su sonrisa franca, su simpatía contagiosa y la forma tan agradable en que se comunicaba con todos nosotros, el personal y las alumnas de la institución, a las que nos tomaba en cuenta. Se abrieron las ventanas y puertas de la Dirección y de la escuela; constantemente llegaban personalidades a dar charlas o simplemente de visita.

Fue una mujer fuera de serie, adelantada a su época; tal vez como Yolanda Oreamuno, algo incomprendida, impresionante por su manera de vestir, de hablar y de pensar, revolucionaria en todas sus actitudes (en el buen sentido de la palabra), quien con el apoyo de la mayoría de las maestras, nos puso en contacto no solo con los pensadores costarricenses de la época sino con la literatura de Tagore y escritores mundialmente reconocidos, la poesía de Rubén Darío y otros autores latinoamericanos.

A pesar de la heterogeneidad económica de la población estudiantil, logró amalgamar al alumnado y disminuir las diferencias de clase. Estimuló la participación artística con la asistencia y montaje de obras de teatro, como las "Concherías" y "La cosecha", para incentivar el orgullo por nuestras tradiciones, visitas al Teatro Nacional y otras actividades que nos abrieron los ojos a un mundo que no conocíamos.

Aunque éramos muy jóvenes para darnos cuenta real de su valor, notamos el cambio y con el tiempo apreciamos su preparación profesional, formación intelectual y carácter para enfrentar la vida, muchas cosas que solo ahora puedo comprender plenamente.

La imagen de esta maestra excepcional, simpática, agradable, abierta a las inquietudes de sus alumnos, quedó tan grabada en mí que nunca podré olvidarla. Su actitud nos marcó para siempre."

En efecto, fue una mujer fuerte, que enfrentó los convencionalismos de la sociedad de su época, para amar y odiar con un entusiasmo poco común, tener las amistades más extravagantes, estudiar lo que quiso, trabajar en los lugares más remotos ejerciendo las funciones que consideró necesarias, participar en política cuando las mujeres aún no eran ciudadanas y en una guerra civil para apoyar las reformas sociales que consideraba indispensables; en fin, una mujer que vivió la vida "a su manera".

Siempre pensé que ella fue como una tormenta tropical, que es refrescante y barre con todo lo que está mal puesto sin causar tantos daños como un huracán.

Ella fue la tormenta, pero yo siempre estuve en el centro, en el punto donde está la calma, desde donde se pueden ver claramente las turbulencias, sin perder el control, y disfrutar del espectáculo.

Ahora quiero compartirlo con ustedes.

* * *

María Odilia Castro Hidalgo ejerció treinta años la docencia en el ámbito nacional, no solo como maestra en el aula; también ocupó la dirección técnica de las escuelas Juan Rafael Mora (en la que inició su carrera), Mauro Fernández, República de México y Marcelino García Flamenco en San José, Delia Urbina en Puntarenas y John D. Rockefeller en Turrialba.

Asistió como delegada del magisterio nacional al Primer Congreso Internacional de Maestros, celebrado en La Habana, Cuba, en 1939. Fue cofundadora de la organización Maestros Unidos, la cual dio origen a la Asociación Nacional de Educadores y una de las fundadoras de esta institución magisterial.

Recién llegada a Venezuela, trabajó durante un corto período como Directora de un internado para señoritas normalistas que existió en El Paraíso, un barrio de clase alta con mansiones impresionantes. Vivíamos en la misma casa y el puesto era muy cómodo para atender mis necesidades como bebé, pero también supongo que demasiado tranquilo para alguien como ella. Debe haberle servido para conocer gente importante, así que cuando le ofrecieron el puesto de enfermera en la empresa Pampero, en Ocumare del Tuy, aceptó sin pensarlo mucho. Para cualquier otra persona, irse a vivir y trabajar en esa remotidad podía ser lo más parecido a enterrarse en vida; para ella fue un reto.

Allí pasó siete productivos años empeñada en alfabetizar, curar y ayudar a toda aquella población, en una labor que define más allá de las palabras lo que ahora llaman dedicación exclusiva. Después de atender el Dispensario Médico durante todo el día, en la noche abrió un centro de educación para adultos, el cual funcionó durante cinco años. Cuando yo alcancé esa edad, cambió el horario para abrir un jardín de niños en las mañanas, donde estudié con mis amigos, y atendía el Dispensario hasta más tarde en la noche. De todas formas, a cualquier hora llegaba gente a buscarla si se presentaba una emergencia y ella los atendía con la mejor disposición sin importar

si era la madrugada. Su labor como enfermera no se limitaba a atender las enfermedades: organizó campañas educativas, antialcohólicas, antituberculosas, de vacunación, erradicación de la malaria, fiebre amarilla, tifoidea, disentería y cualquier otra peste que pudiera haber en los alrededores.

También durante esa época entró en contacto con intelectuales venezolanos de ideas progresistas, gente con la que pudo hablar de temas que tal vez solo había tocado tangencialmente en su país; tuvo mucho tiempo para leer y meditar, vislumbrar claramente cuál era su destino y recargar baterías para la segunda mitad de su vida, tan valiosa y activa como su primera juventud.

Así que ella y yo crecimos en Ocumare, su magia nos envolvió y nos transformó en lo que debíamos llegar a ser, acompañándonos por el resto de nuestra existencia terrenal.

* * * *

Por supuesto que Lilla (como le decía) fue mi primera maestra y casi la única durante los primeros años de mi vida. Otros niños tienen influencia de su padre, abuelos, tíos, primos mayores u otras personas durante su infancia. En mi caso no ocurrió así: la mayoría de mis familiares estaban lejos, en Costa Rica; las tías eran un lujo de fin de semana; los primos que vivieron con nosotras durante algunas temporadas, eran casi de mi edad y nos veíamos como hermanos o compinches de travesuras.

Así que, para bien o para mal, independientemente de la carga genética o kármica que pudiera traer, Lilla pudo moldearme a su gusto durante los primeros años de mi infancia aunque, según comentaba cuando creía que yo no la estaba escuchando, el asunto no fue tan sencillo.

De cualquier modo, fue ella quien despertó mi entusiasmo por la vida, el asombro ante la naturaleza, el espíritu de aventura, la inquietud por la investigación, la alegría para disfrutar de las cosas simples de cada día, el interés por la lectura y la buena disposición hacia las actividades artísticas.

A pesar de que su trabajo era muy absorbente, durante esos años en Ocumare, hablábamos mucho y a menudo me leía obras clásicas de la literatura, mucho antes de enseñarme a leer y escribir, memorizábamos poesía infantil y amorosa, así como obras de teatro; cantábamos constantemente, sin considerar nuestras limitaciones de voz: rondas para niños, música de diversos países de América, para la cual Lilla improvisaba a menudo la letra de una manera inusitada.

Le encantaban los bailes tradicionales venezolanos porque los consideraba muy alegres y nunca faltamos a la ceremonia de los "Diablos de Yare" el 24 de junio o a cualquier otra actividad que nos permitiera entrar en contacto con el espíritu de esa nación a la que tanto admiró. También, cuando íbamos a Caracas durante los fines de semana, aprovechábamos para asistir al cine o al teatro, a la ópera o zarzuelas. Siempre nos acompañaba alguna de las tías, de manera que al final se hacían comentarios críticos sobre las obras que presenciábamos.

Por lo menos en los primeros años de mi infancia, nunca recibí lecciones de moral o de religión propiamente como tales. Lilla acostumbraba persignarse en la mañana y en la noche (únicamente) y me enseñó a hacer lo mismo, así como a rezar el padrenuestro y el avemaría. Tenía un libro de oraciones que creo era más

bien un recuerdo sentimental, porque no lo utilizaba muy seguido. Le gustaban más otras plegarias menos formales, como la oración de Francisco de Asís, la cual memoricé rápidamente pues también me pareció fascinante; o la atribuida a Santa Teresa que expresa como idea central:

*"No me mueve, mi Dios, para quererte, el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve, mi Dios, para adorarte, el infierno por todos tan temido..."*

Desde mi punto de vista, en ese momento, éstas no eran oraciones sino poemas hermosos como tantos otros que repetíamos. Así que mi iniciación religiosa fue bastante liberal, como era mi mamá (era tu mamá o tu abuela, no queda claro). En Ocumare había una capilla que se utilizaba para ceremonias católicas, pero el cura llegaba generalmente solo una vez al mes, en domingo, de manera que no creo haberlo conocido antes de los seis años.

En esa época la mayoría de mis amigas se preparaban para hacer la primera comunión y yo quise hacerla también. Papi me mandó desde Costa Rica un rosario de plata y un precioso misal y eso me motivó para asistir a la capilla un domingo. También mis amigas estaban escogiendo sus vestidos y tocados para la ceremonia, así que me prestaron unos figurines para que los viera mi mamá. Cuando llegué a enseñárselos, se puso furiosa y me dio un sermón que entonces no entendí, pero tenía que ver con el hecho de que si yo no comprendía realmente lo que significaba la primera comunión y solo estaba pensando en lo exterior, era que no estaba preparada para recibirla. Y por supuesto que no hice la primera comunión sino hasta muchos años después, casi por accidente.

Una de las últimas quijotadas de Lilla en Venezuela, el año antes de venirnos a Costa Rica en forma definitiva, fue cambiar el puesto de jefatura que tenía en el Departamento de Extensión Cultural del Consejo Venezolano del Niño, por la dirección de un albergue para niños abandonados o afectados por diversos problemas; en la mayoría de los casos, las dos circunstancias. Se trataba de un proyecto experimental para recuperarlos de las dificultades que pudieran haber sufrido anteriormente e incorporarlos a lo más parecido que pudiera considerarse una familia. Allí pudo poner en práctica sus conocimientos docentes, de enfermería y trabajo social, en una labor de incalculables proyecciones que debe haber cambiado el destino de un importante grupo de muchachos.

Pero fue cuando regresamos a Costa Rica, muchos años después, que descubrí la magnitud de su trayectoria como docente. De pronto, en la calle nos encontrábamos cantidades de personas que aseguraban haber sido sus alumnos y que la recordaban con especial cariño. Muchos de ellos eran profesionales que habían recibido su estímulo o apoyo, incluso material, para terminar sus estudios; otros, simplemente, agradecían sus visitas al hogar para atender problemas familiares o evitar abusos graves. Recordaban sus clases de educación física en lugares donde solamente había una plaza o potrero empolvado o embarrialado, según fuera la época del año; sus lecciones de música con la única ayuda de una dulzaina o su voz a capella; experimentos científicos realizados con materiales domésticos o de desecho; vívidas lecciones de historia y geografía; visitas (a pie) a zoológicos, volcanes, beneficios de café, parques, teatros o cualquier otro lugar de interés cultural; proyección de películas cuando para ello se requería alquilar o conseguir prestado no solo la cinta sino un

complicado equipo; representaciones teatrales de obras famosas de la literatura universal con unos pocos trapos y buena voluntad, así como infinidad de anécdotas a lo largo y ancho de todo el territorio nacional.

Y regresó nuevamente a la docencia en su patria, los últimos años en las escuelas Joaquín García Monge de Desamparados, Rafael Francisco Osejo, frente a La Sabana y Franklin D. Roosevelt en San Pedro de Montes de Oca. A finales de la década de 1960, cuando el Ministerio de Educación Pública obligó a pensionarse a todos aquellos docentes que fueran sexagenarios, no se resignó a abandonar las aulas e impartió lecciones durante varios años en el Colegio Don Bosco, así como recibió en su casa a infinidad de jóvenes para clases de recuperación. Además continuó con el trabajo voluntario que siempre desarrolló a lo largo de toda su vida.

Representó a Costa Rica ante el Seminario para Dirigentes de Bienestar Social en América Latina, celebrado en Bogotá, Colombia, en 1964. Colaboró con el Centro de Nutrición y Salud en San Pedro de Montes de Oca, antecedente de los actuales CEN-CINAI; fue fundadora y vicepresidenta de la Organización de Ciudadanas Costarricenses y de la Federación de Organizaciones Voluntarias, así como de la Asociación de Educadores Pensionados y representante de esta ante la Junta de Pensiones y Jubilaciones del Magisterio Nacional. Ocupó durante mucho tiempo la vicepresidencia de la Asociación Pro Albergues del Patronato Nacional de la Infancia, institución a la que profesaba una dedicación especial, y con la que colaboró hasta pocos meses antes de su muerte.

Su funeral fue oficiado precisamente por uno de sus antiguos alumnos, el sacerdote salesiano Andrade, quien al despedirla supo expresar muy bien el sentimiento no solo de los familiares y amistades, sino de todos aquellos que tuvimos la oportunidad de recibir sus lecciones.

Ella fue la tormenta. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto en el ámbito familiar, social y político. Es claro que no siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales y mostrarnos el camino. También nos enseñó cuál es la mejor forma de educar: con el ejemplo.

10. La querida niña Martha

Martha Sánchez López

Ella nació (si es posible, agregar lugar y año) en uno rodeado de cuajiniquiles e higueros, el río cantó; fue tal el estruendo, que los pájaros se pintaron de otro color y esa noche la luna tuvo los matices de la guacamaya. Salieron al patio a bailar con las sombras de los grandes árboles y las luciérnagas indicaron que se había hecho el milagro. La niña creció y fue arrancada de esa tierra inhóspita y polvorienta; tenía que salir; se había ganado el privilegio de estudiar.

Otro lugar, otra familia, otra escuela, ya no la de pies descalzos, la de las pozas, la de los árboles cargaditos de mangos y papaturros. La hija terminó la escuela, pero había que continuar, un poco más lejos. Una vez más, otro lugar, otra familia, amigos, colegio y de allí: la Escuela Normal.

Recuerda que hizo en Cuajiniquil la práctica pedagógica que duraba quince días. Una vez no llegaron por ella y sus compañeras y un hombre las persiguió, "era tan peligroso"; corrieron y corrieron hasta que llegaron a encontrarlas, "imagínese qué susto, unas muchachas de 17, 18 años, caminando solas por esas tierras de nadie". Y sigue comentando sobre sus años de estudio "Ya nosotras habíamos hecho otra práctica, fuimos a todas las escuelas de Liberia y eso que la formación era de dos años, pero sí salíamos bien preparadas".

Después de que se graduó, no pudo ir a la capital a "reclutarse" porque no tenía dinero, "Solo las de plata podían ir", así que le dijo a su amiga que llenara sus papeles y que "pusiera lo mismo", que marcara la misma zona; "Yo ni siquiera me di cuenta de lo que ella llenó", aduce.

Y las casualidades de la vida se conjugaron al nombrarla a ella primero y a su amiga no, cuando por fin esta lo consiguió, la enviaron a "lejísimos, allá por Nicoya"; llegaba allí en bus, luego tomaba una avioneta y seguía a caballo, "pobrecita, sobre todo para alguien que comienza", menciona.

Así que la niña Martha inició su vida profesional en un pueblo perdido en la montaña. Hasta hace tres años, "Llegó la luz", como dicen los vecinos; se imagina, niña, poder guardar comida y caminar de noche, no solo cuando hay luna llena".

El telegrama del nombramiento, allá por el año setenta decía que se presentara como la maestra de la Escuela de Las Lilas de Quebrada Grande de Liberia. Y... ¿dónde es eso?, se preguntó. Alistó maletas y acompañada de su madre inició el camino. Un autobús a Potrerillos, otro a Quebrada Grande, luego la Finca La Sombra y, ¿de ahí?... solo Dios sabía.

Por dicha en el bus, como si el cosmos conspirara para que llegara a su destino, apareció Don Lino, "Y ustedes para dónde van? Pues yo, para ahí voy también, todos la estábamos esperando", dijo el señor. En el cruce estaba el hermano con el caballo que les serviría de transporte, "Así fue como conocí a los González, mis grandes amigos hasta la actualidad", dice con nostalgia.

Luego de andar por esos caminos desolados, después de cruzar el río Ahogados y tras unas siete horas de viaje desde que salieron de la casa, llegaron a Las Lilas, "ya era de noche, viera qué impresión, era un pueblito chiquito, ellos vivían muy pobres, a veces no había qué comer, pues sí, frijoles y arroz, leche, era todo muy limitado".

Y sigue recordando, "Qué triste, yo sola, mi mamá se quedó tres días conmigo; todo me asustaba, todavía recuerdo los grillos, bichos, culebras, alacranes. Dormía en un cuarto lejos de la casa, hasta que no aguanté y me fui a dormir con la pareja y los tres chiquitos al mismo cuarto. Fueron tan lindos, me protegieron tanto; yo era una chiquilla también".

El pueblo era un caserío de parceleros provenientes en su mayoría de la zona de Cartago. Una casa por aquí, otra por allá y las condiciones de pobreza en todos lados. Desde ese día y hasta entonces, aún después de haberse pensionado, la niña Martha sigue siendo la maestra querida y recordada de este bello lugar.

Al día siguiente, se presentó a la escuela, "Eran como cuarenta alumnos, tenía dos aulas". Durante tres años, laboró allí, con niños y niñas de todos los grados, de todas las edades, con grupos de hermanos que aprovechaban que los menores ya podían bajar de la montaña a la escuela y todos entraban a primero.

El hecho de ser escuela unidocente la hace recordar, la metodología que utilizaba, "Sí, nos daban material, pero había que ponerle cabeza. Ahora no, todo lo dan, las fichas de trabajo. Yo citaba a los estudiantes más grandes y pequeños juntos, para sopesar el trabajo".

En estos lugares, donde la escuela se vuelve el centro de socialización, ella hacía reuniones de padres y madres de familia. Graduó a sus estudiantes, pero también hizo un huerto, un jardín, "turnos" para "recaudar fondos". Los domingos que no viajaba a su casa, ensillaba un caballo y montaña adentro se iba a visitar hogares, "Yo no medía el peligro, cruzaba el río con un güila de diez años que me acompañaba", dice.

Y así transcurrieron los primeros meses, hasta que recibió su primer salario, con todos los meses atrasados. "Qué felicidad, eran como seiscientos pesos, yo me sentía millonaria, entonces comencé a llevar otras cosas para comer; para variar el sabor, me llevaba una salsa Lizano o de tomate".

¿A cuántos enseñó a leer y escribir? A muchos que hoy ya son padres, madres y hasta abuelos; a muchos que se quedaron labrando la tierra en este pueblo

en donde parece que el tiempo no pasa, pero otros salieron y estudiaron, como el que la llamó recientemente que tiene un puesto ejecutivo en la Contraloría General de la República y algunos que la llaman para Navidad o el Día de la madre.

Entonces parece que no solo caló en ellos el recuerdo de la maestra que enseña a sumar y restar, sino también la que educó para la vida, la que de su bolsillo les compraba melcochas pues era la única posibilidad de que ellos probaran un dulce.

Pero el traslado se dio, retornó al lugar de su escuela, a su propia escuela; donde por veintitrés abriles se dedicó en cuerpo y alma a educar a medio pueblo y a ganarse un nombre; no hay familia que no haya tenido algún contacto con ella.

Y rememora ese primer día "Yo me presenté el sábado, porque antes se trabajaba los sábados y me dieron un sexto, fijese usted, esos muchachos eran más grandes que yo, muchachos de quince o dieciséis años; hasta a mi hermana le di clases, fue una experiencia nueva y allí me quedé hasta pensionarme".

Historias son muchas. Desde los paseos a jugar a la plaza del pueblo, a una finca cercana o alguna excursión al Parque Nacional Santa Rosa a conocer de Biología Marina con un funcionario del MINAE hasta enseñarles a coser y bordar a sus estudiantes. Menciona que como antes no había comedor, la comida la llevaban de la cocina al aula y allí se repartía por el maestro, en platos que cada niño traía de su casa.

También habla un poco sobre la autoridad del docente, "Una vez tuve que decirle a una estudiante (ella era ya una muchacha) que si seguía yendo a los bailes tenía que reportarla a la dirección". Y sigue contando anécdotas...

"Carlitos", un niño con dificultades en el área del lenguaje simplemente no podía pronunciar bien las palabras; ella lo integró al grupo y el chico aprendió igual que todos. ¿Y la "niña"? preguntaba ilusionado a todo aquel que pasaba por su casa.

"Gerardina", una niña con retardo mental leve, que le decía con tiza y borrador en mano: "Niña, no se preocupe, yo le cuido al grupo".

"Beto" era un niño a quien nadie quería como estudiante y se lo dieron para ver qué hacía ella. Con solo un poco de atención lo logró encauzar, era el chico que botaba el lápiz por la ventana para tener que ir afuera a recogerlo; y muchas veces lo lanzó fuera y otras tantas la niña Martha le prestó uno, para que no se saliera del aula.

"Juan", que le ofreció como regalo un pescado para el almuerzo, el cual nunca llegó ni llegará porque él murió hace unos años.

Esta maestra era de las que hacían de enfermeras, de guardaespaldas, de policías, de coreógrafas, de dibujantes y poetizas, de maestras de ceremonias, de consejeras, de productoras de espectáculos para el día del libro, del árbol o de la graduación.

De las maestras que daban clases de recuperación, no porque se las pagaran sino por auténtica preocupación de que sus alumnos salieran adelante. No había aula integrada como ahora, todos los niños y niñas estaban en una sola, conviviendo con la más amplia gama de diversidades, promoviendo cotidianamente la solidaridad y la cooperación.

Algunos pensarán, ¡qué altruismo, qué divertido, ser así!, pero no crean, el costo también es alto, al igual que sus ganancias, porque las hay. Sin embargo, las recompensas estaban más allá de llenar un formulario con aprobados y reprobados. Tantas facetas por negociar: ser mujer, madre, profesional, con todo lo que implica, satisfacciones y culpas.

Cuánta añoranza por aquellos docentes entregados a su labor, donde se conjugaban todos los espacios, desde los más íntimos como la familia y amistades, con los personajes de la comunidad escolar: padres-madres y estudiantes. ¿Por qué ahora sentimos un vacío en relación con la figura del maestro y su carisma, qué impide que el status siga siendo el de antaño?

A menudo escuchamos que la educación va de mal en peor, que los maestros son unos vagos, que lo que los estudiantes aprenden no les sirve para nada, que la educación no es integral, que ya no se enseñan valores, por qué si los estudiantes

traen notas excelentes fracasan en los exámenes del Ministerio". Estos son solo algunos de los comentarios que a diario nos hacemos o se hace cualquier persona, ante la situación de la "educación" en nuestro país.

Situaciones como las más recientes que ilustran de forma alarmante escenarios de violencia extrema, nos muestran la orfandad no solo de los estudiantes (niños, niñas y adolescentes), sino también de los docentes y por supuesto de los padres y madres de familia, en un ambiente con todas las razones para ser llamado caótico. Considero que esta renuncia del mundo adulto a poner límites y a ser una figura consecuente y congruente con sus actos, hace que estemos sintiendo una profunda soledad; en mi criterio, se sienten solos tanto los niños, niñas, jóvenes, docentes, padres y madres de familia.

Todos hemos perdido identidad; el docente no siente que puede serlo, el padre y la madre se vuelven frágiles en un contexto donde pierden credibilidad, los y las estudiantes se encuentran todavía más solos, en un ambiente que los satura no por falta de reglas (estas son las muchas que hay que cumplir), pero las cuales no han sido interiorizadas como suyas.

Entonces surgen otros cuestionamientos que a menudo quedan sin respuesta: ¿Se hace necesaria una redefinición del sistema educativo actual?, ¿cómo podría desarrollarse una educación de calidad acorde con las necesidades de la sociedad cambiante, sin dejar de lado la integralidad del ser humano?, ¿cómo se puede evaluar el desempeño del docente en un sistema educativo que favorece el desarrollo de una serie de antivalores, en detrimento no solo del mismo docente sino de los y las estudiantes?, ¿cuál es el sentido de tener una postura crítica ante los dilemas de la educación, sin llegar a ser propositivos?, ¿cómo ser coherentes en el proceso de evaluación tomado en cuenta la diversidad de las personas, los contextos y por ende los estilos de aprender?, ¿qué clase de seres humanos estamos formando, sin fomentar el adecuado manejo de la emociones, las de ellos y las nuestras, como una parte indisoluble al desarrollo del pensamiento?

Para quienes laboramos en docencia universitaria, el reto diario se constituye en la concientización de los y las estudiantes universitarios -futuros maestros y maestras-, sobre la ética en la práctica profesional y la importancia de no perder de vista a los seres humanos que vamos a tener a nuestro alrededor. Seres humanos con distintas necesidades, inquietudes y capacidades, dignas todas de ser satisfechas, abordadas y potenciadas. Pilares todas del proceso de desarrollo humano al que tenemos derecho; tan manoseado a veces y olvidado otras tantas.

El ejercicio de la docencia exige involucrarnos como personas en un ámbito donde la sensibilidad y el bagaje académico van de la mano, cual líneas paralelas pero inseparables. Todos tenemos diferentes saberes, algo distinto que aportar desde cada experiencia, pero qué sucede cuando surge la queja de lo que hacen en su ejercicio profesional los docentes -colegas nuestros al fin- y que nosotros mismos como universidad estamos formando.

Y, ¿qué ofrece la universidad a los estudiantes que van a ser docentes? Procesos de aprendizaje divorciados de cualquier intento de afectividad, apegados a discursos de integralidad, diversidad, tolerancia y respeto y por otro lado carentes de asidero real y práctico. Procesos verticales de transmisión de conocimiento, donde el cuestionamiento y la crítica proactiva no tienen cabida. Ninguna lectura de las dinámicas grupales, por lo que los grupos se vuelven rígidos desde el inicio de la carrera y luego nos preguntamos por qué los grupos a cargo son tan inflexibles en sus roles.

Esta burbuja en la que estamos inmersos en el mundo universitario, la cual nos aleja de la realidad y de los procesos comunitarios, exige no solo docentes que tengan algún contacto con situaciones de la vida real que enriquezcan el marco común, sino que orienten al educando sobre las múltiples contrariedades que existen entre los libros de texto y la vida cotidiana.

Hemos perdido de vista, no solo que ningún proceso educativo debe estar mediatizado por el dolor, de tal forma, que los métodos de enseñanza en la educación superior, se constituyen en un área de investigación y en una temática que nunca perderá vigencia: la autorreflexión constante del papel del docente en los procesos de aula, debido a que involucra a los actores en una revisión continua y por tanto evaluativa de lo que ocurre con los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Sigo pensando en la niña Martha y otras muchas maestras y maestros que hicieron y vivieron su experiencia docente, totalmente apegada a sus proyectos de vida. ¿Qué nos dirán ellos de los docentes de hoy, muchos entregados a la misma causa, mercantilizados otros tantos. La tarea es ardua y nos involucra a todos; el presente exige repensar condiciones añoradas en un mundo cambiante y con nuevas necesidades.

La niña Martha también es un ser humano con virtudes y defectos. Ella se casó, tiene tres hijos y una ellos soy yo. Por eso, hablar de mi madre se convierte en una profunda combinación de sentimientos, entre el amor y el orgullo, entre el reclamo por la entrega sin límites, por el trabajo sin horarios, por ser maestra siempre. Ella es mi madre, como la de muchos hijos e hijas de maestros que sintieron que la docencia es combinable con el complejo mundo de la vida. Trato de argumentar objetivamente algo adherido a la subjetividad más pura.

11. Profesora Thelma Murillo Mondragón: Una educadora ejemplar

Gilberto Alfaro Varela
Exalumno del Liceo de Tilarán
1966-1970

Al presentar a quien fue maestra o profesora en un periodo de la vida, se corre el riesgo de olvidar muchos detalles que quizás fueron los que más le impactaron a uno en la vida; pero también el riesgo de magnificar vivencias que podrían, para otros, no parecer creíbles. Es mi intención en esta breve reseña dejar constancia de vivencias auténticas de una profesora que nunca ha dejado de serlo para mí, y creo que en ella misma está presente el serlo, no porque pretenda siempre enseñar, sino porque le resulta auténtico darse a los demás con el cariño y humildad que dan la oportunidad para aprender y enseñar, sin importar si de quienes aprende y a quienes enseña son alumnos oficialmente y requieren o no ser calificados con una nota.

Seleccionar a un educador ejemplar para una reseña de este tipo me resulta difícil, si parto de mi idea de que todo educador es esencialmente bueno, por cuanto la tarea que asume no es la tarea más fácil del mundo. Estoy hablando de educadores, aquellos que ayudan a transformar la vida de las personas, no de los que dan clases para cubrir programas y justificar salarios al final de mes; a estos últimos los podría llamar trabajadores docentes, a los primeros docentes-educadores. Personalmente, en la vida he estado en contacto con ambos tipos de docentes, pero quiero en este caso referirme a una educadora que a lo largo de la vida, después de conocerla y de tener conciencia de lo que se trata la verdadera educación, he encontrado que es un modelo por seguir para aquellos que intentamos con esfuerzo contribuir en la educación de las futuras generaciones del país.

Dejo a los lectores las interpretaciones, yo trataré de hilvanar los hechos para que sirvan de base a la reflexión.

La experiencia vivida

Corría el año 1966 cuando tuve la dicha de llegar a las aulas del Liceo de Tilarán, unos cuantos días después de iniciado el ciclo lectivo, por la incertidumbre que existía de si podía o no entrar al colegio. El llegar tarde a un grupo es difícil pues uno debe ajustarse a lo que esté establecido; sin embargo encontré apoyo en los profesores y



Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIMEC)
Facultad de Educación

recuerdo especialmente a la profesora Thelma, quien reparaba en que había llegado "alguien" nuevo, a aquella aula del I-A, junto a la Dirección del Colegio.

Era para entonces una profesora muy joven, talvez la más joven en el colegio, era exalumna del colegio y oriunda del mismo pueblo. Esto debe constituir una ventaja, pero a la vez limitaciones. Tuve la grata oportunidad de que fuera mi profesora en el área de Ciencias por cinco años (Ciencias Generales, Química y Biología). Una primera lección que creo que aprendimos con ella fue la de la sana distancia que debe existir entre los estudiantes y los profesores; de manera que como estudiantes tuviéramos claro que con ella, a pesar de la confianza que podríamos sentir por la poca diferencia de edad que existía o por el conocimiento que existía en el lugar acerca de ella, siempre tuviéramos presente que la relación que nos mantenía unidos a ella era la de estudiantes con la profesora. De esta manera siempre fue PROFESORA sin más, siempre cercana pero siempre profesora.

En esta relación clara entre estudiantes y profesora, fue posible disfrutar de sus lecciones amenas y claras, con una característica que me impresionó y era cómo hacía la profesora para, al final de la explicación de un tema, pedir que sacáramos el cuaderno y ella nos dictaba sin tener nada a mano. Había una construcción de un texto que iba llevando con puntuación correcta e ideas hilvanadas que posteriormente nos servía de material de apoyo para el estudio. En esa época no había libros disponibles, o quizás no nos los pedían por la falta de recursos económicos de los estudiantes, tampoco había fotocopias y talvez el polígrafo requería la preparación de estenciles y demás procedimientos que podría parecer tecnología demasiado sofisticada. Lo cierto es que la profesora nos aportaba aquellos resúmenes bien elaborados que nos servían para repasar la lección que con gusto y esmero nos había dado. Era su estilo y aún hoy me parece interesante sintetizar al final de una clase las ideas principales que han sido presentadas y discutidas de manera que los estudiantes se vayan claros en los puntos en los que hemos llegado a acuerdos o por lo menos que serán los que sirven de base para continuar aprendiendo.

Sus explicaciones en la clase siempre estaban cargadas de ejemplos que conectaban con la realidad y cuando la ocasión se prestaba, las lecciones se complementaban con excursiones durante los fines de semana. Recuerdo excursiones para visitar las minas de oro en Líbano, para conocer las diversas formas en que nos los podíamos encontrar los minerales que en esas minas nos parecían sorprendentes. Las excursiones nos permitían, además de profundizar en el tema, socializar un poco más con los compañeros, asumir la responsabilidad en las cosas que hacíamos y generar estrategias y cuidados en la manera de conducirnos en la vida. Por otra parte, aun tengo presente el trabajo que realicé en primer año para la clase de ciencias, en que me correspondió demostrar que la materia presenta diferentes densidades según sean las sustancias de que están constituidas. Los barcos con fondo de alcanfor que flotaban libremente en una palangana con agua fueron para mí una sorpresa y creo que de ahí en adelante entendí cuando del concepto de densidad se trata. Aquella fue una experiencia, tal vez menos sofisticada, pero con los mismos principios de una feria científica, todos tuvimos que presentar algo y exponerlo para todo el colegio. La profesora estaba involucrada en la organización de esta tarea.

Los años fueron pasando y las ciencias para mí continuaron asociadas con la profesora. Con ella aprendimos de plantas, animales, rocas, preparativos para el estudio del espacio (en esa época eran los estudios del espacio por medio de las naves Apolo), pero también con ella tuvimos las lecciones que corresponderían hoy con educación sexual. En un marco absoluto de respeto y seriedad se nos explicaban asuntos relativos a la sexualidad, diferencias y semejanzas entre hombres y mujeres pero sobre todo la responsabilidad en el manejo de los asuntos sexuales en la vida. En las clases se planteaban lo que hoy podríamos llamar mitos, temores, fantasías y la profesora aclaraba con aplomo y con visión científica lo que correspondía.

Los años superiores vinieron y con ellos la Química, la Física y la Biología. La profesora estuvo a cargo de la Química y la Biología y nos animaba a aprenderlas con

gusto y dedicación, porque serían la base de las carreras universitarias que después quisiéramos escoger. En esto siempre nos animaba a continuar más allá de lo que el colegio podía ofrecernos, porque como ella decía en ese entonces, sus alumnos teníamos que ir más allá de donde ella había logrado llegar con el estudio. En la preparación que nos daba tenía presente que al final tendríamos que presentar exámenes de bachillerato y su aspiración era que todos saliéramos adelante. Había una alta expectativa y un deseo de que todos saliéramos bien. Por su experiencia, y teniendo en cuenta que ella tendría a cargo la preparación para exámenes de bachillerato en Química y Biología, nos recomendó que todos presentáramos en Biología para que ella pudiera atendernos mejor. Sus centros de Biología los ofrecía una vez por semana en la madrugada, –sí en la madrugada de 4 a 6 de la mañana–, porque era el único espacio que encontrábamos en aquellos años de centros y grupos de estudio, donde todos los estudiantes nos organizábamos y asumíamos la tarea de ayudarnos unos a otros, de manera que al final llegáramos todos juntos y bien preparados a los exámenes. Todos llegábamos al colegio a esas horas, con el frío y el viento que hace en Tilarán, pero con gusto estábamos ahí. Creo que era la señal de compromisos mutuos lo que nos empujaba a asumir estas tareas conjuntas, con miras a un bachillerato en el que logramos que el 100% ganáramos el examen. Ahora no sé si aprendimos más biología o si aprendimos a valorar más y mejor a las personas, el tiempo y las condiciones que teníamos, lo cierto es que esa es una sensación que ayudó a crear la profesora Thelma.

A lo largo de esos años hubo ocasiones en que la profesora nos tuvo que llamar la atención y sancionar fuertemente por diferentes razones, pero no recuerdo ni siento hoy que hubiese rencor hacia ella, más bien siempre fue el soporte y recuerdo que por alguna razón que nunca llegué a entender, cuando terminamos el colegio no tuvimos una fiesta formal del colegio, por lo que el grupo se organizó para un pequeño encuentro y la única persona fuera de los estudiantes invitada a la pequeña fiesta fue la profesora.

Su influencia en la vida no terminó cuando salimos del colegio. Ella continuó al tanto de los avances en la universidad, en la vida y en el trabajo. Para mi gusto, profesionalmente terminé haciendo de profesor de Química y con ello me correspondió encontrarme con ella como colegas de trabajo. Allí seguí encontrando apoyo en sus consejos e inspiración en la vitalidad con que asume todas las tareas. En esos años estuvo involucrada en procesos de renovación del sistema educativo, dando luchas y participando en procesos de capacitación para hacer mejor las tareas educativas en las que participaba, si es que se puede hacer mejor lo que muy bien se hace. Tuve el honor en esos tiempos de colaborar en un curso de capacitación en el que para mi sorpresa ella era una de las personas que venía a capacitarse, y su reacción fue que estaba feliz de ver que sus alumnos habíamos llegado más allá de donde ella había podido llegar. Ahora pienso que esto sería como una profecía cumplida, pero aún así aproveché la ocasión para aprender de sus recomendaciones y experiencias compartidas.

Una vez llegado el tiempo de su jubilación, tuve noticias suyas por las tareas comunales en las que se involucró; ahora dedicada a educar y servir en la comunidad en temas ambientales, conservación de especies y atención a los ancianos en el Hogar de Ancianos en Tilarán. Ahí estaba compartiendo y cuidando posiblemente a los abuelos de muchos de quienes habíamos sido sus alumnos.

En los últimos años la he visto con otros proyectos, pero nunca olvidando a sus alumnos. Nos encontramos en el funeral de uno de mis mejores compañeros de clase y realmente fue impresionante caer en la cuenta de que ser profesor no se acaba cuando los alumnos se van sino que siguen por el resto de la vida, aún en esos últimos momentos cuando nuestras familias, las de sus exalumnos, pasan por esas

noches oscuras en que es bueno saber que los profesores aún están para acompañar y enseñar como seguir adelante.

La última vez que nos vimos fue en Grecia donde ahora vive con su hijo para estar cerca de sus nietas a quienes les tiene una adoración especial; supe que estaba ya involucrada en las organizaciones comunales para apoyar la escuela y a saber qué otras tareas se le presentarán de ahora en adelante. Esta es para mí una "educadora ejemplar" de quien podemos aprender y a quien deberíamos de tener cerca de las aulas donde se forman nuevos docentes para enseñarles ejemplos concretos de cómo ser un docente-educador y poder superar así la docencia como simple trabajo.

Elementos esenciales de una educadora ejemplar

De esta reseña quiero rescatar el ser auténtico que debe caracterizar a un o una educadora. Se enseña con el ejemplo y en la simpleza de la vida, no hace falta ser prepotente ni arrogante, porque en esas etapas de la vida, quienes aprendemos estamos deseosos de encontrar apoyo y seguridad en quienes nos sirven de referentes.

La coherencia es un elemento esencial, y la claridad en el manejo del contenido que se enseña es una herramienta que ayuda al educador a dar seguridad a los estudiantes y gusto por lo que aprenden. De igual manera, la coherencia en los principios que orientan sus acciones son los motivos que hacen que los estudiantes se sientan confiados para dedicar esfuerzos y asumir compromisos, aún en las madrugadas de la vida.

Trascender el centro educativo y poder mantener la imagen de profesor o profesora más allá de las aulas indica que las vivencias de los estudiantes han estado marcadas por un modelo que inspira y que se quisiera mantener para siempre, donde cada encuentro pudiera ser una nueva oportunidad para seguir aprendiendo.

Para rescatar muchos más elementos que pudiéramos aprovechar del ejemplo que nos dan los educadores ejemplares, sería necesario reunirlos a ellos y que sean ellos como propios actores los que nos ayuden a dilucidar lo que está detrás de la trayectoria de vida que tuvimos la ocasión de compartir apenas en algunos momentos, pero que nos marcaron para siempre.

12. Marielos Salas Chaverri o pequeño espejo para una mujer grande

Carlos Rubio

Marielos Salas es una mujer grande. A la mirada de los jóvenes aspirantes a maestros, resultaba gigantesca. Muchos de nosotros acabábamos de terminar la secundaria, otros habían atravesado largas distancias en sus propias vidas —así como en los autobuses— para llegar a las aulas de la Universidad Nacional. Venían de Tarbaca, Los Santos, Limón o Desamparados. Jamás se imaginaron, durante el trayecto, que se iban a encontrar con una profesora con voz tan potente, como para seguirla escuchando, aún cuando hubieran terminado los años de formación.

Al traspasar la puerta de una diminuta aula de madera que alojaba a más de treinta personas en un verdadero estado de hacinamiento, encontramos a una mujer sentada en un pupitre frente a sus estudiantes. Morena, cabello corto, ojos fijos en la audiencia, no soltaba su cigarrillo —en aquellos tiempos, allá por 1986, se fumaba en cualquier sitio sin impedimento ninguno—, el vestido de tirantes, el desafío. Era evidente el calor que despertaba esa empedecida aula de madera, mal ventilada, que albergaba a tantos seres palpitantes, que pretendían pensar que la educación primaria se reducía a ir a enseñar a niños pequeños.

—Usted —vociferaba con una violencia inusitada—. Usted no sirve para maestro. ¿Cómo se le ocurre llegar cinco minutos tarde a clase?

—¿Con qué propiedad —pensaba yo— esta mujer decide acerca de nuestra vocación? ¿Cómo es posible que se atreva a insinuar que no servimos para maestros, tan solo por llegar tarde unos instantes?

Sin embargo, con esa rara sentencia, y bajo el transparente hálito de la columna de humo que se desprendía del cigarrillo, estaba la formadora que, cubierta con el disfraz de la grandilocuencia, transformaría nuestras vidas.

Es curioso cómo se modifica el país en tan solo dos décadas. A mediados de los años ochenta se experimentaba el llamado déficit de maestros. Éramos muchos los aspirantes que trabajábamos en las aulas sin haber realizado ningún estudio pedagógico. El Ministerio de Educación Pública nos nombraba con la categoría de "aspirantes", nombre esperanzador, pues de alguna manera invocaba que aspirábamos a ser "maestros de verdad" en algún futuro, cuando concluyéramos los estudios. Pero, la verdad es que eran muchos los alumnos de secretariado, computación o ingeniería, que por algún motivo, se alistaban en un ejército improvisado que soñaba con el mito de enseñar niños con el decimonónico ritual de sostener un libro de texto en las manos. Aún las universidades privadas no se habían diseminado por Costa Rica con la misma rapidez con que se extienden las cadenas de supermercados. Y no se hacía publicidad entre estudiantes de secundaria, tentándolos para que se matricularan rápido, ofreciéndoles, en algunos casos, premios, dádivas y felicidades eternas, con el ímpetu competitivo de quien pueda atrapar mayor cantidad de clientes. Así fue como la Universidad Nacional y la Universidad de Costa Rica establecieron convenios con el Ministerio de Educación Pública para formar, en un lapso de dos años, maestros con un nivel de diplomado o profesorado, que tendrían posibilidades de profesionalizarse en el futuro con niveles más avanzados, en las diferentes carreras educativas. Se les llamaron "Planes de emergencia", y es que realmente era una emergencia contar con docentes preparados en las aulas, listos para vivir con los niños experiencias innovadoras en la búsqueda del aprendizaje.

Los estudiantes que participábamos de aquella aventura, teníamos que rendir un examen de admisión. Si lo ganábamos, aparte de estudiar educación en una universidad, heredera de la Escuela Normal, —aunque en aquel momento no se tuviera conciencia de ello—, se gozaría de un nombramiento por un año en una escuela pública del país. ¿Quién iba a imaginárselo? Nosotros, que en nuestra gran mayoría, apenas veníamos terminando la secundaria. Otros, que tal vez creyeron que su vida laboral se resolvería como dependiente de una tienda, agricultor o empleada doméstica, de repente, nos veíamos con la inmensa responsabilidad de atender las necesidades de formación de un grupo de niños que creía ciegamente en el poder transformador de su maestro.

Eso sí, había que tener mucho cuidado, pues nos habían advertido que si perdíamos una materia, aunque fuera una, debíamos devolver el dinero al ministerio y perderíamos el trabajo. Era el dinero correspondiente a unas horas semanales que el gobierno nos otorgaba, para que asistiéramos los estudios. Nosotros, que teníamos exiguos salarios que no llegaban a los cinco mil colones, temblábamos solo con pensar que podíamos fallar en alguna asignatura. Por eso no era fácil tener al frente a una profesora como Marielos Salas, con mirada de tigresa, cuestionando nuestra vocación, con una columna de humo gris que se escapaba de sus dedos hacia alturas desconocidas.

—Un maestro, que llega tarde, no sirve —insistía.

Muchos años después, oíamos hablar del papel fundamental que tiene el profesor como modelo ante sus estudiantes. Escuchamos teorías sobre el currículum oculto y que es poca la fuerza de la palabra y mucha la de las acciones. De nada le sirve a un docente hablar de valores si no los vive intensamente y si no los demuestra

en la acción cotidiana, en los pequeños y grandes actos que desarrolla en el escenario del aula.

Y así era Marielos Salas en el aula universitaria, la viva congruencia entre el saber y el hacer, la unión entre la teoría y la práctica. Porque esa primera clase, entre un cigarro que se esfumaba y otro que se encendía, percibíamos a la mujer que preparaba acuciosamente su clase, que leía con detenimiento los textos que íbamos a comentar, porque en la medida que nos exigía con tono vehemente, también se exigía a sí misma, aún con mayor inclemencia.

No era para menos: muchos años después fuimos conociendo más de ella. Se había egresado de la Escuela Normal de Costa Rica en 1963 y había obtenido la Idoneidad en Español en 1971. Siete años después se graduó como bachiller en Educación en la Universidad Nacional y en 1981 logró su licenciatura en Ciencias de la Educación con especialidad en Pedagogía de la Comunicación, en esa misma casa de estudios. Muchas veces, ella lo contó en clase. Su hija, Desirée, estaba muy pequeña. Y a pesar de las exigencias de elaboración de la tesis, ella estaba consciente de que debía sacar tiempo para jugar jackses y compartir con la niña. Esa visión no era fácil construirla. Para ese entonces, ya había acumulado una amplia experiencia como maestra de escuela primaria, profesora de Español en Tercer Ciclo, así como bibliotecaria. A partir de 1985, Marielos se desempeñó como docente en la universidad donde se formó.

En ese entonces se vivía una concepción muy distinta del formador de maestros. En la Universidad Nacional se estableció un competente equipo interdisciplinario de profesores, entre los que se encontraban Flor Alicia Salas, María Ester Aguilar, Édgar Céspedes y por supuesto, Marielos. Cada uno de ellos se encargaba de orientar a un grupo en su proceso de estudios. De esa manera, los estudiantes acudíamos durante el lapso comprendido entre marzo y noviembre a concentraciones cada dos o tres semanas. En esas concentraciones, llevadas a cabo los viernes de cinco de la tarde a nueve de la noche y los sábados, de ocho de la mañana a cinco de la tarde, eran intensas y agobiantes. En verano (comprendido en los meses de enero y febrero), nos encontrábamos con un pesado horario de clases que incluía lecciones los lunes, martes y miércoles, de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Eran ricos encuentros en los que los profesores comunicaban sus conocimientos y los "estudiantes - maestros", (así se nos decía), compartíamos las experiencias que habíamos puesto en práctica en nuestras propias aulas. Motivo por el cual, era común que transportáramos con nosotros, dibujos, maquetas, composiciones, grabaciones y múltiples trabajos elaborados por los pequeños alumnos.

El edificio del Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE), apenas se estrenaba. Habíamos recibido las primeras lecciones en las viejas aulas que albergaron a la Escuela Normal Superior. Ahora debíamos atravesar un laberinto, por el campus de la Universidad Nacional, que comprendía caminos techados, el rápido tránsito por otras facultades y el paso por un puente y un pequeño bosque de árboles navideños. Todo ello para llegar a recibir clases con Marielos. Justo en esos días, nos enteramos que el campus llevaba el nombre de Omar Dengo. ¿Quién sería ese él? Su nombre ya me era familiar pues fui alumno de un Jardín de Niños que se llamaba así: Omar Dengo. Pero, ¿qué significado tendría aquello dentro de nuestra formación pedagógica, dentro de los conocimientos que construíamos con nuestra profesora?

Y es que los "estudiantes - maestros" aprendimos que un docente no solo era aquel que se encargaba de enseñar a leer y a escribir, que señalaba el nombre de los ríos en un mapa, que lograba que sus alumnos hicieran cálculos matemáticos; no, el verdadero maestro es un transformador social, que mejora la calidad de vida de todos aquellos con quienes comparte los conocimientos. Marielos nos pidió que leyéramos un ensayo que Francisco Gutiérrez había escrito sobre el recordado maestro costarricense, antiguo director de la Escuela Normal, y allí descubríamos un ideario que pesaba sobre la realidad de aula que cada uno de nosotros encontraba. Cada vez

que íbamos a trabajar en nuestras respectivas escuelas, en Desamparados, Alajuelita, Tarbaca, Acosta o Limón, descubríamos que las palabras de Omar Dengo adquirirían mayor vigencia. Así vimos que la educación debe adaptarse a las necesidades del país, y que esa no es solo tarea de un grupo selecto de personajes. Esa es labor de muchas personas que, en la vivencia de diversas realidades, pueden interpretar el hecho educativo para satisfacer sus aspiraciones e intereses.

–Se transforma la realidad cuando un maestro logra que se construya el puente hace falta en la comunidad –decía Marielos en clase–, pero también la transforma cuando cuelga un cuadro o coloca una maceta en el aula, pues de esa forma también está cambiando la vida de los niños.

Así fue como leímos con pasión que “La escuela debe capacitar al niño para que adquiera conocimientos, para que dirija la formación de sus hábitos y concurra conscientemente al desarrollo de sus ideales”, tal como lo escribió el maestro Dengo, y mirábamos a esos chiquillos que llegaban a nuestras aulas. Muchos de ellos solo se alimentaban en los comedores escolares; ya habían trabajado, en la noche anterior, como vendedores de rosas o cuidacarros en las calles de San José o habían presenciado un pleito, donde el compañero sentimental de turno le rompió la boca a su mamá. Así observábamos que nada haríamos si mientras nos dedicábamos a “enseñar” perdíamos de vista la perspectiva social y humana de esos niños. Marielos escuchaba los casos que exponíamos en el aula universitaria sobre nuestros alumnos, seres de carne y hueso, nunca inventos en el papel, que esperaban que nosotros, como maestros, supiéramos darles respuesta. Nuestra profesora insistía en que debíamos tener presente, en todo momento, la realidad de esos niños para propiciar los procesos de enseñanza – aprendizaje. Que una escuela que habla de lo ajeno, es una escuela vacía, un sombrío edificio sin significado.

Y al mismo tiempo que intentábamos conocer el pensamiento de Omar Dengo, supimos de otros maestros costarricenses de inicios del siglo XX. Empezamos a interesarnos en Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén y Carmen Lyra. Fue en esos mismos tiempos en que Marielos nos pidió que leyéramos la novela **A ras del suelo**, de Luisa González. Qué emocionante resultaba percibir al maestro Dengo, no solo como un autor de ensayos y como una figura central de nuestra educación, sino como personaje de un texto literario. Sí, y sonreíamos porque aquella muchacha retratada en la novela, joven maestra de la década del 20, tenía muchas similitudes con nosotros, que empezábamos a formarnos como maestros más de sesenta años después. Bien sabíamos que se trataba de una muchacha pobre como nosotros, tal vez más pobre que muchos de nosotros, y que tenía plena convicción de que la escuela era un sitio donde se debe tomar conciencia, conciencia de clase si se quiere, conciencia de que debemos aspirar a mejorar las condiciones de vida de quienes nos rodean. Como estudiantes que apenas intentábamos dar nuestros primeros pasos en la docencia, experimentamos una emoción inigualable cuando entrevistamos a doña Luisa González en su casa de Barrio México. Fue un domingo por la tarde. Y aquella anciana de cortos cabellos encanecidos, mirada ampliada por los lentes, nos recibió en la sala de su hogar. Aquella sala decorada con tapices y telas tejidas por artesanas de diferentes lugares de Latinoamérica. Allí estaba su colección de planchas antiguas, aquellas planchas como las que usaba tía Chana para ganarse unos pocos cinco arreglando los vestidos de las mujeres adineradas. Allí estaba la protagonista de la historia y nos hablaba, a viva voz, de todos aquellos que eran personajes elaborados por la palabra escrita, las descripciones de Marielos y nuestra propia fantasía. Nos habló de Carmen Lyra, de Omar Dengo, de don Joaquín... y los pudimos ver ahí, frente a nosotros, contestando a nuestras inquietudes, advirtiéndonos de la inmensa responsabilidad que sería la de ser educadores en el siglo XXI.

Al mismo tiempo que descubríamos esas nuevas ideas con Marielos, íbamos observando los cambios en las caras de los niños que se encontraban a nuestro cargo. Y es que así vimos que podíamos compartir conocimientos por medio de la metodología participativa. Una metodología en la que nadie se adueñaba del

conocimiento, sino que se encuentra en boca de todos los actores sociales que conforman la clase (niños, maestros, director, padres de familia, conserjes... todos tienen algo que decir). Y vimos tres principios que Marielos anotaba en la pizarra y trataba de profundizar: era una metodología participativa, lúdica e integradora.

Eran tiempos en que escribíamos nuestros planeamientos, a mano, para mejorar la caligrafía. Se los llevábamos a Marielos, quien los leía detalladamente, los comentábamos en las "sesiones plenarias" que desarrollábamos en la clase y mirábamos la teoría que íbamos construyendo. De esa forma pudimos decir que "el hombre no enseña al hombre, sino que aprende en comunión", y bajo esas palabras, como un lema, nos dimos a la tarea de leer **Pedagogía del oprimido** de Paulo Freire. Allí pudimos imaginar los diálogos entre dos educadores, distantes en geografías y tiempos, pero inmensamente vinculados en su percepción de la educación y del mundo: Omar Dengo y Paulo Freire.

Discutimos sobre lo que significa educar en el contexto de los oprimidos. Para aquel momento, el presidente Reagan se satisfacía con los ataques que, desde tierras costarricenses, se le hacía al gobierno sandinista. El presidente Luis Alberto Monge acababa de declarar una neutralidad perpetua. ¿Cuál neutralidad? Los norteamericanos hacían de las suyas en la Base del Murciélago y las paredes de los edificios josefinos estaban tachonadas con graffitis: "Fuera yankees". El noticiero de Radio Reloj, Telenoticias, La Nación —con una página semanal pagada por el Movimiento Costa Rica Libre—, entre otros medios muy populares en aquel entonces, intentaban describir lo atroz que eran los de izquierda, en el vecino país del Norte. Recién acababan de estallar las granadas en La Penca y otros medios de comunicación como el periódico **Libertad**, la revista **Aportes** o el semanario **Universidad** intentaban mirar la situación nacional de otra manera. Leer a Freire, en un mundo así, era necesario. Comentábamos sobre la "falsa generosidad" de los opresores, el interés de convertir a los maestros en una masa burocrática para que ni siquiera piensen en cambiar el estado de las cosas, para lograr "tener más y cada vez más, a costa, inclusive del hecho de tener menos o simplemente no tener nada de los oprimidos" (Freire, p. 53, 1986).

Es necesario plantearse hoy, en momentos en que el gobierno costarricense se encuentra a punto de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos, las consecuencias de llevar a nuestros jóvenes estudiantes a aprender más tecnología, más inglés, más cultura extranjera, para convertirse en mano de obra barata de las empresas que vendrán a instalar sus fábricas en nuestro país. Fábricas en las que no sabemos aún qué va a imperar, el ser humano o la máquina, ¿nos acercamos, a pasos agigantados, a los momentos más desgarradores de la revolución tecnológica? ¿Es necesario repensar los efectos de una educación bancaria y una educación dialógica? En momentos como estos, de plena incertidumbre, es necesario pensar en la necesidad de desempolvar la **Pedagogía del oprimido** y leerla con profesores como Marielos Salas. Claro está, muy posiblemente hoy ya no hablaríamos de la metodología participativa, sino que nos referiríamos a los múltiples aportes de la pedagogía crítica. Por eso, habría que preguntarse qué están haciendo las universidades públicas para que las palabras de Freire, Macedo, Giroux o el propio Omar Dengo cobren nuevos significados a la luz de los tiempos.

Para ser maestros del siglo XXI, Marielos nos exigía con un amor maternal. Exigía porque sabía que nosotros no deberíamos formar parte de esa masa burocrática de la que se plasmaba en la **Pedagogía del oprimido**. Tal vez por eso, a veces podía parecer dura e implacable. Podía exigir, con una frialdad incuestionable, que se elaborara una unidad integrada de un día para otro. ¿Cómo iba a ser de un día para otro? A muchos nos costó trabajo comprender ese concepto: el de poder desarrollar conocimientos de diversas disciplinas a partir de una situación que fuera de interés de los niños, parte intrínseca de su realidad. El hilvanar ciencias, matemática, lenguaje y estudios sociales a partir de una realidad, para desarrollar el trabajo durante

por lo menos una semana, con un grupo de escolares, no era asunto fácil. Pensar y diseñar una unidad integrada podía llevar muchas horas de reflexión, de lectura, de investigación, de elaboración de materiales. Pero, Marielos lo pedía así, de un día para otro. Salíamos a las cinco de la tarde de clases y debíamos presentar a las ocho de la mañana del siguiente día, frescos y listos para exponer un trabajo que apabullaría a cualquiera.

Nos organizamos en subgrupos. Recuerdo que varios compañeros nos reunimos, a las ocho de la noche, en la casa de Lidianeth, una compañera que vivía en Santo Domingo de Heredia. Empezamos a imaginarnos la unidad integrada, a leer los documentos poligrafiados que utilizábamos en aquel entonces y a crear un plan de trabajo que satisficiera las necesidades de nuestros alumnos y las pretensiones de nuestra profesora. Ya, a la dos de la mañana, habíamos concluido el primer borrador, y nos dedicábamos a transcribir en amplias láminas de papel periódico todos los textos. Lejos aún estaban los tiempos en que se usarían computadoras y proyectores de imágenes para hacer exposiciones, así que debíamos "pasar", con una caligrafía perfecta, todo lo que habíamos escrito. De la misma forma, teníamos la obligación de elaborar los materiales didácticos que resultarían necesarios para aplicar esa unidad integrada. Ya casi a las cinco de la mañana, algunos compañeros nos despedíamos de la casa de Lidianeth, para irnos a bañar y estar listos para empezar a exponer a las ocho en punto (recuérdese que era imposible llegar tarde). Los que vivían largo, se recostaban a dormir en diferentes lugares: alfombras, sofás, camas improvisadas en la nada. Claro está, en aquel momento experimentábamos un resentimiento y hasta un rencor inusitado hacia la profesora que nos hacía desvelarnos como si nada estuviera pasando. Hoy, agradecemos aquellas noches de trabajo continuo, pues gracias a ellas aprendimos los conocimientos y la disciplina necesaria para poder sentir la llama del maestro viva dentro de nosotros.

Y es que Marielos podía ser despiadada en sus apreciaciones en clase. Bien recuerdo un cartel improvisado que hice a última hora. Un cartel sobre algún tema relacionado con la matemática. Ella se iba paseando por los alrededores del aula, observando cada uno de los trabajos. Cuando llegó al mío, se rascó la cabeza y se puso un lápiz detrás de la oreja (eso era señal de que algo malo estaba pasando) y pidió que bajaran inmediatamente esa cochina.

Claro que nosotros como estudiantes, nos sentíamos profundamente ofendidos. No era nada raro ver a compañeras que pasaban llorando de un lado a otro, zapateaban en una esquina o se tragaban palabrotas imposibles de pronunciar. Y es que Marielos Salas era así, inmensamente cariñosa, pero también exigente y directa en sus apreciaciones.

Pero no era solo eso. Marielos también significaba el sentido del humor, la criticidad inmensa. Nunca se me olvidará la picardía con que nos mostraba una fotocopia con alguna de las tantas caricaturas que se hicieron de Francisco Antonio Pacheco, quien en ese entonces era el Ministro de Educación Pública. Ella enseñaba la caricatura y la volvía a esconder una y otra vez, con la certeza de una chiquilla que está haciendo una travesura. El asunto no era para menos, ese ministro era el patrón de cada uno de nosotros, que éramos "estudiantes – maestros". Pero la profesora siempre estaba allí, para guiarnos hacia el conocimiento y la criticidad por cualquier camino, el de la serena reflexión o el de la risa. Como diría ella misma, esta es una conversación de "cigarros, guaro y hombres" y se echaría una carcajada sonora, de mujer que ha logrado calar en la vida de sus estudiantes.

Con la misma rapidez con que transcurrieron aquellos dos años de formación inicial con Marielos, han pasado dos décadas. Nuestra profesora, que ya se encuentra pensionada, y con un nieto en los regazos, recuerda, con esa alegría que da la madurez, todas aquellas congojas que pasamos para podernos iniciar en una carrera profesional. De su esfuerzo hemos sabido mucho. Bien sabemos que después de que nos graduamos, Marielos dio un inmenso aporte a los maestros unidocentes por medio de la elaboración de guías y continuas capacitaciones. Quienes pasamos por

sus aulas no la olvidamos, pues como decía Omar Dengo, "*El maestro no es un mago que pueda transformar por la sola virtud de la palabra*", y en ella vemos esa continua integración entre el saber y el hacer.

La gran mayoría de aquellos jóvenes docentes adquirieron su propiedad laboral en las escuelas donde empezaron con la categoría de "aspirantes" y con un salario que no llegaba ni a cinco mil pesos. Muchos de ellos continuaron sus estudios en la Universidad Nacional y ya se convirtieron en directores de instituciones, asesores regionales o profesores universitarios. Pero todos, a pesar del paso del tiempo, siguen oyendo la voz de Marielos Salas como una voz de conciencia acerca de la misión luminosa que tiene el maestro. Vocación que está en el encuentro con los libros de texto, en los manuales de lectura y escritura, en el hacer del teclado o de la tiza, en la mirada cotidiana del niño. Vocación donde se haya el camino para hacer que los seres humanos podamos aspirar a convivir en paz y a transformar la realidad para bien.

Sirva este ensayo como un espejo para que Marielos se mire... Y nosotros nos miremos con ella. Un espejo pequeño, inevitablemente muy pequeño, para reflejar a una mujer grande.

13. Inspirar, creer y confiar: Tres palabras entrelazadas en el proyecto de vida, según las experiencias educativas personales

A María Cecilia Dobles Yzaguirre, siempre maestra

Jacqueline García Fallas

La oportunidad de reflexionar sobre las experiencias pedagógicas, permite valorar la importancia de que estas se hayan incorporado al sistema educativo público, desde la educación preescolar hasta la universitaria. Por ello he aprovechado las opciones formadoras que la sociedad costarricense ofreciera a la población estudiantil de mi época, mediante sus políticas educativas, sin las cuales no habría podido concluir con la educación superior completa, y ser parte de una minoría que ha tenido acceso a la universidad, aun habiendo estado en situaciones económicas adversas, pero con el apoyo de una familia que creyó en la educación como un legado propicio para transformar las condiciones materiales y espirituales de vida.

Recuerdo el esfuerzo de mi mamá y de mi maestra de primer grado para que aprendiera a leer y a escribir, actividades que, sin lugar a dudas, han marcado el desarrollo personal y profesional. Con ellas empecé el camino de la imaginación, el cuestionamiento, el interés por el conocimiento, el arte y las letras. Supongo que les fue difícil comprender cómo hacer del aprendizaje de estas actividades una aventura y, no, una tortura; aunque no tuve mucha suerte con mi maestra de primer grado (¡qué descanse en paz!), ya que logró que mi papá me castigara, cuando no pude hacer unos círculos "bien redondos", o cuando invertí la suma y la resta, con escasos seis años. Por sus "quejas", obtuvo que este suceso nunca lo haya olvidado. ¡Por dicha, no me peleé con la lectura y la escritura!

El tiempo se ha encargado de reconocer a mis maestros la significativa tarea que emprendieron para que el mundo asumiera ante mí otros colores, sabores, tonos musicales, pasiones y amores. Así provocaron que en los libros encontrara el más inigualable tesoro y la herencia que había podido buscar a través de mis divagaciones infantiles, las cuales se tornaron en la búsqueda de la(s) filosofía(s) en mi adolescencia y en mi bastión de la adultez.

Mediante la lectura y la escritura he podido construir significaciones que dan sentido a mi vida y me acercan a las preguntas más sublimes de la existencia humana, aunque también me han permitido tomar distancia, criticar y creer en utopías, como los horizontes de posibilidad irrenunciables, (muy hegeliano), para seguir soñando y luchando por una sociedad más justa y equitativa. He querido emular a Juana de Arco, quien con su vida y su tortura, me inspiró cuando era quinceañera y comprendí que el mundo no era igual para las mujeres; por supuesto, que esta iniciativa surgió de los libros que me obsequió mi profesor de Religión en octavo año, incluyendo uno autobiográfico de Santa Teresa del Niño Jesús.

Por eso fue valioso concluir la educación primaria y la diversificada. Mi hermana cree que tuve suerte, porque conté con maestras que me permitieron participar en todas las actividades escolares, y no me humillaron, como le sucedió a ella, quien ha renunciado a la creencia de la reencarnación con tal de no volver al preescolar y a la escuela. ¡Quizás, tenga razón: fui afortunada!

El "cole" (expresión llena de energía y optimismo), fue un espacio de descubrimiento personal. Conté con profesoras y profesores que potenciaron mis habilidades y mis intereses por la lectura y la polémica. Participé en todas las opciones académicas y políticas que se llevaban a cabo, aunque no en las deportivas, por falta de aptitudes.

Poseo recuerdos importantes de mis profesores y profesoras, aún reconozco sus facciones y gestos al impartir las lecciones, cuando rememoro algunos acontecimientos de esa época feliz. Los conocimientos compartidos fueron motivantes y esclarecedores, lograron sorprenderme, los respetaba mucho. No eran muy creativos con sus metodologías, pero permitieron que les creyera lo que compartían entre anécdotas, dictados y cuestionarios. Creo que ahora es más difícil, hay Internet; y escucho, de muchos docentes de secundaria un reclamo a sus estudiantes para que dejen la apatía que les produce las aulas, y, quizás, los contenidos y sus estrategias didácticas.

Hoy tengo la oportunidad de ser colega de mi profesora de Matemática de Octavo Año en la Facultad de Educación, nos recordamos mutuamente y siempre le he dicho que por su forma de ser y asumir el reto de su enseñanza, logró que le perdiera el temor infundido en las aulas escolares a esta asignatura, de la cual no recuerdo que alguna de mis maestras disfrutara por enseñar y comprender la fascinación de los números.

Sin lugar a dudas, los cinco años en las aulas y corredores de mi colegio fueron importantes en mi vida. Me despidieron a los dieciséis años, con un enorme deseo por conocer y saber. Quería ser maestra, teóloga, filósofa, psicóloga, antropóloga y socióloga, entre las muchas profesiones que quería estudiar. Estos múltiples intereses por aprender, fueron muy importantes en la "U", donde finalmente en la Escuela de Estudios Generales, mi profesora de Filosofía me encausó hacia este campo, y, mi compañera de Seminario de Realidad Nacional, casi egresada en ese momento de la Escuela de Filosofía, me convenció por su actitud, su bagaje de conocimientos y su capacidad crítica para que estudiara esta carrera.

Los años transcurrieron más rápido de lo que podía creerlo. Comencé mi carrera profesional en el año 1991. Tenía muchas dudas y temores, porque no sabía cómo relacionar los saberes construidos al lado de mis profesores y profesoras de filosofía, con un desafío nuevo y una aventura transdisciplinaria, que marcaron mi camino hacia la investigación educativa. Con el apoyo y la confianza de una de mis profesoras de filosofía, inicié mi rumbo hacia las tecnologías de la información y la comunicación, y su relación con los procesos educativos.

Los ensayos requirieron ser transformados en informes de investigación; las tareas académicas me permitieron comprender el poder del trabajo en equipo y la elaboración teórica compartida. Lo más importante fue la nueva pasión por la educación, a la que le debía todo lo que en mi vida había resultado significativo.

Sirva este preámbulo para compartir las enseñanzas y los aprendizajes que propició en mi vida personal y profesional, conocer a *Ceci*. Repasando esas vivencias personales, dejo en evidencia que las experiencias pedagógicas significativas marcan el desarrollo de los proyectos de vida, y estas, en mi caso, se vieron favorecidas con su presencia.

En el año 1993 llegó una catedrática, jubilada de la Universidad Nacional Autónoma (UNA), como coordinadora de un proyecto nacional de investigación evaluativa, el cual se concentraba en la experiencia de informática educativa que se había iniciado en nuestro país a finales de la década de los ochenta. Se comentó que había laborado muchos años como evaluadora para el Consejo Nacional de Rectores (CONARE), había sido profesora de Matemática en secundaria y que era Doctora en Pedagogía, graduada en Rumania. Con sus anécdotas hizo que la acompañara en sus vicisitudes y en sus triunfos por tierras tan lejanas.

Ceci llegó para quedarse en mi vida. La primera imagen que tengo en mi memoria fue su afable rostro, su sonrisa cómplice y su alegría. Nos hizo parte de su familia y de su mamá, quien también había sido educadora; qué de Dios goce. *Ceci* mostraba muchas virtudes, tales como su humildad, su sencillez, su capacidad de trabajo, sus valores personales, su deseo de compartir y de dar oportunidades. Ella es la mejor prueba de que con el ejemplo se enseña y de aquella idea pedagógica, según la cual en el acto educativo se transmiten más que conocimientos, sino también valores y prácticas.

Incluso me animó a hablar en grupo, a no tener miedo y a mantener una disposición abierta para conversar, y para querer compartir lo que he podido conocer, saber o descubrir como un aprendizaje personal, y no como resultado de un "debe ser así". Me recordó que el tiempo pasado tiene sus flexiones en la lengua española, y que las consonantes tienen sonidos propios, lo cual, quizás, por hábito, no había podido reconocer, y, menos aún, incorporar al lenguaje ordinario: "Jackie se dice "veía y no vía". Esta frase motivó la compra de un texto sobre cómo conversar en público y cómo articular correctamente las consonantes.

Creo que reconoció que yo era una persona joven y con enormes deseos de aprender. Sistemáticamente me enseñó cómo se hacía una investigación, me dio las herramientas y las estrategias para negociar y trabajar en equipo. Me llevó a valorar a cada persona involucrada en los procesos educativos. Fue a través de sus experiencias en múltiples proyectos que descubrí métodos y técnicas de investigación, así como la famosa triangulación. Así me llevó a reconocer la importancia de la investigación educativa. Aún hoy repito algunas de sus frases, tales como: "*La figura del Director es la imagen de la escuela*".

Fue firme al insistir en la importancia de los procesos pedagógicos, la formación docente activa y permanente, la necesidad de que la investigación educativa "bajara del podio a las aulas", así como el papel de la comunidad en los procesos educativos. Su sensibilidad y agudeza para abordar los problemas de investigación fueron indispensables en el desarrollo de las tareas de los proyectos que realizábamos.

A su lado y con su guía participé de una experiencia colectiva, la escritura de un libro de investigación. Con esta oportunidad selló en mi espíritu una frase que sigue

presente en cada palabra que escribo: "*Siempre hay que tener en cuenta para quién se escribe, no escribimos para nosotros mismos. Hay que pensar en el lector*". Esta actitud y este aprendizaje es una vivencia indeleble en el quehacer académico, la cual también comparto en las aulas universitarias.

Descubrí su fascinación de darse cuenta cómo estaba cambiando su pensamiento, mientras replanteaba creencias teóricas y metodológicas. Su acercamiento al constructivismo y a la investigación cualitativa. Su disposición por aprender siempre y reconocer el aporte de cada persona a su lado. Su honestidad para compartir lo que sabía, lo que no sabía y lo que quería saber. Su vida es un constante saber ser.

Ella había compartido cómo fue su experiencia en Rumania mientras realizaba el Doctorado, las dificultades que encontró al ser una mamá que trabajaba y cuidaba a sus infantes, y además cómo asumió su compromiso consigo misma para desarrollar su vida personal y su carrera profesional.

Con sus acciones y decisiones demostró su confianza hacia mí, y me inspiró para que iniciara estudios de posgrado en el campo educativo, el cual me había atrapado por su complejidad, vitalidad y necesidad de cambio permanente.

Fue la primera vez en que *Ceci* iba a ser mi profesora en un curso. Por cierto, en esa época, el proyecto de investigación evaluativa que nos unió, había concluido. Comencé a extrañarla profundamente y a valorar lo que significó haberla conocido, lo orgullosa que me siento, cuando le digo a alguna persona que con ella aprendí a investigar y a querer la educación como un campo de investigación y a creerla una acción transformadora.

Fue un ejemplo como docente. Ella nos devolvía cada trabajo con sus anotaciones. Nos motivaba a mejorar, pero nunca escuché que las aportaciones que hacíamos fueran erróneas o deficientes, siempre se podían rehacer y entregar una nueva versión. Nunca nos impuso su opinión o su manera de comprender el mundo. Había que fundamentar bien lo que se pensaba. Fue sumamente respetuosa de las ideas, las experiencias y las formaciones del primer grupo de doctorantes en Educación.

En esa ocasión la mayoría de sus estudiantes reconoció que como docente era una persona exigente. Se me olvidó resaltar esa cualidad de *Ceci*, me exigió siempre a mejorar, a no desfallecer y a concluir los proyectos que trazaba, a darles identidad.

Ella fue la Directora de Tesis Doctoral que elegí; por dicha ella también aceptó serlo. Fue mi constante consciencia de lo que debía hacer siempre: retarme, arriesgarme, recordar mis metas. Cuenta como anécdota la expresión de mi rostro, cuando me reuní con ella, y, finalmente le había entregado un ejemplar completo de mi tesis, y, ella, en la sala de televisión de su casa, con su sonrisa y amabilidad características, me decía: "Está muy bien, ahora hay que empezar a hacer la tesis". Una vez le confió a mi mamá que ese día quedó consternada frente a la desilusión reflejada en mi rostro, pero sabía que iba a continuar, efectivamente, con más ganas y tratando de descifrar lo que diferencia una investigación de la tesis doctoral.

En ese proceso fue mi compañera. Me llamaba por teléfono cuando tardaba algunas semanas sin darle noticias. Me estimulaba a continuar a pesar del cansancio y de sentir conforme el tiempo transcurría que había iniciado el camino de un Sísifo, es decir una tarea interminable.

Recuerdo que cuando he conversado en público sobre mi trabajo de tesis y he planteado que es el resultado de las reflexiones compartidas con ella y las otras

personas que me asesoraron y me acompañaron, advierte que es el producto de mi esfuerzo. Tiene razón parcialmente, porque sin su apoyo y su capacidad de escucha, jamás hubiera llegado a concluirla. Con este esfuerzo, una vez me dijo que siguiera creciendo. Necesito cada instante recordar esta frase, y cuando se avecinan situaciones difíciles, continúo escuchándola.

Observé en ella una disposición para compartir su experiencia y su aprendizaje, los cuales quisiera emular constantemente en mi labor como docente. Ella se ha convertido en esa imagen en la que una quisiera convertirse, porque ha cifrado las esperanzas que han hecho crecer a tantas personas como yo.

Son modestas las palabras con las que he descrito mi relación con *Ceci*; no son suficientes para resignificar mi experiencia con ella y poder decirle al mundo lo que ella logró que hiciera parte de mi proyecto de mi vida. En ella encontré inspiración, creyó y confió en mí, mientras me formaba profesionalmente, y le daba sentido a mi vida, las actitudes que me transmitió, y sin las cuales habría sido más duro, no menos difícil, asumir la vida como una experiencia inacabada, constructiva y transformante.

No es suficiente un "por siempre gracias, Ceci" para dejar plasmado, lo que ella logró labrar en mi espíritu, y con ello permitir que me acercara a realidades jamás pensadas ni imaginadas.

14. VIVIENNE RIVERA DE SOLÍS

Marta Eugenia Sánchez González.

Escribir sobre una educadora que marcó positivamente mi vida, es escribir sobre una de mis maestras: la pedagoga Vivienne Rivera de Solís. Doña Vivienne, como cariñosamente la llamábamos estudiantes, personas cercanas a ella y padres de familia, fue una pedagoga en el más profundo sentido de la palabra. Sus cualidades innatas se vieron enriquecidas tanto con la formación que recibió en la Escuela Normal donde fue alumna, entre otros educadores, de la Dra. Emma Gamboa, como en la Escuela Normal Superior de México, D.F., donde realizó estudios de maestría en educación. En ese centro de educación superior contó con la tutoría de grandes educadores quiénes no solo le ampliaron su horizonte en torno a la educación si no que también, le enseñaron a valorar la importancia de vivir en distintos contextos y admirar y apreciar las diversas manifestaciones de esa cultura. Asimismo, destaca en su formación el estudio riguroso que realizó de los más diversos textos. Fue así como encontró en la lectura y en las diversas actividades de desarrollo profesional, el fundamento de las ideas innovadoras que luego compartía con sus alumnos.

Fue una alumna distinguida por lo que siendo muy joven, llegó como docente a las aulas de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Costa Rica, posición que le permitió formar educadores con grandes valores, sensibilidad y mística. Doña Vivienne fue una humanista y trató de sembrar en sus estudiantes ese valor mediante el ejemplo y dedicación constante a su profesión y a quiénes le rodeaban.

Los ideales y textos de la Dra. Gamboa como: *La educación como práctica de la libertad*, *El instante de la rosa*, *Paco y Lola* y *el Sombrero Aventurero de la niña Rosafior*, eran objeto del análisis riguroso en los diversos espacios de aprendizaje que compartía con sus estudiantes. Participar en las diversas situaciones de aprendizaje que nos ofrecía, era ver cristalizados en su práctica educativa, los principios de la educación.

Doña Vivienne junto con don Freddy Solís Avendaño, formó un hogar ejemplar del cual nacieron tres hijos: Luis Guillermo, Vivienne y Freddy, hoy, profesionales destacados en los campos que eligieron para servir a la sociedad. Los estudiantes de doña Vivienne compartimos muchas actividades con su familia.

Era el año de 1968, cuando con muchas ilusiones y deseos de ser maestra, ingresé a la Universidad de Costa Rica a estudiar Educación Primaria. Se abría ante mí un mundo lleno de ilusiones, de deseos pero también adquiriría un gran compromiso con la sociedad: ser maestra. Ese año, matriculé los Estudios Generales y a la vez, algunas asignaturas del plan de estudios de Educación Primaria por lo que iba varias veces a la semana a la Facultad de Educación. Fue en la primera semana de marzo, como alumna de esa facultad, cuando una tarde conocí a doña Vivienne. Una de mis profesoras de la Facultad de Educación a quién conocía desde mi niñez pues había sido maestra en la escuela donde cursé mi educación primaria, la escuela Cleto González Víquez, fue quién nos presentó. Hoy, muchos años después, al escribir estas páginas, vienen a mi memoria muchos recuerdos. Entre ellos esa tarde de marzo, cuando visité la oficina de doña Vivienne, ubicada en el segundo piso de la Facultad de Educación. Al traspasar la puerta, me encontré con una mujer fina, de tez blanca, delgada, baja en estatura, pulcramente vestida y con un trato personal muy cálido. El ambiente que la rodeaba: dos escritorios con sus respectivas sillas, una biblioteca con muchos libros así como materiales elaborados por sus estudiantes, formaban parte de aquel entorno que era lugar de visita cotidiana de sus estudiantes. En ese espacio, doña Vivienne nos mostraba los últimos libros que había recibido tanto para los niños como para nuestra formación personal y profesional, algunos de ellos adquiridos en el exterior pues sus editoriales aún no llegaban a nuestras librerías: *Escuela sin fracasos*, *Cómo enseñar a pensar*, *Enseñanza individualizada por materias*, *La capacidad creadora*, *La enseñanza multivel*, *La enseñanza de la lectura y escritura* de William Gray, *La lectura. Arte del lenguaje* de Antonia Sáez, los textos de John Dewey, *Juan Salvador Gaviota*, formaban parte de nuestra bibliografía.

En el segundo año de universidad, al matricularme tiempo completo en los cursos de la carrera que había seleccionado, me correspondió llevar el curso de práctica en la educación primaria. Allí me encontré nuevamente con doña Vivienne, ¡era mi profesora! Este curso lo recibíamos dos veces por semana. Nuestro grupo estaba conformado por diecisiete estudiantes, catorce mujeres y tres varones, egresados de colegios de San José: Saint Clare, Lincoln, Nuestra Señora de Sión, Superior de Señoritas, Liceo Anastasio Alfaro y de colegios de provincia; el Liceo de Heredia, Colegio San Luis Gonzaga e Instituto de Guanacaste.

El inicio de las actividades siempre fue a la hora exacta: 8:00 a.m., momento en que después de un cálido saludo, nos introducía en la lectura presentándonos una página motivadora. Doña Vivienne fue la maestra que cada mañana nos leía una hermosa página de la literatura universal o nos ponía una bella pieza musical. Fue así como poco a poco nos fue introduciendo en la obra de literatos y pedagogos tanto de nuestra América como de otros continentes y que hoy vienen a mi mente: John Dewey, Jesualdo, Juana de Ibarborou, Gabriela Mistral, Salvador de Maradiaga, Rabindranath Tagore, Gandhi, Gibrán Jalil Gibrán, Krisnamurti, Makarenko, Freinet, para mencionar solo algunos de ellos. Asimismo, nos introdujo en el estudio de los grandes maestros costarricenses: Omar Dengo Guerrero, María Teresa Obregón, Fabio Garnier Borella, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, entre otros, eran motivo de reflexión constante en nuestras actividades. También aprovechaba ese espacio para invitarnos a la lectura. En ese período matinal, nos mostraba las láminas de un libro, algunos de los textos de reciente publicación o bien escuchábamos música de los grandes clásicos, prácticas pedagógicas que posteriormente, en el ejercicio de mi profesión como maestra y formadora de docentes, puse en práctica con mis estudiantes.

Concluido ese período matinal y que ahora pienso que con el correr del tiempo dio origen al "Período de Círculo", que forma parte de las actividades matinales especialmente del preescolar, doña Vivienne iniciaba el desarrollo de aspectos propios del curso. Fue así como una de las principales actividades consistió en ir al aula de la escuela costarricense pues semanalmente teníamos que observar alguna lección. La permanencia en las aulas era un aspecto fundamental en nuestra formación tanto era

así que el realizar un "internado" con alguna maestra excelente, era parte de su propuesta pedagógica. Generalmente buscábamos las escuelas cercanas a nuestra comunidad o bien, nos dirigíamos a la Escuela Nueva Laboratorio, ubicada en ese entonces, en una antigua casa, frente al parque de San Pedro, a realizar nuestra labor como observadores de las excelentes maestras de ese centro educativo. Esas observaciones luego eran analizadas en el aula universitaria lo que nos permitía, como estudiantes, valorar las diversas situaciones y de esa manera irnos construyendo como maestros.

El aula de clase era un aula- taller pues paralelo al desarrollo de los contenidos de las diferentes asignaturas del currículum de educación primaria, se elaboraban los planes de trabajo. Era frecuente encontrar libros, papeles de colores, diversos recursos pues el diseño de los materiales que íbamos a utilizar como parte de nuestra práctica en el aula de la escuela costarricense, era parte de nuestras actividades del curso de práctica. Asimismo, en ese período o bien en su oficina, doña Vivienne, nos revisaba nuestro Diario de Clase, documento que trabajábamos con gran esmero, pues era nuestra carta de presentación en las escuelas adonde íbamos a realizar la práctica docente. Fue así como trabajamos en escuelas urbanas, en rurales como la escuela central de San Pablo de Turruabares y en otros espacios de aprendizaje como el Preventorio de Coronado y la escuela del Hospital Nacional de Niños. El trabajar en varias modalidades de instituciones no solo nos sensibilizó hacia lo diverso de nuestro sistema educativo si no a la adecuación del currículum a los diferentes contextos.

Destaca en nuestra formación, la planificación de unidades de trabajo integradas a las que dona Vivienne le prestaba brindaba gran importancia. El diseño de unidades de trabajo constituía una oportunidad para estudiar los contenidos del currículum de educación general básica y generar diversas formas para integrarlos. Las unidades de trabajo de Morrison, la propuesta curricular de Hilda Taba así como las ideas sobre el currículum en la escuela primaria de William Ragan fueron los primeros textos en que fundamentamos esos diseños.

El diseño de las unidades de trabajo integradas era una labor cuidadosamente planificada pues requería de un período de preparación donde no solo se realizaba el estudio cuidadoso de los temas por desarrollar, estudio que se llevaba a cabo desde diferentes fuentes escritas, sino que, en la búsqueda de información, se visitaban persona de instituciones y organizaciones. Esas giras o visitas las hacíamos en grupo o en forma individual. Realizábamos entrevistas o bien llevábamos a cabo conversaciones con personas que nos pudieran brindar información en torno a los temas en estudio. Luego, con base en la información recabada, en grupo, nos abocábamos a la planificación de esas unidades. Este período de preparación, nos dio las herramientas para la investigación pues posteriormente nos incorporamos a esa actividad con mayor seguridad y conocimiento.

Hoy, recuerdo que en el primer año de mi carrera, diseñamos una unidad de trabajo integrada sobre la Navidad, tema precioso, cargado de un profundo sentido religioso y a la vez, abierto a la creatividad. El diseño de esa unidad lo llevamos a cabo todos los estudiantes, luego nos organizamos en grupos de tres personas para desarrollarlo conjuntamente. Esa unidad nos permitió aprender a trabajar en grupos, compartir con otras compañeras y realizar una labor colaborativa. El trabajo en equipo, era una constante en la labor del aula universitaria. Esa unidad la desarrollamos con alumnos de segundo grado en la escuela Jesús Jiménez de Cartago y nos permitió llevar a cabo las más diversas actividades. La lectura, la matemática, los estudios sociales, las ciencias pero también las artes y la música, se dieron la mano en torno al nacimiento del Niño Dios. El aula se organizó en grupos, disposición de la cultura material del aula que permitió que en ese espacio cada niño estuviera interesado en la tarea que realizaba, a la vez, daba mayor oportunidad para la atención individual pues brindaba mucha movilidad a las labores que ahí tenían lugar. Fue en ese entonces cuando por primera vez se trabajó con grupos heterogéneos y hojas de colores. Se asignaba un color para cada materia; el rosado

para Español, el celeste para Estudios Sociales, el amarillo para Matemática y el verde para Ciencias. Una mañana, llegó doña Vivienne a observar nuestro trabajo. Para Ana Isabel, para Ana Cecilia y para mí, su visita fue una grata sorpresa. Tomó asiento para vernos trabajar, revisó lo que los niños estaban haciendo, conversó con ellos y con la maestra y al final, sus palabras de estímulo nos motivaron a continuar nuestro proceso.

El trabajo con grupos heterogéneos y no por niveles como se venía haciendo tradicionalmente así como las fichas de colores para cada asignatura, fueron técnicas que más adelante y con base en esas experiencias, se implementaron en la Escuela Nueva Laboratorio. Esas ideas, luego pasaron a otras instituciones educativas del país.

Durante el segundo año de mi carrera el curso de práctica docente continuó siendo un curso fundamental en mi formación profesional. Me dio las herramientas para trabajar en el aula pero también me brindó oportunidades para investigar, para diseñar situaciones de aprendizaje significativas para los estudiantes y para quiénes las proponíamos. Recuerdo que ese año, diseñamos dos unidades de trabajo; una sobre la caña de azúcar y otra sobre el Estado de Israel. Esta última, fue la unidad de trabajo que desarrollamos durante dos semanas como requisito de graduación. La preparación y diseño de esas unidades de trabajo, fueron de un gran enriquecimiento pues nos dieron oportunidad de buscar materiales, generar ideas e ir a la escuela costarricense con propuestas de trabajo innovadoras. Con nuestro trabajo, sentíamos que estábamos aportando al pensamiento pedagógico de las aulas donde realizábamos la práctica docente. En esta última práctica mis compañeros de estudios y yo, tuvimos la oportunidad de orientar a los niños de los grupos donde trabajábamos, en el diseño de las unidades de experiencia. Estas, brindaban la oportunidad, una vez leídos los textos, consultadas personas y explorado diversos materiales, que los niños pudieran proponer lo que deseaban estudiar. Los valores como participación, respeto, tolerancia, compañerismo, se hacían presentes en el diseño de las unidades de experiencia. Asimismo, ideas sobre materiales y otras actividades por realizar, constituían la guía del trabajo que los niños llevarían a cabo. Una vez desarrollada la unidad de experiencia, era importante retomar lo planeado a fin de proceder a evaluar la labor realizada.

Cabe destacar que el estudio de las efemérides y la celebración de otras fechas del calendario escolar como la creación de la UNESCO, entre otras organizaciones e instituciones, eran objeto de estudio y a la vez, motivo para realizar alguna actividad en la Facultad de Educación.

Recuerdo que la evaluación de nuestro trabajo era constante. La revisión de los documentos tanto por parte de doña Vivienne como por otra gran maestra, doña Ofelia Rodríguez de Herrera, también profesora de práctica, era permanente. Antes de retirarnos a la práctica, todos nuestros materiales y documentos iban cuidadosamente revisados. La revisión de la ortografía, caligrafía y redacción de nuestros documentos, hacía que estos salieran del aula de la Facultad de Educación, con el visto bueno de esas educadoras lo que nos daba mucha seguridad y confianza en la labor que íbamos a emprender. Al finalizar ese segundo año de carrera, doña Vivienne nos realizó un examen que siempre recordaré pues la forma en que estaba diseñado, era diferente a las pruebas que había tenido en esa etapa de mi formación. Tengo presente que eran cuatro preguntas a su vez, integradoras. Cada una de esas preguntas era una situación donde debíamos de integrar lecturas, experiencias y creatividad. A lo largo del tiempo, sigo pensando en que esa prueba fue una oportunidad más para aprender pues había que construir las respuestas a la luz de nuestros aprendizajes.

Asimismo, doña Vivienne tenía a cargo cursos correspondientes al Bachillerato y a la Licenciatura en Educación Primaria pues impartía seminarios. En esos cursos estimulaba a sus estudiantes a continuar estudiando, a proseguir estudios de posgrado fuera del país pues consideraba esa experiencia como sumamente

formativa. Fue así como algunos de sus exalumnos, realizamos estudios en las más diversas latitudes adquiriendo así una visión de la educación desde muy diversas fuentes.

También promovió en sus alumnas la formación como profesoras universitarias al darles la oportunidad de ser asistentes en su curso, para que a futuro cercano, asumiéramos el reto de enseñar en las aulas universitarias. A corto plazo, nos encontramos con que algunas de esas asistentes, entre las que me encontré yo, asumiéramos cursos tanto en la Universidad Nacional como en la Universidad de Costa Rica. Era muy común escuchar a doña Vivienne decir a sus estudiantes: "Muchachos estudien, prepárense pues mañana serán ustedes quienes tendrán a cargo puestos relevantes en la conducción de la educación del país". Como maestra visionaria, pudo leer en sus estudiantes las características para que ocuparan puestos en el Ministerio de Educación Pública, en las universidades o bien, en instituciones y organizaciones preocupados por ofrecer una educación de calidad a nuestra sociedad.

Otra etapa importante en la carrera profesional de esta maestra, fue cuando en 1971, asumió la coordinación de la Escuela Nueva Laboratorio como parte de sus actividades en la Facultad de Educación. En ese entonces, se inicia una nueva etapa en el desarrollo de esa escuela. Nuevas ideas pedagógicas, nuevas formas de organización del trabajo con los niños y con las docentes pues una vez a la semana - los miércoles por la tarde- había un espacio para la construcción del modelo pedagógico de la escuela, lo que contribuía al desarrollo profesional de las maestras de esa institución. La construcción de un edificio donde el diseño arquitectónico estaba pensado en función de las actividades de enseñanza y de aprendizaje para los niños por edades y no por grados, donde la huerta, la actividad física, las artes, la biblioteca, la observación por parte de los estudiantes de la Facultad de Educación y de otras instituciones, era una constante. El comedor escolar atendido por una nutricionista constituía una nueva experiencia en nuestro medio. El trabajo con los padres de familia adquirió mayor relevancia en la construcción del nuevo modelo pedagógico. Todos estos elementos, formaban parte de su nuevo reto. Ese mismo año, fui llamada a trabajar en esa escuela, ocasión que me permitió valorar la preocupación por el modelo pedagógico que deseaba implementar en la institución. También, valorar la preocupación de doña Vivienne por el desarrollo profesional de las docentes de esa escuela, aspecto fundamental para que las nuevas ideas pedagógicas se cristalizaran en beneficio no solo de la Escuela Nueva Laboratorio sino de la sociedad costarricense en general.

Su faceta de maestra y formadora de maestros se vio complementada cuando asumió el puesto de Secretaria Permanente de la Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO en nuestro país, cargo que aceptó luego de haber realizado trabajo como voluntaria para esa organización. En el desempeño de esa función, logró un mayor posicionamiento de la Comisión Costarricense tanto en nuestro medio como en el contexto de las naciones. Su labor fue reconocida cuando fue designada embajadora de nuestro país ante la Sede de la UNESCO en París, Francia, cargo que desempeñó en la década de los ochenta, en el gobierno de Oscar Arias Sánchez.

Debido a su interés por promover el desarrollo profesional de los educadores y educadoras se preocupó por fundar en Costa Rica un capítulo de la Sociedad Internacional Delta Kappa Gamma. Desde su fundación, ese capítulo abriga un nutrido grupo de educadoras que desde el nivel preescolar hasta la educación superior, contribuyen con sus proyectos al mejoramiento de la calidad de nuestra educación.

He querido mediante este escrito, aportar algunas ideas en torno a mis vivencias como alumna de esa gran maestra, doña Vivienne Rivera de Solís.



Vivienne Rivera de Solís, maestra

En ella pude valorar a la maestra, a la formadora de maestros pendiente del desarrollo profesional de sus estudiantes, a la luchadora por los ideales de la educación, a la madre, a la esposa, a la diplomática y ciudadana ejemplar. Quizás se me hayan quedado muchas cosas por decir, pero mi admiración y agradecimiento para doña Vivienne, serán para siempre.

15. DON CARLOS LUIS SÁENZ: LITERATO Y MAESTRO

Yadira Calvo

La figura

Hacia 1964 ó 1965, fui alumna, en la Universidad de Costa Rica, de don Carlos Luis Sáenz, cuyos créditos académicos al parecer se reducían a una larga práctica en la enseñanza y un más largo oficio de escritor. En su juventud se había graduado en la Escuela Normal y no tenía, que yo sepa, otro título que el de normalista. Es de suponer que en la actual época de doctorados y maestrías no se le habría admitido en los claustros del saber legítimo, o al menos legitimizado por los pergaminos y credenciales que dan cuenta de nuestra capacidad y buen hacer intelectual.

La primera vez que asistí a sus clases, me encontré con un hombre de apariencia frágil: humilde, afable, sensible, sencillo y cordial, con el cabello blanco flotante y los dientes algo estropeados. En ese entonces ya sobrepasaba los sesenta años, y se le veía la edad, pero tenía el entusiasmo joven. Se le reputaba de marxista, y esa era una etiqueta de prevención. Para la gente conservadora equivalía más o menos al letrado de las casas ricas: "¡Cuidado con el perro!" A la juventud, sin embargo, no le perturbaban esas advertencias e incluso más bien se sentía incitada a descubrir la verdad tras la etiqueta. ¿Qué había en él, aparte de su aureola de escritor exitoso y de su habilidad expresiva, para que la memoria de sus clases haya perdurado durante tanto tiempo en quienes fuimos sus estudiantes? Había escrito varias obras literarias de reconocido mérito, pero eso no faculta para enseñar; en la Escuela Normal había sido discípulo de Omar Dengo y de Brenes Mesén, pero muchos otros discípulos de estos notables maestros fueron profesores medianos. ¿Qué había en él para que asistiéramos a sus lecciones con la ilusión que nos faltaba con otros docentes tal vez más doctos en términos convencionales?

Don Carlos Luis tenía una enorme cultura literaria y humanística, lograda sobre todo a través de mucho leer, pensar y procesar. Supongo que también la tenían otros de mis profesores. Había transitado durante muchos años por las salas de clase de escuelas y colegios. Esa tampoco era una condición infrecuente. Entonces, ¿qué virtud o virtudes había en él como educador que hizo sus clases memorables? ¿Por qué mucho tiempo después de haber dejado las aulas, nos seguía siendo familiar, muchos lo visitaban y algunos, aprendices de escritores, se siguieron considerando sus discípulos? Intentando una respuesta, creo que al menos cuatro rasgos, en conjunto, lo distinguían de los demás: pasión, sencillez, habilidad comunicativa y sentido del humor.

Pasión

Uno de mis compañeros de estudios acostumbraba decir que para aprobar un curso había que enamorarse de la materia. Y yo creo que sí, que no solo para aprobar un curso sino para hacer bien cualquier actividad que se desempeñe, hay que enamorarse ferozmente de lo que se hace. Enamorarse a punto de prescindir de comodidades y posibilidades. Unas pocas personas dedicadas a educar consiguen que sus estudiantes se enamoren de sus enseñanzas; la mayor parte no. Don Carlos, que no era profesor de monólogo y conferencia, mantenía en cada uno de sus cursos de Literatura Costarricense a veinte o treinta jóvenes colgados del hilo de sus palabras. Palabras que discurrían con vehemencia, sin forma de discurso preparado o clase planeada o notas de guía. Palabras que eran indicio de su profunda y respetuosa pasión por aquello que buscaban contagiar más que transmitir.

Sencillez

Algunas personas saben mucho o se supone que saben porque se doctoran en esta o aquella universidad prestigiosa, realizan dos o tres postgrados, se vuelven expertas en tal o cual disciplina o al menos se asumen y se les (SUGIERO: y se hacen asumir) asume como tales. Es frecuente —o lo era entonces—, que el saber, sobre todo el saber de quien gozaba de prestigio y acumulaba años y títulos, supusiera distancia y gravedad, cosa que se manifestaba en presencia y movimiento. Había incluso el que parecía caminar revestido de birrete y toga, cuyas clases pedían entrecejo arrugado y lápiz a punto. Supongo que en cierto modo, lo suyo era la versión nueva de la vieja máxima según la cual “la letra con sangre entra”, que, convenientemente actualizada, se traducía en “la letra entra con fastidio”.

Una vez leí un texto de Juana de Ibarbouro, en el que se burlaba un poco de la gente que le preguntaba cuáles eran sus ceremonias para escribir. Juana entonces aclara que no viste peplo griego ni se suelta el cabello ni hace nada teatral o espectacular: escribe en pantuflas. Y es que subsiste la idea de que lo importante debe rodearse de formalidad, cuando más bien, lo que se rodea de formalidad es lo insignificante para hacer que parezca lo que no es. A falta de ser hay que parecer, y ese parecer se presenta como arrogancia, como un “hacerse pasar por”. En las antípodas de este comportamiento, don Carlos era lo suficientemente seguro de sí mismo como para no tener que cumplir las ceremonias del que “sabe” o se supone que sepa. No asumía poses de genialidad interesante y actitudes de gran erudito; no representaba un papel de autoridad, sin que por eso esta le faltara. Era, como pedía ser Gabriela Mistral en su “Oración de la maestra”: “Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana”.

Asistí esporádicamente a un grupo que se reunía algunos sábados en la casa de don Carlos en Barrio México. Allí, en la sala, oyéndolos departir a él y a su esposa la escritora Adela Ferrero, supe apreciar mejor la naturalidad sus lecciones, la misma de la conversación informal ante una taza de café. Su enseñar era, como el escribir de Juana, un hacer “en pantuflas”.

Habilidad comunicativa

Había en la Universidad por aquellos años (y habrá todavía) dos tipos de profesores inadecuados: los que pecaban por exceso y los que pecaban por defecto. El primer grupo lo conformaban los que eran tan expertos y tan intelectuales que les era imposible ofrecer versiones sencillas de asuntos difíciles. Ellos hacían del vocablo erudito y conceptual la enseñanza de su saber; hablaban en reuniones y consejos en lenguaje cifrado, para que se notara su pertenencia a alguna importante corriente teórica de moda. Esto se presentaba como una razón de orgullo: en realidad una deficiencia. Lo es en cualquiera, pero mucho más en quien se dedica a educar.

Pecaban por defecto quienes, siguiendo la idea de que "cada maestrillo tiene su librillo", manifestaban la más absoluta incapacidad de dar la clase sin sus fichas o su libro de texto. Había quien se limitaba a recitarnos nombres de autores, fechas, y libros. Era un zumbido de moscardón que nos inducía a la hipnosis, mientras mecánicamente, agotábamos los bolígrafos y llenábamos páginas de un saber que se quedaba en el papel.

Don Carlos Luis no pecaba por defecto porque dominaba su tema de pe a pa. No llevaba apuntes ni usaba textos. Él llegaba a disertar y a conversar. No pecaba tampoco por exceso porque no era precisamente su calidad de experto en términos convencionales lo que lo había llevado a la Universidad. Él no se daba tono, no se investía. Y al no investirse, no usaba el lenguaje codificado de los saberes académicos; esas jergas que pretenden dar fe de lo mucho y lo bien que se conoce una disciplina. En otras palabras, que en sus clases no había ni representación ritual ni lenguaje ritualizado. Don Carlos era maestro en el arte de volver fácil lo difícil, de ponerse en los zapatos de sus estudiantes y hacerse comprender. Nos hablaba de literatura en vocablos de vecindario, fáciles, fluidos, entendibles; y esto hacía que obras y autores se nos pusieran tan a la mano y tan a la vista que nada en ellos parecía ni tedioso ni complejo. Posiblemente, más que su saber, lo que destellaba en sus clases era su personalidad de hombre estudioso, observador, reflexivo, inteligente sensible y creativo; y una innata facilidad para comunicarse con quienes sabían menos.

Sentido del humor

Está de más decir que tanto donde prevalece la pedantería de quien alardea de erudición, como donde prevalece la indolencia de quien se ata a los apuntes para dar la clase, el humor está ausente. No hay espacio para él porque en ambos casos falta la flexibilidad que lo posibilite. Y esto es una limitación porque, como dijo Dario Fo, "solo a través del divertimento, la pasión y la risa es posible obtener un verdadero desarrollo cultural". No sé si don Carlos Luis lo sabía en términos de conocimiento; lo debe haber sabido de modo intuitivo, porque el humor formaba parte consustancial de su personalidad. Él era, o se le reconocía ser, en palabras de Abelardo Bonilla, "nuestro más auténtico valor en el campo de la poesía infantil". Creo que esta faceta suya ha opacado para la historia sus otras cualidades como intelectual y educador, porque no solo se manifestaba como artista en la escritura. Era un artista en el complicado arte de enseñar. Sus letras no entraban ni con sangre ni con tedio, sino con risa y regocijo. Nunca faltaba la anécdota irreverente, la picardía, el chiste oportuno, la asociación ingeniosa, el juego lúdico o el sesgo jocoso y divertido. Nunca faltaba la sensación de goce y de placer. Se asistía a sus clases porque impartía una materia que era parte del currículo, pero una vez hecha la inscripción, se asistía sobre todo por el gusto de estar con él, de aprender con él, de reír con él y de solazarse.

En síntesis

No sé cuáles son, según los libros de texto, las cualidades que hacen que una persona se convierta en docente memorable. Lo que aquí recojo es solo producto de mi experiencia de haber sido discípula de un maestro brillante. Y cuando digo brillante quiero decir todo lo contrario de una presencia autosuficiente del tipo gallo en su patio. Se trataba de un hombre de capa y gorra para decirlo en simple: sin alardes, plumajes ni cacareos. Esa brillantez expresada tan sin pretensiones tenía otros rasgos memorables, como la capacidad expresiva: una enorme facilidad para el vocablo llano y certero que había hecho obras notables de su *Mulita mayor* y sus *Memorias de alegría*. Como lo profundo no tiene por qué tener peso y textura de ladrillo, su aula era

un resonar de risas y murmullos, una alegre tertulia en la que cada cual tenía su parte. Y la parte mejor era la contagiosa pasión con que don Carlos Luis experimentaba el goce de compartir lo que sabía y lo que sentía por aquello que posiblemente era el más intenso interés de su vida: la literatura. Todo esto es lo que hace que recuerde sus clases y su influjo en mí como si no hubieran pasado más de cuarenta años desde que lo tuve por Maestro.

16. ¿QUÉ ES SER UNA EDUCADORA? LA RESPUESTA ES SENCILLA...

Hilda María Víquez Mora

Comencé mi vida universitaria en 1990, cuando ingresé a la Universidad de Costa Rica (UCR) en uno de los momentos más difíciles que cualquier persona puede vivir: la muerte de la madre. No sabía qué hacer, gané el examen de admisión, cosa que no creí posible. De un momento a otro, ya estaba en una aula universitaria, con gente que no conocía, con profesores que no conocía y haciendo que hacía. El colegio había salido de mí, pero yo de él, no. Comencé tanteando cursos y a mil penas gané humanidades, no sabía qué quería ni a dónde ir. Tomé la universidad como un escape, como un refugio ante la ausencia de mi madre.

Al año de estar en la U, decidí estudiar derecho; llevé toda la precarrera e ingresé, luego de volver a repetir la prueba de aptitud académica. En eso debía llevar un repertorio, y como yo estaba en ciencias sociales debía escoger uno contrario a mi área, por lo que llevé problemática ambiental. Ahí comenzó mi camino, un poco tortuoso, no está de más aclararlo. Cuando ingresé a ese curso, me enamoré. Claro, aun no sé, si fue de la parte ambiental o del profesor del curso, pero, lo que sí sé, es que me enganché y tomé una decisión. Luego de haberme costado tanto aclarar mi mente sobre lo que quería estudiar, que según yo era Derecho..., al año siguiente, sorpresa, me cambie a Biología. Nunca pensé lo que me esperaba, no me acordé que la Matemática, la Química y la Física me esperaban. Estaba tan absorta disfrutando los problemas ambientales y al profesor, que caí en esa carrera.

Gané varios cursos de biología sin problema pero por más de dos años sufrí y sufrí con el ciclo de ciencias básicas, no daba una. Perdí Matemática tres o cuatro veces, Química otras tantas; mi beca se fue a pique y lo peor es que el amor que sentía por el profesor se convirtió en un abrir y cerrar de ojos, en odio. Entonces se me presentaron dos opciones o seguía en Biología en otro lado o regresaba con el "rabo entre las patas" a Derecho. Pero me había dado cuenta de algo, me había enamorado de la carrera, así que el despecho hacia el profesor se convirtió, luego, en agradecimiento, por mostrarme lo que es la biología. Además me pregunté dónde me gustaría verme en diez años y no me imaginaba con traje sastre y medias altas, sentada en una oficina. Me veía en la montaña con botas de hule y pantalones rotos caminado y persiguiendo animales. Eso sí era vida, en la calle, sin preocupaciones de cómo ando mudada o maquillada, solamente preocupada de que no me muerda una serpiente o no caer en un hormiguero.

Mi decisión fue, por consiguiente, pasarme de Universidad, pasarme de la UCR a la Universidad Nacional (UNA) y continuar mi carrera. Pero debía buscar ayuda para superar Matemática y Química. Es en 1995 cuando esta profesora de la que quiero hablar, entra en mi vida, cala muy profundamente. Todo lo anterior considero es importante para entrar en contexto, en otras palabras para ubicarnos y dar los antecedentes de la gran ayuda que me brindó esta profesora y otros tantos estimables profesores, que hicieron mucho por mí, y a quienes debo todo el agradecimiento por su confianza y apoyo.

1995-1998

Cuando por fin mi familia salio del shock emocional de verme como bióloga y no como abogada, decidí llevar unos cursos en la UNA, entre estos; por haber aprobado Biología General y Botánica I y II en la UCR, me permitieron llevar Flora de Costa Rica y matriculé también Química I. Por supuesto, la Química la perdí, pero gané Flora con mil esfuerzos. La profesora del curso, y a la que dedico este ensayo, es la MSc. Dora Ingrid Rivera Luther.

Desde que ingresé, la MSc. Rivera me apoyó mucho. Yo era la nueva del grupo, no conocía a nadie, y por lo menos yo me comportaba como "india", en otras palabras, no hablaba con nadie, por inseguridad y pena más que todo, pero también por un poco de repugnancia, lo debo admitir: venía de la UCR y pasarme a la UNA equivalía, según yo, en ese momento, a bajarme de nivel. Más equivocada no podía estar. La profesora Rivera luchó conmigo más para que me integrara, que para que aprendiera las dichosas familias de plantas. Pero esto me comenzó a despertar admiración, ya que era la primera vez que sentía que yo podía construir mi conocimiento. Claro, esto lo digo ahora con estas palabras bonitas, en ese momento ellas nos dejaba hacer lo que quisiéramos con tal de que aprendiéramos, por supuesto con su guía, pero cada quien iba a su ritmo. Nos dejaba sacar libros y apuntes en los exámenes, aun así, en estos no saqué notas superiores a seis. Me ayudaron otras actividades, como proyectos e investigaciones, porque si no igual hubiera reprobado.

En esos momentos en que lidiaba con la Química y la Matemática, ella se interesó, ya que yo le comenté de mis penurias y mi escasa habilidad para los números, pero que quería estudiar Biología, por lo que estaba gastando mis últimos recursos: si no podía ganar estas materias me debía retirar de la U, ya que había gastado mucho dinero, esfuerzo y tiempo en conseguir algo que no era para mí. Me imagino que la conmoví, o que vio un diamante en bruto que pulir, o que quiso darme una oportunidad. Al terminar ese periodo, había perdido Química; solo gané flora.

Por todo ello le solicité ayuda a la Profesora Rivera, y ella sin más ni más, fue a hablar con el director de la Escuela de Matemática y en la Escuela de Química, y para mi gran suerte, se había programado para el siguiente periodo un curso de Química I especial para repitentes, pero ya el cupo estaba lleno y la profesora hizo todo lo que pudo para que me aceptaran. Al igual que en Matemática, un profesor se ofreció a ayudarme, por supuesto por su gran amistad con la profesora Rivera. En ese momento busqué también ayuda en el departamento de orientación de la U con psicólogos para ver si tenía un problema. Bueno, un problema es poco decir. Junto a esto fue a consulta con una psicopedagoga que muy amablemente y entendiendo mi situación presupuestaria no me cobró la consulta; en ese momento nos dimos cuenta que yo seguía presentando un problema serio de dislexia. Digo seguía, porque en la escuela me habían detectado el problema y según mis maestras ya lo había superado, tanto así que, en el colegio nunca lo notaron y siempre pasé el año, no con notas de 10 corrido, pero muy bien. Sin embargo, el problema se me había vuelto a manifestar en la universidad con estas materias.

Todo esto lo conseguí porque la profesora Rivera me recomendó y me mandó a orientación, fue y puso su cara en las direcciones de las escuelas para que me ayudaran. Hablar de adecuación curricular en ese momento, era como hablar de la teoría de la relatividad, todos saben que existe, pero pocos la entienden.

Llevé el curso de Química I para repitentes con la supervisión de la profesora Rivera y la ayuda de la profesora del curso Rocío Madrigal y gané el curso. No se pueden

imaginar la alegría que eso me dio pues volví a tener fe en mí misma y en gente como estas profesoras. Lo que nunca supe hasta mucho después es que la profesora Rivera y la profesora Madrigal estaban en contacto para ver mis avances.

En cuanto a Matemática, el trato fue el siguiente, yo llevaba el curso con un profesor y lo matriculaba con otra profesora para que me diera atención individualizada, cosa que consiguió la profesora Rivera. Gané el curso, pero la profesora a la que debía reportarse mi nota no quiso aceptarlo, alegando que a ella no le constaba cómo había sido el curso, por lo que me vi en la penosa situación de volverlo a matricular. Según lo que me contaron después es que a esta profesora no le gustó que otra profesora interfiriera en sus asuntos. Por ello matriculé el curso con el profesor y él me puso la nota. El cuento sería interminable si les relato lo que pasó con Química II y Matemática II o Cálculo o como quieran llamarlos, lo que si les puedo decir es que paso algo similar. Pero siempre bajo la ayuda y confianza de la profesora Rivera.

Otra cosa, es que en este mismo periodo ya se me había gastado el dinero que me habían dado después de la muerte de mi abuela, por lo que se me presentó un problema más, el económico, esto no quiere decir que no tenía problemas económicos, pero no tan serios. Pero como ya iba poco a poco superando mis problemas de estudio, decidí sacar un préstamo en CONAPE, para lo que debía buscar fiadores. En mi familia no había quién me ayudara excepto un primo quien no quería hacerlo, pero ya era tal el grado de confianza con la profesora Rivera que ella se ofreció a fiarme luego de que le comenté de la situación. Deuda que ahora sigo pagando.

1998-2000

Luego de haber superado las matemáticas y las químicas y de los tratamientos que recibí, logré sacar el bachillerato en Biología. Creo que no habrá otro momento como ese en mi vida, después de tanto trabajo y lucha y el apoyo incondicional, era bachiller en Biología. Para este momento no sabía si seguir o no, por el factor económico, pero la profesora Rivera me recomendó que siguiera y que preguntara si podía pedir más dinero en CONAPE, que ella me seguiría ayudando con la fianza. Yo le volví a pedir ayuda a mi primo quien a regañadientes aceptó a ayudarme esta vez. Por lo que decidí sacar la licenciatura, no podía creer que llegaría tan lejos.

El primer curso era sobre tema de tesis. Sin pensarlo dos veces le solicite a la MSc Rivera si podría ayudarme, y ella acepto. Y ahí se desarrolla otra etapa importante y trascendental en mi vida. Ya la profesora no me veía solo como su alumna si no que era su pupila, pero no sabía del todo en lo que se metía, resulté más testaruda y necia que nada, la desafiaba, le decía que así no se hacia, que estaba mal como me lo explicaba. Y ella muy paciente permitió que yo hiciera todo el berrinche del mundo, que me equivocara las veces que debía equivocarme, para luego, llegar a decirle que tenía razón, que no me había percatado. Por ejemplo, definir el tema de tesis a mí se me complicó tanto, quería hacer tantas cosas, quería demostrar que sabia, cuando no era así. Me dejó, hasta donde el asunto se volvió inmanejable, tanto económicamente, como de tiempo, iba a gastar millones que no tenía y a invertir tiempo que no tenía. Fue ahí donde saco su profesionalismo, la experiencia que tantos años de trabajo docente le habían dado, tantos alumnos que habían pasado por sus manos y me dijo: "O se alinea o se va". Esto me dejó pasmada pues no me imaginaba un ultimátum, y me alineé. Al los pocos días ya había aceptado mi terrible error de no escuchar, y escuché, ya no solo oía, observé y no solo veía, razoné y no me dejé llevar (por lo menos durante un tiempo) por el corazón. Al poco tiempo ya tenía mi anteproyecto listo, el lugar, alguna ayuda económica y por supuesto la ayuda de mi tutora.

Al cabo de un año presente la tesis y me gradué de licenciada, nuevamente gracias a la ayuda y comprensión de la MSc. Rivera. Ese mismo año por recomendación de ella y a que comencé a trabajar, ingresé de una vez a maestría, pues en palabras de ella, eso me ayudaría mucho a formarme más como profesional, cosa que hice inmediatamente.

2000-2006

Desde el momento que obtuve mi licenciatura y hasta la fecha, y hasta que la vida así lo quiera, estaré al lado de la profesora Rivera. He aprendido en estos años que una buena manera de aprender y entender la forma en que funciona la vida es escuchando a mi maestra. La admiración y el respeto no es cosa que se compre, sino que se gana a punto de esfuerzo; ahora somos colegas y amigas, realizamos muchas actividades y estamos con varios proyectos importantes. A pesar de que ella ya piensa retirarse, espera seguir trabajando en sus proyectos, a los cuales me ha ido incorporando. Sin embargo, también debo aclarar que ella me ha inspirado para ser docente, lo cual me ha apasionado, nada más que me falta mucho para tener el respeto y el amor a la docencia que esta profesora ha demostrado durante muchos años.

Dora Ingrid Rivera Luther

La profesora Rivera es una mujer que está a punto de cumplir sesenta primaveras, es Bióloga, con Licenciatura en Botánica y Maestría en Biosistemática y Morfología Vegetal, obtenidas en la Universidad de Costa Rica. Se ha desempeñado como académica en la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional de Costa Rica desde 1977. Ha publicado varios artículos científicos de botánica, especies acuáticas, forestales, germinación, así como algunos libros de sistemática. Actualmente imparte cursos a nivel de grado en la Escuela de Ciencias Biológicas, y en dos maestrías: Manejo y Conservación de Vida Silvestre y Manejo de Recursos Marino-Costeros. Desde el 2003 coordina el Comité de Representantes de las Autoridades Científicas CITES para Costa Rica. Actualmente es una de las Representantes Regionales de Sur América, Centroamérica y el Caribe, en el Comité de Flora de CITES. Ha impartido clases por más de veintisiete años y está "a punto" de pensionarse; aunque parece que ese "a punto" está muy lejos. Fue aceptada a principio de este año en un Doctorado en España, lo que la tiene muy entusiasmada (cuanto quisiera tener esta emoción de vida a mis treinta y cinco años), lo que la hará viajar a ese hermoso país en octubre de este año. Aunque es oriunda de Guatemala, hace más de treinta años vive entre los ticos, es tanta su pasión por nuestro país, que lo ha defendido mucho más de los ticos que nos decimos "patrióticos". Este es un pequeñísimo atestado de su vida académica.



¿QUÉ ES SER DOCENTE?

Cuando me hice esta pregunta, pensé que debía buscar apoyo bibliográfico para sustentar algunos de los puntos que he tratado de explicar en estas líneas. Cosa que haré, pero, ¿qué es ser docente? No es algo que encuentre fácilmente en un libro.

Ser docente es ser humano, tener don de gente, es ser paciente y escuchar, es la gran facilidad de transmitir conocimiento. Al ingresar a la UNA, lo primero que me dijeron es que "tenga cuidado con Dora Ingrid, es un "ogro", es muy "brava". Por supuesto,

con esta primera advertencia cuando la conocí, sentí mucho miedo y más después de como estaba yo en ese primer curso, que para suerte o tuerse como decía mi abuela, era con ella. Pero al poco tiempo me di cuenta que del todo no tenían razón y recalco, que del todo no tenían razón.

Según la literatura la docencia es *"algo complejo, sublime y más importante que enseñar alguna materia. Educar es iluminar personas autónomas, libres y solidarias. Es ofrecer los ojos propios para que los alumnos(as) puedan mirar la realidad sin miedo. Ser docente, no implica solo dictar horas de clases, sino dedicar alma. Exige no solo ocupación, sino vocación de servicio"* (Luna 2004).

Ser docente, es *"ser un genuino educador que se esfuerza por ser verdadero amigo de cada uno de sus alumnos(as), ya que ellos(as) no son cosas para barrerlas, son personas, con su propio mundo intelectual y emocional. Es necesario cooperar con ellos para que hagan el mejor uso de las posibilidades y potencialidades"* (Esteve 2003). Esto es algo que la MSc. Rivera hizo conmigo, ella me otorgó la confianza y el respeto que nadie me había ofrecido; fue la primera que me presentó como colega y no como su alumna.

Docente es *"alguien que entiende y asume la importancia de su misión, consciente de que no se agota de impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, sentido y proyectos, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas"* (Pogré 2004).

Ser docente, *"más que inculcar respuestas e imponer repeticiones, conceptos, fórmulas y datos, es orientar a los alumnos(as) a la creación y el descubrimiento que surgen de interrogar la realidad de cada día y de interrogarse permanentemente. Es formar individuos críticos, libres, democráticos, innovadores, trabajadores y con sentimientos nobles"* (Luna 2004).

Ser docente, en cuanto a mí concierne tiene nombre y apellidos: se llama Dora Ingrid Rivera Luther, a quien profeso mi más sentido respeto y admiración, por el cariño y la amistad que me ha otorgado todos estos años. Y... como una excelente amiga y compañera, siempre, siempre estaré aquí para ayudarte en lo que pueda.

Otros relatos y ensayos

17. Educadora ejemplar

Jeannette Barquero González

Berta Pérez Ulloa de Jiménez.

Nació en Esparza el 26 de junio de 1909. Fueron sus padres Gerardo Pérez Peinado y Esther Ulloa Morales.

Formación profesional

Sus estudios primarios los realizó en Esparza y los secundarios en la Escuela Normal de Heredia. Fue su director el insigne educador Omar Dengo, el cual forjó maestros de verdad.

La niña Berta decía: "Salimos de ahí a las aulas con el alma henchida de amor hacia los niños y con el deseo sincero de forjar hombres de bien".

En sus primeros años de 1930 a 1942, trabajó en la escuela Arturo Torres de Esparza, y de ahí pasó a ocupar en el año 1943 la dirección de la escuela Párvulos Mora y Cañas en el Cocal de Puntarenas.

En 1945 se trasladó a trabajar en la escuela de Boca Vieja de Quepos, de la compañía bananera, durante ocho años; esa fue una experiencia que no pudo olvidar. Ella era todo para las personas de Quepos: la maestra de sus hijos, la consejera, el banco, etc. Nunca pudo olvidar la despedida que le realizaron al salir de ese lugar y las muchas lágrimas que derramaron tanto ella como la comunidad entera; los recordó con nostalgia hasta el último día de su vida.

Algo que la entristecía, era cuando reconocía a alguno de sus ex-alumnos y estos se habían convertido en personas despreciadas por la sociedad (alcohólicos, drogadictos, etc) y estos se acercaban a ella para pedirle ayuda. Otros llegaban a su casa a conversar con ella, algunos ya convertidos en padres y hasta en abuelos.

En 1952 trabajó un año en la Escuela Antonio Gómez, y de ahí, al año siguiente pasó al Colegio José Martí (diurno y nocturno), como inspectora de señoritas (orientadora). En ese entonces el Liceo José Martí era un Liceo de prestigio, con proyecciones a la comunidad, y con fama de bueno en todo el país, sus profesores magníficos, la mayoría de ellos habían sido maestros primero y esto haría que tuviesen mucha pedagogía y amor por los educandos. Se conocía a todos los alumnos en todo aspecto, se visitaban hogares, se les asignaban diversas tareas, se les inculcaba el amor por el deporte, su uniforme y presentación impecables, no como hoy que las alumnas van a los colegios pintadas como si fuesen a un baile y con zapatos que no son del uniforme.

El profesor guía aconsejaba, ayudaba a sus alumnos con amor, hacía actividades con ellos, formaba clubes de literatura, matemática, etc. Hoy son nada más que profesores guías de nombre, no existe un compromiso con sus deberes, no conocen a sus alumnos y mucho menos pueden dirigirlos.

Después de servir como docente por más de treinta y dos años esta gran educadora se pensionó¹.

Relaciones interpersonales:

Doña Berta era muy sonriente, comprensiva y afable con sus alumnos; conocía a cada una de las familias de sus alumnos y las convertía en sus amigos, se preocupaba por los de escasos recursos, buscaba cómo poder llenar sus estómagos; colaboraba para

¹ (Los datos anteriores fueron suministrados por María Esther Jiménez Pérez y fueron escritos por la misma doña Berta.)

que no abandonaran sus estudios y terminaran su formación académica. Daba recuperación a los niños con dificultades en el aprendizaje y si era necesario traía a la casa a estudiar.

A los niños que no tenían dificultades en el aprendizaje les ayudaba para que no se rezagaran con los otros, los motivaba a colaborar con los compañeros que más lo necesitaban y así indirectamente les inculcaba el valor de la solidaridad.

Cuando fue directora era muy exigente, sin perder su amabilidad, y sobre todo sin perder el amor a los demás, pero era buena directora y colaboraba con las maestras que tenía a su cargo ayudándolas a ser mejor individuos capaces de colaborar al máximo con los niños que le encomendaba.

Práctica pedagógica

Doña Berta no equivocó su profesión, trabajo y fue educadora siempre. Esto es algo que estamos a tiempo de rescatar: trabajar por amor a los niños que son el futuro de la sociedad.

Relación con la comunidad:

Le gustaba mucho celebrar los días importantes dándoles el valor que se merecían; por ejemplo, el Día del árbol sembrábamos arbolitos; aún hoy muchos de nosotros recordamos el himno propio de esa celebración. Cabe destacar que alumnos de ahora ni siquiera saben que ese himno existe. Se desfilaba dándole importancia a las fiestas patrias. Celebrábamos el 15 de septiembre el acto cívico, en donde cantábamos los himnos de todo Centroamérica.

Ella preparaba coros, bailes, obras de teatro, canciones y poesía con el estudiantado. Actividades lindas de fin de año como las graduaciones, celebración de las navidades con toda la comunidad donde había regalos, manzanas, uvas, etc; ella contagiaba esa alegría, tanto que su esposo Pedro Jiménez Guido se vestía de San Nicolás y también compartía.

Yo entendía muy bien cuando ella nos enseñaba por que si tenía que explicar una y otra vez lo hacía, lo que quería era que nosotros aprendiéramos.

Recuerdo las tardes de verano, allá en Quepos, corrían los años 50 y esa maestra que está en los corazones de muchos quepeños, salía al frente de su casa que estaba a la par de la escuela, con un mecate y comenzábamos a llegar toda la *güilada* del vecindario a brincar la famosa suiza y ella junto con su esposo, tenía esa paciencia de compartir con todos.

Maestras como esas se recuerdan para siempre.



María Odilia Castro Hidalgo, maestra

18. María Luisa Monge Díaz

Luissiana Naranjo Abarca

Eran las cinco de la mañana. Por costumbre, tomó la caja de huevos. Los vendería de camino antes de llegar a la escuela. El trecho ida-vuelta abarcaba desde Patarrá hasta el centro de Desamparados.

Hace ochenta y cinco años, estudiar era una tarea de hombres. Decidida... se atrevió a romper ese tabú pueblerino. Tuvo grandes tropiezos antes de llegar a su meta. Su deseo era tan natural como su herencia genética. Desde siempre, supo que lo que deseaba hacer era... dedicarse a enseñar. Lo demostraban sus juegos infantiles entre hojas de guinea que le servían como cuadernos y algunos tronquitos del palo de cas que los usaba para escribir.

Así describe María Luisa Monge Díaz sus esfuerzos por llegar a estudiar y ser maestra. Hoy a sus noventa y tres años vive con una exquisita claridad mental y a pesar de su invalidez presente se deleita contando desde su cama y con gran satisfacción, episodios de su época docente.

Rescatar su vida, humanismo y entrega, es de gran validez para todos los que desde ya, han sido influenciados mágicamente por su entusiasmo y su don de servicio. El pueblo la ama. Y se lo ha probado con nombrarla desde hace más de veinte años "Hija del pueblo" como consta en una placa, en la escuela Juan Monge Guillén, nombre de su abuelo, quien era primo hermano de Joaquín García Monge. Trabajó allí por treinta años.

Lo más reciente fue la intención de la comunidad de poner su nombre al Colegio de Patarrá. No fue posible por directrices institucionales del Ministerio de Educación, sin embargo, su nombre fue homenajeado y asignado a la Biblioteca del Colegio.

Aún desde su cama menciona con orgullo a sus dilectos maestros de la escuela Normal en Heredia. La formó en Psicología, Luis Felipe González, uno de los primeros especialistas en esta área. En Arte, el maestro Paco Amiguetti. Como profesor de Matemática, Samuel Sáenz y su hermano Miguel Ángel, le dio Física y Química, entre otros. Ya casi por concluir su función tuvo como Director a Omar Dengo.

Como anécdota cuenta sus peripecias en el internado. Sus padres con mucho esfuerzo pagaban sus estudios pero con grandes limitaciones pues no era bien visto estudiar en esa época y la consideraban vaga por no dedicar tiempo a ordeñar las vacas ni a cocinar como sus otras hermanas que no estudiaban.

En ocasiones sus compañeras que tenían mayor apoyo económico le prestaban sus libros de texto los fines de semana y ella reescribía toda la materia para estar al día en sus clases. Nada de esto la hizo desistir.

Se casó y tuvo ocho hijos. Pudo iniciar su labor docente en la escuela de su pueblo Patarrá. Siempre tuvo dos grados alternos, primero y cuarto o segundo y quinto, por lo que la planeación y la elaboración de materiales le exigía acostarse después de medianoche. Además de planificar toda su labor como madre y esposa.

Ser maestra en aquella época tenía su misticismo. Además de enseñar, las maestras también eran conserjes en los recreos, limpiaban los servicios, las aulas, los corredores y hasta recogían las hojas del patio de juego.

Todos los días, solicitaban verduras y ella misma elaboraba la sopa del almuerzo o la merienda para sus alumnos. Mandaba a traer semillas vía correo postal y así, daba las clases de agricultura, elaborando hermosas huertas.

También impartía música. Cada día, desde primer grado, escribían pedazos de trozos del Himno Nacional y así cada mes, según las efemérides, los alumnos memorizaban letras y música de todos los himnos existentes.

Como maestra de religión enseñaba a orar y memorizar los mandamientos tanto bíblicos como de la Iglesia.

De costurera, con pedazos de madera, dos clavos esquineros y cáñamo,



enseñaba a cada alumno ha realizar bolsas con manigueta. También hacían fundas, limpiones, a hilar, entre otras cosas.

En aquella época no existía el procedimiento de adecuaciones pero ella aplicaba con mucha psicología apoyos especiales a los niños de forma académica y disciplinaria. Muchas mamás llegaban llorando pues quizás su hijo tenía áreas muy débiles y ella, les consolaba diciendo que tendrían su seis como mínimo en la nota, que los niños sin darse cuenta se sentirían como todos los demás. Si el estudiante era difícil de controlar por su conducta, ella lo nombraba líder, les compraba cuadernitos de pintar, y buscaba métodos para que el niño amara ir a la escuela; les estimulaba sus fortalezas y cuando menos pensaba, ese niño se nivelaba o hasta avanzaba más que los demás.

Como maestra brilló y nunca tuvo ausencias ni incapacidades. Sus gestiones médicas siempre las realizaba fuera de su labor docente. Mantuvo esa integridad y honestidad como si fuera su traje diario.

Su influencia ha sido tal, que su imagen es la de la matrona del pueblo. Desde adolescente acostumbró a poner inyecciones y a sobar. Casi todos la buscaban sea para dar recuperación a sus hijos(as), ponerles inyecciones o para sobarles alguna pega intestinal.

La palabra maestro en aquel tiempo era tan importante como el llamarse político o cura. La gente siempre bajaba su sombrero con gran respeto si un maestro estaba allí.

Ella batalló en muchas juntas de educación, en el desarrollo comunal, en DINADECO, en las vicentinas y en toda fuerza viva. Particularmente, recuerda que Don Gil Chaverri, Rafaelito y ella, gestionaron que Otilio Ulate llegase a la escuela y que trajera la electricidad al pueblo, primero la de la noche y después, electricidad durante del día.

Su trabajo de servicio ha sido muy reconocido, lleno de bondad, sin importar a quién se daba. En su corredor siempre tuvo espacio para alimentar borrachos, pobres, huérfanos, etc. Y si alguien enfermaba, ella era la primera en visitarle con su gelatinita o sopita.

Todos sus alumnos, el pueblo y cada persona que le conoce, valora mucho su valentía, su menester como madre abnegada. Le visitan, muy a menudo, distintas universidades y medios de prensa, pues ella maneja con mucha exactitud detalles de la historia, leyendas y hasta opina sobre temas médicos o partidos futbolísticos.



María Luisa Monge Díaz, maestra

En mi caso, ella ha sido mi inspiración para asumir el reto de hacer un buen nombre. Un nombre que por sí mismo relumbra sin ninguna luz ajena. Toda batalla se puede ganar si tienes la valentía, la estrategia y la condición moral apropiada.

María Luisa tiene un gran perfil como mujer, madre, maestra y líder espiritual. Deja huellas profundas a recientes generaciones.

19. Excelente educadora

Glen Franklin Gibb Slowly

Escribo este ensayo para que pueda servir a algún ser humano a quien agrade la educación costarricense y, a la vez, porque me siento impulsado a mirar atrás.

La educadora considerada por mí como excelente es oriunda de la ciudad de Alajuela y cuando llegó a nuestra escuela en 19.... (agregar año), era su primera experiencia docente. Tenía una mirada tierna y jovial, ojos pequeños, cara redonda, pelo negro largo, de sonrisa afable, dientes blancos, de tez blanca, de estatura alta, caminaba elegantemente y vestía muy a la moda. Su nombre es o era...

Hacía su trabajo con mucho amor cada día, en su clase había cero estrés. Se comunicaba con el estudiante en una forma muy amable, usaba los ojos y ademanes para contestar, algunas veces, las innumerables preguntas que le hacían sus estudiantes. Fomentaba la libertad, la creatividad, la fraternidad. Era ingeniosa en el aprovechamiento de las oportunidades que se le presentaba para enseñar.

Atendía las diferencias y las limitaciones. Esta maestra inspiraba, pues creía que todos sus alumnos tenían grandes potencialidades. Hacía cualquier esfuerzo por conocerlos y establecía comunicación con sus discípulos. Le agradaba recitar y hacer dramatizaciones con sus alumnos y colegas. Tenía una influencia positiva sobre sus emociones y fomentaba el desarrollo de las facultades creadoras y de la sensibilidad. Hacía material didáctico, realizaba paseos cortos por la ciudad, parques, mercado, estadio.

Si algún tema no estaba claro, ella volvía a explicar a la hora de la recuperación. La disciplina en el aula era divertida; mientras la maestra explicaba, todos los niños estaban bien sentados con la espalda pegada a la silla y sus pies en el suelo; se ponía atención, nadie interrumpía; cuando no se entendía algo se levantaba la mano y la maestra explicaba de nuevo.

Si llegaba alguna persona a la puerta, nosotros nos poníamos de pie y decíamos buenos días o buenas tardes.

Algunos pupitres eran bipersonales, algo incómodos y de vez en cuando alguno caía al suelo; nosotros pegábamos unos gritos... unos gritos... y ella se ponía muy brava y decía: "Le están buscando tres pies al gato sabiendo que tiene cuatro".

Las materias que se impartían eran Lengua materna, Matemáticas, Ciencias, Estudios Sociales, Artes Manuales, Música, Dibujo y Religión.

Para los maestros, los valores eran fundamentales. El hecho de creer en los valores era una convicción que regía la manera de ser y de actuar. Dentro de esos valores estaba la tolerancia, que es el respeto o consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque sean diferentes de las nuestras. La lealtad también se exaltaba como el cumplimiento de lo que exigen las normas de la fidelidad y del honor. Los maestros destacaban la honestidad como la compostura, la decencia y la moderación en todos los aspectos que empleaban las personas en su trato social.

Finalmente, los maestros nos hablaban de otros valores como la amistad, la honradez y la dignidad. Cabe mencionar que en la sociedad actual estos valores están un poco desteñidos. Por lo tanto, si usted es educador o educadora, reflexione sobre su

proceder y procure educar a sus educandos con dulces palabras y jamás con la violencia, con buenas acciones y sobre todo, con la infalible lección que brinda todo buen ejemplo.

En los recreos jugábamos practicábamos fútbol, béisbol, rayuela, trompo, cromos, boxeo, etc. Algunas veces cuando sonaba la campana nos quedábamos en el patio. La maestra venía a buscarnos y nos regañaba. Decía que al toque de la campana deberíamos estar haciendo la fila para entrar al aula en orden.

A mí, personalmente, me gustaban las materias especiales, porque se salía de la rutina y se fomentaba la creatividad en el alumno. Cantábamos canciones que ni siquiera nos sabíamos y el maestro tocaba el piano y la flauta. En dibujo se hacían caricaturas, paisajes y dibujos abstractos. Se estimulaba y se hacían exposiciones en clase o para adornar el periódico mural, el comedor o los pasillos.

En artes industriales se trabajaba con madera, yute, vidrios, ramas secas, pintura, etc. Algunos niños no recibían religión porque no eran católicos, pero siempre tenían que permanecer en el aula. El sistema de calificación era del uno al diez.

Nuestra maestra acostumbraba visitar el hogar de algunos niños inquietos; otras veces mandaba una nota a la casa en el cuaderno, la cual debería ser firmada por el encargado o venir a dialogar con la maestra. Si la queja era muy frecuente, los padres le pegaban a los niños. Algunas veces resolvía problemas de salud, alimentación, vestido, etc. Lo manifestaba a los estudiantes, a los padres de familia o al director. Ayudaba a algunos padres a buscar trabajo como cuidar bebés, limpieza de casas o jornaleros.

Cabe destacar que las personas eran muy humildes y acostumbraban a NO pedir como se hace en este siglo.

Ella tenía claro el concepto de la educación como un proceso de interacción entre personas. "Convivir es lo que haremos durante toda la vida", insistía.

Acostumbrábamos a trabajar en el cuaderno de vida, que era donde hacíamos los resúmenes para estudiar. Nuestra maestra generalmente hacía los dibujos a mano alzada o calcados. Se acostumbraba adornar la primera hoja con cromos y la maestra hacía la goma de almidón (había que gastarlo el mismo día porque se descomponía). No había dinero para comprar láminas. Se realizaban actividades que promovían el razonamiento lógico, como por ejemplo, problemas de la vida cotidiana y experimentos.

Me complace recordar en este ensayo a educadoras excelentes que sobresalieron en su labor pedagógica, como es el caso de mi maestra.

No olvido que la labor del educador se proyecta a la eternidad y nunca se sabe dónde termina su influencia.

20. Educadores y educadoras que sobresalieron en su labor pedagógica

Zeidy Araya Leal

Es muy importante valorar la labor de educadores y educadoras que se distinguieron por su trabajo docente y que fue de grandísimo provecho para sus estudiantes.

He decidido exaltar al educador Miguel Araya Venegas. Tuve la grata oportunidad de que fuera mi profesor de varias materias en el Liceo de Cañas, cuando ingresé en 1961 y hasta 1964.

Don Miguel era oriundo de Escazú de San José, nació el 4 de junio de 1904 en el hogar formado por don José Araya Quesada y doña María Venegas; todos de grata memoria. Desde pequeño mostró su interés por el estudio, a pesar de que provenía de un hogar de muy escasos recursos económicos.

Estando muy joven tuvo que abandonar sus estudios por motivos familiares que lo obligaron como hermano mayor a ir a trabajar y velar por su familia.

Hizo variedad de trabajos: fabricaba juguetes de madera, carros, carretones, servía de mandadero y ayudante de pulperías.

Pero su deseo profundo estaba en continuar sus estudios. Soñó con ser un gran intelectual.

Su ideal fue ser egresado del Liceo de Costa Rica. Tuvo muchos tropiezos económicos para lograrlo, pero su perseverancia lo llevó a conseguir su ingreso al Liceo. Varias lágrimas derramó Miguel en las ocasiones en que no podía matricularse. Pero se propuso y prometió: "Este Liceo me dará el título de bachiller en algunos años" y fue así como muchos años después, ya con más edad logra su anhelo: obtiene su bachillerato en 1927.

Inició su labor docente como maestro aspirante en varias escuelas de Limón, San José y Guanacaste.

Continúa preparándose y obtiene el título de maestro graduado de la escuela Normal de Costa Rica. También se preparó en radio y televisión. En el año 1949 hizo el curso de radio y televisión en la Escuela Internacional de electricidad, donde, en 1951, obtuvo el título de radiotécnico.

Una vez, expresó en una entrevista: "Me alegro mucho de haber sacado ese tiempo en mis años anteriores para estudiar y saber. Ahora lo que sé es servir a los estudiantes".

En 1974 con 70 años de edad ingresó a la Escuela Castro Carazo a estudiar contabilidad y ya pensionado con 73 años impartía su enseñanza de contabilidad en el instituto Técnico Comercial de Nicoya, Guanacaste.

También compartió en la Escuela Básica de Contabilidad de Liberia, Guanacaste en 1975. Este gran profesor era un gran escritor. Formó parte del grupo de literarios de Guanacaste. Escribió en prosa y en verso. Entre sus libritos están: El Matatigres, El Guanacasteco Fiel, Gentes Nobles del Guanacaste.

Como profesor siempre se distinguió en todos los aspectos: su tenacidad por saber, estudiar más y más y compartir con las demás personas. Algo de notar en Miguel era el afán de aprovechar bien el tiempo.

Le gustaba asistir a asesoramientos y luego servía de factor multiplicador con sus colegas. Se le notaba esa alegría de asistir a enriquecer su quehacer en bien del aspecto educativo conllevando provecho en su medio, tanto dentro del aula como en su comunidad.

¿Cómo era don Miguel cuando fue profesor? Era un señor muy comunicativo. Compartir con él despertaba mucho interés. A pesar de su gran estatura y seriedad en su manera de ser, inspiraba esa confianza y alegría que tenía para educar. Al decir serio en su manera de ser no quiero expresar que era lo que llamamos "amargado", es que era su característica personal, infundir ese orden, ese respeto, pero también había muchas sonrisas para sus alumnos, profesores, padres de familia, comunidad.

Él mantenía la disciplina, pero era tan natural, que todos teníamos que estar poniendo atención a sus enseñanzas. Siempre nos enseñó que todo tenía su tiempo y que cuando de estar en clase y estudiando se trataba se debía cumplir con lo programado con gran sentido de responsabilidad. Aprendimos sus enseñanzas y la disciplina siempre fue excelente. De vez en cuando nos contaba chistes que nos hacían reír y también nos permitía expresar experiencias vividas.

Pero eran chistes educativos y alegres. Francamente me quedo admirada al recordar como el profesor logró una excelente disciplina en su institución y con sus alumnos. Él lo hacía con amor y sabiduría. Eso sí, siempre expresaba que no le gustaba perder el tiempo y que esperaba que nosotros también lo aprovecháramos. Decía que si algún estudiante necesitaba permiso para salir de clase, siempre y cuando fuera para algo muy necesario lo hiciera. Pero es que sus lecciones no nos aburrían, se nos iba el tiempo y cuando oíamos era el timbre que anunciaba el recreo o la salida.

Algo que creo influyó en la disciplina fue la magnífica presentación personal del profesor Araya. A pesar de estar en un lugar de clima caliente como es Cañas, siempre llevaba su camisa impecable y su corbata, su cabello bien peinado, sus otros atuendos bien presentados. Realmente el ambiente, aunque en mobiliario e inmueble era bastante falto de acabados por motivos económicos, se llenaba con sus enseñanzas.

La relación con las familias era excelente. Siempre llevaba una agenda de visitar tanto del padre de familia como de él. Cuando algún estudiante estaba en alguna situación especial, él buscaba cómo contribuir a solucionarla de manera satisfactoria. Conversaba con la persona, entrevistaba a los familiares, siempre procurando ayudar en lo que podría.

Es que don Miguel siempre trabajó a conciencia; era raro que algún estudiante con problemas de aprendizaje o de conducta pasaran desapercibidos. Al que le costaba le explicaba procurando ayudarlo para que comprendiera mejor los temas.

Cuando algún estudiante con problemas de conducta, don Miguel se acercaba al alumno, se preocupaba por lograr que se corrigiera, había mucho diálogo, acudía al hogar del muchacho y procuraba que se lograra una solución al problema. Nunca se me olvida que siempre decía que querer es poder y que si la persona quería lograr algo en la vida, tenía que hacer las cosas con amor y portarse bien para no tener problemas. Recuerdo a mis compañeros cuando decían: ¿Qué será lo que tiene don Miguel? Es que siempre dan ganas de recibir clases con Él, a pesar de que es estricto en sus clases, es lindo y se aprende. Digo estricto porque él no permitía que ningún estudiante quedara sin participar y sin cumplir su trabajo.

Cuando en el grupo había alumnos que sobresalían, el trato con ellos era estimulante, los felicitaba pero con cierto límite o sea nunca dijo: éstos son los mejores, los otros no pueden... siempre decía que el alumno que sobresalía lo lograba porque era un buen estudiante y hacía las cosas con dedicación. Estimuló mucho al alumno esforzado y lograba avanzar. Cuando a alguno le costaba un tema llamaba al que menos le costaba para que le ayudara. También acudía al padre de familia para trabajar unidos por ese estudiante. Siempre nos decía que debíamos ser solidarios con los demás, porque todos tenemos algo bueno y podemos compartir con otros. Nos decía que los compañeros éramos una familia de jóvenes que siempre deberíamos de ayudarnos para salir adelante con nuestros estudios y actividades tanto en el colegio como en la comunidad.

En lo personal la relación de don Miguel como profesor fue excelente. Me enseñó que todo tiene su tiempo, que cuando se trataba de estudiar había que poner esa dedicación al estudio y que en la vida nada viene como caído del cielo, que hay que saber ganarse el fruto de las cosas. Ese lema que usó siempre "Querer es poder", caló tanto en mi mente que aunque ya hace varias décadas que fui su alumna, lo aplico en mi vida.

Los profesores, maestros y personal administrativo, siempre mantuvieron una excelente relación con él.

Era un ambiente bonito, observaba que esos educadores iban con deseos de trabajar y enseñar a sus alumnos. Recuerdo que a pesar de que la institución enfrentara problemas económicos, se colaboraba con profesores, alumnos y padres de familia, aportando basureros de madera, pintaditos y bien presentados para el servicio de la comunidad.

¡Qué feliz se sentía! Qué contentos los alumnos, padres y profesores.

¿Cómo fue la práctica pedagógica? Sentía gusto de laborar. Le gustaba la docencia.

Le encantaba llevar material concreto a las lecciones. Recuerdo cuando presentó una balancita hecha con platitos, uno verde y el otro rojo. ¡Qué admirados estábamos todos! Era una lección de física matemática. Todos queríamos participar poniendo objetos y partió de ahí para introducirnos al tema propuesto.

Don Miguel partía de lo más fácil y luego conforme iban comprendiendo, les ponía con más dificultad y lograban resolver lo propuesto.

Le gustaba que se trabajara en grupos. Recuerdo que cuando explicaba química, nos presentaba una dama dibujada y decía que era la señora molécula, y unos muñequitos eran los átomos. Se daban la mano. Usaba material que gustaba a los alumnos y así aprendíamos más rápido y en un ambiente de alegría y jugando a la vez.

Estimulaba mucho a los estudiantes cuando llevaban materiales hechos por ellos para ilustrar el tema. Cuando había actividades cívicas siempre despertó ese respeto por la patria, la comunidad y por las cosas. Con gran entusiasmo animaba para que las fiestas patrias se celebraran con civismo y respeto.

Al profesor le gustaba tener alumnos lectores. Recuerdo que sin escatimar costos, tenía una biblioteca personal, pero la puso a la orden del estudiantado para que disfrutara leyendo. También hizo hincapié en el gusto por la escritura. A menudo nos ponía a redactar y nos decía cómo la escritura era una forma de expresar nuestras experiencias, logros, recuerdos de nuestras vidas, y que nos invitaba a crear a igual que en la lectura.

Le gustaba poner a pensar a los estudiantes. Por ejemplo nos decía ¿Saben ustedes por qué hay años bisiestos? Claro, muchos estudiantes participaban pero otros no lo hacíamos, pero cuando don Miguel mostraba esa esfera y nos explicaba ya entendíamos ese tema.

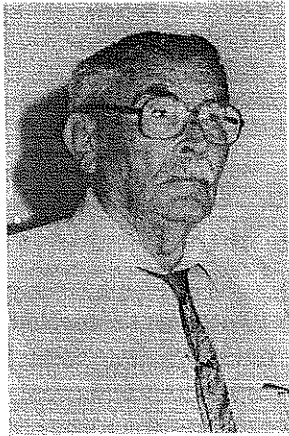
Cuando algún estudiante contestaba erróneamente, lo motivaba a analizar bien las respuestas y lo encausaba a obtener la verdadera respuesta.

Cuando iba a entregar las pruebas ya corregidas a los alumnos, se iban contestando y analizando las respuestas. A veces se intercambiaban las pruebas entre los alumnos y eso motivaba para estar atentos a la hora de ver las respuestas de esa evaluación.

Lo que me llamó siempre la atención de don Miguel fue que siempre hubo mucho material para que los alumnos aprendieran mejor y tuvieran deseos de investigar y no eran materiales en los que se gastaba dinero, sino más bien casi siempre confeccionado por él y participaba a sus alumnos.

Siempre tomó en cuenta a la comunidad y se obtenía una relación muy buena. Recuerdo que muchos vecinos ayudaban en la reparación de muebles, materiales y pizarras del colegio siempre decían que no cobraban nada porque don Miguel era un profesor que los motivaba a servir a su comunidad.

Los estudiantes también participaban en las actividades. Íbamos a excursiones junto con los profesores del colegio. Nunca olvido cuando a Cañas llegaron de Suiza los miembros de la familia Steward. Fuimos invitados a su finca y los conocimos y acogimos.



Miguel Araya Venegas, maestro

Don Miguel deja grandes enseñanzas. Este insigne educador fallece a los ochenta y seis años en Liberia, Guanacaste, pero las generaciones que lo conocieron no lo olvidan por su excelente labor docente.

Si algún día alguien visita Cañas de Guanacaste y pregunta por el profesor don Miguel Araya se dará cuenta del respeto que inspiraba y la calidad de docente que fue. Lo mismo sucede con los otros lugares donde sirvió este educador. Algo importante de destacar es que Araya siempre decía que Dios era quien dirigía nuestros pasos.

21. Profesor Mario Rojas Quirós

Lizbeth Rojas Brenes

Se hace llamar "maestro rural"; afirma que "es ahí donde las oportunidades eran más escasas, y la gente agradecida". No le importó color, tamaño, edad, o cuánto les costara aprender, siempre estuvo a disposición de su gente, de sus discípulos —como él dice— mostrando de esa forma el grato gesto de enseñar. Enseñar las primeras letras, enseñar a ganarse la vida, enseñar a leer de los libros y extraer sus enseñanzas, enseñar a escribir sueños, enseñar a enseñar.

Su vida se desarrolló al lado de su esposa (de grata memoria) y cuatro hijos dos varones y dos mujeres.

Desde la década de los cincuenta, se trazó como proyecto de vida "dar clases" de todo: Estudios Sociales, Ciencias Naturales, Español, Matemáticas, Artes Plásticas, teatro, apreciación musical y hasta religión.

Durante el tiempo que transcurrió dentro de las aulas no supo decir "no sé" o "no puedo", siempre pudo y siempre supo.

Recuerdo que un día en que se acercó a él un señor... como de unos sesenta y tantos años, y le dijo "¿Sabe maestro?: yo siempre quise leer. Dicen que *Escuela para Todos* trae cosas muy interesantes". Eso bastó, para que el entusiasta educador le pidiera que juntara unas cuantas personas con su misma condición para enseñarlas a leer y escribir. Fue tan fácil como la tabla del uno; rápidamente se enlistaron unas cinco personas que después de las tres de la tarde se reunían en el aula del maestro para sus clases; fue un grupo que hasta logró clausura del curso. (revisar redacción)

Otra hazaña consistió en que en uno de sus amados pueblos encontró a un joven minusválido, de esos que dejó la polio, el flagelo de los sesenta, de condición muy humilde. Estaba devastado, no se sabía de su madre, y su abuela, que era quien lo había criado, ya estaba muy vieja y enferma, y él con la juventud que tenía no podía ayudar, era analfabeta y los trabajos de campo tampoco le eran permitidos por su condición. Fue entonces que el maestro le preguntó ¿Está usted dispuesto a aprender? Al joven se le llenaron los ojos de lágrimas y le dijo.... ¿Pero cómo? El maestro le contestó..... Déjeme eso a mí, usted solo respóndame. —Pues claro que si —respondió. El maestro le enseñó a leer y escribir y lo matriculó en su escuela para

que optara por los exámenes de sexto grado y si los ganaba obtendría su diploma, recuerdo que fueron días de ir y venir a San José para que le admitieran en sexto grado al muchacho, hasta que lo consiguió. Ese día llegó con una cara de felicidad hasta su esposa, a enseñarle el comunicado del señor ministro, ya tenía el permiso, y si el joven ganaba los exámenes obtendría su diploma de sexto grado.

Llegó el gran momento, y aquel humilde muchacho se graduó con honores. Ahora sí, ¿qué trabajo haría? Fue entonces cuando le pidió al telegrafista del pueblo que le enseñara el oficio, con lo que el señor se alegró, porque él estaba muy enfermo y no encontraba quién se hiciera cargo. Y para cerrar con broche de oro, era la tarde del 17 de diciembre de un año que no preciso, estábamos reunidos poniendo el árbol de Navidad, cuando lo vimos entrar movilizándose en sus muletas, con un pollo asado envuelto en hojas de plátano, y digo que era un pollo porque el delicioso olor que despedía era inigualable y mi nariz afirmaba que eso era. Su abuela enviaba ese agradable (y vaya que lo fue) agradecimiento porque su nieto ya tenía el primer nombramiento como telegrafista del pueblo. Así que ya no tendría que preocuparse por el sustento de ambos. Fue tan hermoso contemplar la escena del muchacho y el maestro que aun se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo.

En otro contexto

Era una hermosa tarde del mes de junio, de esas que solo se dan en el Carmen de Alfaro Ruiz, los pájaros trinaban invitando a soñar, a trasladar nuestros pensamientos al infinito. De repente el maestro, tomó mi mano y comentó (creo que para sí mismo): —Ya viene el día más importante del año y no he pensado qué hacer. Pero ya sé (...) voy a darle vueltas." (.....). Al día siguiente en el desayuno, conversó con su esposa y le contó que daría clases de teatro. —¿De teatro- replicó su esposa?, y ¿para que? Ya lo verás porque sos parte esto.

Camino a su escuela no decía nada, iba pensativo, profundamente pensativo. Mi grupo quedaba a la par de "los grandes" (de los alumnos de quinto y sexto) y escuché cuando les propuso hacer una obra de teatro para el día de la madre. Les dijo: "Tiene que ser algo que saque lágrimas, algo realmente bello". ¿Quiénes están dispuestos a participar? Creo que no quedó mano en el pupitre, todas se levantaron y fue así como esa misma tarde comenzaron las clases de teatro. Llegado el día, fue la mejor obra de teatro que jamás he visto. El realismo con que esos estudiantes representaron la obra conmovió a propios e invitados, la gente (madres, padres y familiares) no dejaron de aplaudir, hasta en las afueras de la escuela cuando se disponían a tomar el refrigerio (que fue muy suntuoso) aplaudían. "El solo decía... sí, esto debe ser para los actores, aquí hay madera para más." Así fue como le pedían dar clases de teatro y montar obras en escuelas vecinas para actos de clausura u otros momentos importantes.

El desfile

Jamás olvidaré ese 15 de septiembre, como tampoco lo han olvidado los hoy profesionales de toda índole que fueron parte de ese desfile, y que aún comentan sus hermosos recuerdos.

Era una escuela muy pobre, de tal suerte que no contaba con implementos como instrumentos musicales ni tambores. Pero como siempre, eso no fue problema para cumplir con las festividades de tan glorioso día, el maestro se las ingenió para que su escuela no solo tuviera tambores sino también instrumentos musicales, una escolta de abanderados y hasta un coro que cantó como los mismos ángeles *La patriótica* y muchas otras más, que según pude observar estaban escritas en un amarillento librito llamado "Lo que se Canta en Costa Rica".

Unas latas de manteca fueron convertidas en sonoros tambores, golpeados por palillos, hechos por el lechero y pulpero del lugar; para las banderas ayudó mi abuela que era costurera, unas cuantas varas de tela blanco azul y rojo, con las astas de ramas de café, fueron perfectas. Una pandereta de una de las niñas, maracas hechas de jícaros con maíz, sirvieron de instrumentos musicales. Y todo, absolutamente todo el pueblo, se volcó en elogios para aquel desfile, en el que sus hijos fueron los protagonistas y según ellos el mejor que habían visto.

Fue así como al año siguiente, se formó una especie de comisión que se encargó de recoger algún dinero para comprar tambores, platillos y no recuerdo qué más.

Pero aunque ese desfile fue más sofisticado, en cuanto a implementos, sus alumnos y familiares nunca olvidan el primero, con él despertó la conciencia patriótica, con el que entonaron "Caña dulce pa moler" en el mejor coro jamás escuchado...

EN EL AULA

En el aula, don Mario invitaba al comentario abierto y espontáneo, nos invitaba a hablar del equipo de fútbol preferido, y a dirigirnos con respeto a los que no pensaban igual; al fin y al cabo el mundo es de colores —decía— y el respeto y la tolerancia son nuestros inseparables amigos.

La creatividad no solo estaba fuera de las aulas, aunque le gustaba mucho salirse de sus cuatro paredes. Recuerdo un día que correspondía recibir Ciencias, la clase era sobre el sistema solar y nos dijo —Hoy no hay sol, esperemos un momento de buen sol para que vean la rotación y la traslación. ¿? Todos quedamos como en "chino", ¿qué estaría diciendo el maestro? Pero el día de sol no se hizo esperar, yo fui la luna de la tierra, nos puso a todos en el patio en una posición en concordancia con el sistema solar, el más grande del grupo era el sol, y así según el tamaño de sus estudiantes los fue colocando, cada uno con el nombre de un planeta, y los más pequeñillos éramos las lunas. Las elípticas con un mecate en el suelo, de tal forma que desde ese día a nadie le quedó duda de la rotación y la traslación, del día y la noche.

Su creatividad, relaciones humanas, altruismo, determinación y buen juicio, han hecho de este ser humano el mejor del mundo, tanto es así que sus mismos hermanos han engalanado páginas de libros con sus ejemplos de vida.

Muchas gracias a las personas que han hecho posible este espacio, para expresar lo que sentimos y lo que vivimos algunos al lado de esos forjadores de la patria.

22. Un profesor inspirador es ... El mejor modelo por seguir

Mauricio de Jesús Castillo Vargas

*Es labor imperiosa...
del médico... sanar la enfermedad,
del alfarero... moldear la arcilla,
del escultor... labrar la madera,
del educador... sanar, moldear y labrar
el alma y la mente de los futuros
ciudadanos de la patria.*

Una noche del día viernes 30 de enero del año 2005, la ansiedad y la expectativa eran motivo de perturbación para mi mente. Como cualquier escolar que espera recibir su primera lección, con las manos sudorosas y la voz titubeante, así esperaba conocer a mi primer profesor en la Universidad Metropolitana Castro Carazo. No es que careciera de experiencia en estos asuntos, pero siempre he considerado, que iniciar con el pie derecho es muy importante al comenzar toda nueva faena.

Entre tanta inquietud interior, como un faro que ilumina una barcaza perdida en la oscuridad y en la tiniebla, aparece una persona que de manera afable y desinteresada toma la decisión de convertirse en un eje generador de confianza y tranquilidad, al mismo tiempo que permite la realización de un cúmulo de experiencias fortalecedoras, que definitivamente, marcarían toda mi vida personal y profesional, pero sobre todo, derrumbarían mi vieja cosmovisión tradicionalista del mundo, la sociedad y la escuela.

Nace de esta manera, un humilde homenaje dedicado a un hombre sabio, humilde y visionario, que lucha y sueña con mejorar el mundo desde su esforzada labor.

Don Henry Fallas Sojo, recibe su primera formación entre los años de 1968-1971, en la antigua y ya desaparecida Escuela Normal Superior de Costa Rica, en la cual con gran esfuerzo y dedicación, alcanza el título de Profesor de Estado en la Especialidad de Ciencias.

Más tarde, cursa el Subprograma de Mejoramiento de la enseñanza de la Química (1985-1986), gracias al cual obtiene el grado universitario de Licenciado en la Enseñanza de la Química. También, cuenta con una Maestría en Administración Educativa, extendida por la ULATINA.

Inicia sus labores docentes en el Colegio Diurno y Nocturno de Cañas y en la UNA en la formación y capacitación de profesores de Química, para luego integrarse como precursor y fundador del Programa de Mejoramiento de la enseñanza de la Química y la Matemática, en Guanacaste, misión que desarrolla durante cinco años.

Fue fundador y coordinador de la primera incursión del CIPET, de igual forma en Guanacaste.

Cuando tuve la experiencia y el agrado de conocerlo tenía acumulados treinta y cinco años de experiencia docente, en instituciones tales como la Universidad de San José, en la que se desempeñó como Director Académico, además ha sido director del Liceo Nocturno de Liberia.

Durante la gestión del ex ministro de Educación Pública Don Eduardo Doryan, obtiene un ascenso y es enviado a trabajar en la Dirección de la Educación Secundaria. Mas recientemente, se ha desempeñado en diferentes labores e instituciones, tales como el Departamento de Investigación Educativa y la Oficina de los Derechos de los niños y las niñas y los y las adolescentes.

Actualmente es profesor universitario en la Universidad Metropolitana Castro Carazo y la ULATINA, además de participar en un sinnúmero de proyectos educativos sobre valores, capacitación docentes, entre otros.

Mi primer contacto con él, fue en el curso de la Maestría en Educación con Énfasis en Administración Educativa, de la UMCA, denominado "La comunidad y la Institución Escolar", que representó una de las primeras asignaturas que cursé en esta carrera. Luego recibí otros como "Paradigmas Educativos del Siglo XXI", "Administración del currículo y Supervisión Educativa", "Economía y Educación" y la "Práctica Profesional en Administración Educativa".

Fue en este curso cuando comencé a conocer una nueva forma de aprendizaje-enseñanza, con una visión humanista y constructivista, la cual fue transmitida por Don Henry en forma clara y concisa, pero sin la utilización de palabras, sino, consolidada con el ejemplo, las anécdotas y la sabiduría, que solo una persona con tan amplia experiencia puede desarrollar.

Como el grupo estaba constituido por personas adultas, entonces, la metodología y el establecimiento de las normas fueron compartidas. Nunca buscó imponer la dinámica de la lección, sino que, al inicio de cada curso presentaba los objetivos más relevantes por desarrollar y utilizando un escrutinio minucioso entre sus estudiantes, buscaba las mejores estrategias para alcanzar esos propósitos.

El profesor buscaba desarrollar en todos sus estudiantes, aspectos como la valoración de la importancia del respeto a la opinión ajena y el orden en la lección, como medios para consolidar una interacción en la lección amena y responsable; la reflexión sobre el fenómeno educativo como un medio para mejorar la mediación pedagógica; la lectura analítica y profundizada como recurso para incluir en la práctica pedagógica nuevos paradigmas y formas de aprender; la investigación constante, tanto en el aula como en la comunidad, como una manera de llegar a conocer a los estudiantes y analizar su contexto.

En general, siempre defiende la idea de una lección dinámica, en la cual la disciplina es un medio y no un fin absoluto, y que además se convierte en un espacio para la reflexión y análisis de la realidad educativa nacional, en el cual, cada uno de los contenidos programáticos se pueda adaptar a la práctica educativa, con el debido esbozo de los posibles beneficios y también valorando las posibles debilidades de estos.

Siempre arraiga y robustece el diálogo, él nunca considera a sus estudiantes como discípulos, sino como sus pares, puesto que perpetuamente se considera un educador igual que todos los demás, y por tal razón, siempre permitió que se discutieran las vivencias personales de cada uno, a la luz del fortalecimiento de los objetivos propuestos.

Por medio de la exploración de las lecturas en tres columnas o momentos, desarrolló la mente crítica en sus estudiantes. Esta técnica consiste en leer un texto, y en cada idea que le interese o le llame la atención al estudiante, le escribirá un pequeño análisis –qué comprendo de la idea – y las vivencias personales que haya tenido o que le recuerde dicha frase.

Era por medio de este estudio de las lecturas, que el “profe” consentía que ocurriera la retroalimentación y la aplicación de los contenidos a la realidad de cada uno de sus estudiantes que eran estudiantes de la carrera de educación por medio del panel de discusión y el círculo analítico de ideas. En estas vivencias permitía escribir, experiencias de aula como docentes o como estudiantes, anécdotas, diligencias personales, remembranzas de apocas anteriores, entre muchos otros aportes.

Como el grupo era muy disímil –existían profesores, maestras de escuela y preescolar y directoras– siempre surgían problemas profesionales o personales que de alguna manera, podían interrumpir el proceso de aprendizaje-enseñanza de algún compañero, por lo que el profesor se mantenía atento a conocer todas estas situaciones y por medio de su metodología flexible y humana, accedía a modificar alguna asignación o trabajo, pero sobre todo buscando el compromiso del discente.

Invariablemente podíamos encontrar en él un oído atento y una palabra de aliento, que venía a refrescar nuestra mente perturbada en momentos de zozobra y vicisitud.

Siempre tuvo un trato ecuánime con cada uno de sus alumnos, nunca mostró preferencias, sino que más bien buscaba fortalecer a los estudiantes que presentaba dificultades de aprendizaje, y cuando él consideraba que otro podía dar más, entonces le establecía una nueva tarea, con el fin de que pudiera manifestar sus habilidades al grupo y de esta manera atender las diferencias individuales.

Ejemplo de esto fue el trabajo que realizó en el curso “Práctica Profesional en Administración Educativa”, en el cual nunca presionó a ninguno a terminar rápido el proyecto final, aunque les tuviera que dedicar unas cuantas semanas más de tiempo, pero a él nunca le importó este sacrificio, puesto que su único propósito es que todos los participantes de este curso alcancen al éxito.(revisar redacción)

Otra técnica que utilizaba, era el trabajo en grupos o parejas, exaltando siempre las cinco "C" del trabajo en equipo: complementariedad, coordinación, comunicación, confianza y compromiso. Enseñaba que el trabajo en grupo debía ser equilibrado y distribuido equitativamente entre cada uno de sus miembros.

Permanentemente mostró una relación muy respetuosa con sus otros colegas y con el personal administrativo de la universidad. Nunca se le escuchó realizando una crítica a ninguno de sus colegas, sino que siempre decía todo lo positivo y resaltaba las virtudes de los mismos. No consentía que sus estudiantes hablaran negativamente de alguno de sus compañeros.

Admiré constantemente su amor, dedicación y compromiso con su labor docente, no sólo de aula, sino que en muchas ocasiones compartía con nosotros sus experiencias como trabajador de la Oficina de la Defensoría de la Niñez, labor en la cual se mostraba sumamente comprometido y que le provocaba preocupaciones y desvelos, al tener que enfrentar múltiples situaciones conflictivas, que le exigía la toma de decisiones salomónicas, las cuales perturbaban su estabilidad laboral.

Don Henry, es un profesor con una filosofía de la educación muy innovadora, y esto se demuestra con su idea de que se debe pronunciar la frase "aprendizaje-enseñanza", puesto que considera que todas las personas poseen un cuerpo básico de conocimientos y que a partir de estos, es que el educador debe comenzar a edificar los nuevos aprendizajes, en los cuales su intervención no debe ser necesariamente la más importante, sino que debe buscar una participación sana como guía y orientador del proceso enseñanza-aprendizaje.

De ahí que en su mediación pedagógica, una técnica especial era la de indagar en sus estudiantes, ¿qué mensaje les propicia el título del curso? O preguntar por el significado de alguna palabra del mismo.

Por ejemplo en el curso "Paradigmas Educativos del Siglo XXI", preguntó: "¿Qué es un paradigma?", obviamente las respuestas fueron múltiples, pero siempre intentó que entre todo el grupo se realizara una idea general del concepto involucrado en la palabra. En los cursos "Administración del currículo y Supervisión Educativa" y "Economía y Educación" inició la primera sesión indagando nuestro concepto de currículo y la relación entre economía y educación respectivamente. De esta manera, valora el conocimiento primario de cada uno de sus estudiantes, intentado no subvalorar ningún aporte.

Además, le fascina distribuir algunos de los temas del curso entre sus estudiantes, con el fin de que estos realicen pequeñas investigaciones y a partir de una presentación o exposición en clase, estos puedan compartir el conocimiento. En cada una de estas, él intervenía ampliando o reforzando cada uno de los tópicos, y además propiciaba la bibliografía básica para la realización del trabajo. Nunca cortó la participación de ningún expositor y siempre respetó todas las ideas y aportes. Uno de los ejes principales de su lección, es la pregunta indagadora. Por medio de esta técnica él escudriña la mente de sus alumnos y promueve la reflexión. Estas eran directas y con sentido práctico, con el fin de que la respuesta fuera acorde con las vivencias de los estudiantes y no, contenidos memorables y fríos.

Le encanta utilizar el proyector multimedia para exponer sus ideas y además, el proyector de filmillas. Estas tecnologías se las transfiere a sus discípulos, pero no los encasilla únicamente en ellos, sino que permite la utilización de otros recursos. Por ejemplo, en una ocasión se utilizó un árbol con naranjas —elaborados en cartulinas— para realizar una lluvia de ideas cada participante escribía su aporte en una naranja y la exponía al grupo y la pegaba en la pizarra. Él permite introducir los temas por medio de canciones, reflexiones, entre otros, todo con el fin de diversificar las metodologías y alcanzar una lección dinámica y amena.

Siempre solicita a los estudiantes la realización de un compendio de todas las exposiciones, ya sea escrito o en "CD", con el fin de rescatar todos los aportes y motivar la planificación de trabajos de calidad.

Nunca deja pasar por alto ningún comentario negativo, en contra de algún valor. Por ejemplo, al final del año 2005 comenté que estaba cansado de tanto leer y que deseaba terminar la maestría para descansar, entonces inmediatamente me comentó la importancia de la lectura y el conocimiento de los aspectos relevantes de la labor docente. Comentó que todo docente debe poseer un paradigma el cual seguir; por ejemplo el positivismo, el constructivismo, entre otros, pero que entonces, ningún educador puede afirmar que es constructivista, si no conoce qué es el constructivismo, y que estos aprendizajes le permitirán debatir con propiedad con cualquier otro profesional del ramo.

Otro día comenté que "no creía en la democracia, ni en el voto". Inmediatamente me recordó toda la historia de nuestro país y como en otras naciones no han alcanzado estos logros.

Cree firmemente en la idea de que los cambios importantes en educación los tiene que realizar el mismo docente en el aula y no esperar que el MEP los haga. Defiende la idea basada en que "Las reglas son rígidas, pero no tíasas" y que por medio del currículo oculto se podía realizar grandes intervenciones en el aula, en aras de mejorar la educación en Costa Rica.

Profesa la idea de que un docente debe alcanzar el manejo de los contenidos y lograr transmitirlos eficientemente, pero esto no lo es todo, puesto que la humanidad vive una nueva era, que exige algo más que el dictado de tópicos y el establecimiento de normas en forma autoritaria.

Es necesaria la formación de educadores amantes y comprometidos con su labor; sin embargo, para lograr esto las universidades deben poseer un cuerpo docente capaz de inspirar a los nuevos estudiantes de educación, con el fin de concienciar en ellos la importancia de su futura intervención, en un campo que exige el fortalecimiento de los valores tradicionales, y además, el establecimiento de nuevas formas de convivencia social.

Por lo mencionado anteriormente, opina que es necesario el establecimiento de pequeños grupos de estudio –como los que se forman en la formación para obtener una maestría– y la reflexión constante de la labor educativa.

La evaluación es de una manera muy diferente, puesto que él propone asignaciones de lecturas estudiadas en tres momentos: idea principal, análisis y vivencias –que fueron comentadas con anterioridad y que reciben un valor porcentual de 10% cada uno de los rubros anteriores–.

Además, exposiciones sobre temas relacionados con el curso y la valoración de la misma se realiza tomado en cuenta tres rubros: claridad, dominio y contenido – reciben un valor porcentual de 10% cada uno–.

La participación en clase se realiza tomado en cuenta cuatro rubros: participación(17%), responsabilidad (5%), aportes(10%) y asistencia(8%).

Sin embargo, la innovación en esta evaluación es que el profesor permite que el estudiante se vaya autoevaluando por medio de una tabla con todos estos rubros; esto con el fin de que se haga conciencia del esfuerzo real realizado en cada una de las asignaciones y responsabilidades. Al final del curso el "profe" contrasta la autoevaluación de cada estudiante con la suya y así se obtiene una nota más justa.

Es importante recalcar que él se llevaba las lecturas para la casa y las leía, pero luego, en clase se hacía la retroalimentación sobre estos, puesto que con el modelo expuesto, se permite una gran variedad de ideas y aportes. Él las calificaba como excelentes, muy buenas y buenas, y el alumno lo cuantificaba con el porcentaje más justo.

Aunque conocí al profesor en el sistema educativo superior, se evidencia su preocupación por fortalecer la participación de la comunidad en las sesiones de clase. Por ejemplo en el curso "La comunidad y la Institución Escolar", me solicitó que realizara una pequeña encuesta que permitiera recopilar información sobre diferentes aspectos relacionados con la integración de la comunidad en institución educativa. Él colaboró con estructurar preguntas que escudriñaban, aspectos relativos a la

institución educativa, como por ejemplo: las funciones de transmitir valores, de preparar académicamente (en contenidos de asignaturas), la escuela o liceo como un apoyo para la comunidad en lo que se refiere a capacitación (técnica o profesional) de adultos, proyectarse a los problemas de la comunidad e intentar proporcionar soluciones, entre otros, que permitieron en ese momento visualizar la importancia de la interacción sana entre la comunidad y la institución educativa.

Sumado a esto, siempre ha opinado que todo docente debe integrarse a todas las actividades que realiza o planea la institución escolar; esto con el propósito de mejorar el prestigio de la labor docente para así mejorar la educación.

Para terminar, se debe decir, que el "profe" perennemente profesa que la humildad y el compromiso son las dos herramientas fundamentales para alcanzar el éxito escolar, y que ningún docente "debe esperar ser trasladado a una institución de fama, sino hacer de su escuela o colegio una entidad prestigiosa". Creo que todas estas ideas han ido calando en mí, y considero que existe una gran diferencia en mi labor antes y después de conocer a Don Henry. Este profesor, con su ejemplo y dedicación, tiene un efecto "Cool fresh" dentro de las mentes de sus discípulos, entre tanta desesperación y hastío que vive la educación nacional.

Es indudable que docentes como él se encuentran a la vanguardia en lo que se refiere a la formación de los futuros(as) docentes y deben ser un modelo inspirador para los nuevos estudiantes en educación.

Don Henry, siempre se muestra atento y cariñoso con cada uno de sus estudiantes y sin recelos ni dudas, se despoja de su sabiduría e impregna a todos con sus risas; es un bastión incansable y se devela como un mentor inspirador, que invita al reto y al cambio; nunca acepta la idea de vivir encarcelado en la opresión de la mediocridad. Como brote vigoroso de semilla que desea alcanzar el rocío fresco de la mañana, continuamente busca crecer y alcanzar la luz del conocimiento. ¡No!.. no es como lo demás, siempre brilla y desea iluminar a otros como las estrellas en el firmamento, pero con la serenidad y la candidez del aura de la mañana.

"Todo cambia, todo se transforma", escribió el filósofo griego; pero la mutabilidad de la materia es el resultado de una causa, de un factor, de una razón. Don Henry posee la alquimia para generar un efecto de cambio en sus discípulos. Los horizontes de su visión son muy amplios e invitan a inhumar paradigmas caducos. Sus juicios son certeros y colmados de sapiencia y nos hacen reflexionar. Su misión es la del verdadero maestro: dejar una estela de luz, inextinguible y suprema, por el cambio donde transita.

23. La construcción de la práctica pedagógica de la maestra: Doña Blanca educando en la zona rural de los años 50 y 70

Allen Quesada Pacheco

Los maestros son aquellas personas que se utilizan a sí mismos como puentes, sobre los cuales invitan a sus estudiantes a cruzar; entonces, después de haberles facilitado cruzar, alegremente se desploman, exhortándolos a crear sus puentes propios.

Nikos Kazantzakis

Remembranzas: Doña Blanca

"Este es un relato convertido en historia
con el nombre de mensaje.

Lo escribe una abuela de 85 años".

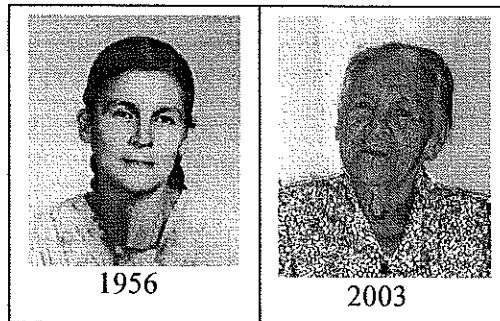
Blanca

Blanca Rodríguez Cascante nació en La Granja de Palmares, Alajuela, el 20 de julio de 1917. Asistió al primer y segundo grados en su cantón natal, y cursó el tercero, cuarto, quinto y sexto grados en el Centro de Palmares. Según su relato, "todos los grados los pasé sin ninguna dificultad, muy premiada con los famosos Cuadros de Honor, los que en esa época no se apreciaban como tales, como con el tiempo sí se les da el valor que se merece, o el contenido que lo encierra" (BL/k23). Durante su juventud, Doña Blanca se dedicó a ayudar a su familia mediante la fabricación de puros y colaborando en el hogar. Sin embargo, Doña Blanca nunca dejó de pensar en estudiar más. Fue así como después de muchos años de haber dejado la escuela y ya casada, asistió a la Escuela Nocturna, pues para su suerte se abrió en 1928, la cual tuvo una matrícula de veinticinco alumnos aunque terminaron sólo diez.

Todo esto fue promovido por María Eugenia Estrada y don Francisco Rodríguez Jiménez, quienes la motivaron a estudiar más. De la siguiente manera relata su vida escolar: "En todos recibí Cuadro de Honor, porque para ganarlo, tenés que ser el alumno excelente y ese lugar lo ocupaban solamente el doctor Carlos Luis Estrada Fernández, y la muy creída Blanca Rodríguez Cascante, los mejores estudiantes" (BL/k21).

Vivencias Personales

"Mi niñez fue como quien disfruta de un cuento de hadas, la que al final culmina en fantasía."



Blanca

Como se anotó anteriormente, Doña Blanca nace en La Granja de Palmares. Procede de una familia muy sencilla y pobre pero caracterizada por la humildad y fe en Dios. En sus palabras:

Mis padres sufrieron una pobreza extrema, pero la superaron con paciencia, con humildad, y gran resignación. Como católicos que siempre fueron, nos dejaron tan afirmados, con su ejemplo, sus consejos, y en fin en toda su vida ejemplar que no para todos quedó esa virtud y dicha. De mis padres, José Rodríguez Ruiz y mi madre María Cascante Rojas obtuvimos como recuerdo, primero la religión, sus sabios consejos en la vida cotidiana, y el buen comportamiento (BL/VP02).

Su Primera Comuni3n la realiza en la Parroquia de Palmares, el 24 de diciembre del a3o 1925, siendo el Cura Párroco Mardoqueo Arce. Su juventud se desarrolla en un ambiente campestre, humilde, de mucho respeto y de trabajo. Sobre esto, ella comenta:

Mi juventud la practiqué muy calmada, pues mis padres a pesar de que fueron tan cumplidos, así fueron de exigentes en la crianza de sus hijos, pues siempre esperaban lo mejor. Así fue, porque a resumidas cuentas, como lo habían

soñado, sin esperar y sin dudas, se fue desarrollando, muy lentamente pero con mucha seguridad el fruto tan merecido: sus hijos bien educados (BL/VP08).

Al cumplir ocho años entra a la escuela de La Granja y nos relata ese primer día:
¡Qué emoción! Mi primera maestra fue la niña Carmen Lía Salas Cabezas. Mi primer día de clases fue con tantos compañeros y hubo tanta alegría. Así terminé el año disfrutando de tantas oportunidades que la vida me daba (BL/VP13).

En 1941 se casa con Calixto Pacheco Fernández. De ese matrimonio nacen cinco hijos, cuatro mujeres y un varón. Pero debido a "enfermedades de la época", en palabras de Doña Blanca, mueren tres de sus hijos (dos mujeres y el varón). Cuando Doña Blanca cree que después de haber terminado el sexto grado, y ya estando casada, eso era todo, llega la noticia que se abriría una escuela nocturna en el centro de Palmares. En 1947, con sus hijas de 5 y 2 años, Doña Blanca se matricula en la escuela nocturna "para no perder la costumbre de estudiar". Siempre obtuvo el apoyo de su familia y de su esposo. En ese año obtiene cuadro de honor por sus excelentes calificaciones. Pero tiene que suspender estudios al año siguiente, cuando estalla la Guerra del 48. A principios del 49, sucede un acontecimiento en su vida que la haría transformarse en maestra: la visita inesperada de un primo, quien era el presidente de la Junta de Educación en Líbano de Tilarán.

Vivencias Socio-culturales

"Lo principal era cooperar en todos los quehaceres a favor tanto con la escuela como con los demás compañeros y la comunidad".

Blanca

Las situaciones que experimentan las personas a través de su existencia marcan y encaminan su vida. Como nos dice Rodríguez (1993), "el individuo construye su conocimiento en entornos sociales y durante la realización de prácticas o actividades culturales" (p. 53). Es por eso que a continuación se muestran algunas experiencias que moldean la historia de Doña Blanca con respecto a acontecimientos sociales y culturales vividos en su época. Relata Doña Blanca, por ejemplo, que la comunicación entre familiares que vivían lejos era muy difícil a finales de los 40 y 50. Ella señala:

Mi mamá tenía un familiar en Guanacaste. La hermana, Clementina, muy querida pero de difícil comunicación porque solamente se podía utilizar el mar, o las cartas, las que a veces no llegaban a su destino, o no se enviaban (BL/VSC44).

Doña Blanca nos cuenta que ella no esperaba seguir estudiando más. Después de todo ya tenía suficientes títulos para colgar en las paredes. Sobre eso, ella nos relata:

A mis cuentas yo ya había llegado al final de mis ilusiones de ser "Maestra de Escuela". Pero no fue así. Mi mamá tenía una hermana de nombre Clementina Cascante de Chávez y siempre vivió con la esperanza de que esa hermana algún día la acompañara y ¿cuándo? y ¿cómo? La distancia no lo permitía, pues eso era Líbano de Tilarán en Guanacaste, lo que para nosotros era el otro mundo (BL/VSC12).

Al referirse a cómo ella terminó enseñando como aspirante en primaria, dice lo siguiente:

Un día de tantos llegó una carta, pidiendo la dirección de mi casa y ¿quién era? El hijo de mi tía de nombre Antonio Chávez Cascante, quien era el Presidente de la Junta de Educación de Tilarán. Finalmente, llegó mi primo. Una vez que pasó el saludo de las dos familias, vino la curiosidad que a mi primo Antonio le causó y ¿qué era? Que en la sala de mi casa estaban colgando los "Cuadros de Honor" que yo había obtenido por medio de mis estudios. Inmediatamente vino la pregunta ¿De quién son esos cuadros? ¿Y que están haciendo ahí?. Yo le contesté, "míos". Inmediatamente vino la pregunta, "¿cómo que míos?". Le dije, "sí míos, los tengo ahí como recuerdo". Entonces él pregunta "¿cómo recuerdos del pasado?... allá en mi tierra, el que posee un cuadro de esos ya es maestro". Y le dije, "eso será allá, pero aquí no". Y entonces fue cuando le dice a mi esposo, "me llevo a mi prima para Guanacaste". Y le dice mi esposo "¿y por qué? ¿para qué te la vas a llevar?" Al momento le dice: "para que trabaje allá". Nada menos que mi primo era el Presidente de la Junta de Educación en Campos de Oro en Tilarán. Inmediatamente Calixto preparó el viaje del regreso, se pasó la tarde convenciéndolo, hasta que logró el sí. Cuando amaneció se fueron y a los quince días ya yo estaba nombrada para la Escuela Campos de Oro (BL/VSC46).

Una de las ventajas que tenían era que la maestra iba a tener casa propia, con un lote para que su esposo pudiera sembrarlo. Ella y su marido salen de Palmares con toda su familia (mamá, papá, hermana y sus dos hijas). Después de haber vendido gallinas, pollos, patos y chompipes, el 18 de marzo de 1949, llegan a Campos de Oro el día 19 por la noche y el día 21 de marzo comienza su nuevo cargo de maestra, a cargo de ochenta alumnos.

ESCUELA MIXTA DE CAMPOS DE ORO, TILARÁN: 1949, 1950

Un día antes de su llegada a este lugar, Doña Blanca y su familia se dan cuenta de que no hay escuela. En este lugar tan alejado y de difícil acceso, pasó lo inesperado. El Río Cañas se había llevado la escuela, debido al mal tiempo y a las crecidas. En sus propias palabras, Doña Blanca nos cuenta:

...estaba nombrada para la Escuela Campos de Oro y ¿qué pasó? No había escuela, la creciente del Río Cañas se la había llevado. Pero había una casa de habitación de Don José Ortega, con un corredor volado, entonces no hubo mucho atraso. Los pupitres eran de madera sin cepillar, la mesa igual, la tiza eran carbones de la cocina... Las puertas de los ranchitos eran de mecate y lo más peligroso eran los coyotes que pasaban en manadas por el caserío. Los techos eran con cáscara de plátano y de paja... sólo dificultades, pero con solución (BL/VSC14).

Al finalizar el año escolar, Doña Blanca no sólo había enseñado a ochenta alumnos, sino que también los había preparado para que hicieran su Primera Comunión. Y como si fuera poco, en ese año, también preparó a doce parejas que vivían en unión libre para que contrajeran matrimonio por la Iglesia Católica, bajo la supervisión y consentimiento del sacerdote de la iglesia de Liberia, Padre José Alcides Ruiz. Según nos cuenta Doña Blanca, "esta actividad fue elogiada por los vecinos del lugar porque nunca habían visto con tanta solemnidad un acontecimiento igual. Y la maestra fue felicitada" (BL/VSC16).

Por intervención del inspector escolar, Don Joaquín Solano, se acordó realizar un turno para recoger fondos para la nueva escuela. Doña Blanca fue la encargada de realizar tal evento social. Hubo corridas de caballos, comidas y bailes. Sin embargo, Doña Blanca fue trasladada a Higuerón de Cañas para iniciar lecciones en la escuela

del lugar en 1950, como premio por lo observado durante su estadía en Campos de Oro. El reporte oficial del Ministerio de Educación sobre el Fundamento de la Calificación de Servicio del 16 de diciembre de 1949 dice lo siguiente acerca de la labor docente y social de Doña Blanca:

Persona humilde y muy responsable de sus deberes. Se dedicó con mucho cariño a las actividades docentes, con muy buenos resultados. En las actividades de extensión escolar y social realizó una magnífica labor. Se preocupó muchísimo por la salud de los niños más enfermos y necesitados. Preparó un numeroso grupo para que hicieran la primera comunión" (Informe de los Servicios, 1949, 4132, Inspección Escolar de Guanacaste, Circuito III, Liberia Guanacaste).

Escuela Mixta de Higuerón, Cañas: 1951-1953

Así fue como Doña Blanca inició su segunda experiencia como maestra de primaria aspirante. El lugar exacto se llama Higuerón de Cañas, el cual tenía un puente en mal estado, tanto así que para cruzar de un lugar a otro había que hacerlo por dentro del río y con mucho peligro, debido a las continuas crecientes. Es importante recalcar que en ese tiempo se esperaba mucho más de un educador que solamente dar clases. Tenía que ser un líder comunal y espiritual. Según cuenta ella,

Los vecinos me buscaron para ver en qué forma nos entendíamos para solucionar esa gran necesidad y tan importante para el lugar y sus vecinos. Aquí, tanto alumnos, padres de familia, Junta de Educación y demás voluntarios pudimos ver terminado el tan importante puente de hamaca, para satisfacción de todos y la gran alegría de ver una necesidad más de las tantas presentadas. Mi escuela de Higuerón tenía dos aulas, oficina, cocina, lote para que mi esposo lo cultivara de maíz, maní y arroz, el producto total propiedad de la escuela, pues era de una hectárea o sea 100 metros de extensión. Allí trabajé dos años, dejando construido un puente de hamaca para el traslado de todas las personas y en especial para los alumnos de la escuela. Este puente fue construido, claro, con la cooperación de los habitantes del lugar y la celebración de un turno y un baile (BLVSC18).

A pesar de su aún escasa formación como educadora, hubo aspectos como liderazgo comunitario en la Normal. Aquí su instinto de madre, sus valores morales y espirituales, y el apoyo incondicional de su esposo y familia jugaron un papel determinante para su buen desempeño como líder en la comunidad y como maestra. Claro está, en esa época, como se anotó anteriormente, se esperaba que el maestro estuviera capacitado para actuar eficientemente en cualquier medio en que le correspondiera actuar. A propósito, Guasp (1999) afirma que las condiciones en las zonas rurales suelen ser más limitadas, "la escuela en medio rural adolece de numerosas desventajas: su profesorado es más inestable, está más aislado, tiene poca formación inicial para adaptarse a un medio no urbano, no dispone de materiales curriculares adecuados..." (p.193). Doña Blanca misma relata sus primeras experiencias en la comunidad de Higuerón de Cañas a principios de los años 50:

En esta escuela y en este lugar pude realizar tantas y tantas necesidades, las que yo llamo obras, que sin el mayor costo las fui venciendo hasta el final. La mayor parte de estos vecinos eran analfabetos, porque no lo daban a comprender en la conversación. Fui con los miembros de la Junta de Educación a invitarlos a una reunión general de grandes y ¿qué pasó? Pasó que no llegó nadie, pues para ellos era imposible a horas de trabajo perder el tiempo. Pero como yo vivía en la misma escuela, lo pude solucionar proporcionándoles la asistencia en horas de la noche. Formé una escuela nocturna, porque yo sabía que una necesidad como esa ocupaba el primer lugar. Al darme cuenta de que no conocían la palabra "mamá" mucho menos

"me ama". Allí no funcionaba la corriente eléctrica y todo lo demás era demasiado costoso. Eso sí, en esos lugares se usan focos, calveras [sic], faroles nocturnos y otros más para el caminar de noche, pescar, cazar venados, armadillos o cusucos, como ellos así los llaman. Ellos buscan la mejor forma para favorecerse, el practicar ese deporte, la pesca (BL/VSC19).

Después de la noticia de su traslado, Doña Blanca es informada por su nuevo supervisor (inspector escolar), Don Alfonso Hidalgo, de la necesidad de estudiar durante los veranos y recibir cursos de preparación de maestros. Ella nos relata este episodio de la siguiente manera:

Mientras dialogábamos sobre mi traslado, de pronto él salió con un cuentito: "Usted tiene y debe asistir a los Cursos de Verano, y éstos son en San José". Yo me sorprendí al escuchar dicha sentencia, pero al mismo tiempo yo le contesté "¿Qué debo hacer y cuándo?" Al instante me dijo: "Si usted me lo autoriza, yo voy a matricularla en la Escuela Julia Lang". Yo le agradecí su disposición pues para mí era muy difícil (BL/VSC22).

Doña Blanca se prepara formalmente en educación en los cursos de verano en la Escuela Lang. Durante los meses de vacaciones de 1951 y 1952, obtiene el Título de Aptitud en 1951 y en 1952 el Título de Elemental. Ella junto con otros compañeros palmareños, de los cursos de verano, ya tenían asegurado su porvenir. Como hace constar su hoja de Informe de Servicios del Curso de 1951, "...se interesó por conseguir material para su labor y recibir instrucciones docentes...interesó al vecindario a fin de construir dos puentes de hamacas y el mobiliario para una aula; también por dar medicinas y alimentos a sus alumnos. Por su solicitud personal, obtuvo dinero de la UNICEF para el comedor Escolar de su escuela" (expediente 4132, diciembre de 1951, Inspección de Escuelas, Cañas).

Escuela Mixta Jerónimo Fernández– Hotel de Cañas: 1952

Ya mejor preparada y con sus títulos, Doña Blanca comenzó su año escolar en Hotel de Cañas. Era otra comunidad alejada y de bajos recursos económicos, donde el principal medio de transporte era el caballo. Incluso muchas personas y alumnos viajaban hasta dos horas a pie para poder ir a la escuela. Aquí también le correspondió a Doña Blanca realizar varias obras comunitarias. Todo lo resume en la siguiente nota:

En este lugar pude finalizar, varias obras, todas. Allí sí fue lo peor para mí. Llegué a la escuela para encontrarme con 80 alumnos en condiciones tan desfavorables que no pude disimular: semidesnudos, tartamudos; esto empezando por los alumnos para seguir con sus padres, pues la principal tarea que me dejó el Supervisor fue de no dar clases por una semana para dedicar el tiempo en los preparativos de un turno, que era para la principal necesidad presentada: la construcción de un puente de hamaca. En esas comunidades no se puede caminar a pie, solamente a caballo, unos caminos intransitables, no existían carreteras, mucho menos carros, buses, nada más que soledades, dificultades, hasta para la comunicación. No había teléfono, ni con quien contar para consultar tantos sinsabores, tanta desolación, tanta dificultad que a veces se siente hasta sin fuerzas y con el pensamiento perdido, lo que sí nos acompaña es aquella frase: ¡Dios, ayúdame! (BL/VSC25).

Pero a pesar de esas dificultades, Hotel de Cañas les dio otros servicios que los favorecerían. En ese lugar había un salón de baile, cantina, parque, plaza de fútbol y un hotel. Además, la escuela tenía dos aulas y la casa de la maestra estaba muy bien acondicionada con un terreno para sembrar. En sus propias palabras nos cuenta:

Cuando llegamos al lugar todos quedaron admirados, pues vieron en Calixto una gran persona y la maestra también, pues era la "maestra del interior", con un espíritu de ayuda para el lugar. La nica Doña Juana Valdés era amiga del Supervisor Lizano y además dueña del hotel. Se comunicaron acerca del turno que había entre manos. Al momento funcionó todo, primero el cajero de la cantina fue Don Calixto y la cajera para el baile fue Doña Blanca. Aquí pasé una vida con muchas facilidades. En este lugar viví con la compañía de mi esposo, pues nunca me desamparó (BL/VSC28).

En poco tiempo la construcción del puente de hamaca finaliza y para su sorpresa, Doña Blanca recibe una noticia que no esperaba: el siguiente año sería trasladada a otra escuela, esta vez en San Antonio de Cañas.

San Antonio de Cañas: 1953

Doña Blanca hace un paréntesis y reflexiona acerca de tantos cambios en tan poco tiempo: "Cuando salimos del lugar, reflexioné un poquito más para comparar y comprender que la vida tiene sus cambios de bonitos y de feos, y viceversa." Sus condiciones eran mucho más favorables, había carretera, y muchas facilidades para trasladarse cerca del centro. Había lecherías, centros comerciales, mercado y supermercado. Con respecto a sus labores, también el reporte del inspector del Ministerio de Educación Pública resalta la labor social de Dona Blanca: "tanto en las fiestas escolares celebradas como en las diferentes actividades de extensión, buscó el beneficio para la comunidad desde el punto de vista instructivo y educativo" (Fundamentos de la Calificación, MEP, Nov. 28, 1953). Pero después de unos meses de estar allí, sucede lo inesperado. Su salud se ve afectada y debe ser operada de inmediato en el Hospital México. Debido a esto, ese lugar sería su última escuela en la provincia de Guanacaste. Este es el relato:

Después de todo, parecía que ya todo había cambiado de feo a bonito, pero no fue así, porque todo lo que brilla no es oro, según dice el refrán. Dios ya me había señalado otro camino ¿Y qué pasó aquí en este lugar tan apreciado, tan preferido y tan apetecido? Se me presentó una intervención quirúrgica: citas y más citas, para culminar en el traslado al Hospital México... Lo que me produjo la intervención: no caminar a pie tres meses, no montar a caballo seis meses, y no olvidar a la Provincia de Guanacaste jamás. En fin, que me olvidara de mis comodidades y que volviera a mi pueblo natal, mi querido Palmares a pasar unas vacaciones muy bien merecidas, que uno no se las desea a nadie. San Antonio de Cañas tenía que ser la mejor escuela y el mejor lugar para que no se pudiera disfrutar (BL/VSC40).

Con la incapacidad y de regreso a Palmares, Doña Blanca es visitada por amigos y amigas. Entre las personas que la visitan se encuentra el supervisor de Escuelas de Palmares, quien al darse cuenta de su situación de salud y laboral le dice: "¡Qué casualidad! Vengo de firmar una renuncia de una compañera que se va a acoger a la pensión y esa plaza es para usted." "Y no se habló más" (BL/VSC42). Esto sería en una escuela en el distrito de Palmares, Zaragoza.

Escuela Dr. Ricardo Moreno Cañas: 1954-55, 1958, 1959-1960

En ese momento la directora de la escuela es Doña Ernestina Flores de Gólcher, y en ese año es cuando se inicia en esa escuela una nueva materia llamada Huerta Escolar. Y quién mejor preparada para dar el curso que Doña Blanca, según Doña Ernestina. Es así como en el verano de 1955 asistió como representante de la escuela Dr. Ricardo Moreno Cañas a la Escuela Normal de Heredia para llevar un curso de capacitación en agricultura, especializado en huertas escolares. En el verano

de 1956 también llevó un curso de trabajos manuales en la Normal. Doña Blanca nos relata su experiencia en esos cursos:

Estos cursos no tuvieron el éxito que se deseaba...porque había mucha escasez de dinero para poder comprar los materiales, pasaron como un relámpago y sin detenerse. Solamente sí dejó en los que asistimos gratos recuerdos y... recuerdos y la experiencia adquirida en arreglos florales, objetos en cerámica, en arcilla y en otros más (BL/VSC47).

Es interesante recalcar que en todas las Hojas de Servicio del MEP desde 1949 hasta 1969, se menciona por parte de la dirección de las escuelas su excelente labor en el campo agrícola, actos cívicos, fiestas escolares y actividades del Patronato.

Escuela Abraham Lincoln, Alajuelita: 1956/1957

Doña Blanca deseaba que una de sus hijas estudiara en el Colegio Superior de Señoritas, lo cual se le hacía difícil por el alto costo del transporte desde Palmares o la estadia en San José. Por lo tanto, hizo una solicitud de beca de estudio de la Casa Presidencial y al final, su hija la obtuvo. Entonces, Doña Blanca solicitó un traslado a la Escuela Abraham Lincoln, donde además efectuó junto a Don Francisco Rodríguez Jiménez, un estudio de la localidad llamado E.S.A.P.A.P. De acuerdo con los registros de la Hoja de Servicio de Doña Blanca, el director de la escuela Abraham Lincoln expresa "considero muy buena la labor que llevó a cabo con su grupo. Confeccionó material apropiado para sus diferentes lecciones y colaboró con números muy bonitos en las fiestas escolares" (Fundamento de la Calificación de Servicio, MEP, Curso de 1956). En el año 1957, muere su padre y se ve obligada a regresar a Palmares. Ella nos relata:

En ese entonces murió mi papá, motivo suficiente para que mi mamá quisiera venir de nuevo para su tierra natal; viendo que yo no podía dejarla sola, gestioné de nuevo mi traslado a la Escuela Ricardo Moreno Cañas (BL/VSC50).

Doña Blanca regresa a esta escuela en 1958 y hasta el 62, donde por recomendación de su directora es trasladada a la Escuela República de Colombia en Naranjo de Alajuela durante el 63 y 64 para reemplazar a una maestra que se pensionaba. Después de trabajar por dos años, Doña Blanca regresa a la Escuela Ricardo Moreno Cañas en 1965 para terminar pensionada en el año 1969. Ella termina esta historia relatando:

Esta es una historia que, si se repite, es para no creerla. Solamente el alma que la concluyó la puede dar por terminada. Pero nunca cansada, al contrario, se me llegó el momento de dejar de trabajar, por orden médica y no con mi voluntad. Me vine de la escuela dejando a mi escuela, mi director, mis compañeros, en fin, mi querida Zaragoza, tan llena de gratos recuerdos y muy, muy agradecida, tanto del alumnado como de todos los demás (BL/VSC54).

Desde que se pensionó, Doña Blanca se hizo socia de la Asociación de Maestros Pensionados de Educación Pública (A.D.E.P.). He aquí su experiencia como maestra jubilada:

Tanto la filial de Palmares como la de San Ramón me dejaron muchos y halagadores recuerdos, paseos, fiestas y amistades, tanto dentro como fuera de las filiales. Esto permitió que, tanto mis hijas como yo, conociéramos gran parte de nuestra querida Costa Rica. También se me presentaba la ocasión de visitar varias escuelas y experimentar acontecimientos presentados por mis propios compañeros (BL/VSC55).

Es importante recalcar que Doña Blanca, a pesar de muchas dificultades personales y laborales, nunca dejó de ser optimista. Todo tenía solución a corto o largo plazo. Llama la atención también que la supervisión en esa época, en zonas rurales, era escasa. Se puede verificar en las Hojas de Servicio que las visitas de su supervisor eran una vez cada seis meses. En sus propias palabras, Doña Blanca nos expresa "El supervisor llegaba cada seis meses y que la maestra hiciera lo que Dios quisiera" (BL/VSC31). Por eso es de admirar la forma en que los maestros de zona rural, sin estudios formales en educación, trabajaban día a día con innumerables limitaciones de material educativo y de infraestructura, lo cual ayudaba a fomentar "la formación de buenos hábitos y actitudes de compañerismo y cooperación" (Dengo, 1995, p. 230).

Construcción de la Práctica Pedagógica

Mi mayor satisfacción como maestra fue haber contribuido con el final de mis antepasados: Padre, Madre, esposo y otros más.
Blanca

Para alcanzar una práctica pedagógica destacada, los maestros suelen reflexionar sobre cuál será el camino, la receta mágica, el procedimiento que los llevará al éxito con sus alumnos. De acuerdo con Marcelo (1987) "el maestro es un agente, un clínico, que toma decisiones, reflexiona, emite juicios, tiene creencias, y actitudes" (p. 14). Precisamente, muchas de las experiencias que vivió Doña Blanca reflejan los diferentes papeles que tuvo que asumir en las comunidades rurales en que ejerció como maestra y líder comunal para realizar su labor eficientemente.

La educación es un medio que posibilita a las personas un ascenso en su posición social, lo cual a su vez repercute en el desarrollo del país. Desde los años 60 se afirma "que no se puede alcanzar el verdadero desarrollo de nuestro país si no es por medio de la educación" (U.C.R., 1960, p. 57). Vemos cómo de una ilusión de ser maestra hasta su realización, Doña Blanca nunca perdió las esperanzas. Como parte de sus esfuerzos como aspirante, y con la iniciativa de su supervisor escolar, Doña Blanca inició sus estudios formales en educación en la Escuela Metálica Julia Lang y en la Escuela Normal de Heredia a principios de los 50. Es ahí donde inicialmente obtuvo el título de Aptitud y luego el título Elemental para ejercer como maestra graduada. La práctica docente la hizo en Barrio México en la escuela República de Argentina durante los veranos. Doña Blanca indica: "Yo llevaba los cursos y la práctica docente y a la misma vez estudiaba como estudiante y había horas extras para hacer la práctica. Las profesoras me observaban. Tenía que dar rendimiento. Mi profesora en esta práctica fue la Niña Elida Esquivel". Doña Blanca añade un poco más diciendo: "Las ideas de moda para la formación docente eran estudiar el carácter de los compañeros, someterse a la voluntad de los supervisores y contribuir, en el momento necesario, a la voluntad de los demás" (BL/PD12).

Doña Blanca señala que su formación docente fue muy exitosa:

Mi formación profesional fue en la Escuela Normal. Los profesores tan comprensivos y tan considerados como jamás me los imaginé, porque siendo esta persona tan sin recursos, para cumplir con todo el material necesario, nunca les fallé. Al contrario, siempre fui calificada de excelente...lo que siempre lo obtuve como un favor (BL/PDC08).

Doña Blanca siente que su misión con la educación "era simplemente trabajar...y quedar bien con los supervisores." La práctica docente varía mucho de acuerdo con el lugar donde se labora; no es lo mismo desempeñarse en una institución en la ciudad que en una escuela rural. Algunas diferencias incluyen la cantidad de alumnos, el entorno de la institución, la disposición de los materiales, los

medios de transporte, etc. Como indica Guasp (1999), "los niños rurales en edad escolar son socializados en un medio de relaciones humanas más estrechas, menos anónimas, con menor libertad de elección, con mayor ayuda mutua e intercambio entre vecinos, y con un ritmo de vida más pausado, menos intenso que en la ciudad" (p.189). Doña Blanca comenta que la disciplina de los niños era muy diferente de la de esta época:

En esa época no había tanta diversión...muy poco o casi nada en deportes. No había tantas canchas, menos plazas para el fútbol. No había piscinas. Los niños no disfrutaban de las comodidades que ahora se les presenta. Por lo tanto, la disciplina, cuando llegaba el estudiante a la escuela, ya la había adquirido en el hogar y en la iglesia (BL/PD10).

Como parte de su formación docente y profesional, Doña Blanca tomó cursos de perfeccionamiento en el Instituto de Formación Profesional del Magisterio mientras era maestra en la Escuela Abraham Lincoln en 1956. Este organismo se creó con el apoyo de la UNESCO en 1955 y tuvo carácter transitorio y de emergencia para mejorar la preparación de los educadores en servicio, especialmente en zonas rurales (Fernández y otros, 2002). Este instituto fue pionero de la educación a distancia y los cursos de verano.

Reflexiones Finales

Una mirada retrospectiva de este estudio trinomial sobre vivencias personales, vivencias socio-culturales y práctica pedagógica de la maestra Doña Blanca, permite reconocer que ni los estudios más puros y hondos en materia educativa han llegado a reconocer la invaluable misión de un maestro de primaria en zona rural durante los años 50. También, se ve plasmado lo expresado por Doña Blanca en cuanto a su lucha por estudiar, ocupar un lugar dentro del contexto social y enseñar a pesar de las limitaciones de índole económica y humana.

Podemos afirmar que la experiencia vivida por la maestra Doña Blanca en escuela rural no fue fácil. Sin embargo, ella afronta la situación y no se rinde. Se puede decir que en ese momento, sobre todo al ser una de las primeras vivencias como docente, se pone en prueba su vocación. La experiencia de Doña Blanca nos enseña a amar nuestra profesión y a enfrentar positivamente todas las situaciones que se nos presenten.

Es importante señalar que a través del bagaje de experiencias vividas por una educadora de primaria en los años 50 y 60 podemos visualizar nuestra práctica docente desde una óptica más amplia. De acuerdo con Fernández y otros (2002) "Los cambios socioculturales que ha experimentado el país han provocado una transformación en la visión que del maestro tiene la sociedad. De ser una figura líder en la década de los 50, 60 e inclusive 70, pasó a ocupar un plano secundario en donde su criterio ha perdido validez para la comunidad" (p. 294). Se pueden agregar otros elementos que han contribuido a esa transformación como lo son la cantidad y variedad de profesionales, así como la diversidad de los medios de comunicación y el acceso a nuevas tecnologías.

Después de leer y escuchar el relato de Doña Blanca, es indudable que a lo largo de la historia del proceso formador se ha destacado la mística y el carácter de vocación antes que la técnica o la ciencia en la ejecución del quehacer educativo. Así lo demuestra el trabajo de esta emprendedora y ejemplar maestra. Contrario a lo que sucede en la actualidad, en los años 50 y 60 el mayor peso no recae en los contenidos, sino en quienes se encargan de enseñarlos. Doña Blanca nos demuestra que la docencia va más allá de transmitir conocimientos teóricos. Su abnegada labor nos recuerda que es fundamental contar con gran sensibilidad humana para valorar,

entender, ayudar y amar a los demás. Sólo de esa forma podremos amar lo que hacemos.

El papel de la educadora en la construcción de la identidad de género de sus estudiantes

Ana Lupita Chaves Salas

Resumen

Este artículo ofrece algunas reflexiones en torno al papel que desempeña el personal docente en la construcción de la identidad de género de sus estudiantes. Se analiza la influencia de la sociedad capitalista-patriarcal en la reproducción de las desigualdades sociales, se presentan aspectos de la teoría socio-histórica de Vygotsky sobre el desarrollo psíquico del ser humano, y los resultados de algunas investigaciones en torno a la construcción de la identidad de género en niñas y niños del nivel de educación inicial. Por último se dan algunas recomendaciones al personal docente de los centros infantiles con el propósito de que promuevan una educación en valores y con equidad de género que contribuya a la construcción de una sociedad más humana, pacífica, solidaria y justa.

Palabras claves: educación inicial, relaciones de género, personal docente, identidad de género.

Introducción

En el contexto histórico actual, con la globalización de la economía y la cultura, los avances en la ciencia, las comunicaciones y la tecnología, la destrucción del ambiente, el aumento en los índices de pobreza, el incremento de la violencia y las drogas, es necesario un cambio de paradigma en la educación que promueva nuevas actitudes, que abra nuevos espacios para la recreación y la imaginación, que permita nuevos procesos de formación y gestación de valores y conocimientos, de conducción y evaluación de procesos pedagógicos, de recuperación de la persona y de compromiso hacia la equidad de género y la transformación social.

Un nuevo paradigma educativo sólo será posible si se toma conciencia de la realidad circundante y del papel que juega la educación en la formación de personas solidarias, tolerantes, creativas, críticas y

Ana Lupita Chaves Salas

comprometidas con la construcción de una sociedad democrática. Para Gimeno (1993, p.33)

"Es necesario transformar la vida del aula y de la escuela, de modo que puedan vivenciarse prácticas sociales e intercambios académicos que induzcan a la solidaridad, la colaboración, la experimentación compartida, así como otro tipo de relaciones con el conocimiento y con la cultura que estimulen la búsqueda, el contraste, la crítica, la iniciativa y la creación".

Desde esta perspectiva, los sistemas educativos enfrentan retos y es desde la primera infancia que se deben promover currículos holistas, activos y pertinentes que promuevan en las personas el pensamiento crítico y creativo, la reflexión, las virtudes ciudadanas, los valores cívicos y espirituales esenciales, la equidad de género, la resolución pacífica del conflicto, la honestidad, el respeto, la responsabilidad y la solidaridad. Solo así podremos aspirar a construir un mundo mejor para todos .

Es desde los primeros años de vida que se debe asumir este desafío pues es precisamente ésta una etapa esencial para el desarrollo de los seres humanos, al respecto Rivera afirma:

"Diversas investigaciones permiten enfatizar que el desarrollo de la inteligencia, la personalidad y el comportamiento social en los seres humanos ocurre más rápido durante los primeros años. La mayoría de las células cerebrales y las conexiones neuronales se desarrollan durante los dos primeros años y en el desenvolvimiento del cerebro - esencial para aumentar el potencial de aprendizaje - interviene no solo la salud y nutrición de los pequeños, sino factores como el tipo de interacción social y el ambiente que los rodea; los niños que sufren tensión extrema en sus primeros años pueden ser afectados desfavorable y permanentemente en el funcionamiento del cerebro, el aprendizaje y la memoria." (1998. pag.50).

Asimismo Myers afirma que: "Los descubrimientos científicos en una serie de áreas han demostrado que los programas orientados a los niños pequeños pueden acarrear grandes beneficios, no sólo en términos individuales e inmediatos sino también en términos sociales y económicos a lo largo de toda su vida en cuanto a sus habilidades para contribuir a la familia, la comunidad y la nación" (1995, pag.3).

La evidencia científica demuestra la importancia que tiene el nivel el educación inicial, el cual tiene identidad propia y no representa únicamente una etapa de preparación para el ingreso a la escuela pues su propósito es educar

comprometidas con la construcción de una sociedad democrática. Para Gimeno (1993, p.33)

"Es necesario transformar la vida del aula y de la escuela, de modo que puedan vivenciarse prácticas sociales e intercambios académicos que induzcan a la solidaridad, la colaboración, la experimentación compartida, así como otro tipo de relaciones con el conocimiento y con la cultura que estimulen la búsqueda, el contraste, la crítica, la iniciativa y la creación".

Desde esta perspectiva, los sistemas educativos enfrentan retos y es desde la primera infancia que se deben promover currículos holistas, activos y pertinentes que promuevan en las personas el pensamiento crítico y creativo, la reflexión, las virtudes ciudadanas, los valores cívicos y espirituales esenciales, la equidad de género, la resolución pacífica del conflicto, la honestidad, el respeto, la responsabilidad y la solidaridad. Solo así podremos aspirar a construir un mundo mejor para todos.

Es desde los primeros años de vida que se debe asumir este desafío pues es precisamente ésta una etapa esencial para el desarrollo de los seres humanos, al respecto Rivera afirma:

"Diversas investigaciones permiten enfatizar que el desarrollo de la inteligencia, la personalidad y el comportamiento social en los seres humanos ocurre más rápido durante los primeros años. La mayoría de las células cerebrales y las conexiones neuronales se desarrollan durante los dos primeros años y en el desenvolvimiento del cerebro - esencial para aumentar el potencial de aprendizaje - interviene no solo la salud y nutrición de los pequeños, sino factores como el tipo de interacción social y el ambiente que los rodea; los niños que sufren tensión extrema en sus primeros años pueden ser afectados desfavorable y permanentemente en el funcionamiento del cerebro, el aprendizaje y la memoria." (1998, pag.50).

Asimismo Myers afirma que: "Los descubrimientos científicos en una serie de áreas han demostrado que los programas orientados a los niños pequeños pueden acarrear grandes beneficios, no sólo en términos individuales e inmediatos sino también en términos sociales y económicos a lo largo de toda su vida en cuanto a sus habilidades para contribuir a la familia, la comunidad y la nación" (1995, pag.3).

La evidencia científica demuestra la importancia que tiene el nivel de educación inicial, el cual tiene identidad propia y no representa únicamente una etapa de preparación para el ingreso a la escuela pues su propósito es educar

para la vida, es decir promover el desarrollo integral de las niñas y los niños como totalidad indivisible que incluye los aspectos biológicos, socio-emocionales, cognitivos, lingüísticos, motrices, culturales y morales, y que debe abordarse desde un enfoque de derechos inspirado en las Convenciones Internacionales. Para ello es fundamental tomar en cuenta las características, necesidades, intereses y potencialidades de las niñas y los niños, y el contexto económico y sociocultural en el que se desenvuelven, con el fin de contribuir a potenciar su desarrollo.

En el contexto de nuestra sociedad capitalista-patriarcal donde las inequidades, económicas y sociales, se reproducen en la vida cotidiana, de manera consciente e inconsciente, y se transmiten de generación en generación, es preciso que el personal docente tome conciencia de la importancia de su papel como educadora o educador en el nivel inicial y de la influencia que ejerce en la formación de la subjetividad de sus estudiantes. Por lo anterior este artículo ofrece algunas reflexiones en relación con la influencia del contexto sociocultural, y por ende, de las personas que rodean a los infantes, en la construcción de su identidad de género, con el fin de incentivar procesos de transformación en las aulas del nivel de educación inicial.

Contexto socio-cultural y construcción de identidad

Los seres humanos se van apropiando de las manifestaciones culturales que tienen un significado en la actividad colectiva y cotidiana, es así como "los procesos psicológicos superiores se desarrollan en los niños a través de la enculturación de las prácticas sociales, a través de la adquisición de la tecnología de la sociedad, de sus signos y herramientas, y a través de la educación en todas sus formas" (Moll, 1993:13).

En la interacción social y en la comunicación con las personas; se toma conciencia de ellas, y de esta forma, las niñas y los niños se van apropiando de la realidad material y cultural.

La apropiación es sinónimo de adaptación que se da mediante procesos culturales y naturales. Leontiev menciona que:

"El proceso de apropiación realiza la necesidad principal y el principio fundamental del desarrollo ontogenético humano: la reproducción de las aptitudes y propiedades del individuo de las propiedades y aptitudes

históricamente formadas por la especie humana, incluyendo la aptitud para comprender y utilizar el lenguaje" (1983:136 citado por Barquero,1996:156) .

Vigotsky (1978) señala que en el desarrollo psíquico del ser humanos toda función aparece en primera instancia en el plano social, y posteriormente en el psicológico, es decir se da al inicio a nivel intersíquico entre los demás, y luego al interior del infante en un plano intrapsíquico, en esta transición de afuera hacia dentro se transforma el proceso mismo, cambia su estructura y sus funciones. Este proceso de internalización, Vigotsky lo llamó "Ley genética general del desarrollo psíquico (cultural)", donde el principio social está sobre el principio natural-biológico, por lo tanto las fuentes del desarrollo psíquico de la persona no está en la persona misma sino en el sistema de sus relaciones sociales, en el sistema de su comunicación con los otros seres humanos, en su actividad colectiva y conjunta con ellos (Matos,1996). Al respecto Luria afirma:

La actividad psicológica del niño se forma bajo la influencia, por una parte de las cosas que lo rodean, cada una de las cuales representa la historia materializada de la vida espiritual de centenares de generaciones, y por otra parte, del derredor, por las relaciones que el niño tendrá con él. Al nacer el niño no es una persona autística que sólo en forma gradual entrará en la cultura; desde el principio mismo de su vida es tomado por la red de las influencias culturales, y solo en forma progresiva ha de distinguirse como criatura independiente, cuyo mundo espiritual continúa siendo socialmente modelado." (s.f.:123)

El niño y la niña al estar en contacto con la cultura adquiere las características físicas del medio y los significados culturales de una manera natural, por lo tanto el desarrollo del individuo esta mediatizado por el ambiente social y cultural que lo lleva a construir su subjetividad y su identidad genérica. En este proceso intervienen tanto las relaciones sociales que rodean a los seres humanos en la familia y en la escuela como también los diferentes medios de comunicación que transmiten informaciones, valores y concepciones ideológicas que cumplen una función más dirigida a la reproducción de la cultura dominante que a la reelaboración crítica y reflexiva de la misma. En este intercambio simbólico, el lenguaje adquiere un papel fundamental como instrumento básico para la comunicación, la transmisión de

la cultura y la reproducción de las desigualdades de clase, étnica y nacionalidad.

En el ámbito escolar se transmite la cultura dominante, mediante el currículum oculto, las interacciones, el lenguaje y las relaciones de poder que se dan en el aula y en la institución. De tal modo en la escuela, las niñas y los niños van asimilando los contenidos del currículum e interiorizando los mensajes de los procesos de comunicación que se activan en el salón de clase, van configurando su cuerpo de ideas y representaciones subjetivas, conforme a las exigencias del statu quo percibido como inevitable, natural y conveniente (Gimeno y Pérez, 1993). En esta interacción se da la construcción intersubjetiva de acuerdo con la cultura hegemónica.

Construcción sociocultural del género

El género es una construcción socio-cultural que asigna determinados comportamientos a hombres y mujeres, y que los diferencia en términos de papeles y actividades que desarrollan en la sociedad. Esta diferenciación, que establece lo femenino y lo masculino, a la vez, va fortaleciendo jerarquías, entre unos y otras, es decir, va estableciendo relaciones de poder y situaciones de inequidad entre ellos y ellas (Díaz, 1999).

La identidad genérica se construye desde la concepción. El ser humano, al entrar en contacto con la cultura a la que pertenece, se apropia de los símbolos y signos que son de origen social para, posteriormente, interiorizarlos. En diversas investigaciones realizadas en salones de clase del nivel inicial (Díaz, 1999; Chaves, 2001; **Watson y 2007**) se evidencia que los estereotipos de género están presentes y de muchas formas: en el lenguaje, los juegos, los papeles que asumen las niñas y los niños, sus gustos, sus dibujos y, de manera muy clara, en la literatura que se utiliza en el centro infantil, lo que evidencia la influencia de la cultura dominante en nuestra sociedad. Los cuentos, las canciones y las poesías que se ofrece a las niñas y a los niños, llevan una gran carga ideológica a favor de la reproducción de conductas sexistas: en la mayoría de los casos la presencia femenina es escasa o se menciona a las mujeres en situaciones de inferioridad social o subordinación.



Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIMEC)
Facultad de Educación

En relación con las interacciones que se promueven en el aula, estos estudios muestran que los varones tienen una mayor participación en los diferentes momentos de la jornada diaria. Se les da en mayor medida la palabra; son los que demuestra algún ejercicio a sus compañeras y compañeros; pero cuando la educadora solicita apoyo para limpiar las mesas, recoger la basura o barrer el aula, las mujeres se ofrecen en mayor medida.

Asimismo las conductas sexistas de nuestra cultura patriarcal, se reflejan hasta en lo que los niños y las niñas conocen sobre algún tema. Así por ejemplo, la educadora en una ocasión preguntó: ¿Qué saben sobre las mariposas? Las niñas saben que las mariposas son de colores; ponen huevos y tienen hijos; y los niños que las mariposas vuelan, y que "son gusanos que están en un capullo que se rompe y sale la mariposa" (Chaves, 2001: 103). En este ejemplo, se evidencia claramente cómo la cultura machista es captada e internalizada por las personas, desde los primeros años de vida.

En esos estudios se evidenció, además, las diferencias genéricas en los dibujos. Las niñas dibujan con mayor frecuencia: flores, casas, muñecos; y los niños carros, aviones, barcos, entre otros.

En las áreas de juego, las niñas escogen, en mayor medida, el área de lenguaje, dramatización y arte; los niños construcción (bloques, legos, mecanos) y arena.

En el área de dramatización, las niñas son mamás; cocinan; limpian; van al supermercado. Algunas representan una doble función: son amas de casa y trabajan fuera del hogar. Los niños juegan de doctores y arreglaban el techo, la cocina y la refrigeradora.

Como lo indica Díaz (1999), en estos comportamientos sexistas, se va subvalorando un sexo sobre otro y se va promoviendo la desigualdad jerárquica entre ellos y ellas. De tal forma, las mujeres asumen un papel de subordinación y los hombres un papel dominante, como consecuencia de nuestra cultura patriarcal. Pero en este intercambio, al mismo tiempo, se va discriminando a los varones, ya que se les excluye de actividades del hogar y se les va identificando con actitudes de autoritarismo y de insensibilidad. Estas acciones traen "consecuencias negativas para todos los individuos, hombres y mujeres, porque limitan sus posibilidades como personas y les niegan

determinados comportamientos" (Subirats, en Revista Iberoamericana de Educación, 1994: 61 citado por Díaz, 1999: 9).

Como se evidencia en los estudios, las niñas y los niños construyen su identidad en las relaciones sociales y se apropian de su cultura, en la comunicación e interacción con los otros y las otras. En este proceso, es fundamental el papel que asume la educadora o el educador y el lenguaje que utiliza, ya que mediante éste "la sociedad inyecta en el individuo las significaciones que ha elaborado en el transcurso de su historia" (Morales, 1990:11).

Los primeros años de vida del ser humano, son esenciales en su formación, puesto que el desarrollo de la inteligencia, la personalidad y el comportamiento social ocurren más rápido durante esos años (Rivero, 1998). Toda experiencia vivida va moldeando la manera de ser, de pensar y de actuar de cada persona. De esta manera, los centros de educación inicial, que atienden a niñas y niños desde los primeros meses hasta los siete años de vida, se convierten en instituciones fundamentales para la sociedad, puesto que pueden contribuir a formar identidades críticas, activas, autónomas, solidarias, tolerantes, pacíficas y creativas o, por el contrario, identidades pasivas, violentas e individualistas. De ahí la importancia de que las personas que tienen a cargo la formación de niñas y niños menores de seis años (familias, niñeras, docentes) tomen conciencia de las interacciones sociales que promueven y del lenguaje que utilizan con los infantes.

Sexismo lingüístico

Debido a que el poder ha estado históricamente en manos de los hombres y ellos han tenido el poder de conformar la cultura, el lenguaje como parte de esta, determina que el género masculino designa al varón y a toda la especie humana, discriminando así a las mujeres. Al respecto Alda Facio afirma: "Si sólo los hombres han tenido el poder de definir, sólo ellos han conformado la cultura y por ende, esa cultura es masculina. En otras palabras, las mujeres como seres humanos plenos, no existimos en esta cultura" (1994:21). Por este motivo, el lenguaje no es neutro, ni en su uso ni en su estructura. Refleja la situación social y determina una visión de mundo. Los usos sexistas del lenguaje nos moldean nuestras percepciones y

pensamientos sobre hombres y mujeres. El lenguaje crea subjetividades y fomenta la desigualdad de género, etnia y clase. Por consiguiente, la identidad de un hombre o una mujer, es producto de los procesos de socialización que se generan en el contexto socio cultural donde se desarrolla. En este proceso, es fundamental tomar conciencia sobre el uso del lenguaje que discrimina a la mujer y refleja una determinada forma de poder. Al respecto Rosa Santórum y Ramona Barrio afirman:

“En este contexto de socialización se aprende a ser mujeres y hombres también a través del lenguaje, hablando y escuchando a hablar y a través de mensajes encubiertos. Al utilizar la lengua como les enseñaron, niñas y niños mantienen y perpetúan el sexismo, la subordinación femenina y la transmisión de valores andrométricos” (1998:58).

En el centro educativo, esta diferenciación sexual se manifiesta en la cotidianidad, en el material didáctico y en los libros de texto, entre otros, lo que contribuye a mantener las diferencias de género, las relaciones de poder y la ideología dominante.

En consecuencia, es esencial develar y analizar los procesos de socialización y las relaciones de poder que se generan en la educación inicial, para tomar conciencia de las identidades y subjetividades que ayudamos a construir en las interacciones del salón de clase, y para implementar acciones de cambio que nos motiven a promover relaciones interpersonales solidarias y respetuosas que contribuyan a la construcción de una sociedad democrática, pacífica, justa y equitativa.

Recomendaciones para promover una educación con enfoque de valores y equidad de género

Algunas recomendaciones para promover una educación en valores y con equidad de género que contribuya a la construcción de una sociedad más humana, pacífica y justa, son las siguientes:

1. Estar conciente que en nuestra sociedad capitalista y patriarcal se reproducen las desigualdades como producto de las relaciones sociales y del

contexto económico y político como totalidad articulada donde la práctica social contribuye a la internalización de la cultura dominante. En ese proceso de legitimación del orden establecido participan las diferentes instituciones sociales, entre ellas, la familia, los medios de comunicación y la escuela donde se institucionaliza el proceso educativo; en ella se transmite y reproduce la cultura dominante y las diferencias por género con una función dirigida al control simbólico y social.

2. Tomar conciencia de que las personas somos reproductoras de desigualdades de todo tipo, en nuestra interacción con los otros y las otras, y con nuestro lenguaje sexista establecemos jerarquías entre las personas, ya que la ideología dominante es tan fuerte que nos envuelve y si no estamos alertas y reflexionando sobre nuestro actuar, definitivamente nos convertimos en instrumentos de la cultura patriarcal que subestima e invisibiliza a las mujeres, por tal razón es fundamental promover procesos de autorreflexión como educadoras y educadores para que estemos conscientes de lo que hacemos, de lo que decimos, de los significados que transmitimos en la interrelación con los demás, pero no sólo en la escuela sino intercambio diario con la familia y con los amigos. Para ello es preciso descubrirnos, es decir analizar nuestra identidad, nuestras creencias y nuestros pensamientos. Lo importante es conocernos, y descubrir y develar los símbolos que transmitimos para transformarlos. En la medida que seamos conscientes de la influencia que tiene la cultura hegemónica en nuestra manera de ser y de ver el mundo, en esa misma medida podremos contrarrestar la influencia de la ideología dominante, creando nuevas formas de relacionarnos con las otras y los otros; y construir juntos una práctica educativa democrática, humanista, no sexista y con equidad genérica.

3. Tener presente que la educadora y el educador somos formadores de mujeres y hombres, es decir, que asumimos un gran compromiso al escoger la profesión, que implica que nuestra labor inmediata tiene consecuencias en el presente y en el futuro, por lo tanto debemos tener claro el tipo de ser humano que estamos formando y para qué tipo de sociedad.

4. Implementar currículos holistas, activos, basados en principios del desarrollo infantil y pertinentes a la realidad socioeconómica y cultural.

5. Partir de la realidad socioeconómica y cultural del grupo de niños y niñas que se atiende y fomentar determinados valores que reflejen las necesidades y aspiraciones de la sociedad, para ello es necesario que el docente realice un diagnóstico de la comunidad donde va a trabajar, mediante entrevistas con las familias y otros miembros de la comunidad, observaciones directas, pues de la comunidad van a surgir contenidos significativos, recursos materiales, naturales y sociales necesarios para desarrollar una labor pedagógica inclusiva que respete la diversidad con el fin de ofrecer una educación con sentido y significado para todos los infantes.
6. Incentivar la comunicación con las familias, el personal docente y los infantes. En la educadora y el educador está la responsabilidad de abrir el espacio para una comunicación fluida, horizontal y de respeto entre los diferentes miembros de la comunidad educativa, lo que permite conocer costumbres, tradiciones y valores. Es el personal docente el que debe cumplir ese papel para facilitar un mejor acercamiento e integración de todas las personas involucradas en el proceso de aprendizaje que se está llevando a cabo. Debe reconocer que el primer y más importante agente educativo de las niñas y los niños, son sus progenitores y el resto de su familia, de ahí la importancia de fomentar una buena relación con ella, para que la acción pedagógica realmente sea efectiva.
7. Propiciar una educación activa que parta de los intereses, características y necesidades de los infantes, donde el docente sea modelo e iniciador de experiencias de aprendizaje y el infante sujeto activo, que propone, pregunta, asume responsabilidades y toma sus decisiones en un ambiente de armonía y respeto.
8. Promover una educación integral donde se atienda lo socioafectivo, lo espiritual, lo cognoscitivo y lo psicomotor de manera equilibrada.
9. Respetar las diferencias individuales pues, la niña y el niño, no son únicamente la suma de elementos biológicos, intelectuales, afectivos y sociales, sino es una persona con su historia, su unidad y su dinamismo propio.
10. Elaborar planeamientos operativos, funcionales, y flexibles con perspectiva de género y bajo un enfoque de derechos, con base en los diagnósticos del desarrollo de los infantes y de la comunidad.

11. Propiciar experiencias de aprendizaje que favorezcan el respeto a la diversidad y la apreciación de las diferencias individuales (Chavarría,2006).
12. Promover acciones que incentiven la solución creativa de los conflictos en las niñas y los niños mediante el diálogo y el establecimiento de normas consensuadas con el grupo.
13. Analizar críticamente el material educativo que se usa en nuestras aulas y en todos los niveles, pues están cargados de mensajes sexista que profundizan las desigualdades entre hombres y mujeres. Especialmente la literatura dirigida a la niñez.
14. Hacer el seguimiento del desarrollo de las niñas y los niños de manera que le permita al personal docente realizar una labor pedagógica de mayor nivel profesional, pues de esta manera conocerá habilidades y dificultades de sus estudiantes, lo que contribuirá a orientar el planeamiento con el propósito de favorecer el desarrollo integral de cada uno de ellos.
15. Autoevaluar la labor pedagógica es muy importante para aumentar la calidad de los servicios educativos. La educadora y el educador podrán valorar la coherencia entre los fundamentos teóricos y la práctica, el papel que desempeña como docente, la participación de las niñas y de los niños, las relaciones interpersonales que genera en el aula, el nivel de participación de las familias y la comunidad, el ambiente, la distribución del tiempo, la planificación y la evaluación que lleva a cabo. El resultado de este trabajo permitirá continuar el camino que se sigue o corregir el rumbo, porque así el personal docente sabrá cuáles fueron sus aciertos y cuáles sus errores, lo que le permitirá crear su propia propuesta educativa, más humana, y observar los efectos de sus acciones profesionales en sus estudiantes.
16. Promover la organización de profesionales en educación inicial para velar por la calidad de los servicios que se ofrecen a la niñez, de modo que se pueda crear conciencia política sobre la importancia de los primeros seis años de vida para la formación de la personalidad del hombre y de la mujer, y las consecuencias de una educación de baja calidad para los seres humanos y para la sociedad.

Reflexiones finales

Para promover procesos de transformación que nos permitan construir una nueva cultura que incentive prácticas democráticas, solidarias y equitativas, es preciso incentivar los procesos de autorreflexión, como educadores y educadoras para estar conscientes de lo que hacemos, de lo que decimos, y de los significados que transmitimos en la interrelación con los demás. Es necesario analizar críticamente el currículum escolar explícito y oculto; las interacciones sociales; y el material educativo que usamos con nuestras niñas y niños, pues están cargados de mensajes, de acuerdo con la cultura dominante que profundiza las desigualdades entre las personas y forma subjetividades pasivas.

Por consiguiente, es ineludible analizar nuestra identidad, nuestras creencias y nuestros pensamientos, y tomar conciencia de que todos y todas reproducimos desigualdades, con base en los intereses de la cultura patriarcal. Lo importante es conocernos y develar los símbolos que transmitimos para transformarlos, en la medida de que seamos conscientes de la influencia que tiene la cultura hegemónica en nuestra manera de ser y de ver el mundo. En esa misma medida, podremos contrarrestar la influencia de la ideología dominante, creando nuevas formas de relacionarnos con las otras y los otros, y así lograremos construir juntos una práctica educativa democrática, humanista y con equidad genérica.

Bibliografía

- Acker, Sandra (1995) *Género y educación*. Madrid, España: NARCEA S.A.
- Apple, Michael (1995) "La política del saber oficial: ¿Tiene sentido un currículum nacional?" En *Volver a pensar la educación*. Vol.I. Madrid, España: Morata.
- Barquero, Ricardo. (1996). *Vigotsky y el aprendizaje escolar* Buenos Aires, Argentina: Aique .
- Bernstein, Basil (1994) *La estructura del discurso pedagógico* Madrid, España: Morata.
- Chavarría, Ma Celina (2006) *Currículos holistas en la educación inicial* . San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica. Escuela de Psicología

- Chaves, Lupita (2001). *Develando la acción pedadógica para transformarla*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Instituto de Investigación en Educación.
- Díaz, María Isabel (1999) "Algunas reflexiones acerca de: la dimensión de género en el currículum de la educación parvularia " En *TEMAS PEDAGÓGICOS. Serie de Cuadernillos de estudio*. Santiago, Chile: Junta Nacional de Jardines.
- Facio, Alda (1994) "Cuando el género suena cambios trae". En *Introducción a los estudios de género: categorías básicas de análisis*. Managua, Nicaragua: Programa Interdisciplinario de Estudios de Género.
- Freire, Paulo (1997) *Pedagogía del oprimido*. 49ª edición. México: Siglo Veintiuno.
- Giroux, Henry (1995) *Teoría y resistencia en educación*. 2ª Edición. México: Siglo XXI.
- Lagarde, Marcela (1999) *Una mirada en el umbral del milenio*. Instituto de Estudios de la Mujer. UNA. Heredia, Costa Rica.
- Luria, Alexander (s.f) "Vygosky y las funciones psíquicas superiores" San José, Costa Rica: Proyecto SIMED (mimeo).
- Martínez, Miguel (1989) *Comportamiento humano. Nuevos métodos de investigación*. México: Trillas
- Morales, Pedro.(1990) "El papel del lenguaje en el desarrollo cognoscitivo: anteposición de la perspectiva piagetiana frente a la perspectiva soviética" (mimeo). Puerto Rico: Recinto de Río Piedras. Universidad de Puerto Rico.
- Rivera, José. (1998) La educación infantil en el siglo XXI. *Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe. Boletín 47*. Santiago de Chile: UNESCO, Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe.
- Santórum, Rosa y Barrio, Ramona (1998) "Del sexismo lingüístico a la diferenciación sexual en el lenguaje". En *Desarrollo del lenguaje y cognición*. Madrid, España: Pirámide.
- Vigotsky, Lev. (1978) *Pensamiento y lenguaje*. Buenos Aires, Argentina: La Pléyade

Educadoras y educadores inolvidables
(primer borrador)

Lupita Chaves Salas

2008

Consejo Editorial
Dra. Marielos Murillo Rojas
M.Sc. Julieta Castro Bonilla
Licda. Liceth Alvarado filóloga
Licda. filóloga

Todas las personas tenemos en nuestra memoria aquella maestra o maestro inolvidables que nos guiaron con amor, que nos enseñaron sobre la vida, la historia, las ciencias, las letras y las artes, que nos motivaron a crear, a soñar, a perseverar, que nos ayudaron a descubrir nuestras habilidades y a creer en nuestras capacidades. A esas personas se les dedica esta obra.

Tabla de contenido		
Prologo		
Capítulo I Sociedad, educación y docentes		
Capítulo II Vivencias gratificantes con docentes		
Capítulo III Aprendizajes para ejercer la docencia		
Autores y autoras de los relatos		

Prólogo

Este libro presenta una serie de relatos sobre educadoras y educadores destacados escritos por estudiantes que los recuerdan con admiración y cariño. El propósito es resaltar la labor realizada por docentes que ejercieron su labor pedagógica con pasión y compromiso. Y es que la profesión docente, por la responsabilidad que conlleva en cuanto a la formación de seres humanos, exige ser ejercida por personas con vocación, conscientes de su papel en la sociedad, con una sólida preparación humanística y académica que les permita impulsar las transformaciones para la construcción de una sociedad democrática, equitativa, solidaria, pacífica y en armonía con la naturaleza.

La obra es producto de un proyecto de investigación inscrito en el Instituto de Investigación en Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Costa Rica para lo cual se planteó una investigación fenomenológica, dado que se centra en el estudio de los acontecimientos vividos por personas en sus contextos específicos y se interesa por descubrir la visión propia de la realidad construida y actuada en su vida.

La fenomenología se preocupa por la comprensión de los fenómenos sociales mediante la captación e interpretación de los significados que las personas le asignan a sus acciones en su contexto. Desde el punto de vista teleológico su finalidad es el estudio de lo que sucede en una situación concreta y singular con el fin de comprender el sentido de esa realidad humana, por lo que su intención no es la producción de leyes o generalizaciones independientes del contexto.

El interés del estudio es rescatar prácticas pedagógicas, acciones, actitudes, relaciones interpersonales de ese personal docente, con el propósito de darlo a conocer al profesorado en servicio y en formación para que las analicen, y contribuir, de alguna manera, al mejoramiento de la práctica pedagógica, así como, ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

Lo anterior se consigue como resultado de la escritura de experiencias positivas en el campo educativo y de relaciones interpersonales que vivieron algunas personas como estudiantes de docentes que dejaron una huella imborrable en su existencia.

Para obtener los relatos se contactó y conversó con algunas personas, se envía carta a otras, se distribuyen afiches en diferentes sitios, se divulga la información por Internet y se publican dos anuncios en un periódico de circulación nacional donde se invita a los lectores a participar con ensayos o relatos sobre maestras y maestros destacados. A las personas que deciden participar se les proporciona una guía para la escritura del documento, en la que se indican, de manera general, algunos aspectos a los que se pueden referir en relación con el docente seleccionado: formación docente, prácticas pedagógicas, relaciones interpersonales, relación con la familia y la comunidad. Se recibieron un total de veinticinco narraciones y se seleccionaron dieciséis para publicar en este libro.



Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIME)
Facultad de Educación

En este texto se presenta en el primer capítulo, como producto de una revisión bibliográfica y las concepciones teóricas de la autora, aspectos que inciden en el buen desempeño del personal docente: vocación, formación y desarrollo profesional, compromiso social, relaciones sociales afectivas y respetuosas con estudiantes, familias y comunidad, práctica pedagógica participativas, entre otros. Así como las condiciones laborales que contribuyen a que educadoras y educadores desarrollen su labor de manera óptima.

En el segundo capítulo se dan a conocer los dieciséis relatos sobre personal docente destacado donde, con emoción, las autoras y los autores presentan sus vivencias gratas, interrelaciones placenteras, aprendizajes inolvidables que marcaron para siempre sus vidas. En ellos se evidencia agradecimiento, admiración y un gran cariño por estas maestras y maestros.

En el último capítulo se consignan algunas enseñanzas que emergen de estas narraciones con el propósito de que sean analizadas y conocidas por docentes en servicio y en formación.

Se les invita a las personas que leen este libro a reencontrarse con sus recuerdos de épocas escolares, y a brindar tributo aquellas educadoras y educadores que con sus actitudes y enseñanzas les hicieron sentir seres humanos capaces de lograr sus sueños.

Capítulo I

Sociedad, educación y docentes

Introducción

En la actualidad las transformaciones políticas, económicas y sociales que experimenta el mundo demanda el análisis de la oferta educativa que se le ofrece a las personas. Numerosas investigaciones confirman el valor que tiene la educación en el mejoramiento de la calidad de vida de los seres humanos, y por ende, de la sociedad. Está demostrado científicamente que mayores niveles educativos en la población trae como consecuencia mejor salud, salarios más altos, menores niveles de criminalidad y de embarazos en adolescentes. Los beneficios derivados de la educación son tanto en términos individuales e inmediatos como sociales y económicos a lo largo de toda la vida en cuanto al desarrollo de habilidades para contribuir con la familia, la comunidad y el país (Myers, 1995; Rivera, 1998 y Kliksberg, 2007)

La educación debe dirigirse a promover el desarrollo integral de las personas que las lleve a ser solidarias, respetuosas, creativas, amantes de la paz, ciudadanas y ciudadanos activos, comprometidos con el desarrollo humano y sostenible de nuestro mundo, sensibles ante lo bello, con conocimientos, actitudes y habilidades que les permita incorporarse al mundo del trabajo, recrearse y disfrutar plenamente de la vida.

Se requiere de un Sistema Educativo renovado que ofrezca un servicio de calidad a los diferentes sectores sociales. Por ello es importante analizar las múltiples variables que inciden en el mejoramiento de la calidad de la educación, sin embargo, este capítulo profundizará, únicamente, en el papel que desempeña la educadora y el educador en esta labor.

En los procesos educativos que se desarrollan en los salones de clase, el personal docente cumple una función muy importante, puesto que ejerce el poder, dirige los procesos de enseñanza y aprendizaje, y establece las interacciones sociales con el grupo de estudiantes, de ahí la importancia de que cuenten con vocación, una sólida formación docente y sensibilidad para ejercer la docencia. Definitivamente estos profesionales son uno de los factores más importantes del proceso educativo, su calidad humana y profesional, desempeño laboral, compromiso con los resultados, entre otros aspectos más, son determinantes en la formación de sus estudiantes pues fácilmente pueden convertirse en personas que incentivan el crecimiento intelectual, espiritual, socioemocional y físico de la población estudiantil, o en todo lo contrario, en personas que inhiben el desarrollo integral del alumnado.

El personal docente cumple una gran variedad de funciones: ejerce la docencia como trabajo, como práctica socializadora, como práctica institucional y comunitaria (UNESCO, 2007). Su labor no es sencilla ni fácil, implica una sólida formación profesional y relaciones sociales permanentes: con la población estudiantil, colegas, familias y comunidad. Es fundamental, por lo tanto, indagar sobre las características que muestran los buenos docentes con el propósito de destacar y divulgar esos conocimientos, habilidades y actitudes que manifiestan en su práctica profesional con el fin de contribuir al

mejoramiento de la labor pedagógica del personal docente en servicio, y así como, ofrecer insumos a las instituciones formadoras de educadoras y educadores.

En este capítulo se presenta una revisión bibliográfica sobre aspectos que inciden en el buen desempeño del personal docente: vocación, formación y desarrollo profesional, compromiso social, relaciones sociales afectivas y respetuosas con estudiantes, familias y comunidad, práctica pedagógica, entre otros. Así como las condiciones sociales, económicas y físicas que contribuyen a que educadoras y educadores desarrollen su labor de manera óptima.

Calidad de la educación y docentes destacados

La educación es una práctica política, social y cultural presente en la vida cotidiana de las personas. En las interrelaciones sociales, que se generan en el hogar, en los centros laborales, en las instituciones educativas, el ser humano construye conocimientos, desarrolla habilidades, actitudes y valores, de esta manera va formando su identidad individual y social. Descubre cuál es el papel que le corresponde asumir en la sociedad. Las familias, y sobre todo los progenitores, son determinantes en las conductas y los conocimientos que construyen y asumen las niñas y los niños desde su más tierna infancia. Si bien es cierto que la educación informal es fundamental en la formación de las personas, también es cierto, que los centros educativos tienen una inmensa responsabilidad en esa tarea. Sin embargo, el Sistema Educativo es cuestionado por muchas razones, entre ellas, por la falta de pertinencia de los contenidos que ofrece, por la metodología que sigue, por su papel de reproductor de desigualdades sociales, por el bajo rendimiento académico de los estudiantes, por el poco compromiso del personal docente, entre otras razones. Pero a la vez, no se evidencia una gran presión social ni voluntad política de los Estados por una reforma integral al Sistema Educativo que contribuya al desarrollo individual y social de nuestros pueblos.

La calidad de la educación formal está determinada por una gran cantidad de variables, entre ellas: definición de políticas educativas, infraestructura adecuada, material didáctico en buenas condiciones, personal docente profesional y con vocación, planificación del proceso educativo a partir de las realidades de la población estudiantil, currículos activos, pertinentes y acordes con las demandas de la sociedad en cuanto a contribuir con la formación de personas solidarias, críticas, honestas, responsables y comprometidas con la construcción de sociedades democráticas y justas en armonía con la naturaleza; así como con los conocimientos, actitudes y habilidades para que se inserten con éxito al mercado laboral.

La literatura (Murillo, 2006, Day, 2006) indica que uno de los elementos esenciales en el mejoramiento de la calidad de la educación es el recurso humano, es decir, el personal docente que guía, orienta, facilita los procesos pedagógicos que se desarrollan en las aulas y en los centros educativos.

Al respecto Unesco (2007:6) menciona "Hay evidencias que muestran que, excluyendo las variables extraescolares como el origen socioeconómico de los alumnos, la calidad de los profesores y el ambiente que logran éstos generar en la sala de clase son los factores más importantes que explican los resultados de aprendizaje de los alumnos. Es más, la posibilidad de transformar las políticas educativas y las grandes reformas en cambios reales

en las escuelas y en las prácticas pedagógicas de los profesores tienen relación directa con su compromiso y corresponsabilidad”.

Las educadoras y los educadores deben ser profesionales conscientes de su responsabilidad social, del por qué y el para qué de su práctica pedagógica, del tipo de ser humano y sociedad que desean ayudar a construir. Para ello es fundamental la reflexión de los procesos educativos que desarrollan en el salón de clase, a favor de quién y en contra de quién trabajan. Es necesario que cuestionen constantemente la teoría que asumen y su congruencia con la práctica que llevan a cabo. Deben conocer y analizar los contextos culturales, sociales y económicos de sus estudiantes y sus familias, promover el diálogo y la pregunta que permita profundizar en lo que piensan, viven, sienten y conocen sus alumnas y alumnos. En la construcción del conocimiento es fundamental partir de lo conocido para aprehender lo desconocido e incorporarlo. El personal docente debe asumir el papel de facilitador de aprendizajes, establecer relaciones horizontales, respetuosas, afectivas y transmitir pasión y gusto por el aprendizaje. El papel de la educadora y el educador en la formación de la manera de ser y de pensar de las personas es decisivo, al respecto Gutiérrez indica:

en la conformación de la concepción del mundo del alumno, ocupa un lugar fundamental el docente, quien en función de su posición ideológica, puede promover o no, el carácter crítico del alumno y propiciar o no, su autonomía mediante el impulso de los valores, creencias y conocimientos que conforman un pensamiento independiente (Gutiérrez, 1984, citado por Jiménez, Kemly, 1999:17).

Por ello se necesitan educadoras y educadores que asuman el papel de “intelectuales transformativos” como los llama Giroux (1997), lo que implica ejercer activamente la responsabilidad de planear cuestiones serias acerca de lo que enseñan, sobre la forma en que deben planificar los procesos de enseñanza y aprendizaje, sobre los objetivos generales que persiguen. Esto significa que el personal docente tiene que desempeñar un papel responsable y protagónico en la configuración de los objetivos y condiciones de la enseñanza escolar y no ser simples reproductores de curriculum diseñados por técnicos en otros contextos que no toman en cuenta que la cultura escolar cotidiana, es una cultura plural, híbrida, producto de la mezcla de muchos elementos heterogéneos, donde se enlaza lo objetivo y lo subjetivo (García, N. 1995 y Carusso, M. y Dussell, I, 1995). Aspecto que sí conoce el “intelectual transformativo” lo que le permite plantear y replantear las relaciones sociales que generan en el salón de clase, el papel del estudiantado, la pertinencia de los contenidos, la organización del ambiente físico, la distribución del tiempo, la contribución de los padres y madres de familia, de otros profesionales y de las instituciones de la comunidad.

El personal docente al que se refiere Giroux (1997) ofrece una educación para el desarrollo de una sociedad libre, pacífica, solidaria y democrática para lo cual es necesario formar estudiantes creativos, seguros, felices, que expresen sentimientos y afectos, que respeten las diferencias, que reconozcan la igualdad en dignidad y en derechos de todas las personas, que se realicen como personas y ciudadanos activos y críticos. Para lograr esta meta se requiere conceder a la población estudiantil protagonismo en los

procesos educativos que se desarrollan en el aula, voz y voto en las decisiones que se toman en el contexto escolar, en cuanto a planificación, ejecución y evaluación, puesto que la educación es un proceso de relación, de comunicación. De ahí la importancia de promover prácticas educativas que propicien relaciones simétricas, solidarias y con autoridad respetuosa, que incentiven el diálogo como el medio más fecundo para educar, pues exige reciprocidad y protagonismo compartido entre las personas participantes; pero un diálogo que incorpore el conflicto o situaciones problematizadoras que lleven a la reflexión crítica de la realidad, un diálogo que ayude a tomar conciencia y a cuestionar el estado de las cosas en busca de los cambios que requiere la sociedad (Freire, 1998).

Para conocer al estudiantado y propiciar el aprendizaje es necesario crear ambientes cálidos y seguros, relaciones afectivas que incentiven la participación democrática, la expresión de pensamientos y sentimientos, donde es válido discrepar, pensar distinto, sin perder legitimidad. Para ello, la educadora y el educador promueven una educación con enfoque de derechos que incorpora el respeto a la diversidad en todas sus manifestaciones e incentiva la participación. Para Freire el diálogo es la esencia de la educación como práctica de la libertad que permite conocer las percepciones de las personas e indica que "nadie educa a nadie nos educamos en comunidad". De tal forma, el personal docente y la población estudiantil se convierten en sujetos y no en objetos de la educación, que viven en y con el mundo, que buscan ser más. En este proceso de conocimiento, todas las personas enseñan y aprenden (1998).

Para Freire (1998) el profesional en educación debe conocer la cultura de los educandos, sus creencias, sus sueños y su lenguaje, pues no se puede educar sin conocer la realidad concreta.

A pesar de la importancia que tiene el personal docente en contribuir a mejorar la calidad de la educación la UNESCO (2007:6) señala que "El reconocimiento del papel clave de los docentes, en la calidad de la educación no ha sido debidamente acompañado de políticas y estrategias que aborden el tema con la profundidad y la consistencia necesarias. Las actuales políticas sobre docentes no han sido suficientes para fortalecer su protagonismo en los cambios, ampliar su participación en las decisiones, mejorar su preparación y su compromiso ético y garantizar el aprendizaje de los estudiantes". Lo que es una realidad en muchos de nuestros países en donde se percibe al docente como técnico que implementa reformas educativas, de las cuales no ha sido participe, siendo uno de los protagonistas más importante en los procesos educativos formales.

Formación docente y desarrollo profesional

Para ofrecer una educación pertinente y de calidad es fundamental fortalecer la formación docente. Como lo indica Murillo (2006,11) "El desempeño docente...depende de múltiples factores, sin embargo, en la actualidad hay consenso acerca de que la formación inicial y permanente de docentes es un componente de calidad de primer orden del sistema educativo. No es posible hablar de mejora de la educación sin atender el desarrollo profesional de los maestros".

La formación del docente, a diferencia de otras profesiones, se inicia desde edades tempranas. Las personas al participar como estudiantes en el

Sistema Educativo aprenden de sus maestras y maestros; van construyendo, en las vivencias cotidianas, una imagen de lo que es ser docente. En este contexto estructurado "por pautas institucionalizadas de comportamiento históricamente creadas y recreadas" (Romero y Gómez, 2007:5) se van estableciendo creencias, percepciones y formas de mirar el mundo que influirán decididamente en un futuro desempeño profesional. La mayoría de las veces, en la práctica pedagógica, se reproduce inconscientemente esas acciones sin analizar ni cuestionar. Es tarea fundamental en la formación docente contribuir a que los futuros educadores y educadoras tomen conciencia de las consecuencias de su actuar, cuestionen constantemente su labor, analicen las relaciones interpersonales que promueve y la congruencia entre teoría y práctica.

Las instituciones formadoras tienen un gran reto, es preciso ofrecer planes de estudio flexibles que preparen a sus estudiantes a tener claro el tipo de sociedad y de ser humano que desean formar, el por qué y el para qué de su labor profesional y a analizar las ideas preconcebidas o creencias que tienen sobre la profesión docente. Lo que implica partir del análisis del contexto sociocultural y económico en el que se encuentran y tomar en cuenta las grandes transformaciones que ocurren en todos los campos en una sociedad cada vez más globalizada, intercomunicada y tecnificada.

Es fundamental partir de la premisa que la labor se dirige a construir una sociedad justa, solidaria, democrática y comprometida con el desarrollo social y sostenible de nuestro mundo. Para ello se debe tomar conciencia de lo que implica ser docente, de la responsabilidad social que se asume al trabajar formando personas: almas, mentes y corazones, teniendo en cuenta la gran diversidad de formas de ser, pensar, sentir y actuar de la población estudiantil. Por lo tanto es necesario, que desde el inicio del proceso de formación, los futuros docentes tengan prácticas en las diferentes realidades educativas.

Es imperativo que las instituciones formadoras seleccionen cuidadosamente a las personas que desean seguir la carrera del magisterio, es preciso que tengan vocación, pues como lo indica Hanseen "En igualdad de condiciones, una persona que tenga vocación desempeña el papel de maestro de forma más plena que un individuo que lo considere solo un trabajo...es más probable que ejerza una influencia intelectual y moral más amplia y dinámica sobre los estudiantes...Como vocación la enseñanza es un servicio público que también conduce a la realización personal de quien presta ese servicio" (1999, 94).

Esto implica que un requisito indispensable para ejercer la docencia, además de la formación y educación continua, es la vocación, que involucra compromiso, gusto y pasión por lo que se hace. La educadora y el educador con vocación transmiten interés, entusiasmo y emoción a sus estudiantes; se preocupan por sus necesidades y sentimientos; conocen sus individualidades, habilidades y limitaciones; procuran mejorar continuamente su práctica profesional para que la población estudiantil aprenda y se desarrolle integralmente. Al respecto Day indica:

...los docentes apasionados por la enseñanza se muestran comprometidos, entusiastas e intelectual y emocionalmente enérgicos en su trabajo con los niños, jóvenes y adultos, estos signos manifiestos de la pasión se sustentan sobre unos fines morales claros que van más

allá de la implementación eficiente de los currículos establecidos; además son concientes del desafío de los contextos sociales en los que se enseñan; tienen un sentido claro de identidad y creen que pueden favorecer el aprendizaje y el rendimiento de todos sus alumnos (2006:16).

De ahí la necesidad de que las instituciones formadoras de docentes, seleccionen cuidadosamente a las personas que desean estudiar para docentes.

Tan importante como la selección cuidadosa de las personas que desean estudiar educación es la formación que reciban en las universidades, la cual debe incluir práctica desde el inicio de la formación y en diferentes contextos con el fin de que se interrelacione en forma dialéctica con la teoría. Al respecto Murillo indica: "ya no es la práctica la que se ve supeditada a la teoría, sino que ambas dialogan y se retroalimentan en un ambiente de colaboración mutua. De esta forma, la aplicación de la teoría en la práctica y la teorización de la práctica se convierten en dos elementos indisolubles en la formación docente"(2006:34).

En la formación del profesorado, es esencial incentivar la investigación con el propósito de que la persona que estudia para docente, al convertirse en profesional, la utilice para analizar y mejorar su práctica pedagógica, lo cual constituye una excelente oportunidad para el autodesarrollo profesional, puesto que se estimula la capacidad de reflexionar, deliberar, criticar y tomar decisiones. En este proceso, el personal docente interrelaciona teoría y práctica en busca de alternativas para la solución de los problemas cotidianos que debe enfrentar.

La educadora y el educador son consumidores y generadores de conocimiento, de manera que la investigación de su propia práctica les permite producir teoría y establecer propuestas a partir de sus experiencias, de aciertos y errores, de sus conocimientos previos, del análisis de lo que hacen en el aula; que paulatinamente, lo convierten en una persona profesional más autónoma, creativa y crítica.

La investigación en el aula; asumida responsablemente, es una alternativa que contribuye con el mejoramiento de la calidad de la educación, porque permite a los protagonistas de los procesos educativos estudiar la vida del aula, probar opciones y ofrecer propuestas para enfrentar la diversidad de situaciones surgidas en la práctica pedagógica.

Asimismo es necesaria una formación docente transdisciplinaria que contribuye a construir una visión holista e integral de diferentes temáticas para su mejor comprensión y aprendizaje, promueve el trabajo en equipo, la discusión, el valorar el aporte de las diferentes disciplinas en la resolución de problemas y en la comprensión del mundo.

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional, sin embargo es importante que se tenga conciencia que esta formación inicial constituye únicamente una base para ejercer el puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera responsable. Para ello, las educadoras y los educadores deben mantener vínculos estrechos con las universidades y con otros colegas, intercambiando experiencias y conocimientos continuamente.

Aprendizaje y docentes destacados

El personal docente debe ser especialista en su disciplina y estar conciente del papel que desempeña en la construcción de la sociedad. Es relevante que tenga en cuenta que la educación implica incentivar a la población estudiantil a aprender a aprender, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser (Delors, 1998), y que educar es ciencia, arte, praxis, acción-reflexión, concientización y proyecto (Gadotti, 2001).

La docencia es una profesión que se ocupa de incentivar el desarrollo humano de los estudiantes con todo lo que ello implica, en cuanto a saberes, habilidades, destrezas, valores, actitudes con el fin de formar personas para sociedades democráticas. Por lo que la práctica pedagógica implica reflexión, planeamiento, valoración, es una actividad profesional que conlleva un alto grado de responsabilidad puesto que se está formando seres humanos.

En el aprendizaje de las personas intervienen muchos factores, entre ellos lo emocional, al respecto Antonio Damasio (1994,2000) "uno de los neurólogos más destacados del mundo, señalaba que la emoción forma parte de la cognición" (Day, 2006:59). De ahí la importancia de que el personal docente sienta pasión por lo que hace y transmita emoción a sus estudiantes en las actividades cotidianas que desarrolla en el salón de clase con el fin de promover la construcción de aprendizajes significativos en ellos a partir de sus intereses. Mujica afirma que "todos aprendemos mejor lo que nos interesa. Aprendemos mejor cuando realizamos actividades, exploramos, hacemos preguntas, buscamos soluciones, dialogamos, construimos. Aprendemos mejor cuando no tenemos miedo, cuando se nos anima a pensar y a ensayar respuestas dadas por nosotros mismos, cuando se reconoce y valora nuestras propuestas y opiniones"(1999: 7).

La persona profesional en educación es la responsable de diseñar y valorar estrategias que promuevan aprendizaje en sus estudiantes, para ello debe tomar en cuenta su cultura, su nivel de desarrollo y partir de los significados que poseen en relación con lo que van aprender. El personal docente no parte de abstracciones sino de realidades, por ello escucha, analiza el lenguaje de la población estudiantil para conocer lo que es relevante, pues refleja la visión de mundo, los conocimientos, costumbres, valores del grupo social al que pertenecen, de ahí que el diálogo y la participación constituyen estrategias valiosas en todo proceso educativo. Con este conocimiento la educadora y el educador, junto con sus estudiantes, definen temas por estudiar, analizar y criticar.

De acuerdo con Vygotsky (1978) para planear las estrategias de aprendizaje, se requiere tener presente los dos niveles de desarrollo del sujeto: el nivel actual de desarrollo y la zona de desarrollo próximo, la que se encuentra en proceso de formación, es el desarrollo potencial al que cada estudiante pueden aspirar. Este concepto es básico para los procesos de enseñanza y aprendizaje pues el personal docente debe tomar en cuenta el desarrollo de cada estudiante en sus dos niveles: el real y el potencial para promover niveles de avance y autorregulación mediante actividades de colaboración como lo proponía Vygotsky. Moll (1993:20) menciona tres características para crear zonas de desarrollo próximo :

- Establecer un nivel de dificultad. Este nivel, que se supone que es el nivel próximo, debe ser algo desafiante para el estudiante, pero no demasiado difícil.
- Proporcionar desempeño con ayuda. El adulto proporciona práctica guiada a la población estudiantil con un claro sentido del objetivo o resultado del desempeño del niño
- Evaluar el desempeño independiente. El resultado más lógico de una zona de desarrollo próximo es que el estudiantado se desempeñe de manera independiente.

Es tarea del personal docente despertar el interés y la curiosidad del alumnado para que construya nuevos conocimientos, provocar desafíos y retos que lo hagan cuestionar esos significados y sentidos y lleven a su modificación, por lo que debe planear estrategias que impliquen un esfuerzo de comprensión y de actuación por parte de la población estudiantil. Esa exigencia se acompaña de los apoyos y soportes de todo tipo, de los instrumentos tanto intelectuales como emocionales, que posibiliten a los estudiantes superar esas exigencias, retos y desafíos (Onrubia, Javier, 1998). Para ello es importante diversificar los tipos de actividades, posibilitar la elección de tareas distintas de parte del estudiantado y recurrir a diversos materiales de apoyo.

La creación de zonas de desarrollo próximo se da dentro de un contexto interpersonal docente-estudiante, estudiante-estudiante siendo el interés de la persona profesional en educación trasladar al estudiante de los niveles inferiores a los superiores de la zona. Lo esencial es dar apoyo estratégico a la población estudiantil para que logren solucionar un problema, este apoyo se puede inducir mediante el planteamiento de preguntas claves o llevando al alumnado al autocuestionamiento. Matos afirma que la participación del personal docente en el proceso

...para la enseñanza de algún contenido (conocimiento, habilidades, procesos) en un inicio debe ser un poco *directivo* mediante la creación de un sistema de apoyo que J. Bruner ha denominado "andamiaje" por donde transitan los alumnos y posteriormente con los avances del alumno en la adquisición o interiorización del contenido, se va reduciendo su participación al nivel de simple *espectador empático* (1996:10).

En este contexto, la enseñanza debe entenderse como una ayuda al proceso de aprendizaje pero sólo ayuda, ya que la enseñanza no puede sustituir la actividad mental constructiva del estudiante ni ocupar su lugar (Onrubia, Javier, 1998).

El proceso de conocer es colaborativo e involucra transformaciones, al respecto Godatti (2001:5) indica: "Conocer implica cambio de actitudes, saber pensar y no apenas asimilar contenidos escolares del saber llamado universal. Conocer es establecer relaciones, para Piaget y Pablo Friere saber es crear vínculos".

Piaget dice que "lo afectivo es motor o freno del desarrollo" y Freire indica que el acto de conocer y pensar están directamente ligados a las relación con las otras personas. Estas afirmaciones ratifican la importancia de que el personal docente establezca relaciones afectivas y de respeto con sus

estudiantes. Lo que significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten. De acuerdo con Day:

La demostración de afecto como elemento de la pasión por la enseñanza está lejos de ser un ideal sentimental. Es esencial y aparece en las descripciones de buenos docentes que hacen alumnos de todas las edades. Son amables, justos, alentadores, se interesan y son entusiastas frente a los docentes que se muestran indiferentes. Por lo tanto las relaciones de afecto entre maestros y alumnos son fundamentales para una enseñanza y un aprendizaje satisfactorios. Son el adhesivo que une a ambos y constituyen la expresión patente del compromiso del docente con el alumno como persona (2006:44).

Una persona profesional en educación crea ambientes motivadores, afectivos, alegres, flexibles, seguros donde la población estudiantil pueda sentir confianza de expresar pensamientos, sentimientos y sueños; establecer relaciones interpersonales sanas y aprender en comunidad. Necesita sentirse aceptada, respetada y que es parte del grupo.

En el logro de un buen ambiente de aprendizaje el personal docente debe ser comprometido, estudioso, responsable, amante de las ciencias y las artes, investigar el contexto socio-histórico y debe reflexionar sobre los procesos de enseñanza y aprendizaje, y a partir de estos análisis crear nuevas formas de mediación, estrategias nuevas y avanzadas con el propósito de provocar aprendizajes significativos en sus alumnas y alumnos, lo que es importante porque la enseñanza no es un proceso de acción y respuesta sino es un proceso de apropiación de la realidad sociocultural, y el aprendizaje es una representación personal de la realidad con el fin de construir nuevas formas de pensamiento (Onrubia, 1998).

Day (2006:31) menciona un estudio comparativo realizado sobre docentes calificados por el alumnado como excelentes en diferentes países: Nueva Zelanda (Ramsay, 1993), Italia (Macony, 1993), Estados Unidos (White y Roesch, 1993), Suecia (Lander, 1993) y Francia (Alter, 1993). Estos tienen en común que deseaban el éxito de sus estudiantes y lo manifestaban "a través del espíritu de la clase: su sentido del humor, afectivo, interpersonal, paciente, empático y de apoyo a la autoestima de los estudiantes. En su práctica profesional empleaba un alto conjunto de enfoques docentes que promovían un aprendizaje semiautónomo y colaborativo; mediante la cooperación con otros maestros y a través de una capacidad de reflexión continuada de distintos tipos".

Relaciones interpersonales y docentes destacados

En la construcción de conocimientos por parte de la población estudiantil, intervienen una gran cantidad de factores, entre ellos, los ambientes y las relaciones sociales que se establecen con sus pares y docentes. Es conocido que una relación afectiva, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado contribuye al aprendizaje y a la construcción de identidades seguras, pues permite la expresión de pensamientos, sentimientos, y la persona se siente respetada y querida. Mujica indica que es necesario desarrollar "el arte de educar y de enseñar con cariño, con sensibilidad, que

evita herir, que trata a cada uno como persona, como ser valioso, único, individual, irreplicable" (1999:9).

Las relaciones interpersonales que se promuevan en la aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. El personal docente al ejercer el poder es el modelo a seguir, de ahí la importancia de analizar el lenguaje que utiliza, los intercambios sociales que promueve y permite entre el alumnado.

En el contexto escolar se debe propiciar relaciones de empatía, camaradería, compañerismo, colaboración y respeto, promover un espacio donde se viva la democracia como estilo de vida y como forma de organización. En la construcción de este ambiente es necesario que intervenga la población estudiantil, así como en el establecimiento de normas y de mecanismos para su cumplimiento, porque en la medida que sientan que tienen el poder de decidir en esa medida se sentirán responsables de lo que sucede en el aula.

Para mantener una adecuada relación con la población estudiantil y comprender sus conductas es importante conocer: sus gustos, aficiones, temores, ilusiones, sueños, sus historias de vida, su familia y comunidad lo que permite establecer una comunicación fluida y permanente. Ello conlleva la necesidad de propiciar espacios para el intercambio y el diálogo con el estudiantado y sus familias. Acciones que debe planificar el profesorado como parte de su labor docente para conocer las diversas realidades de donde provienen sus estudiantes, y de esta forma, comprender de una mejor manera sus pensamientos, sentimientos y conductas.

En la construcción de relaciones interpersonales sanas es imprescindible la reflexión constante del personal docente sobre su accionar y sobre los intercambios que promueve en el aula, lo que le permitirá tomar conciencia de lo que hace y del tipo de ser humano que está ayudando a formar.

Es importante tener presente que en nuestra sociedad requerimos de "identidades individuales y colectivas sólidas, con clara conciencia de la dignidad personal y de las propias capacidades" (Mujica, 1999:9), ideal por el que se debemos trabajar de manera sistemática y conciente.

Condiciones laborales y reconocimiento social

Todos los seres humanos necesitan sentirse reconocidos por los papeles y funciones que desempeñan en la sociedad. En los últimos años, la profesión docente ha sido desvalorizada. La educadora y el educador se han convertido en técnicos que aplican reformas educativas y nuevos programas, que generalmente son definidas por autoridades gubernamentales, que no solicitan su opinión ni participación.

En este contexto, es preciso tomar conciencia del importante papel que desempeña las personas profesionales de la educación en nuestra sociedad y revalorar su función puesto que son las encargadas de formar a niñas, niños y adolescentes, lo que es una tarea muy delicada e importante en cualquier sociedad. Al respecto, la PRELAC afirma "que los docentes son actores fundamentales para asegurar el derecho a toda la población a la educación y sostienen la necesidad de avanzar hacia el fortalecimiento de su protagonismo en el cambio educativo para que respondan a las necesidades de aprendizaje de los alumnos" (UNESCO, 2002 :5). Asimismo, es importante tener presente

que el compromiso del docente « está íntimamente relacionado con la satisfacción en el trabajo, la moral, la motivación y la identidad y sirve para predecir el rendimiento del trabajo » (Day, 2006 :77)

Se requiere, por lo tanto, incentivar a estos profesionales y mejorar sus condiciones laborales en cuanto a: horarios de trabajo que les permita contar con el tiempo suficiente para su educación continua y la preparación de sus clases, reducir el número de estudiantes a su cargo con el objetivo de que ofrezcan una educación personalizada, contar con infraestructura adecuada, material didáctico y tecnológico en buenas condiciones, mejorar salarios, promover su participación en la definición y ejecución de las políticas educativas condición indispensable para lograr cambios, entre otros aspectos.

Lo anterior indica que es indispensable que nuestras sociedades revaloricen a las personas profesionales en educación mediante acciones y políticas que reconozcan la importante función que desempeñan, fortalezcan su protagonismo y valoren su aporte en las transformaciones que la educación necesita para la construcción de sociedades democráticas con el fin último de promover un desarrollo humano pleno en armonía con la naturaleza.

Bibliografía

- Alfaro, Gilberto (1994). **El educador como aprendiz. Revista de Educación.** Universidad de Costa Rica, 18 (1).
- Bernstein, Basil (1994) **La estructura del discurso pedagógico** Madrid, España: Morata.
- Bernstein, Basil (1998) **Pedagogía, control simbólico e identidad.** Madrid, España: Morata.
- Capra, Fritjof. (1992) **El punto crucial** Buenos Aires, Argentina: Estaciones.
- Caruso M. y Dussel I. (1996) **De Sarmiento a los Simpsons. Cinco conceptos para pensar la educación contemporánea.** Buenos Aires, Argentina: Kapelusz.
- Carr, Wilfred (1996). **Una teoría para la educación.** Hacia una investigación crítica. Madrid: Morata y La Coruña: Fundación Paidea.
- Corrales, Olga y Jiménez, María de los Ángeles. (1994) El docente como investigador. **Revista de Educación.** Universidad de Costa Rica. Vol, 18, No2.
- Day, Christopher (2006) **Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores.** Madrid: Narcea.
- Delgado, Juan y Gutiérrez, Juan (1994) **Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales.** Madrid, España. Síntesis S.A.
- Delors,

- Dengo, María Eugenia (1998) **Educación Costarricense**. San José, Costa Rica: EUNED.
- Freire, Paulo (1998) **Pedagogía de la esperanza** 3ª edición. México: Siglo Veintiuno.
- Gadotti, Moacir (2001). **Los aportes de Paulo Freire a la pedagogía crítica** Ponencia en Simposio Latinoamericano de Pedagogía Universitaria "Hacia una pedagogía alternativa para la Educación Superior". 17 al 20 de abril. San José, Costa Rica: Escuela de Formación Docente. Universidad de Costa Rica.
- García Canclini, Néstor (1995) **Ideología, cultura y poder**. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Gimeno, José y Pérez, Ángel. (1993) **Comprender y transformar la enseñanza** 2ª Edición. Madrid: Morata.S.A.
- Giroux, Henry (1997) **Los profesores como intelectuales**. 1ª Reimpresión Barcelona, España: PAIDÓS.
- Giroux, Henry (1997a) **Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas**. Barcelona, España: Paidós.
- Gurdián, Alicia (1997) Por el derecho a un nuevo imaginario pedagógico. En **Revista Reflexiones**. Facultad de ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica N°65. Diciembre.
- Gurdián, Alicia (1998) "Perfil curricular, temas transversales y derechos humanos" En **Reconocer todas las voces de la historia: Derechos Humanos y diversidad cultural en la educación**. San José, Costa Rica: CSUCA.
- Hansen (1999) Conceptions of teaching and their Consequences. En Lang, Olson, Hansen, Bänder. **Changing Schools/Changing Practices: Perspectives on Educational Reform and Teacher Professionalism**. Louvin: Garant Hansen (1999) Conceptions of teaching and their Consequences. En Lang, Olson, Hansen, Bänder. **Changing Schools/Changing Practices: Perspectives on Educational Reform and Teacher Professionalism**. Louvin: Garant
- IIMEC (1999) **Paradigma Cualitativo Caracterización** Instituto de Investigación para el Mejoramiento de la Educación Costarricense. Universidad de Costa Rica p.7
- Jiménez, Kemly (1999) **Monólogo para un diálogo: acerca de la sociopedagogía**. Universidad de Costa Rica. Facultad de Educación. Escuela de Formación Docente. Departamento de Preescolar y Primaria (mimeo).

- Kliksberg, Bernardo (2007) "Educación es la clave" **Periódico La Nación**. San José: Programa para el desarrollo. pag. 36 A, 11 de noviembre.
- Lomborg, Bjorn (2007) "Prioridades de reforma en América Latina". **Periódico La Nación**. San José: Programa para el desarrollo. pag. 37 A ,11 de noviembre. Traducido del inglés por David Meléndez Tormen. www.project-syndicate.org
- Mujica, Rosa Ma (1999) **Práctica docente y educación en derechos humanos**. Lima: Instituto Peruano en Educación en Derechos Humanos y la Paz.
- Murillo, Javier (2006) La formación docente: una clave para la mejora educativa. En **Modelos innovadores en la formación inicial docente. Una apuesta por el cambio**. Santiago: Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (PRELAC).
- Myers, Robert (1995). **La educación Preescolar en América Latina. El Estado de la Práctica**. Santiago de Chile. Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina.
- Onrubia, Javier (1998) "Enseñar: crear zonas de desarrollo próximo e intervenir en ellas" En **El constructivismo en el aula**. 8 edición. Barcelona: GRAÓ.
- Peralta, Victoria (1996) **Currículos educacionales en América Latina**. Su pertinencia cultural. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Rivera, José. (1998) "La educación infantil en el siglo XXI" **Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe. Boletín 47**. Santiago de Chile.
- Robert, Paul (2006). **La educación en Finlandia: Los secretos de un éxito asombroso. Cada alumno es importante**. Traducción de Manuel Valdivia Rodríguez
<http://foroeducativo.org/comunicaciones/alerta/275/finlandia.doc> 15 de mayo del 2007.
- Romero, J y Gómez, L (2007) ¿Sirven las políticas y prácticas de formación del profesorado para mejorar la educación? Una respuesta desde el análisis de la construcción social de la docencia. **Archivos Analíticos de Políticas Educativas**, 15(19). Recuperado 11 de octubre del 2007 de <http://epaa.asu.edu/epaa/v15n19/>
- Torres Santomé, Jurjo (1996) **Globalización e interdisciplinariedad: el curriculum integrado**. 2 Edición. Madrid, España: Morata.
- UNESCO (2007) **Programa Regional de Políticas Educativas para la Profesión Docente. Documento General**. Oficina Regional de

Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe. Santiago de Chile: mimeo.

Vygotsky, Lev (1978) **Pensamiento y Lenguaje**. Buenos Aires, Argentina: La Pleyade

Capítulo II Vivencias gratificantes con docentes

Introducción

En la actualidad, muchas veces, se destacan aspectos negativos de la labor docente, pero es justo reconocer el trabajo comprometido que realiza gran cantidad de estos profesionales de la educación que día a día, en diversos contextos y con un sinnúmero de dificultades desempeñan su labor con humanismo y gran sentido de responsabilidad.

Históricamente es conocida la influencia que tiene el personal docente en el estudiantado, en las interacciones cotidianas que se desarrollan en los salones de clase van marcando tendencias o gustos por una o varias áreas del conocimiento, promueven ciertas destrezas y habilidades, con sus actitudes, y de acuerdo con las relaciones interpersonales que establecen, inciden en la formación de la personalidad de sus estudiantes. Algunos ejemplos de la influencia que ejercen educadoras y educadores en el alumnado se presentan en el libro *Historia de la Ciencia* (1976)¹ en el cual se narra que Nicolás Copérnico, célebre matemático, era muy introvertido y temía al ridículo pero tuvo como profesor al luterano Georg Joachim, Reticus, quien con su estímulo logró que Copérnico expusiera sus ideas públicamente. John Kepler abandona sus aficiones teológicas después de escuchar las lecciones del matemático Moestlin. Newton se entrega con ardor a las matemáticas bajo la dirección de su maestro el doctor Barrow, quien reconoce la grandeza de su discípulo.

Con el fin de destacar la labor de muchas maestras y maestros costarricenses que han contribuido, de manera significativa, en la formación de sus estudiantes en este capítulo se presentan dieciséis relatos sobre docentes destacados que marcaron, de manera positiva, la vida de varias personas. Son precisamente ellas, las que dan a conocer las experiencias gratificantes que vivieron con este personal docente en los diferentes niveles del sistema educativo. Se incluye, además, la carta que el premio Nobel de Literatura, Albert Camus, le escribe a su maestro.

En las narraciones se evidencian rasgos de la sólida formación que recibieron este profesorado en ciencias, artes, letras y pedagogía en las diferentes instituciones de educación superior. Muestran que tenían clara su misión como formadores de ciudadanas y ciudadanos amantes de su patria y

¹ *Historia de la Ciencia*, Ediciones Danae, S.A., Muntaner, 81 Barcelona-11, Séptima edición, 1976. Juan García Font. (página 318)

comprometidos con la construcción de una sociedad justa, solidaria y democrática.

Se resaltan las buenas relaciones interpersonales que establecían con el estudiantado, las familias y la comunidad, y la forma cómo incentivaban el diálogo y la participación en los procesos educativos.

Sobresale el deseo de este profesorado porque sus estudiantes estudiaran, aprendieran y se cultivaran como seres humanos integrales. Su trato amable y cariñoso les permitía sentirse seguros y externar pensamientos, sentimientos y sueños.

Se le invita al lector a sumergirse en las narraciones que muestran la sabiduría y grandeza de estas educadoras y educadores seleccionados por sus estudiantes que los recuerdan con agradecimiento y cariño.

Docentes de educación primaria

María Julia Riggioni: maestra para la vida

Jeanina Umaña Aguiar

Corría el año 1953 cuando ingresé al primer grado de primaria. No había asistido al kinder, como entonces le llamábamos a preescolar, porque en Grecia no había. La escuela Eulogia Ruiz era entonces una escuela pública solo para niñas, uniformadas como en la actualidad, pero con la gran diferencia de que había muchas que iban a la escuela descalzas, ya que todavía no se sentía plenamente el impacto de los cambios suscitados por los eventos del 48. Tuve la fortuna de ir a la escuela en una época en que los informes de notas trimestrales incluían información sobre el número de visitas de los padres a la escuela –para enterarse del progreso y de la conducta de sus hijos, por supuesto, no para quejarse– así como el número de visitas del maestro ¡al hogar! Es decir, había un acuerdo tácito entre padres y maestros de que la labor educativa era en realidad una tarea conjunta, y se daba cuenta estadística para que así fuera.

La vida me premió al tener como mi primera maestra a la profesora María Julia Riggioni Maroto, “la niña Maru” como hasta ahora la llamamos sus exalumnas. En una escuela lejos de la capital, era un privilegio tener una maestra realmente educada, recién graduada de la Universidad de Costa Rica, como lo indicaba el anillo que con orgullo usaba. Muchos años después comprendí que la formación universitaria de la niña María Julia nos había garantizado que los contenidos a los que nos expuso fueran en ese momento los más actualizados, actor nada despreciable dada la importancia de la actitud hacia el conocimiento que deben tener quienes guían a niños y niñas en el mundo escolar.

Un segundo rasgo que recuerdo en mi maestra era la plena conciencia de su papel en el aula y de la necesidad de poner límites a las alumnas. La frescura de su expresión, su juvenil belleza, el porte elegante y el vestir práctico y siempre impecable de la niña María Julia no hacían sino reforzar su innegable presencia en el aula. Había en torno a ella la seguridad de que el aula era un ambiente limpio, agradable y de respeto, donde siempre se aprendía algo interesante, a pesar de que la infraestructura era poco menos que idónea según los parámetros actuales. Las aulas eran viejas y de madera, los pupitres no eran ergonómicos ni mucho menos, la decoración consistía de carteles alusivos a los contenidos del curso escolar y las plantas y flores que aportaban las estudiantes, y la biblioteca escolar consistía de unos cuantos mapas con los que lográbamos viajar en forma imaginaria. Pero la maestra nunca nos hizo pensar que eso fuera obstáculo para aprender; no entiendo cómo pudo aportar siempre todos los materiales que necesitábamos.

Sus alumnas éramos niñas sin el exceso de estimulación que aqueja a la población escolar actual, que controlábamos la hiperactividad – que ni siquiera tenía nombre– jugando intensa y creativamente en el patio de la escuela;



además, teníamos padres y madres que nos ponían límites en la casa y nos inculcaban un enorme respeto no solo hacia los maestros sino hacia todo lo relativo a la institución escolar. No obstante, o quizás por eso, la niña Maru era sin duda una figura de autoridad, que para nuestro bien irradiaba a la vez firmeza, una enorme dulzura y un verdadero afecto hacia sus alumnas. Muchas veces oí a mi abuela materna, que también había sido maestra, mencionar la antigua filosofía de que "la letra con sangre entra", pero para mí eso era difícil entender, ya que no podía imaginar que hubiera algo doloroso en el proceso de aprendizaje. Y a la niña Maru le debo el haber disfrutado todo lo aprendido desde mis primeros años de escuela.

Como educadora conciente de su rol, la niña Maru sabía, mucho antes de que la UNESCO lo declarara, que nos estaba educando para la vida. Por eso se centraba en asegurarse de que realmente aprendiéramos destrezas fundamentales, esas que son para siempre, transferibles a todo lo que vendría posteriormente. En lo académico, formó una generación dueña de destrezas básicas: aritmética sólida que más de medio siglo después todavía me permite hacer cálculo mental pero no comprender por qué hay estudiantes a los que no les gustan las matemáticas; prácticas de escritura, las famosas redacciones cortas y periódicas, que desde entonces me hicieron sentirme cómoda escribiendo; sesiones breves pero constantes de caligrafía que hasta la fecha me permiten escribir en forma legible y sin que me avergüence de mi letra, eso tan en desuso debido a una idea errónea del papel de la tecnología; y además nos despertó una gran pasión por la lectura. Con el paso de los años, lógicamente he tenido que aprender de nuevo muchos de los contenidos de la educación primaria y secundaria, y soy aficionada a las computadoras, pero eso ha sido posible porque la niña Maru nos supo inculcar curiosidad por lo desconocido y la certeza del cambio.

En las calurosas y lluviosas tardes griegas, era frecuente que, después de hacer la tarea, las alumnas de la niña Maru fuéramos a su casa a leer en voz alta. Esperábamos el turno para sentarnos a leer en una banca en el corredor al frente de su casa. Imposible entonces no aprender el significado de cada pausa marcada por un signo de puntuación, e imposible también no entender el valor de la flexión de la voz para dar significado especial a cada texto. Creo que mi afición al maravilloso mundo de las palabras que eventualmente me llevaría a la lingüística como profesión, se remonta a esos días escolares, cuando trataba de imitar la entonación y el ritmo de mi maestra. Imposible no aprender también que la relación con los estudiantes, para que sea exitosa, requiere el contacto individual, personalizado, y que una conversación corta en la que se le dé toda la atención al alumno, tiene más impacto que muchas horas de aula.

Realmente no sé cómo lo hacía, pero la niña Maru también nos organizaba para que participáramos en actos culturales. Esa era la época de las "veladas", que ahora llamarían "tarde de talentos", en el cine local o en el salón de actos de la escuela. Nos hizo creer que podíamos cantar, declamar poesía en público, y hasta bailar, y si hubiera existido un Castilla en la localidad, muchas quizás habríamos explorado alguna veta artística.

Pero creo que, visto en retrospectiva, lo más maravilloso de la niña Maru era su capacidad para lograr que nos sintiéramos orgullosas de nuestra comunidad y de nuestro país. Entre las fechas del calendario escolar que esperábamos con gran ansiedad estaban aquellas en que se celebraba alguna

fiesta patria o comunitaria: Batalla de Santa Rosa, Batalla de Rivas, Fundación de Grecia, Día de la Independencia, 12 de octubre. Nunca nos cuestionamos la disciplina requerida para soportar el sol y el calor sofocante durante un desfile o un acto cívico en el patio de la escuela, y el honor de lograrlo. Preparadas de previo por ella, nos emocionábamos cantando los himnos patrios de memoria y escuchando los discursos que daban maestros y políticos del lugar durante los actos cívicos al final de los desfiles. Así, el premio que recibíamos al terminar la mañana, un refresco de cola Muñoz con algún "gato" o "tostel", era más de lo que esperábamos por cumplir con un deber de ciudadanas en ciernes. Mi maestra fue ejemplar porque tenía una profunda convicción cívica y sabía motivar.

El ejemplo personal de la niña Maru y la dedicación de maestra reflejada en prácticas cotidianas ordenadas y constantes, realmente dejaron en mí una huella indeleble y una visión tan positiva de la labor docente que años más tarde me hizo explorar la enseñanza como opción de vida. Sirva este breve texto como testimonio de admiración, enorme cariño y agradecimiento impercedero hacia mi primera maestra.

Don Maurilio Pérez

José María Gutiérrez Gutiérrez

A veces me sorprende la nitidez con que recuerdo mi primer día de clases en la escuela primaria, hace ya casi 46 años. Recuerdo el movimiento en mi casa, la preparación en la mañana para asistir al inicio del año escolar de 1961. Recuerdo incluso estar desayunando y el estímulo de mis padres y mis hermanos mayores al momento de salir de la casa. No habiendo cursado educación preescolar, algo común en aquella época, tenía muchas ganas de iniciar mis estudios. El bus del Colegio de La Salle nos trasladó hasta La Sabana. Al llegar, uno de mis hermanos me llevó al aula correspondiente al primer grado B, situada en el extremo este del primer piso del Colegio. Y ahí, al iniciarse las clases a las 7:30 am, conocí a mi maestro de primer grado, don Maurilio Pérez. Él se encargaría de todas las clases, excepto de la de religión, que le correspondía a un Hermano Lasallista de las Escuelas Cristianas.

Tuve mucha suerte de quedar ubicado en el grupo de don Maurilio, aunque ese día aún no lo percibía con claridad. El Colegio de La Salle en aquella época tenía una filosofía de enseñanza sumamente autoritaria y memorista. Se trabajaba con algunos libros que presentaban, en su primera página, la imagen del Generalísimo Francisco Franco, y el énfasis en el éxito académico opacaba aspectos más sutiles y personales de la formación del estudiante. Don Maurilio no encajaba en ese estilo de enseñanza autoritario y punitivo, sino que el suyo era un estilo centrado en el estímulo y el afecto. No tengo idea de dónde se formó como maestro; en 1961 debe haber tenido alrededor de 60 años, a juzgar por su apariencia en la foto de nuestro grupo. Probablemente fue alumno de la Escuela Normal, heredero por lo tanto de una noble tradición educativa costarricense.

El ambiente que él generaba en sus clases era afable, estimulante, cálido. No recuerdo haber sentido el temor y la tensión que sentí en otros años de mi escuela primaria, generados por exigencias académicas a veces exageradas. Recuerdo haber afirmado con don Maurilio mi gusto por el conocimiento, iniciado ya en el ambiente de mi casa, siempre estimulante, lleno de amor y alegría. No tengo muy claro cuál era su estilo de enseñanza, pero sí vienen a mi memoria momentos de gran satisfacción. Colocaba unos afiches en la pizarra donde mostraba cosas muy interesantes. Rememoro los cuadernos de caligrafía, y el reto tan agradable que representaba hacer aquellos ejercicios de escribir con la misma inclinación las frases con escritura manuscrita. Evoco el gusto con que nos enseñaba, y nosotros aprendíamos aritmética; las tablas de multiplicar, que estaban escritas en la contratapa de los cuadernos. Los ejercicios de redacción, con temas a veces seleccionados por él y a veces libres. Las clases de dibujo, en las que copiábamos unas figuras que él nos presentaba; recuerdo en particular la figura de un viejo con barba, que mi padre conservó por muchos años. Y hasta recuerdo que, en

algunas ocasiones, nos llevó a dar un paseo a la parte de atrás del colegio, para observar plantas y pequeños animales.

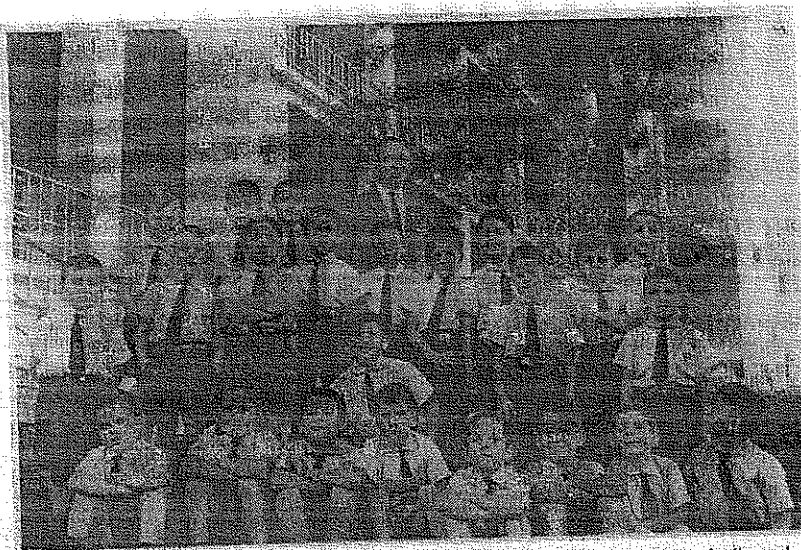
Pero más allá de los recuerdos específicos y de los detalles de las clases, el sentimiento que produce mi memoria es el de una mezcla maravillosa de estímulo, afecto, exigencia racional, aceptación y bondad. Nunca de temor y represión. ¿Cómo logró mantener esa filosofía en un medio que favorecía precisamente lo contrario? ¿Qué convicciones tendría que le permitían ser el tipo de maestro estimulante y no represivo? ¿Tendría dificultades a la hora de defender su estilo de enseñanza en un medio evidentemente opuesto? No lo sé. Lo que sí puedo asegurar es que, por intuición o formación, o por las dos cosas simultáneamente, era una persona tremendamente estimulante y respetuosa. No lo recuerdo haciendo burlas de compañeros que no sabían algo, ni efectuando comparaciones odiosas entre alumnos. Sí lo recuerdo dedicado a explicarnos algo que no habíamos comprendido, y hablando con nuestros padres y madres sobre los problemas que afectaban el aprendizaje; mostrándonos el fascinante mundo de las letras y los números, el placer de la lectura y de la aritmética, la satisfacción por llevar una tarea bien hecha. Cuando aprendimos a leer, nos recomendó que tratáramos de leer anuncios y rótulos en la calle; y nunca se me olvida esa sensación mágica de poder hacer la lectura de un anuncio, de conectar las palabras y entender un mensaje escrito, ¡qué descubrimiento! Cultivó en nosotros el placer por la lectura, y recuerdo lo agradable de los relatos y narraciones que nos hacía en clase. También las lecturas de poesía, y el disfrute de recitar en público, frente a nuestros compañeros. El gusto por escuchar la rima y la musicalidad de un poema. La enseñanza, bajo su guía, era una fuente de estímulo y gusto, nunca algo aburrido o carente de vitalidad.

¿Cómo se le transmite a un niño el gusto por el conocimiento y por la vida? ¿Existe alguna fórmula? Me parece que, cualquiera que sea esa fórmula, don Maurilio la conocía y manejaba con sapiencia. El gusto por el conocimiento es una faceta del gusto por la vida. Si no se posee gusto por la vida, si se prefiere el inmovilismo a la búsqueda de lo nuevo, si el temor y la represión predominan sobre la creatividad y la libertad, el interés por el conocimiento y por muchas cosas más se desvanece, indefectiblemente. ¡Qué tremenda responsabilidad ser el primer maestro de un niño o una niña! Ser la primera persona que lo introduce en el mundo del estudio formal. Ser la persona que le forma por primera vez sus hábitos de estudio. Quienes asumen esa responsabilidad deben ser personas muy calificadas, en todo el sentido de esta palabra. Y eso era don Maurilio, un ser humano especial, muy competente, muy atento y cálido, muy humano y dedicado, un gran maestro.

Al finalizar el año lectivo me dolió dejar de ser su alumno. Cuando cumplí 7 años, en noviembre de 1961, me obsequió un libro, con una dedicatoria cariñosa, titulado "Cuentos de hadas de la Condesa de Segur". Lo conservo aún. Es un libro especial para mí. Y le agradezco que se haya acordado de mi cumpleaños y me haya hecho ese obsequio. Durante los años siguientes, a la hora de los recreos o al salir de clases, mis compañeros y yo nos lo encontrábamos con frecuencia y siempre mostraba la misma actitud de afecto y cordialidad, de interés por saber cómo nos iba; los encuentros con él continuaron siendo agradables.

No recuerdo bien cuándo lo dejamos de ver, en qué momento se retiró del colegio. Y nunca más supe de su paradero. Nunca me enteré de cuándo

murió. Además del libro que me regaló, conservo una fotografía en blanco y negro de nuestro grupo de primer grado en la que él aparece. Al verla pienso cuán afortunados fuimos aquellos a quienes, en aquel lejano año de 1961, nos correspondió estar en el primer grado B del Colegio de La Salle y tener durante todo ese año a un gran educador dirigiendo nuestros primeros pasos en los estudios formales.



Grupo del primer grado B del Colegio de La Salle, año lectivo de 1961. Arriba, el maestro don Maurilio Pérez

Grupo del primer grado B del Colegio de La Salle, año lectivo 1961.
Arriba el maestro don Mauricio Pérez

La Niña Viria

Álvaro Salas Chaves

La niña Viria pertenece a la época en que las mujeres podían ser solamente amas de casa, maestras o monjas. No existía ninguna otra posibilidad para desarrollarse profesionalmente y se recuerdan siempre con nombre y apellido a quienes en esa época fueron las primeras odontólogas, médicas, abogadas o ingenieras. De manera que la niña Viria no fue la excepción de una fuerte tradición familiar donde cuatro tías, su madre y dos hermanas, fueron maestras. Me correspondió ser su alumno en primer grado A, en 1958 y cuarto grado B, en los primeros años de su práctica profesional en la Escuela Central de Atenas.

Como todas las maestras de su tiempo, la niña Viria tuvo que dejar su natal Atenas y trasladarse a vivir a Heredia donde estaba la única institución formadora de profesionales de la educación en Costa Rica: la Escuela Normal. No olvidaremos nunca a las estudiantes de la Normal con su uniforme de enagua azul sin pliegues, su blusa blanca con un triangulito azul alargado con una estrella blanca y el nombre de la escuela en plateado para usarlo en el pecho del lado izquierdo, medias y zapatos negros. Las vimos muchas veces desfilando los quince de setiembre como lo hacen hoy los estudiantes de secundaria, con su estandarte azul que era igual al triangulito que usaban en el pecho.

La Escuela era una institución conformada por una combinación de jóvenes y antiguas maestras que mostraban la transición entre una organización muy antigua de docentes que no habían realizado el bachillerato porque no existía escuela secundaria en Atenas, sino que al salir de sexto grado recibían dos años más en la llamada Escuela Complementaria; y las más jóvenes que eran bachilleres en ciencias y letras, habían completado los estudios profesionales y eran graduadas de la Escuela Normal.

Esta es una historia similar a la observada en el desarrollo de las instituciones públicas educativas y no educativas, de la transformación de una Costa Rica pobre y atrasada hacia una moderna con instituciones formadoras de recursos humanos, con mayores recursos técnicos y profesionales, como fue el caso de las enfermeras obstétricas, antes conocidas como parteras empíricas y ahora como enfermeras profesionales especialistas en obstetricia.

Sin embargo, había diferencias enormes que solo el tiempo se encarga de resolver. Las maestras jóvenes carecían de la experiencia de las más antiguas, de la tolerancia y la paciencia que el proceso educativo está llamado a tener, pero las jóvenes aportaban nuevas metodologías de enseñanza en provecho de los estudiantes y de las mismas maestras. Otra gran diferencia era su temperamento de solteras jóvenes que causaban estragos en el estudiantado. Casi todas estaban solteras y nosotros sufríamos tanto sus alegrías como sus tristezas, pasábamos de las lágrimas a la euforia de un día a

otro, dependiendo de la vitalidad del noviazgo, del fracaso o rompimiento que se diera.

La niña Viria estaba soltera y jalaba con un muchacho considerado en el pueblo entre los apuestos y gardeles, los que siempre estaban listos para organizar bailes, o como les conocíamos en Atenas: "melcochas danzantes", "lunadas" fiestas de cumpleaños, aparte de los gloriosos bailes del 24 de octubre, los más formales e importantes del año. Era la fiesta del Santo Patrono, el Arcángel San Rafael. Gilo Alfaro era, como todos los galanes de entonces, jugador de fútbol. Esta era una condición sine qua non para ocupar la posición de "papacito" que tanto disfrutaba pero que tantos problemas le traía a la niña Viria; era pues, de los perseguidos y poseedor de muchas admiradoras, lo que golpeaba constantemente el ánimo de nuestra querida maestra.

Las cosas empeoraron porque nuestro querido Gilo se fue a estudiar medicina a México y este hecho definitivamente rebasó las posibilidades de nuestra niña y la depresión la invadió. Se le veía muy triste siempre, se pasaba de un humor fatal y por cualquier cosa nos jalaba las orejas durísimo. Ahora entiendo por qué las tengo tan largas, yo sentía que se me despegaban. Por todo eran gritos y la disciplina se volvía más difícil de controlar.

Así las cosas, decidimos reunirnos en la hora del aseo para planear alguna estrategia que le devolviera la alegría a la niña Viria. Jorge y yo consideramos que la palidez, aquel aspecto demacrado era lo más importante de combatir (fuimos médicos después) y propusimos comprarle unos polvitos que vendían en la botica de don Juan de Dios Umaña y que venían en unas cajitas amarillas con una cinta dorada. Había dos tonos, uno color crema y otro color zapote. Optamos por el último y se lo llevamos envuelto en un lindo papelito de regalo que nosotros mismos buscamos. La clase entera estaba atenta a la reacción de la niña, sonrió y le agradó mucho, pero acto seguido empezó a llorar intensamente.

Finalmente el proyecto de estudiar medicina en México fracasó a los pocos meses lo que ayudó a mejorar el estado de ánimo de la niña y todos respiramos con más tranquilidad. Gilo había regresado para casarse con la niña Viria y en pocos meses estaba casada y embarazada. Los problemas en lugar de amainar, empeoraron. El carácter de la niña se volvió aún más difícil, se le veía mal, decaída y casi siempre muy malhumorada. Entonces aplicamos el segundo color de los polvitos para ver si esto cambiaba la situación. Pero de nuevo fracasó el intento, una alegría fugaz y una gran tristeza posterior.

Pero faltaban más y más graves problemas. La niña Viria perdió al bebé y eso colapsó la clase. No sabíamos qué hacer, si ir a la casa, si mandarle una tarjetita de pésame, si mejor esperar a que regresara. Yo era el más comprometido en este asunto porque era el encargado de la Cruz Roja del grupo y por supuesto que se esperaba que propusiera algo que nos sacara de aquella situación tan triste. Finalmente decidimos ir a la casa todos los que quisieran y allí veríamos qué hacer.

La niña Viria estaba recostada y cuando nos oyó en la puerta, se vino a darnos un abrazo. Nosotros veníamos con los bultillos de clases, con nuestro uniforme blanco y azul de pantalón corto y con la consternación en la cara. Donde la vimos nos tiramos todos encima y nos fundimos en un largo abrazo remojado en lágrimas y sollozos que no nos dejaron decir nada de lo que habíamos practicado y que consideramos más apropiado para el momento.

Lo que pasaba era que nosotros adorábamos a la niña Viria porque ella nos adoraba igual. Nos enseñaba de una manera que nos levantaba la autoestima y nos hacía sentir tan importantes con eso de leer mamá me amaba, que el Quijote no tenía nada de especial. Nuestras sumas y restas de solo dos dígitos o tres a lo sumo, era la contabilidad que llevaba Abelito Mayorga. Aprender era crecer, aprender era hacernos grandes y muy importantes. Cuando pasaba por los pupitres revisando lo que estábamos haciendo nos ponía unos buenos con rojo, que no puedo olvidar: grandotes, perfectas líneas sin trazos, intensos, que nos creíamos haber escrito la fórmula de la relatividad de Einstein.

La niña Viria era impecable, pelo corto, bien peinada, siempre bien vestida con colores alegres que irradiaban lo que la carita de tristeza no podía, en esos días aciagos. Mantenía la disciplina con firmeza pero en el fondo todos sabíamos que nos quería más que a nadie en el mundo. A ratos yo tenía la sensación de que éramos como de la misma edad, era tan integradora en sus actitudes y de relación personal que nos sentíamos partes de un solo grupo, muy unidos y queridos entre todos los compañeros.

Cuando había problemas de indisciplina, la niña Viria no se andaba con rodeos, rapidito nos ponía en su lugar sin mucha ceremonia; nos dolía tanto después haberla hecho enojar que buscábamos la manera de contentarnos pronto, para volver a jugar con ella en el recreo. Siempre andamos guindando de cualquier parte del vestido, si las manos no alcanzaban.

En casa se hacía lo que la niña Viria dijera. Si nos mandaba mensajes señalando faltas, alístense muchachos porque la mano venía pesada. Nuestros padres le tenían gran respeto y consideración y les causaba vergüenza ajena nuestros malos comportamientos. La niña Viria hablaba poco, pero cuando lo hacía era muy seria y nunca lo hacía en broma. Los padres de familia en general la consideraban una gran maestra y trataban de colaborar en todo lo que fuera necesario, para que el proceso de aprendizaje no se viera retrasado o afectado. Nadie faltaba a las reuniones de padres porque sabían que asistir era importante.

En clase la situación era muy intensa, todos queríamos participar; hacía preguntas y todos queríamos contestar levantando la mano y haciendo un gran escándalo, lo que acongojaba mucho a la maestra porque teníamos fama de bulliciosos y de interrumpir el trabajo de los demás grupos. Además, a las maestras más antiguas les molestaba el carácter impetuoso y agitado de las jóvenes. Pero eso no cambiaba la situación, igual seguíamos haciendo ruido y trabajando en medio de un gran bullicio. Creaba un ambiente de gran motivación y entusiasmo lo que permitía que los compañeritos más callados y retraídos se animaran a participar.

Los temas de historia y geografía eran apasionantes; yo me sentía Colón descubriendo América. La maestra preparaba materiales con tanto gusto que nos hacían soñar. Lograba crear la fantasía necesaria para dimensionar los acontecimientos relevantes de nuestra historia. Hasta el día de hoy puedo recordar el olor del material educativo que nos traía. Hay que tener presente que no había televisión y solo escasos radios en algunas de las casas de mi pueblo. De manera que unos paisajes hechos con lana de portal, nubes de algodón, lagos con espejos y animalitos de plástico primitivo se convertían ante nuestros ojos en auténticos y verdaderos parajes que aún guardo en mi memoria.

Los cuadernos de vida, que en nuestro caso de primer grado comenzarían más tarde, eran el símbolo claro de nuestro desarrollo y avance. Teniendo cuaderno de vida, éramos como los grandes, que tenían muchos cuadernos, lápices de colores, reglas, compases, escuadras y cartabones. Nosotros a lo más teníamos ábacos y un cuaderno de borrador y otro de tareas. El cuaderno de vida era nuestra carta de presentación. ¡Con qué esmero lo cuidábamos!; tenía que estar limpio, bien forrado y al día, sin tachones ni suciedades. Mamá se preocupaba de que nos laváramos las manos y limpiáramos la mesa para escribir en los cuadernos, pero el de vida era el más importante.

¿Cómo no recordar el paseo anual a una finca cercana de la escuela? No se podía decir que íbamos de paseo al campo porque vivíamos en el medio del campo, Atenas era mucho más rural de lo que es hoy. No se podía decir que íbamos de pic nic porque nadie sabía que era eso; ir a una finca viviendo todos los días en una, era muy sin gracia. Pero la niña Viria nos fue introduciendo en el tema con antelación, nos dejaba tareas para dibujar ríos, montañas, animales, paisajes, plantas que nos fueran abriendo la imaginación y la fantasía de creernos en un viaje de exploración que el comandante James Cook cuando descubrió Australia era cualquier cosa. Nos contaba cuentos de animalitos en el campo, nos enseñaba canciones como aquella que decía:

"aquel arroyito que va presuroso,
cantando a la vida, mirando la,
lo amé desde niño...."

El paseo fue un éxito. Los chiquillos íbamos felices como si nunca hubiéramos salido al campo, cantando, palmeando las canciones, aplaudiendo, buscando bichitos, todos en fila ordenadamente, llegamos al río y lo cruzamos por las piedras con gran habilidad aunque no faltó alguno que se metió con zapatos al agua; lo más seguro que fui yo. Después de buscar hojitas y aprender de las que ortigaban, ya un poco cansados nos fuimos a sentar debajo de un gran árbol de higuera a comernos el almuerquito que mamá nos había preparado. ¡Que sabor de comida!, los frijolitos majados sabían a gloria, la torta de huevo, el platanito maduro, que dulzura. Realmente un paseo inolvidable, gracias a la niña Viria que nos enseñó a soñar.

Llegó el fin de curso y nos teníamos que volver a nuestras casas. Sufríamos una mezcla de felicidad por nuestras primeras vacaciones, las cuales ansiábamos desde hacía tiempo, pero por otro lado, con gran nostalgia por tener que dejar la escuela, los compañeros y a la niña Viria. Ella nos hizo la fiesta de la alegría, fue la primera fiesta de la alegría de nuestras vidas. Participamos felices, disfrutamos cada detalle, gritamos todo lo que pudimos, jugamos con los regalitos, brincamos y comimos helados y galletas. Todo era muy sencillo. Nuestro pueblo y nuestras familias no eran ricos aunque no nos faltaba nada, pero tampoco se alardeaba de tener nada. Se disfrutaban todas las cosas con intensidad y se era feliz con muy poca cosa. Después nos pasaron al aula y la niña Viria había hecho con aserrín de colores, una especie de maqueta del pueblo, con su iglesia, el parque, la plaza de fútbol, los caminos, los ríos y las montañas. Nos dejó con la boca abierta, qué belleza, qué cosa maravillosa, qué niña tan inteligente. Todos fuimos reconociendo el

camino a nuestra casa, los ríos cercanos, la iglesia de techo rojo, en fin un broche de oro para el cierre de mi primer grado de la escuela.

**A Margarita: usted dejó una huella que marco mi vida
y con este propósito le dedicó este relato**

Ileana María Ruiz Rodríguez



Para ser una excelente educadora se necesita más que un título, se requiere de vocación, actitud y tener muy buenas relaciones humanas, por eso considero importante que conozcan a una educadora de corazón y amante de lo que hace.

Su nombre es Margarita Murillo Montoya, nació en San Antonio de Belén, Heredia. Realizó sus estudios universitarios en la Escuela Normal de Costa Rica, en la Universidad Nacional y en el Instituto de Psicología Mariano Coronado, en la Universidad de Costa Rica.

Ustedes se preguntarán por qué puedo hablar con propiedad acerca de ella. Pues, porque fui su alumna. Durante los años de 1976 hasta 1979 fui discente de ella en la Escuela Julia Lang, ubicada en el Edificio Metálico, en el centro de San José.

Son tanto los recuerdos y las anécdotas vividas durante esos años de educación primaria que creo que, al transcurrir del tiempo, me di cuenta de la huella que mi maestra había dejado en mí y de lo maravilloso que era ser educadora, y cuánto había influido en mi decisión de estudiar esa carrera que solo nos deja la satisfacción de servicio y entrega a los demás.

La niña Margarita era una persona muy creativa, flexible, comprensiva, de buenos principios morales y éticos. Nos inculcó hábitos morales, espirituales y cívicos, despertó en sus alumnos el deseo de aprender, superarse y luchar por salir adelante.

Nos llamaba a cada uno por su nombre, con gestos agradables y muy sonriente, preocupada por la salud de cada estudiante, su condición social y económica. Cuando algún alumno tenía alguna dificultad ella siempre estuvo presente, buscaba la ayuda con otro profesional como doctores, dentistas,

psicólogos, entre otros; he de decirlo, en mi caso, siempre me apoyó, porque conocía a mi familia y mi situación.

Su relación con las madres y los padres de familia era de armonía; recuerdo las actividades del día de la madre, muy bien organizadas: juegos, dinámicas, risas y el agrado de las madres por participar y, por supuesto, nuestras presentaciones con canciones, poesías y dramatizaciones; además de compartir un refrigerio; esto unía a los familiares y estudiantes con la maestra.

Nuestro grupo era muy variado, desde estudiantes muy inteligentes y talentosos hasta otros que tenían dificultades. Ella trataba de ayudar a los que tenían algún problema, atendiéndolos y orientando su proceso de enseñanza y aprendizaje. Conversaba mucho con quienes presentaban problemas de conducta que, por cierto, no eran muchos. Era un grupo tranquilo. A los compañeros sobresalientes y cuyos padres y madres podían solventar los gastos, los llevaba a realizar programas educativos a canal trece; recuerdo que iban orientados al área de español. Los compañeros y compañeras se sentían muy felices de salir en programas televisivos.

A lo largo de esos tres años que estuve en ese grupo, nos enseñó a ser solidarios, cooperativos y muy buenos compañeros. La mayoría de estudiantes venían desde primer grado con ella. Rememoro que, cuando llegué a tercer grado, por una enfermedad en el oído, perdí ese grado. Al año siguiente, cuando iba a repetir el año, a mi mamá le dijo una señora que pidiera que estuviera con la niña Margarita. Siempre recuerdo la cara de esa persona y le estoy muy agradecida por su consejo; no se equivocó la maestra, era todo aquello que le dijeron ese día a mi mamá.

Yo venía de un grupo de compañeros y compañeras de mucho dinero y de estar con una maestra clasista y de preferencias, que me hacían sentir mal, pero gracias a Dios llegué a tener la calidad de docente y de persona humana que yo necesitaba: la niña Margarita.

Mi grupo, el tercero CH, se componía de compañeros y compañeras con un calor humano que propiciaba la docente; solo por eso valió la pena repetir ese tercer grado, situación de la que nunca me he lamentado, pues por el contrario, fue una oportunidad de superación personal. Los padres de familia eran muy unidos, resultado de la labor y del esfuerzo de una excelente educadora, que no solo se preocupaba de la parte académica sino también de la parte emocional de sus estudiantes. Evoco, como anécdota, cómo nos celebraba nuestros cumpleaños y lo divertido que era ese momento; le pedía a un compañero o compañera del sexo opuesto que bailaré con el que cumplía ese día años y además de cantar cumpleaños feliz y bailar, se le cantaba "por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar, por ser un buen compañero o compañera lo vamos a festejar...", luego nos regalaba algún detalle: un libro de lecturas, una carterita, algún recuerdito.

La niña Margarita mostraba gusto por su labor docente; cuando iba a introducir un tema nuevo, nos motivaba con canciones, cuentos, poesías; nos formó en un ambiente democrático donde todos podíamos participar y dar nuestras opiniones por lo que se desarrollaba el pensamiento crítico y el razonamiento. El material didáctico utilizado era muy variado y muy bien elaborado; entre ellos, recuerdo hojas poligrafiadas, fichas didácticas, libros, el minidiccionario, donde se escribían las palabras desconocidas, con una oración y un dibujo era muy interesante y bonito; entre otros, usaba también

grabadora y a veces televisión, para cambiar la rutina del aula. Se hacían exposiciones y trabajos grupales e individuales, los grupos siempre eran los mismos, grupos integrados por solo mujeres o solo varones de rendimiento académico excelente y bueno y otros grupos eran integrados, tanto por hombres como mujeres; creo que algunos estaban así conformados con el propósito de ayudar a los quienes les costaba el estudio.

La niña Margarita se inclinaba por el área de español, fomentaba mucho la lectura y la escritura, nos pedía hacer muchas redacciones, narraciones, historias creativas, dramatizaciones, entre otras.

En el área de matemática, nos repasaba las tablas de multiplicar: hacíamos un círculo todos y empezaba a preguntar las tablas, por ejemplo, 3 por 4 y el estudiante tenía que contestar inmediatamente, de lo contrario, sonaba una campanita, llamada por todos "Wendy". Este juego era emocionante y todos estudiamos mucho para ese día, porque nos gustaba quedar de finalistas y obtener un 100.

Cuando entregaba los exámenes corregidos, los revisaba en la pizarra con todos y explicaba las respuestas.

Qué bonitas eran las excursiones que realizamos! Fuimos al Volcán Irazú y al Volcán Poás con nuestras familias. Se llevaban a cabo los domingos para que todos pudiésemos participar en ellas. Nos divertíamos e integrábamos y compartíamos con la familia. Luego, al llegar al aula, se entregaba un informe de la excursión, además se compartían en círculo las experiencias y los conocimientos adquiridos.

Asimismo, realizábamos otras excursiones, a lugares más cercanos, como la Sábana, el Parque Simón Bolívar, el Museo Nacional.

Hoy, después del paso de los años, analizo que mi maestra era una docente que tenía clara su labor como formadora de estudiantes, amante de la docencia. Enseñar es un arte, implica dar lo mejor de sí mismo, entregando lo que se sabe con pasión y mucho amor a los alumnos. No solo llenaba nuestras mentes de conocimientos, sino que ella trascendía su labor, no olvidaba mi maestra que era una facilitadora de los aprendizajes de los educandos; pero también nos educó con su ejemplo y capacidad de servicio a los demás, como modelo por seguir, mostrando buenos sentimientos y valores morales y éticos para formar personas buenas e integras.

La esencia de una buena docente no radica en quién tiene más perfeccionamiento o más títulos sino en quién deja su alma en la sala de clases, día a día; y esto requiere de esfuerzo, constancia y optimismo. La educación es una tarea que tiene frutos a largo plazo y que todo educador debe saber reconocer. Gracias a que ella supo entender las dimensiones de esta tarea, en 1994 obtiene el Premio Mauro Fernández por el Circuito 02 de San José.

Después de salir de la escuela, transcurridos los años, nos hemos reunido la mayoría del grupo con esta ejemplar educadora; pienso que ella se siente satisfecha de las personas adultas que somos hoy, y que de niños y niñas nos tuvo en sus manos, nos orientó, moldeó, guió, motivo y nos ayudó a formarnos como mejores ciudadanos y personas, para lograr tener una mejor calidad de vida y mejorar la de las generaciones que están en nuestras manos.

Gracias, niña Margarita, por su entrega a la educación costarricense, por sus años de labor y sobre todo, por su calidad humana, que muchos educadores, actualmente, no tienen.

UN EJEMPLO DE MAESTRA: LA NIÑA ÁNGELES

Magda Cecilia Sandí Sandí

La educadora a la cual me voy a referir es una mujer profesional con gran sentido de responsabilidad sobre la labor educativa. No resulta difícil describir a la Maestra, la "Niña Ángeles", porque ella desempeñó a lo largo mis seis años de primaria, muchos roles, como mamá, consejera y amiga no solo de sus "chiquitos" sino también de los padres y madres de familia.

La niña Ángeles fue una profesional con mística, de una puntualidad envidiable, y siempre manifestó el aprecio y cariño por su labor. En todos los años que fue mi "Niña" nunca manifestó malestar o descontento por su quehacer en el aula; por el contrario, siempre se mostró afable y agradecida con Dios y con la vida con su insigne profesión.

Desde que inicié mis estudios primarios en la Escuela Vitalia Madrigal en San José, la "Niña Ángeles", me inspiró confianza; después de mi mamá, era la figura femenina fuera de mi hogar a la que le tenía más cariño, respeto y admiración. Además, al lado de ella me sentía protegida y segura, gracias a su trato y a las muestras de afecto con que nos recibió desde el primer instante en su salón de clase.

Dice el refrán "que lo que bien se aprende nunca se olvida" y hay muchas cosas que aprendí para siempre de ella. No me refiero a los conocimientos teóricos, me refiero a las vivencias personales, a la convivencia con mis compañeros y compañeras, a los ratos felices que pasé en mi escuela, a los valores, a los buenos hábitos de urbanidad y comportamiento, a los sentimientos de solidaridad por mis semejantes, que ella y mi madre me inculcaron, y sobre todo a la espiritualidad que llenaba mi salón de clase. La "Niña Ángeles" nos enseñó a dar gracias a Dios por todas las cosas que nos acontecen en la vida, lo bueno y lo no tan bueno, a entender los designios de Dios. Quizá era esto lo que hacía que mis compañeras y compañeros fuéramos más juiciosos y tranquilos.

En este momento vienen a mi mente recuerdos tan agradables de mis años de escuela, que quisiera poder escribirlos todos con detalle pero quizá mencionaré los que más impactaron mi vida de colegio y de universidad. Aprendí que la presentación y el aseo personal eran dos aspectos fundamentales para mi autoimagen, para que las otras personas también sintieran agrado al tratarme y compartir conmigo. Aprendí que el orden, aseo y limpieza en mi pupitre, bulto y cuadernos decían mucho de mí, reflejaban inclusive cómo era mi casa, es decir, que yo era el reflejo de mis padres en estos aspectos tan cotidianos y simples. Aprendí a desarrollar hábitos de estudio, para organizarme con mis tareas y exámenes: pocas veces mis familiares o padres me ayudaron a realizar una tarea o asignación; por lo general yo era responsable de mis deberes escolares. Aprendí que la lectura es una puerta para descubrir nuevos conocimientos y que ello contribuiría a cultivarme como ser humano y en un futuro a ser un buen profesional. Periódicamente mi maestra realizaba dictados de palabras nuevas para

incorporarlas a nuestro vocabulario, hacíamos copias todos los días en cuaderno de caligrafía con la finalidad de tener una letra legible y de buenos trazos, entre otras razones.

Por otra parte, nuestra maestra nos reforzaba el aprendizaje de historia y geografía de nuestro país y del mundo en general, trataba de inculcar en cada uno de nosotros aspectos de cultura general, como leer el periódico, ver noticiarios, leer temas de actualidad, en fin... creo que tuve la dicha y privilegio de tener una maestra en toda la extensión del concepto. Pienso que la "Niña Ángeles" quiso hacer de nosotros y nosotras buenas personas, estudiosos, responsables y educados; no sé si pudo calar en todos y todas, pero en lo personal tengo que agradecer la rigurosidad con que nos trató, firme en sus decisiones, con autoridad moral para exigir tanto a alumnos como a padres de familia buen comportamiento y compromiso con la educación.

La "Niña Ángeles", dejó una huella positiva en mi vida; después de hacer un recuento de los hechos, estoy convencida de que muchos de los hábitos que me inculcaron en mi etapa de educación primaria, han estado presentes en mi vida académica y personal hasta hoy. Aunque en algunas ocasiones fui tratada con dureza o severidad no albergo ningún reproche pues entiendo que se quería hacer de mí una persona de provecho, y creo que tanto mi madre como mi maestra lo lograron.

A pesar de las dificultades que mi maestra tenía que enfrentar como lidiar con padres y madres de familia incómodos, trabajar con recursos escasos y limitados, trabajar con niños y niñas con problemas para aprender, con niños y niñas con problemas de conducta, con compañeras y compañeros de trabajo también problemáticos, no recuerdo haber escuchado a mi maestra renegar, vociferar, increpar o maltratar de palabra a cualquiera de las personas antes citadas. Todo lo contrario, siempre mantuvo buenas relaciones interpersonales con padres y madres de familia, con sus superiores jerárquicos, con sus pares, con los estudiantes. Pero esto quizá se deba a que ella en su vida personal era una mujer realizada en los planos profesional, personal y académico.

Creo que con mucho acierto estableció un canal de comunicación abierto y claro con los padres y madres de familia, esto le permitió sensibilizarse y conocer con más detalle la situación familiar de cada uno de sus alumnos, con la mayor discreción y ética la "Niña Ángeles" manejaba los problemas que cada alumno o alumna iba presentando en el salón de clase; para ella era fundamental la comunicación periódica con los padres y madres de familia, una llamada telefónica, un mensaje escrito en un cuaderno especial de apuntes, una visita de aquellos a la escuela, la participación en la entrega de calificaciones, la participación en reuniones de grupo; en fin, ella encontraba espacios de diálogo para compartir las preocupaciones y problemas con los padres y madres de familia. Por eso siempre gozó de su beneplácito y anuencia para aplicar medidas correctivas en el aula y para convertir la labor de formación en una responsabilidad compartida entre el hogar y la escuela.

El objetivo primordial de este esfuerzo era formar seres humanos plenos, felices, seguros de sí mismos, con sólidas bases de conocimientos, con una actitud positiva ante la vida y sobre todo personas de bien. Estoy convencida de que la mayoría de mis compañeras y compañeros asistimos a clase con mucho entusiasmo; cada día era descubrir algo nuevo, era una experiencia diferente, la convivencia con los compañeros y compañeras era muy respetuosa, no había excesos y siempre procuramos el respeto mutuo. Por

supuesto, esto sucedía en un contexto de país y sociedad diferente a la actual, es decir para ser específicos hace treinta años.

También recuerdo que uno de los tesoros más preciados para mí era mi cuaderno de vida, un cuaderno que se elaboraba con mucho cuidado, de un orden y limpieza impecables, allí se registraban las fechas históricas más relevantes y los temas de estudio de especial atención. Este cuaderno representaba muchas cosas bonitas y me ayudó en mi etapa de colegio porque trataba de llevar mucho orden y limpieza en los diferentes cuadernos de las asignaturas que componen el currículo del Ministerio de Educación Pública.

En la actualidad mi maestra de primaria, está muy activa, es una persona lúcida, que goza de buena salud física y espiritual, con una actitud positiva ante la vida a pesar de las adversidades, y esto me da mucho gusto, porque significa que todavía le puede dar mucho a sus semejantes. A lo mejor, estas y muchas otras cualidades personales fueron determinantes en nuestro comportamiento dentro y fuera del salón de clase.

¡Qué privilegio para mí y para mis compañeros y compañeras haber tenido como maestra durante casi seis años a la "Niña Ángeles"! Y lo digo de esta manera porque con ella crecimos, lloramos, reímos, disfrutamos de lindos instantes, compartimos experiencias agradables y tristes, ella nos acompañó en nuestro crecimiento físico y espiritual, nos apoyó siempre, nos estimulaba para alcanzar nuestras metas; nos elogiaba cuando logramos éxitos y también se solidarizaba con nuestros fracasos; abogaba por nosotros ante nuestros padres y madres de familia, protegía nuestros derechos, pero también nos recordaba constantemente nuestros deberes como hijos y estudiantes. Siempre recuerdo esta frase de la "Niña Ángeles": "yo tengo también derecho de llamarles la atención porque ustedes también son mis muchachitos...". Estas palabras encierran el cariño, afecto, compromiso y dedicación que nuestra maestra tenía por su labor formadora de seres humanos íntegros y de bien para la sociedad.

Hasta hoy no hemos perdido el contacto con la "Niña Ángeles", nos reunimos con ella, recordamos anécdotas, compartimos nuestros triunfos, también nuestros ratos amargos, siempre tiene una palabra de aliento y un rostro de alegría cuando nos ve, y saluda a cada uno de nosotros con mucho afecto, como si realmente el tiempo no hubiera transcurrido y aún fuéramos sus muchachitos. Así las cosas, escribir estas líneas me ha permitido de alguna manera agradecer y reconocer a la profesional todas las buenas cosas que me enseñó en mi etapa de estudiante de primaria, que quizá en aquel momento yo no valoraba como ahora, pero reflexionando tiempo después qué influencia tan positiva ejerció sobre mí. Siempre admiré en ella su orden, limpieza, su vasta cultura general, el gusto por la lectura, su manera de ejercer autoridad y disciplina en sus alumnos.

Concluyo este ensayo, afirmando que esa generación de maestros y maestras tenían gran vocación por su labor, amaban su trabajo y de igual manera se entregaban a sus niños y niñas, sin importar nivel socio-económico, el credo o religión, etnia o cualquier otra aspecto que pudiera discriminar o hacer sentir diferentes a alguno de sus alumnos. Qué más puedo decir sino que ella fue una formadora, una maestra y una gran profesional. Finalmente si tuviera que escoger mi escuela y mi maestra, escogería de nuevo, sin dudar, la Escuela Vitalia Madrigal y a la Niña Ángeles Losilla de Torres.

La Niña Virginia

Álvaro Salas Chaves

Hablar de la Niña Virginia es hablar de la maestra más integralmente completa que haya conocido en mi vida, la persona más dedicada a la educación, a la formación en cuerpo y alma de generaciones de jóvenes, por encima de todo y de todos. Mencionar su nombre es hablar de trabajo, de mucho trabajo; de esfuerzo agotador, de autoridad indiscutible, de disciplina, pero sobre todo de un inmenso sacrificio personal y familiar por sus estudiantes.

La Niña Virginia Campos Arredondo (q.d.D.g) vino del Barrio San José de Atenas, uno de los barrios con mayor pobreza que yo recuerde. La gente vivía arrimada, en ranchos mal hechos, en las fincas de ganado y café donde les daban trabajo y un pedacito de tierra para poner sus miserables casitas, sin servicios básicos como agua para consumo humano, letrina y menos electricidad. Los niños morían de desnutrición, esqueléticos, con grandes estomaguitos llenos de parásitos, envueltos en una piel grifa, seca, corrugada que se arrollaba al tocarla por falta de la capita mínima de grasa; eran solo ojos; ojos inmensos, tristes y sin lágrimas. Ese era el campo de Atenas de los años cincuenta, esa era la Costa Rica campesina de entonces.

Como fácilmente podremos imaginar, esos eran también, en una gran mayoría, los alumnos de la Niña Virginia, un montón de harapientos incapaces de aprender, buenos solo para peones y para reproducir la pobreza. Pienso que esa dura e intensa realidad vivida en sus primeros años de maestra normalista en el Barrio San José la caracterizó para el resto de su vida. Creo también que su firmeza de carácter, la intolerancia a la mediocridad, la disciplina en el trabajo de las maestras, las porterías y los administrativos, pero más importante aún, su ejemplo diario y continuo, las veinticuatro horas del día fueron testimonio hasta el día de su muerte, de su compromiso con los más pequeños, los más tristes, y abandonados de la tierra.

La Niña Virginia vino a sustituir a la directora histórica de la Escuela Central de Atenas, a nuestra querida y recordada Niña Marta Mirambel de Meneses, que después de haber sido la directora simultáneamente de la Escuela y el Liceo de Atenas se retiró a su merecido descanso, no sin antes haber diseñado el estandarte y haber escrito el himno de ambas instituciones educativas. Había una gran preocupación por el cambio. Significaba traer a una maestra de barrio, además, uno de los más atrasados, a asumir la conducción de la principal escuela del circuito y sobre todo después de la estela de éxitos dejada por la Niña Marta.

No pasó mucho tiempo para que la mano firme, la sabiduría, y el inmenso amor de la Niña Virginia se empezaran a sentir a todo lo largo y ancho de la escuela. El mensaje era claro, no se tolerarían más las ausencias injustificadas, las llegadas tardías de las maestras y menos de los estudiantes, no se aceptarían excusas por no presentar al día el Diario, ella se comprometía a devolverlo al

día siguiente; de acuerdo con el cronograma establecido, el diario se presentaría en perfecto orden y limpieza, el día y la hora acordada. Hablar de la Niña Virginia es hablar de administración educativa. Reunía las condiciones académicas, administrativas y personales, de mando necesarias, que en su conjunto garantizaban un proceso educativo continuo, constante y sin sobresaltos. Organizaba a las maestras en comités de trabajo, de acuerdo a las afinidades e intereses de cada una.

Recuerdo a una maestra del comité de danza que por poco "hace abortar la brillante carrera de este profesional de la medicina" La Niña Beatriz Bogantes, artista nata y amante de la danza, seleccionó a lo más destacado y promisorio del repertorio de estudiantes de la escuela, "claras promesas de futuros artistas atenienses". Se pasaba todo el año incorporando los últimos ritmos a las coreografías que se inventaba para el disfrute de todos en la escuela.

En ocasión de la celebración del 12 de octubre, la Niña Virginia le pidió a los comités y muy especialmente a la Niña Beatriz que organizaran una serie de actos relativos a tan importante celebración, dado que era esos aniversarios de números redondos 400, 500 etc años del descubrimiento de América. Era uno de esos días de la Raza, como se llamaban entonces, importantes y ella quería que todos los comités organizaran actos relativos a la fecha, pero con gran énfasis en lo nuestro, en lo propio y menos en lo extranjero.

La escuela se vistió de matas de plátano, matas de café por todos lados, rincones indígenas con pequeños ranchitos de paja donde se mostraban metates, jícaras, máscaras "indios e indias" en taparrabo, ventas de pozol (yo no sé quién inventó que los indígenas comían pozol); tortillas palmeadas (en Atenas ese era el pan nuestro de cada día); gallos de picadillo de papa, de aguacate con sal, frijoles molidos con asiento de chicharrón (en ese tiempo "no había colesterol malo ni bueno") que nos sabían a gloria. No puedo olvidar el olor a frutas, verduras, a hojas y tallos aromáticos que todos los comités aportaron para tan significativo acontecimiento.

Naturalmente la celebración alcanzaba su punto climático cuando la niña Virginia, reunidos todos en el magno salón de actos, daba inicio a "la velada" como se llamaba entonces a los actos generalmente artísticos.

Por alguna razón que no pude averiguar nunca, a este amago de artista, la niña Beatriz lo vistió de indio chorotega, pero lo alistó de primero (probablemente ella calculó que embadurnar a ese gordo con aquella pasta café le tomaría mucho tiempo y lo mejor era salir de mi de primero) de manera que estuvo en pelota, cubierto solo con unas diminutas hojitas de caña de indio rojas de la cintura para abajo únicamente, desde la una hasta las cuatro de la tarde, a la intemperie, temblando de frío, justamente cuando estaba cayendo uno de esos aguaceros de octubre en Atenas con viento y rayería que duran hasta la noche. Probablemente para el hermano chorotega que quería representar, aquello no hubiera sido nada, pero para este asmático y redondo imitador, significó la más severa bronconeumonía que haya sufrido nunca.

La Niña Virginia fue a verme a mi cama de enfermo, seguramente para mostrar su solidaridad y preocupación ante tan grave consecuencia. La sola presencia de la niña Virginia en mi casa fue suficiente para que la furia de papá amainara, aunque si quedó claro que nunca más sería tomado en cuenta en veladas donde se expusiera mi redondo físico. Por supuesto que la Niña Beatriz desapareció de mis coordenadas por bastante tiempo.

La Niña Virginia nos daba clases a los de sexto grado. ¡Qué clases Dios mío! Era para babear. Ninguna clase recibida sobre membranas meníngeas en mi querida Facultad de Medicina de la UCR fue recordada, tan fielmente como aquella que nos dio la Niña Virginia a los de sexto. Se trajo tres cerebros de vaca enteros, los del matadero sabían que cuando la Niña pedía los cerebros había que sacarlos completos, con todo y meninges, para mostrarle a los asombrados estudiantes, órgano en mano, la estructuración y organización del cerebro. Hacía una cuidadosa disección, en órganos frescos, lo que ayudaba mucho a comprender "aquellos insondables misterios". Que maravilla, recibir clases con la directora, eso era extraordinario para nosotros; nos hacía sentir muy importantes. Ella se dejaba para sí, los temas que consideraba esenciales para desarrollarlos en el salón de actos y solo para mayores.

No bastándole el trabajo del día entero, la Niña Virginia organizó la escuela para adultos de Atenas. Le preocupaba mucho ver a tantos muchachos y adultos que no habían terminado la primaria. Buscó fondos de donde no había para echar a andar este proyecto. Fue un esfuerzo de las maestras pensionadas que dedicaban una o dos horas cada noche para formar a esa generación sin oportunidades del pueblo. A las diez de la noche se la veía saliendo del antiguo Liceo de Atenas y antes, escuela complementaria, envuelta en un chal o con su suéter negra yendo para su casa.

Se fue a meter a las barriadas más pobres del centro de Atenas, la recuerdo en el Cajón enseñando en miserables instalaciones del salón comunal a gentes que por su marginalidad no asistían a la escuela de adultos. A ellos también les dedicó tiempo de donde no había, porque ella entendía como nadie que la educación es la herramienta por excelencia para la movilización y ascenso social, es la llave que abre las puertas de las oportunidades, sin ella no será posible el desarrollo y el progreso humanos.

A finales de los años ochenta, el Ministerio de Educación decidió nominar a la maestra o maestro más destacada por sus virtudes personales y profesionales, por su sacrificio por la educación de los más pequeños de la Patria. Sin la menor duda, la Niña Virginia fue la primera maestra que recibió la Medalla de Oro a la mejor maestra de Costa Rica, merecido reconocimiento y homenaje de nivel nacional. Todo lo tomó con gran humildad y aprovechó la ocasión para enviar su mensaje de más trabajo y más compromiso a la joven generación de maestros y maestras costarricenses.

Así transcurrió toda su vida profesional activa hasta su pensión. Costó mucho que aceptara la idea de pensionarse y lo tuvo que hacer por razones estrictas de salud. Adquirió una severa cardiopatía que la acompañó hasta su muerte. Sin embargo, ni los estudiantes, ni las maestras, ni los miembros de las juntas

de educación la olvidamos nunca. No pasa un día que no la mencionemos, que no la recordemos, como el ejemplo vivo de entrega y sacrificio a la juventud de mi país.

Margarita Guzmán, maestra

Mauricio Víquez Lizano

En estos días aciagos en los que tanto se habla y nada se resuelve de cara al futuro de un país que se nos deshace a poquitos, el tema educativo es uno de los más llevados y traídos por candidatos a la presidencia, autoridades ministeriales y gremiales, alumnos, padres de familia y alguno que otro de esos teoriquillos que nunca han pisado un aula, pero que se sienten con derecho a decir lo que sea. En medio de estas condiciones, se me ha ocurrido pensar en lo que ha sido, lo que hemos sido y lo que hemos perdido. Y así he recordado a grandes ciudadanos que he conocido, me han formado y he admirado. Mujeres y hombres que amaron y construyeron patria, supieron de conciencia nacional y cooperaron en la forja de las generaciones que les sucedieron. De inmediato recordé la figura excepcional de Margarita Guzmán, mujer ejemplar, ciudadana celosa, maestra de vocación. Una especie, sin duda, en extinción.

Muchas y muchas generaciones de juventudes heredanas pasaron por las manos formadoras de esta gran educadora. Una maestra en todo el sentido de la palabra. De esas que ya hoy día son tan escasas. Una maestra vocacionalmente definida y ubicable dentro de esa gran tradición normalista, perdida en su momento a raíz de una de las genialidades de nuestros políticos de turno.

La gran educadora en que nos fijamos nació en 1925 y vivió la experiencia de pasar a finales de los años cuarenta por la Escuela Normal. Empezó su camino docente en la Escuela de San Lorenzo de Flores y luego tuvo la experiencia de pasar por un servicio largo en las aulas de la Escuela Estados Unidos de América del mismo cantón herediano, donde incluso fue maestra de mi padre.

En 1965 tuvo una ocasión singular de actualización en su formación como docente. Junto a educadoras de la calidad de Judith Vargas, Edelweiss D'Allanese, Virginia Martínez y Eida Badilla, viajó a Pennsylvania y gracias a una beca que se les concedió pudieron acercarse a las últimas corrientes que, por la época, animaban la labor de enseñanza.

Vendría luego para Margarita su paso por la Escuela Cleto González Víquez. Allí fue capaz de transmitir a quienes le fueron confiados por sus padres, los valores más preciados a que podía aspirar discípulo alguno en la mitad de la confusa segunda parte del siglo XX. Ella –con su misma presencia ya de por sí educadora– supo ser promotora de sentido patrio, del valor de la responsabilidad, de la urgencia de la curiosidad intelectual, de la importancia de las virtudes humanas y las sobrenaturales; en fin, supo enseñar los instrumentos esenciales para vivir como ciudadanos ejemplares y honestos.

Sonriente y grave a la vez, cercana y solidaria con todos, nos fijamos en una mujer que supo marcar la vida cotidiana de sus alumnos y fijarse permanentemente en sus recuerdos.

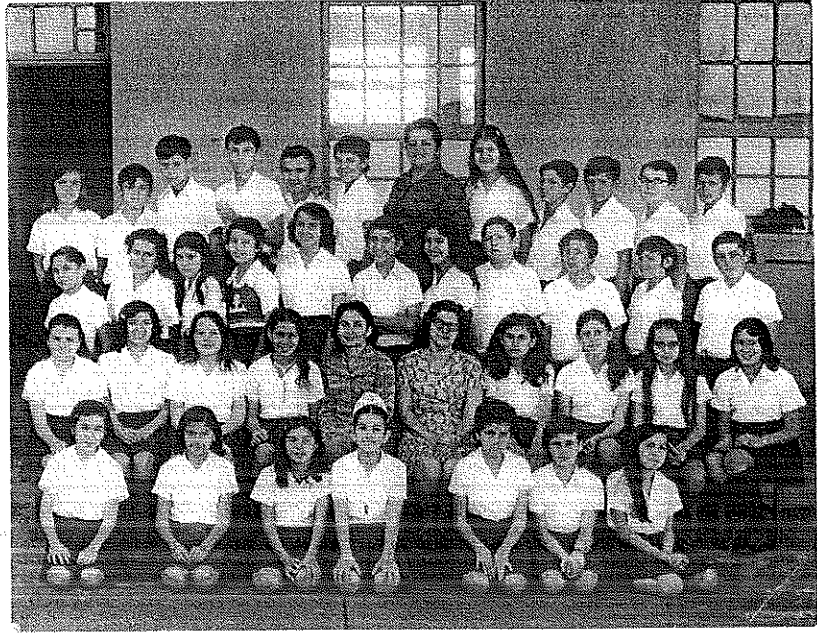
Desde la oración con que abría la jornada, pasando por sus exhortaciones y su manera de enseñar de vanguardia, Margarita Guzmán supo cada día marcar los surcos y poner la semilla que más tarde tocaría a sus pupilos hacer crecer. Me parece que no hay razón para dudar que la mayoría de sus pupilos lo haya hecho con creces.

No es fácil para un educador innovar, mas Margarita lo lograba sin poses extrañas. Supo utilizar prudente y sabiamente los recursos novedosos que la sana pedagogía le ofrecía. Cercana al estudiante limitado, animadora del alumno que podía dar más de sí, era también capaz de ser arriesgada estimulando y confiando fuertemente en quien recibía un encargo de su parte. Introducía novedades, creaba materiales que sorprendían, favorecía la capacidad constructiva –a nivel individual y grupal– en el proceso de enseñanza-aprendizaje y alababa sin reservas a quien sabía ir más allá por su capacidad de abrir horizontes.

Hoy, después de su pensión en 1978, Margarita vive su vida en su acogedor hogar de siempre, en medio de la ciudad de Heredia. Sus manos, llenas de tantos frutos, son tan expresivas como siempre. Su voz fuerte alecciona aún hoy a cuantos siguen escuchando su manera prudente y sabia de leer cuanto ocurre en su entorno.

El aporte de esta herediana de corazón lo recordamos muchos, incluso treinta años después de nuestra última clase con ella en las aulas de la Escuela Cleto González. Su celo y vocación de educadora, su amor a este suelo bendito mancillado por tantos, su identidad clara y seductora son lección que se prolonga en el tiempo y nos marca aún hoy.

En estos momentos de deformación y enseñaderos, en las presentes circunstancias patrias, el ejemplo que les cuento nos ha de animar: es posible educar si queremos, es posible construir un verdadero proyecto-país si nos lo proponemos, es posible ser costarricenses rectos si amamos este suelo que nos vio nacer. Un saludo a la distancia para esta gran educadora y una invitación a nuestros docentes –me incluyo– a retomar e imitar el espíritu que motivó el camino de tan egregias carreras de servicio.



La niña Dyalá

Inés Patricia Chaves Salas

Yo tuve la suerte de estudiar en la Escuela España en los años sesenta, con una directora excepcional: la niña Rosalina. Y, como sucede con toda persona exitosa, su equipo de trabajo, sus maestras, eran especiales; de todas podrías decir muy buenas cosas.

Recuerdo las asambleas, el coro con la niña Rosario, las clases de religión de la niña Virginia en las que las parábolas eran cuentos y nos encantaban. La exigencia por la disciplina y los cuadernos de caligrafía con copia diaria de cinco renglones de la niña Keyna, a la cual le debo mi buena letra y mi ortografía. Los rosarios en las mañanas en el mes de la Virgen, las idas a misa en la Iglesia La Soledad, maestros llenos de valores, que predicaban con el ejemplo.

Creo que lo que más tenían esos maestros era vocación y deseos de enseñar y realmente se sentían privilegiados por esa misión que se les había encargado: formar adecuadamente niños y hacerlos buenos ciudadanos.

Todos ellos lo hacían con ilusión, pero debo hacer un aparte especial, con la niña Dyalá Jara Rojas. Para mí fue como un ángel. Cuando llegó a la escuela era una persona muy feliz y realizada, disfrutaba lo que hacía; ella era la maestra nueva que llegó a dar el quinto grado. Sinceramente no sé si la niña Dyalá tendría muchos títulos, pero sí sé que tenía mucho entusiasmo y deseos de educar y de encontrar en cada uno de nosotros nuestra fortaleza y desarrollarla.

Siempre vestía de manera muy apropiada, como una maestra, no de manera lujosa pero siempre con una sobria elegancia. Recuerdo unas blusas tejidas de colores muy vivos que ella usaba. Siempre se veía limpia, pulcra como fresca.

Su experiencia laboral anterior a llegar a nuestra escuela, se relacionaba con un trabajo en Venezuela; ella amaba ese país y nos explicaba con entusiasmo la vida en los llanos, sobre el Salto Ángel, el más alto del mundo, el río Orinoco, las leyendas de las pirañas, la riqueza de ese país gracias a través de los recursos naturales, el petróleo, y muchas cosas que aún nos entusiasman. Ponía tanta ilusión que muchos de nosotras añorábamos conocer ese país.

Encontraba en cada uno de nosotros su fortaleza, su habilidad y nos motivaba a desarrollarla. A mí no me encantaba la matemática, pero si dibujaba muy lindo, o por lo menos eso me hacía creer. A mí me decía: "Patricita porque no nos dibuja alguna cosa"; me hacía ir a la pizarra a dibujar para que la clase se viera más bonita; me hacía sentir importantísima. Y, así con cada uno de sus alumnos.

En la parte académica era muy buena, muy ordenada, pero su mayor fortaleza, era la motivación, la formación integral del estudiante. Nos hacía creer que se

podía, que todos teníamos habilidades y que las podíamos desarrollar. Y le creímos.

En la escuela yo era del promedio, pero con la niña Dyala fui de las mejores estudiantes. Ella me hizo creer en mí, nos hacía sentir talentosos, inteligentes, llenos de habilidades. Y logró lo ella quería: que alcanzáramos nuestros sueños .

Yo no sé si todos los compañeros y compañeras tengan el mismo sentimiento hacia la niña Dyalá. Pero siempre que pienso, en quien hizo la diferencia, pienso en ella.

Le mando bendiciones a la niña Dyalá donde quiera que esté, porque a mí, sí me hizo sentir especial.

Ojalá los nuevos educadores aprendan de personas como la niña Dyalá, porque la parte académica es importante pero mas aún, el fortalecimiento de la parte emocional del estudiante.

MARÍA ODILIA CASTRO HIDALGO

María Enriqueta Castro Castro

Ella fue mi maestra. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto, en el ámbito familiar, social y político. No siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales.

Desde muy pequeña, mi abuela decía que era "opuesta". En la escuela y el colegio, siempre cuestionó a sus maestros y profesores, aunque algunos como Esther de Mézzerville, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Auristela Castro de Jiménez, Moisés Vincenzi, Carlos Luis Sáenz, Anastasio Alfaro, José Fidel Tristán y José Joaquín Vargas Calvo, llegaron a apreciarla tanto que conservó su amistad a lo largo de mucho tiempo. Todos ellos estimularon su activa participación en la solución de los problemas sociales y políticos, además del interés por la literatura, la música y las ciencias, que la acompañaron a lo largo de su vida.

El Colegio Superior de Señoritas funcionaba entonces como Escuela Normal, de modo que fue allí donde recibió su formación docente inicial, se puso en contacto con las corrientes pedagógicas de la primera mitad del siglo XX y descubrió su vocación para la enseñanza, aunque la docencia ya era una tradición en nuestra familia. Siempre afirmó que la educación es un apostolado y todos los que seguimos sus pasos, de una u otra manera, hemos tenido eso muy claro.

Por otra parte, también cuando salió de bachiller tenía la firme intención de estudiar medicina; pero la carrera no se impartía en el país y la familia carecía de los recursos para enviarla al exterior, pues había cinco hermanos menores cursando primaria y secundaria. Pensó en la enfermería como otra opción, pero también era una carrera larga y costosa, además de que no se consideraba entonces muy apropiada para una señorita.

De manera que completó sus estudios en educación en la Escuela Normal de Heredia, empezó a trabajar muy joven y tan pronto como pudo reunir el dinero necesario entró a la Escuela de Enfermería, dependiente en ese entonces del Colegio de Médicos y Cirujanos. Cuando se graduó, trabajó como enfermera voluntaria durante las noches y en las vacaciones, alternando esta actividad con sus labores de maestra. También se sentía muy orgullosa de la colaboración que pudo brindar durante la guerra civil de 1948, atendiendo a los heridos. Y cuando debió abandonar su patria por motivos políticos, esa segunda profesión le permitió sobrevivir en tierras lejanas. Posteriormente, en Venezuela, estudió Servicio Social, con lo cual completó el "triángulo de la solidaridad" que fue el norte de su vida.

Mi abuela también le reclamaba que se hubiera ido a trabajar en tantos y tan remotos lugares, lo que atribuía precisamente a su carácter. Tal vez tenía razón, pero en ella no solamente estaba la furia destructiva contra lo que quería cambiar sino la firme determinación de lo que esperaba lograr con sus arrebatos. En muchos casos fue la tabla de salvación para mucha gente en

momentos difíciles y el estímulo para superarse que necesitaron algunos en momentos cruciales.

Aunque fue muy intransigente con las debilidades humanas, siempre estuvo del lado de los más débiles desde el punto de vista físico, social, económico o político. Por sus opiniones en este último campo, a menudo fue acusada de comunista, aunque nunca quiso afiliarse al partido, ni en Costa Rica ni en Venezuela, a pesar de compartir muchas de sus premisas y haber tenido amigos militantes. Una vez que alguien comentara que tal vez se había afiliado de incógnito, la escritora Luisa González respondió:

—¡De incógnito! El día que María Odilia se afilie al partido comunista le damos el carné en el Teatro Nacional...

Recientemente, la profesora Jenny Solís, alumna en la Escuela Marcelino García Flamenco durante la década de 1940, me contaba la impresión que causó en ella y sus compañeras de tercer grado la llegada a la Dirección de una mujer tan impactante:

Hubo un cambio radical con el nombramiento de María Odilia Castro, como si hubiera entrado el sol a iluminar todo el plantel y no solo la Dirección, con su sonrisa franca, su simpatía contagiosa y la forma tan agradable en que se comunicaba con todos nosotros, el personal y las alumnas de la institución, a los que nos tomaba en cuenta. Se abrieron las ventanas y puertas de la Dirección y de la escuela; constantemente llegaban personalidades a dar charlas o simplemente de visita.

Fue una mujer fuera de serie, adelantada a su época; tal vez como Yolanda Oreamuno, algo incomprendida, impresionante por su manera de vestir, de hablar y de pensar, revolucionaria en todas sus actitudes (en el buen sentido de la palabra), quien con el apoyo de la mayoría de las maestras, nos puso en contacto no solo con los pensadores costarricenses de la época sino con la literatura de Tagore y escritores mundialmente reconocidos, la poesía de Rubén Darío y otros autores latinoamericanos.

A pesar de la heterogeneidad económica de la población estudiantil, logró amalgamar al alumnado y disminuir las diferencias de clase. Estimuló la participación artística con la asistencia y montaje de obras de teatro, como las "Concherías" y "La cosecha", para incentivar el orgullo por nuestras tradiciones, visitas al Teatro Nacional y otras actividades que nos abrieron los ojos a un mundo que no conocíamos.

Aunque éramos muy jóvenes para darnos cuenta real de su valor, notamos el cambio y con el tiempo apreciamos su preparación profesional, formación intelectual y carácter para enfrentar la vida, muchas cosas que solo ahora puedo comprender plenamente.

La imagen de esta maestra excepcional, simpática, agradable, abierta a las inquietudes de sus alumnos, quedó tan grabada en mí que nunca podré olvidarla. Su actitud nos marcó para siempre."

En efecto, fue una mujer fuerte, que enfrentó los convencionalismos de la sociedad de su época, para amar y odiar con un entusiasmo poco común, tener las amistades más extravagantes, estudiar lo que quiso, trabajar en los lugares más remotos ejerciendo las funciones que consideró necesarias, participar en política cuando las mujeres aún no eran ciudadanas y en una guerra civil para apoyar las reformas sociales que consideraba indispensables; en fin, una mujer que vivió la vida "a su manera".

Siempre pensé que ella fue como una tormenta tropical, que es refrescante y barre con todo lo que está mal puesto sin causar tantos daños como un huracán.

Ella fue la tormenta, pero yo siempre estuve en el centro, en el punto donde está la calma, desde donde se pueden ver claramente las turbulencias, sin perder el control, y disfrutar del espectáculo.

Ahora quiero compartirlo con ustedes.

* * *

María Odilia Castro Hidalgo ejerció treinta años la docencia en el ámbito nacional, no solo como maestra en el aula; también ocupó la dirección técnica de las escuelas Juan Rafael Mora (en la que inició su carrera), Mauro Fernández, República de México y Marcelino García Flamenco en San José, Delia Urbina en Puntarenas y John D. Rockefeller en Turrialba.

Asistió como delegada del magisterio nacional al Primer Congreso Internacional de Maestros, celebrado en La Habana, Cuba, en 1939. Fue cofundadora de la organización Maestros Unidos, la cual dio origen a la Asociación Nacional de Educadores y una de las fundadoras de esta institución magisterial.

Recién llegada a Venezuela, trabajó durante un corto período como Directora de un internado para señoritas normalistas que existió en El Paraíso, un barrio de clase alta con mansiones impresionantes. Vivíamos en la misma casa y el puesto era muy cómodo para atender mis necesidades como bebé, pero también supongo que demasiado tranquilo para alguien como ella. Debe haberle servido para conocer gente importante, así que cuando le ofrecieron el puesto de enfermera en la empresa Pampero, en Ocumare del Tuy, aceptó sin pensarlo mucho. Para cualquier otra persona,

irse a vivir y trabajar en esa remotidad podía ser lo más parecido a enterrarse en vida; para ella fue un reto.

Allí pasó siete productivos años empeñada en alfabetizar, curar y ayudar a toda aquella población, en una labor que define más allá de las palabras lo que ahora llaman dedicación exclusiva. Después de atender el Dispensario Médico durante todo el día, en la noche abrió un centro de educación para adultos, el cual funcionó durante cinco años. Cuando yo alcancé esa edad, cambió el horario para abrir un jardín de niños en las mañanas, donde estudié con mis amigos, y atendía el Dispensario hasta más tarde en la noche. De todas formas, a cualquier hora llegaba gente a buscarla si se presentaba una emergencia y ella los atendía con la mejor disposición sin importar si era la madrugada. Su labor como enfermera no se limitaba a atender las enfermedades: organizó campañas educativas, antialcohólicas, antituberculosas, de vacunación, erradicación de la malaria, fiebre amarilla, tifoidea, disentería y cualquier otra peste que pudiera haber en los alrededores.

También durante esa época entró en contacto con intelectuales venezolanos de ideas progresistas, gente con la que pudo hablar de temas que tal vez solo había tocado tangencialmente en su país; tuvo mucho tiempo para leer y meditar, vislumbrar claramente cuál era su destino y recargar baterías para la segunda mitad de su vida, tan valiosa y activa como su primera juventud.

Así que ella y yo crecimos en Ocumare, su magia nos envolvió y nos transformó en lo que debíamos llegar a ser, acompañándonos por el resto de nuestra existencia terrenal.

* * * *

Por supuesto que Lilla (como le decía) fue mi primera maestra y casi la única durante los primeros años de mi vida. Otros niños tienen influencia de su padre, abuelos, tíos, primos mayores u otras personas durante su infancia. En mi caso no ocurrió así: la mayoría de mis familiares estaban lejos, en Costa Rica; las tías eran un lujo de fin de semana; los primos que vivieron con nosotras durante algunas temporadas, eran casi de mi edad y nos veíamos como hermanos o compinches de travesuras.

Así que, para bien o para mal, independientemente de la carga genética o kármica que pudiera traer, Lilla pudo moldearme a su gusto durante los primeros años de mi infancia aunque, según comentaba cuando creía que yo no la estaba escuchando, el asunto no fue tan sencillo.

De cualquier modo, fue ella quien despertó mi entusiasmo por la vida, el asombro ante la naturaleza, el espíritu de aventura, la inquietud por la investigación, la alegría para disfrutar de las cosas simples de cada día, el interés por la lectura y la buena disposición hacia las actividades artísticas.

A pesar de que su trabajo era muy absorbente, durante esos años en Ocumare, hablábamos mucho y a menudo me leía obras clásicas de la

literatura, mucho antes de enseñarme a leer y escribir, memorizábamos poesía infantil y amorosa, así como obras de teatro; cantábamos constantemente, sin considerar nuestras limitaciones de voz: rondas para niños, música de diversos países de América, para la cual Lilla improvisaba a menudo la letra de una manera inusitada.

Le encantaban los bailes tradicionales venezolanos porque los consideraba muy alegres y nunca faltamos a la ceremonia de los "Diablos de Yare" el 24 de junio o a cualquier otra actividad que nos permitiera entrar en contacto con el espíritu de esa nación a la que tanto admiró. También, cuando íbamos a Caracas durante los fines de semana, aprovechábamos para asistir al cine o al teatro, a la ópera o zarzuelas. Siempre nos acompañaba alguna de las tías, de manera que al final se hacían comentarios críticos sobre las obras que presenciábamos.

Por lo menos en los primeros años de mi infancia, nunca recibí lecciones de moral o de religión propiamente como tales. Lilla acostumbraba persignarse en la mañana y en la noche (únicamente) y me enseñó a hacer lo mismo, así como a rezar el padrenuestro y el avemaría. Tenía un libro de oraciones que creo era más bien un recuerdo sentimental, porque no lo utilizaba muy seguido. Le gustaban más otras plegarias menos formales, como la oración de Francisco de Asís, la cual memoricé rápidamente pues también me pareció fascinante; o la atribuida a Santa Teresa que expresa como idea central:

*"No me mueve, mi Dios, para quererte, el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve, mi Dios, para adorarte, el infierno por todos tan temido..."*

Desde mi punto de vista, en ese momento, éstas no eran oraciones sino poemas hermosos como tantos otros que repetíamos. Así que mi iniciación religiosa fue bastante liberal, como era mi mamá (era tu mamá o tu abuela, no queda claro). En Ocumare había una capilla que se utilizaba para ceremonias católicas, pero el cura llegaba generalmente solo una vez al mes, en domingo, de manera que no creo haberlo conocido antes de los seis años.

En esa época la mayoría de mis amigas se preparaban para hacer la primera comunión y yo quise hacerla también. Papi me mandó desde Costa Rica un rosario de plata y un precioso misal y eso me motivó para asistir a la capilla un domingo. También mis amigas estaban escogiendo sus vestidos y tocados para la ceremonia, así que me prestaron unos figurines para que los viera mi mamá. Cuando llegué a enseñárselos, se puso furiosa y me dio un sermón que entonces no entendí, pero tenía que ver con el hecho de que si yo no comprendía realmente lo que significaba la primera comunión y solo estaba pensando en lo exterior, era que no estaba preparada para recibirla.

Y por supuesto que no hice la primera comunión sino hasta muchos años después, casi por accidente.

Una de las últimas quijotadas de Lilla en Venezuela, el año antes de venimos a Costa Rica en forma definitiva, fue cambiar el puesto de jefatura que tenía en el Departamento de Extensión Cultural del Consejo Venezolano del Niño, por la dirección de un albergue para niños abandonados o afectados por diversos problemas; en la mayoría de los casos, las dos circunstancias. Se trataba de un proyecto experimental para recuperarlos de las dificultades que pudieran haber sufrido anteriormente e incorporarlos a lo más parecido que pudiera considerarse una familia. Allí pudo poner en práctica sus conocimientos docentes, de enfermería y trabajo social, en una labor de incalculables proyecciones que debe haber cambiado el destino de un importante grupo de muchachos.

Pero fue cuando regresamos a Costa Rica, muchos años después, que descubrí la magnitud de su trayectoria como docente. De pronto, en la calle nos encontrábamos cantidades de personas que aseguraban haber sido sus alumnos y que la recordaban con especial cariño. Muchos de ellos eran profesionales que habían recibido su estímulo o apoyo, incluso material, para terminar sus estudios; otros, simplemente, agradecían sus visitas al hogar para atender problemas familiares o evitar abusos graves. Recordaban sus clases de educación física en lugares donde solamente había una plaza o potrero empolvado o embarrialado, según fuera la época del año; sus lecciones de música con la única ayuda de una dulzaina o su voz a capella; experimentos científicos realizados con materiales domésticos o de desecho; vívidas lecciones de historia y geografía; visitas (a pie) a zoológicos, volcanes, beneficios de café, parques, teatros o cualquier otro lugar de interés cultural; proyección de películas cuando para ello se requería alquilar o conseguir prestado no solo la cinta sino un complicado equipo; representaciones teatrales de obras famosas de la literatura universal con unos pocos trapos y buena voluntad, así como infinidad de anécdotas a lo largo y ancho de todo el territorio nacional.

Y regresó nuevamente a la docencia en su patria, los últimos años en las escuelas Joaquín García Monge de Desamparados, Rafael Francisco Osejo, frente a La Sabana y Franklin D. Roosevelt en San Pedro de Montes de Oca. A finales de la década de 1960, cuando el Ministerio de Educación Pública obligó a pensionarse a todos aquellos docentes que fueran sexagenarios, no se resignó a abandonar las aulas e impartió lecciones durante varios años en el Colegio Don Bosco, así como recibió en su casa a infinidad de jóvenes para clases de recuperación. Además continuó con el trabajo voluntario que siempre desarrolló a lo largo de toda su vida.

Representó a Costa Rica ante el Seminario para Dirigentes de Bienestar Social en América Latina, celebrado en Bogotá, Colombia, en 1964. Colaboró con el Centro de Nutrición y Salud en San Pedro de Montes de Oca, antecedente de los actuales CEN-CINAI; fue fundadora y vicepresidenta de la Organización de Ciudadanas Costarricenses y de la Federación de

Organizaciones Voluntarias, así como de la Asociación de Educadores Pensionados y representante de esta ante la Junta de Pensiones y Jubilaciones del Magisterio Nacional. Ocupó durante mucho tiempo la vicepresidencia de la Asociación Pro Albergues del Patronato Nacional de la Infancia, institución a la que profesaba una dedicación especial, y con la que colaboró hasta pocos meses antes de su muerte.

Su funeral fue oficiado precisamente por uno de sus antiguos alumnos, el sacerdote salesiano Andrade, quien al despedirla supo expresar muy bien el sentimiento no solo de los familiares y amistades, sino de todos aquellos que tuvimos la oportunidad de recibir sus lecciones.

... Ella fue la tormenta. Vivió su vida en forma de huracán, embistiendo todo lo que consideraba injusto en el ámbito familiar, social y político. Es claro que no siempre estuvo en lo correcto, pero nunca dejó de luchar por sus ideales y mostrarnos el camino. También nos enseñó cuál es la mejor forma de educar: con el ejemplo.

La querida niña Martha

Martha Sánchez López

Ella nació (si es posible, agregar lugar y año) en uno rodeado de cuajiniquiles e higuerones, el río cantó; fue tal el estruendo, que los pájaros se pintaron de otro color y esa noche la luna tuvo los matices de la guacamaya. Salieron al patio a danzar con las sombras de los grandes árboles y las luciérnagas indicaron que se había hecho el milagro. La niña creció y fue arrancada de esa tierra inhóspita y polvorienta; tenía que salir; se había ganado el privilegio de estudiar.

Otro lugar, otra familia, otra escuela, ya no la de pies descalzos, la de las pozas, la de los árboles cargaditos de mangos y papaturros. La hija terminó la escuela, pero había que continuar, un poco más lejos. Una vez más, otro lugar, otra familia, amigos, colegio y de allí: la Escuela Normal.

Recuerda que hizo en Cuajiniquil la práctica pedagógica que duraba quince días. Una vez no llegaron por ella y sus compañeras y un hombre las persiguió, "era tan peligroso"; corrieron y corrieron hasta que llegaron a encontrarlas, "imagínese qué susto, unas muchachas de 17, 18 años, caminando solas por esas tierras de nadie". Y sigue comentando sobre sus años de estudio "Ya nosotras habíamos hecho otra práctica, fuimos a todas las escuelas de Liberia y eso que la formación era de dos años, pero sí salíamos bien preparadas".

Después de que se graduó, no pudo ir a la capital a "reclutarse" porque no tenía dinero, "Solo las de plata podían ir", así que le dijo a su amiga que llenara sus papeles y que "pusiera lo mismo", que marcara la misma zona; "Yo ni siquiera me di cuenta de lo que ella llenó", aduce.

Y las casualidades de la vida se conjugaron al nombrarla a ella primero y a su amiga no, cuando por fin esta lo consiguió, la enviaron a "lejísimos, allá por Nicoya"; llegaba allí en bus, luego tomaba una avioneta y seguía a caballo, "pobrecita, sobre todo para alguien que comienza", menciona.

Así que la niña Martha inició su vida profesional en un pueblo perdido en la montaña. Hasta hace tres años, "Llegó la luz", como dicen los vecinos; se imagina, niña, poder guardar comida y caminar de noche, no solo cuando hay luna llena".

El telegrama del nombramiento, allá por el año setenta decía que se presentara como la maestra de la Escuela de Las Lilas de Quebrada Grande de Liberia. Y... ¿dónde es eso?, se preguntó. Alistó maletas y acompañada de su madre inició el camino. Un autobús a Potrerillos, otro a Quebrada Grande, luego la Finca La Sombra y, ¿de ahí?... solo Dios sabía.

Por dicha en el bus, como si el cosmos conspirara para que llegara a su destino, apareció Don Lino, "Y ustedes para dónde van? Pues yo, para ahí voy también, todos la estábamos esperando", dijo el señor. En el cruce estaba el hermano con el caballo que les serviría de transporte, "Así fue como conocí a los González, mis grandes amigos hasta la actualidad", dice con nostalgia.

Luego de andar por esos caminos desolados, después de cruzar el río Ahogados y tras unas siete horas de viaje desde que salieron de la casa, llegaron a Las Lilas, "ya era de noche, viera qué impresión, era un pueblito chiquito, ellos vivían muy pobres, a veces no había qué comer, pues sí, frijoles y arroz, leche, era todo muy limitado".

Y sigue recordando, "Qué triste, yo sola, mi mamá se quedó tres días conmigo; todo me asustaba, todavía recuerdo los grillos, bichos, culebras, alacranes. Dormía en un cuarto lejos de la casa, hasta que no aguanté y me fui a dormir con la pareja y los tres chiquitos al mismo cuarto. Fueron tan lindos, me protegieron tanto; yo era una chiquilla también".

El pueblo era un caserío de parceleros provenientes en su mayoría de la zona de Cartago. Una casa por aquí, otra por allá y las condiciones de pobreza en todos lados. Desde ese día y hasta entonces, aún después de haberse pensionado, la niña Martha sigue siendo la maestra querida y recordada de este bello lugar.

Al día siguiente, se presentó a la escuela, "Eran como cuarenta alumnos, tenía dos aulas". Durante tres años, laboró allí, con niños y niñas de todos los grados, de todas las edades, con grupos de hermanos que aprovechaban que los menores ya podían bajar de la montaña a la escuela y todos entraban a primero.

El hecho de ser escuela unidocente la hace recordar, la metodología que utilizaba, "Sí, nos daban material, pero había que ponerle cabeza. Ahora no, todo lo dan, las fichas de trabajo. Yo citaba a los estudiantes más grandes y pequeños juntos, para sopesar el trabajo".

En estos lugares, donde la escuela se vuelve el centro de socialización, ella hacía reuniones de padres y madres de familia. Graduó a sus estudiantes, pero también hizo un huerto, un jardín, "turnos" para "recaudar fondos". Los domingos que no viajaba a su casa, ensillaba un caballo y montaña adentro se iba a visitar hogares, "Yo no medía el peligro, cruzaba el río con un güila de diez años que me acompañaba", dice.

Y así transcurrieron los primeros meses, hasta que recibió su primer salario, con todos los meses atrasados. "Qué felicidad, eran como seiscientos pesos, yo me sentía millonaria, entonces comencé a llevar otras cosas para comer; para variar el sabor, me llevaba una salsa Lizano o de tomate".

¿A cuántos enseñó a leer y escribir? A muchos que hoy ya son padres, madres y hasta abuelos; a muchos que se quedaron labrando la tierra en este pueblo en donde parece que el tiempo no pasa, pero otros salieron y estudiaron, como el que la llamó recientemente que tiene un puesto ejecutivo en la Contraloría General de la República y algunos que la llaman para Navidad o el Día de la madre.

Entonces parece que no solo caló en ellos el recuerdo de la maestra que enseña a sumar y restar, sino también la que educó para la vida, la que de su bolsillo les compraba melcochas pues era la única posibilidad de que ellos probaran un dulce.

Pero el traslado se dio, retornó al lugar de su escuela, a su propia escuela; donde por veintitrés abriles se dedicó en cuerpo y alma a educar a medio pueblo y a ganarse un nombre; no hay familia que no haya tenido algún contacto con ella.

Y rememora ese primer día "Yo me presenté el sábado, porque antes se trabajaba los sábados y me dieron un sexto, fijese usted, esos muchachos eran más grandes que yo, muchachos de quince o dieciséis años; hasta a mi hermana le di clases, fue una experiencia nueva y allí me quedé hasta pensionarme".

Historias son muchas. Desde los paseos a jugar a la plaza del pueblo, a una finca cercana o alguna excursión al Parque Nacional Santa Rosa a

conocer de Biología Marina con un funcionario del MINAE hasta enseñarles a coser y bordar a sus estudiantes. Menciona que como antes no había comedor, la comida la llevaban de la cocina al aula y allí se repartía por el maestro, en platos que cada niño traía de su casa.

También habla un poco sobre la autoridad del docente, "Una vez tuve que decirle a una estudiante (ella era ya una muchacha) que si seguía yendo a los bailes tenía que reportarla a la dirección". Y sigue contando anécdotas...

"Carlitos", un niño con dificultades en el área del lenguaje simplemente no podía pronunciar bien las palabras; ella lo integró al grupo y el chico aprendió igual que todos. ¿Y la "niña"?, preguntaba ilusionado a todo aquel que pasaba por su casa.

"Gerardina", una niña con retardo mental leve, que le decía con tiza y borrador en mano: "Niña, no se preocupe, yo le cuido al grupo".

"Beto" era un niño a quien nadie quería como estudiante y se lo dieron para ver qué hacía ella. Con solo un poco de atención lo logró encauzar, era el chico que botaba el lápiz por la ventana para tener que ir afuera a recogerlo; y muchas veces lo lanzó fuera y otras tantas la niña Martha le prestó uno, para que no se saliera del aula.

"Juan", que le ofreció como regalo un pescado para el almuerzo, el cual nunca llegó ni llegará porque él murió hace unos años.

Esta maestra era de las que hacían de enfermeras, de guardaespaldas, de policías, de coreógrafas, de dibujantes y poetizas, de maestras de ceremonias, de consejeras, de productoras de espectáculos para el día del libro, del árbol o de la graduación.

De las maestras que daban clases de recuperación, no porque se las pagaran sino por auténtica preocupación de que sus alumnos salieran adelante. No había aula integrada como ahora, todos los niños y niñas estaban en una sola, conviviendo con la más amplia gama de diversidades, promoviendo cotidianamente la solidaridad y la cooperación.

Algunos pensarán, ¡qué altruismo, qué divertido, ser así!, pero no crean, el costo también es alto, al igual que sus ganancias, porque las hay. Sin embargo, las recompensas estaban más allá de llenar un formulario con aprobados y reprobados. Tantas facetas por negociar: ser mujer, madre, profesional, con todo lo que implica, satisfacciones y culpas.

Cuánta añoranza por aquellos docentes entregados a su labor, donde se conjugaban todos los espacios, desde los más íntimos como la familia y amistades, con los personajes de la comunidad escolar: padres-madres y estudiantes. ¿Por qué ahora sentimos un vacío en relación con la figura del maestro y su carisma, qué impide que el status siga siendo el de antaño?

A menudo escuchamos que la educación va de mal en peor, que los maestros son unos vagos, que lo que los estudiantes aprenden no les sirve para nada, que la educación no es integral, que ya no se enseñan valores, por qué si los estudiantes traen notas excelentes fracasan en los exámenes del Ministerio". Estos son solo algunos de los comentarios que a diario nos hacemos o se hace cualquier persona, ante la situación de la "educación" en nuestro país.

Situaciones como las más recientes que ilustran de forma alarmante escenarios de violencia extrema, nos muestran la orfandad no solo de los estudiantes (niños, niñas y adolescentes), sino también de los docentes y por supuesto de los padres y madres de familia, en un ambiente con todas las

razones para ser llamado caótico. Considero que esta renuncia del mundo adulto a poner límites y a ser una figura consecuente y congruente con sus actos, hace que estemos sintiendo una profunda soledad; en mi criterio, se sienten solos tanto los niños, niñas, jóvenes, docentes, padres y madres de familia.

Todos hemos perdido identidad; el docente no siente que puede serlo, el padre y la madre se vuelven frágiles en un contexto donde pierden credibilidad, los y las estudiantes se encuentran todavía más solos, en un ambiente que los satura no por falta de reglas (estas son las muchas que hay que cumplir), pero las cuales no han sido interiorizadas como suyas.

Entonces surgen otros cuestionamientos que a menudo quedan sin respuesta: ¿Se hace necesaria una redefinición del sistema educativo actual?, ¿cómo podría desarrollarse una educación de calidad acorde con las necesidades de la sociedad cambiante, sin dejar de lado la integralidad del ser humano?, ¿cómo se puede evaluar el desempeño del docente en un sistema educativo que favorece el desarrollo de una serie de antivalores, en detrimento no solo del mismo docente sino de los y las estudiantes?, ¿cuál es el sentido de tener una postura crítica ante los dilemas de la educación, sin llegar a ser propositivos?, ¿cómo ser coherentes en el proceso de evaluación tomado en cuenta la diversidad de las personas, los contextos y por ende los estilos de aprender?, ¿qué clase de seres humanos estamos formando, sin fomentar el adecuado manejo de la emociones, las de ellos y las nuestras, como una parte indisoluble al desarrollo del pensamiento?

Para quienes laboramos en docencia universitaria, el reto diario se constituye en la concientización de los y las estudiantes universitarios -futuros maestros y maestras-, sobre la ética en la práctica profesional y la importancia de no perder de vista a los seres humanos que vamos a tener a nuestro alrededor. Seres humanos con distintas necesidades, inquietudes y capacidades, dignas todas de ser satisfechas, abordadas y potenciadas. Pilares todas del proceso de desarrollo humano al que tenemos derecho; tan manoseado a veces y olvidado otras tantas.

El ejercicio de la docencia exige involucrarnos como personas en un ámbito donde la sensibilidad y el bagaje académico van de la mano, cual líneas paralelas pero inseparables. Todos tenemos diferentes saberes, algo distinto que aportar desde cada experiencia, pero qué sucede cuando surge la queja de lo que hacen en su ejercicio profesional los docentes -colegas nuestros al fin- y que nosotros mismos como universidad estamos formando.

Y, ¿qué ofrece la universidad a los estudiantes que van a ser docentes? Procesos de aprendizaje divorciados de cualquier intento de afectividad, apegados a discursos de integralidad, diversidad, tolerancia y respeto y por otro lado carentes de asidero real y práctico. Procesos verticales de transmisión de conocimiento, donde el cuestionamiento y la crítica proactiva no tienen cabida. Ninguna lectura de las dinámicas grupales, por lo que los grupos se vuelven rígidos desde el inicio de la carrera y luego nos preguntamos por qué los grupos a cargo son tan inflexibles en sus roles.

Esta burbuja en la que estamos inmersos en el mundo universitario, la cual nos aleja de la realidad y de los procesos comunitarios, exige no solo docentes que tengan algún contacto con situaciones de la vida real que enriquezcan el marco común, sino que orienten al educando sobre las múltiples contrariedades que existen entre los libros de texto y la vida cotidiana.

Hemos perdido de vista, no solo que ningún proceso educativo debe estar mediatizado por el dolor, de tal forma, que los métodos de enseñanza en la educación superior, se constituyen en un área de investigación y en una temática que nunca perderá vigencia: la autorreflexión constante del papel del docente en los procesos de aula, debido a que involucra a los actores en una revisión continua y por tanto evaluativa de lo que ocurre con los procesos de enseñanza-aprendizaje.

Sigo pensando en la niña Martha y otras muchas maestras y maestros que hicieron y vivieron su experiencia docente, totalmente apegada a sus proyectos de vida. ¿Qué nos dirán ellos de los docentes de hoy, muchos entregados a la misma causa, mercantilizados otros tantos. La tarea es ardua y nos involucra a todos; el presente exige repensar condiciones añoradas en un mundo cambiante y con nuevas necesidades.

La niña Martha también es un ser humano con virtudes y defectos. Ella se casó, tiene tres hijos y una ellos soy yo. Por eso, hablar de mi madre se convierte en una profunda combinación de sentimientos, entre el amor y el orgullo, entre el reclamo por la entrega sin límites, por el trabajo sin horarios, por ser maestra siempre. Ella es mi madre, como la de muchos hijos e hijas de maestros que sintieron que la docencia es combinable con el complejo mundo de la vida. Trato de argumentar objetivamente algo adherido a la subjetividad más pura.

Docente de educación secundaria

Profesora Thelma Murillo Mondragón: Una educadora ejemplar

Gilberto Alfaro Varela
Exalumno del Liceo de Tilarán
1966-1970

Al presentar a quien fue maestra o profesora en un periodo de la vida, se corre el riesgo de olvidar muchos detalles que quizás fueron los que más le impactaron a uno en la vida; pero también el riesgo de magnificar vivencias que podrían, para otros, no parecer creíbles. Es mi intención en esta breve reseña dejar constancia de vivencias auténticas de una profesora que nunca ha dejado de serlo para mí, y creo que en ella misma está presente el serlo, no porque pretenda siempre enseñar, sino porque le resulta auténtico darse a los demás con el cariño y humildad que dan la oportunidad para aprender y enseñar, sin importar si de quienes aprende y a quienes enseña son alumnos oficialmente y requieren o no ser calificados con una nota.

Seleccionar a un educador ejemplar para una reseña de este tipo me resulta difícil, si parto de mi idea de que todo educador es esencialmente bueno, por cuanto la tarea que asume no es la tarea más fácil del mundo. Estoy hablando de educadores, aquellos que ayudan a transformar la vida de las personas, no de los que dan clases para cubrir programas y justificar salarios al final de mes; a estos últimos los podría llamar trabajadores docentes, a los primeros docentes-educadores. Personalmente, en la vida he estado en contacto con ambos tipos de docentes, pero quiero en este caso referirme a una educadora que a lo largo de la vida, después de conocerla y de tener conciencia de lo que se trata la verdadera educación, he encontrado que es un modelo por seguir para aquellos que intentamos con esfuerzo contribuir en la educación de las futuras generaciones del país.

Dejo a los lectores las interpretaciones, yo trataré de hilvanar los hechos para que sirvan de base a la reflexión.

La experiencia vivida

Corría el año 1966 cuando tuve la dicha de llegar a las aulas del Liceo de Tilarán, unos cuantos días después de iniciado el ciclo lectivo, por la incertidumbre que existía de si podía o no entrar al colegio. El llegar tarde a un grupo es difícil pues uno debe ajustarse a lo que esté establecido; sin embargo encontré apoyo en los profesores y recuerdo especialmente a la profesora Thelma, quien reparaba en que había llegado "alguien" nuevo, a aquella aula del I-A, junto a la Dirección del Colegio.

Era para entonces una profesora muy joven, talvez la más joven en el colegio, era exalumna del colegio y oriunda del mismo pueblo. Esto debe constituir una ventaja, pero a la vez limitaciones. Tuve la grata oportunidad de que fuera mi profesora en el área de Ciencias por cinco años (Ciencias Generales, Química y Biología). Una primera lección que creo que aprendimos con ella fue la de la sana distancia que debe existir entre los estudiantes y los profesores; de manera que como estudiantes tuviéramos claro que con ella, a pesar de la confianza que podríamos sentir por la poca diferencia de edad que existía o por el conocimiento que existía en el lugar acerca de ella, siempre tuviéramos presente que la relación que nos mantenía unidos a ella era la de estudiantes

con la profesora. De esta manera siempre fue PROFESORA sin más, siempre cercana pero siempre profesora.

En esta relación clara entre estudiantes y profesora, fue posible disfrutar de sus lecciones amenas y claras, con una característica que me impresionó y era cómo hacía la profesora para, al final de la explicación de un tema, pedir que sacáramos el cuaderno y ella nos dictaba sin tener nada a mano. Había una construcción de un texto que iba llevando con puntuación correcta e ideas hilvanadas que posteriormente nos servía de material de apoyo para el estudio. En esa época no había libros disponibles, o quizás no nos los pedían por la falta de recursos económicos de los estudiantes, tampoco había fotocopias y tal vez el polígrafo requería la preparación de estenciles y demás procedimientos que podría parecer tecnología demasiado sofisticada. Lo cierto es que la profesora nos aportaba aquellos resúmenes bien elaborados que nos servían para repasar la lección que con gusto y esmero nos había dado. Era su estilo y aún hoy me parece interesante sintetizar al final de una clase las ideas principales que han sido presentadas y discutidas de manera que los estudiantes se vayan claros en los puntos en los que hemos llegado a acuerdos o por lo menos que serán los que sirven de base para continuar aprendiendo.

Sus explicaciones en la clase siempre estaban cargadas de ejemplos que conectaban con la realidad y cuando la ocasión se prestaba, las lecciones se complementaban con excursiones durante los fines de semana. Recuerdo excursiones para visitar las minas de oro en Líbano, para conocer las diversas formas en que nos los podíamos encontrar los minerales que en esas minas nos parecían sorprendentes. Las excursiones nos permitían, además de profundizar en el tema, socializar un poco más con los compañeros, asumir la responsabilidad en las cosas que hacíamos y generar estrategias y cuidados en la manera de conducirnos en la vida. Por otra parte, aun tengo presente el trabajo que realicé en primer año para la clase de ciencias, en que me correspondió demostrar que la materia presenta diferentes densidades según sean las sustancias de que están constituidas. Los barcos con fondo de alcanfor que flotaban libremente en una palangana con agua fueron para mí una sorpresa y creo que de ahí en adelante entendí cuando del concepto de densidad se trata. Aquella fue una experiencia, tal vez menos sofisticada, pero con los mismos principios de una feria científica, todos tuvimos que presentar algo y exponerlo para todo el colegio. La profesora estaba involucrada en la organización de esta tarea.

Los años fueron pasando y las ciencias para mí continuaron asociadas con la profesora. Con ella aprendimos de plantas, animales, rocas, preparativos para el estudio del espacio (en esa época eran los estudios del espacio por medio de las naves Apolo), pero también con ella tuvimos las lecciones que corresponderían hoy con educación sexual. En un marco absoluto de respeto y seriedad se nos explicaban asuntos relativos a la sexualidad, diferencias y semejanzas entre hombres y mujeres pero sobre todo la responsabilidad en el manejo de los asuntos sexuales en la vida. En las clases se planteaban lo que hoy podríamos llamar mitos, temores, fantasías y la profesora aclaraba con aplomo y con visión científica lo que correspondía.

Los años superiores vinieron y con ellos la Química, la Física y la Biología. La profesora estuvo a cargo de la Química y la Biología y nos animaba a aprenderlas con gusto y dedicación, porque serían la base de las carreras



Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIMEC)
Facultad de Educación

universitarias que después quisiéramos escoger. En esto siempre nos animaba a continuar más allá de lo que el colegio podía ofrecernos, porque como ella decía en ese entonces, sus alumnos teníamos que ir más allá de donde ella había logrado llegar con el estudio. En la preparación que nos daba tenía presente que al final tendríamos que presentar exámenes de bachillerato y su aspiración era que todos saliéramos adelante. Había una alta expectativa y un deseo de que todos saliéramos bien. Por su experiencia, y teniendo en cuenta que ella tendría a cargo la preparación para exámenes de bachillerato en Química y Biología, nos recomendó que todos presentáramos en Biología para que ella pudiera atendernos mejor. Sus centros de Biología los ofrecía una vez por semana en la madrugada, –sí en la madrugada de 4 a 6 de la mañana–, porque era el único espacio que encontrábamos en aquellos años de centros y grupos de estudio, donde todos los estudiantes nos organizábamos y asumíamos la tarea de ayudarnos unos a otros, de manera que al final llegáramos todos juntos y bien preparados a los exámenes. Todos llegábamos al colegio a esas horas, con el frío y el viento que hace en Tilarán, pero con gusto estábamos ahí. Creo que era la señal de compromisos mutuos lo que nos empujaba a asumir estas tareas conjuntas, con miras a un bachillerato en el que logramos que el 100% ganáramos el examen. Ahora no sé si aprendimos más biología o si aprendimos a valorar más y mejor a las personas, el tiempo y las condiciones que teníamos, lo cierto es que esa es una sensación que ayudó a crear la profesora Thelma.

A lo largo de esos años hubo ocasiones en que la profesora nos tuvo que llamar la atención y sancionar fuertemente por diferentes razones, pero no recuerdo ni siento hoy que hubiese rencor hacia ella, más bien siempre fue el soporte y recuerdo que por alguna razón que nunca llegué a entender, cuando terminamos el colegio no tuvimos una fiesta formal del colegio, por lo que el grupo se organizó para un pequeño encuentro y la única persona fuera de los estudiantes invitada a la pequeña fiesta fue la profesora.

Su influencia en la vida no terminó cuando salimos del colegio. Ella continuó al tanto de los avances en la universidad, en la vida y en el trabajo. Para mi gusto, profesionalmente terminé haciendo de profesor de Química y con ello me correspondió encontrarme con ella como colegas de trabajo. Allí seguí encontrando apoyo en sus consejos e inspiración en la vitalidad con que asume todas las tareas. En esos años estuvo involucrada en procesos de renovación del sistema educativo, dando luchas y participando en procesos de capacitación para hacer mejor las tareas educativas en las que participaba, si es que se puede hacer mejor lo que muy bien se hace. Tuve el honor en esos tiempos de colaborar en un curso de capacitación en el que para mi sorpresa ella era una de las personas que venía a capacitarse, y su reacción fue que estaba feliz de ver que sus alumnos habíamos llegado más allá de donde ella había podido llegar. Ahora pienso que esto sería como una profecía cumplida, pero aún así aproveché la ocasión para aprender de sus recomendaciones y experiencias compartidas.

Una vez llegado el tiempo de su jubilación, tuve noticias suyas por las tareas comunales en las que se involucró; ahora dedicada a educar y servir en la comunidad en temas ambientales, conservación de especies y atención a los ancianos en el Hogar de Ancianos en Tilarán. Ahí estaba compartiendo y

cuidando posiblemente a los abuelos de muchos de quienes habíamos sido sus alumnos.

En los últimos años la he visto con otros proyectos, pero nunca olvidando a sus alumnos. Nos encontramos en el funeral de uno de mis mejores compañeros de clase y realmente fue impresionante caer en la cuenta de que ser profesor no se acaba cuando los alumnos se van sino que siguen por el resto de la vida, aún en esos últimos momentos cuando nuestras familias, las de sus exalumnos, pasan por esas noches oscuras en que es bueno saber que los profesores aún están para acompañar y enseñar como seguir adelante.

La última vez que nos vimos fue en Grecia donde ahora vive con su hijo para estar cerca de sus nietas a quienes les tiene una adoración especial; supe que estaba ya involucrada en las organizaciones comunales para apoyar la escuela y a saber qué otras tareas se le presentarán de ahora en adelante. Esta es para mí una "educadora ejemplar" de quien podemos aprender y a quien deberíamos de tener cerca de las aulas donde se forman nuevos docentes para enseñarles ejemplos concretos de cómo ser un docente-educador y poder superar así la docencia como simple trabajo.

Elementos esenciales de una educadora ejemplar

De esta reseña quiero rescatar el ser auténtico que debe caracterizar a un o una educadora. Se enseña con el ejemplo y en la simpleza de la vida, no hace falta ser prepotente ni arrogante, porque en esas etapas de la vida, quienes aprendemos estamos deseosos de encontrar apoyo y seguridad en quienes nos sirven de referentes.

La coherencia es un elemento esencial, y la claridad en el manejo del contenido que se enseña es una herramienta que ayuda al educador a dar seguridad a los estudiantes y gusto por lo que aprenden. De igual manera, la coherencia en los principios que orientan sus acciones son los motivos que hacen que los estudiantes se sientan confiados para dedicar esfuerzos y asumir compromisos, aún en las madrugadas de la vida.

Trascender el centro educativo y poder mantener la imagen de profesor o profesora más allá de las aulas indica que las vivencias de los estudiantes han estado marcadas por un modelo que inspira y que se quisiera mantener para siempre, donde cada encuentro pudiera ser una nueva oportunidad para seguir aprendiendo.

Para rescatar muchos más elementos que pudiéramos aprovechar del ejemplo que nos dan los educadores ejemplares, sería necesario reunirlos a ellos y que sean ellos como propios actores los que nos ayuden a dilucidar lo que está detrás de la trayectoria de vida que tuvimos la ocasión de compartir apenas en algunos momentos, pero que nos marcaron para siempre.

Docentes de educación superior

Marielos Salas Chaverri o pequeño espejo para una mujer grande

Carlos Rubio

Marielos Salas es una mujer grande. A la mirada de los jóvenes aspirantes a maestros, resultaba gigantesca. Muchos de nosotros acabábamos de terminar la secundaria, otros habían atravesado largas distancias en sus propias vidas —así como en los autobuses— para llegar a las aulas de la Universidad Nacional. Venían de Tarbaca, Los Santos, Limón o Desamparados. Jamás se imaginaron, durante el trayecto, que se iban a encontrar con una profesora con voz tan potente, como para seguirla escuchando, aún cuando hubieran terminado los años de formación.

Al traspasar la puerta de una diminuta aula de madera que alojaba a más de treinta personas en un verdadero estado de hacinamiento, encontramos a una mujer sentada en un pupitre frente a sus estudiantes. Morena, cabello corto, ojos fijos en la audiencia, no soltaba su cigarrillo —en aquellos tiempos, allá por 1986, se fumaba en cualquier sitio sin impedimento ninguno—, el vestido de tirantes, el desafío. Era evidente el calor que despertaba esa empuñada aula de madera, mal ventilada, que albergaba a tantos seres palpitantes, que pretendían pensar que la educación primaria se reducía a ir a enseñar a niños pequeños.

—Usted —vociferaba con una violencia inusitada—. Usted no sirve para maestro. ¿Cómo se le ocurre llegar cinco minutos tarde a clase?

—¿Con qué propiedad —pensaba yo— esta mujer decide acerca de nuestra vocación? ¿Cómo es posible que se atreva a insinuar que no servimos para maestros, tan solo por llegar tarde unos instantes?

Sin embargo, con esa rara sentencia, y bajo el transparente hálito de la columna de humo que se desprendía del cigarrillo, estaba la formadora que, cubierta con el disfraz de la grandilocuencia, transformaría nuestras vidas.

Es curioso cómo se modifica el país en tan solo dos décadas. A mediados de los años ochenta se experimentaba el llamado déficit de maestros. Éramos muchos los aspirantes que trabajábamos en las aulas sin haber realizado ningún estudio pedagógico. El Ministerio de Educación Pública nos nombraba con la categoría de “aspirantes”, nombre esperanzador, pues de alguna manera invocaba que aspirábamos a ser “maestros de verdad” en algún futuro, cuando concluyéramos los estudios. Pero, la verdad es que eran muchos los alumnos de secretariado, computación o ingeniería, que por algún motivo, se alistaban en un ejército improvisado que soñaba con el mito de enseñar niños con el decimonónico ritual de sostener un libro de texto en las manos. Aún las universidades privadas no se habían diseminado por Costa Rica con la misma rapidez con que se extienden las cadenas de supermercados. Y no se hacía publicidad entre estudiantes de secundaria, tentándolos para que se matricularan rápido, ofreciéndoles, en algunos casos, premios, dádivas y felicidades eternas, con el ímpetu competitivo de quien pueda atrapar mayor cantidad de clientes. Así fue como la Universidad Nacional y la Universidad de Costa Rica establecieron convenios con el Ministerio de Educación Pública para formar, en un lapso de dos años, maestros con un nivel de diplomado o profesorado, que tendrían posibilidades de profesionalizarse en el futuro con niveles más avanzados, en las diferentes carreras educativas. Se les llamaron “Planes de emergencia”, y es que realmente era una emergencia contar con docentes preparados en las aulas,

listos para vivir con los niños experiencias innovadoras en la búsqueda del aprendizaje.

Los estudiantes que participábamos de aquella aventura, teníamos que rendir un examen de admisión. Si lo ganábamos, aparte de estudiar educación en una universidad, heredera de la Escuela Normal, —aunque en aquel momento no se tuviera conciencia de ello—, se gozaría de un nombramiento por un año en una escuela pública del país. ¿Quién iba a imaginárselo? Nosotros, que en nuestra gran mayoría, apenas veníamos terminando la secundaria. Otros, que tal vez creyeron que su vida laboral se resolvería como dependiente de una tienda, agricultor o empleada doméstica, de repente, nos veíamos con la inmensa responsabilidad de atender las necesidades de formación de un grupo de niños que creía ciegamente en el poder transformador de su maestro.

Eso sí, había que tener mucho cuidado, pues nos habían advertido que si perdíamos una materia, aunque fuera una, debíamos devolver el dinero al ministerio y perderíamos el trabajo. Era el dinero correspondiente a unas horas semanales que el gobierno nos otorgaba, para que asistiéramos los estudios. Nosotros, que teníamos exigüos salarios que no llegaban a los cinco mil colones, temblábamos solo con pensar que podíamos fallar en alguna asignatura. Por eso no era fácil tener al frente a una profesora como Marielos Salas, con mirada de tigresa, cuestionando nuestra vocación, con una columna de humo gris que se escapaba de sus dedos hacia alturas desconocidas.

—Un maestro, que llega tarde, no sirve —insistía.

Muchos años después, oíamos hablar del papel fundamental que tiene el profesor como modelo ante sus estudiantes. Escuchamos teorías sobre el currículum oculto y que es poca la fuerza de la palabra y mucha la de las acciones. De nada le sirve a un docente hablar de valores si no los vive intensamente y si no los demuestra en la acción cotidiana, en los pequeños y grandes actos que desarrolla en el escenario del aula.

Y así era Marielos Salas en el aula universitaria, la viva congruencia entre el saber y el hacer, la unión entre la teoría y la práctica. Porque esa primera clase, entre un cigarro que se esfumaba y otro que se encendía, percibíamos a la mujer que preparaba acuciosamente su clase, que leía con detenimiento los textos que íbamos a comentar, porque en la medida que nos exigía con tono vehemente, también se exigía a sí misma, aún con mayor inclemencia.

No era para menos: muchos años después fuimos conociendo más de ella. Se había egresado de la Escuela Normal de Costa Rica en 1963 y había obtenido la Idoneidad en Español en 1971. Siete años después se graduó como bachiller en Educación en la Universidad Nacional y en 1981 logró su licenciatura en Ciencias de la Educación con especialidad en Pedagogía de la Comunicación, en esa misma casa de estudios. Muchas veces, ella lo contó en clase. Su hija, Desirée, estaba muy pequeña. Y a pesar de las exigencias de elaboración de la tesis, ella estaba consciente de que debía sacar tiempo para jugar jackses y compartir con la niña. Esa visión no era fácil construirla. Para ese entonces, ya había acumulado una amplia experiencia como maestra de escuela primaria, profesora de Español en Tercer Ciclo, así como bibliotecaria. A partir de 1985, Marielos se desempeñó como docente en la universidad donde se formó.

En ese entonces se vivía una concepción muy distinta del formador de maestros. En la Universidad Nacional se estableció un competente equipo interdisciplinario de profesores, entre los que se encontraban Flor Alicia Salas,

María Ester Aguilar, Édgar Céspedes y por supuesto, Marielos. Cada uno de ellos se encargaba de orientar a un grupo en su proceso de estudios. De esa manera, los estudiantes acudíamos durante el lapso comprendido entre marzo y noviembre a concentraciones cada dos o tres semanas. En esas concentraciones, llevadas a cabo los viernes de cinco de la tarde a nueve de la noche y los sábados, de ocho de la mañana a cinco de la tarde, eran intensas y agobiantes. En verano (comprendido en los meses de enero y febrero), nos encontrábamos con un pesado horario de clases que incluía lecciones los lunes, martes y miércoles, de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Eran ricos encuentros en los que los profesores comunicaban sus conocimientos y los “estudiantes – maestros”, (así se nos decía), compartíamos las experiencias que habíamos puesto en práctica en nuestras propias aulas. Motivo por el cual, era común que transportáramos con nosotros, dibujos, maquetas, composiciones, grabaciones y múltiples trabajos elaborados por los pequeños alumnos.

El edificio del Centro de Investigación y Docencia en Educación (CIDE), apenas se estrenaba. Habíamos recibido las primeras lecciones en las viejas aulas que albergaron a la Escuela Normal Superior. Ahora debíamos atravesar un laberinto, por el campus de la Universidad Nacional, que comprendía caminos techados, el rápido tránsito por otras facultades y el paso por un puente y un pequeño bosque de árboles navideños. Todo ello para llegar a recibir clases con Marielos. Justo en esos días, nos enteramos que el campus llevaba el nombre de Omar Dengo. ¿Quién sería ese él? Su nombre ya me era familiar pues fui alumno de un Jardín de Niños que se llamaba así: Omar Dengo. Pero, ¿qué significado tendría aquello dentro de nuestra formación pedagógica, dentro de los conocimientos que construíamos con nuestra profesora?

Y es que los “estudiantes – maestros” aprendimos que un docente no solo era aquel que se encargaba de enseñar a leer y a escribir, que señalaba el nombre de los ríos en un mapa, que lograba que sus alumnos hicieran cálculos matemáticos; no, el verdadero maestro es un transformador social, que mejora la calidad de vida de todos aquellos con quienes comparte los conocimientos. Marielos nos pidió que leyéramos un ensayo que Francisco Gutiérrez había escrito sobre el recordado maestro costarricense, antiguo director de la Escuela Normal, y allí descubríamos un ideario que pesaba sobre la realidad de aula que cada uno de nosotros encontraba. Cada vez que íbamos a trabajar en nuestras respectivas escuelas, en Desamparados, Alajuelita, Tarbaca, Acosta o Limón, descubríamos que las palabras de Omar Dengo adquirían mayor vigencia. Así vimos que la educación debe adaptarse a las necesidades del país, y que esa no es solo tarea de un grupo selecto de personajes. Esa es labor de muchas personas que, en la vivencia de diversas realidades, pueden interpretar el hecho educativo para satisfacer sus aspiraciones e intereses.

–Se transforma la realidad cuando un maestro logra que se construya el puente hace falta en la comunidad –decía Marielos en clase–, pero también la transforma cuando cuelga un cuadro o coloca una maceta en el aula, pues de esa forma también está cambiando la vida de los niños.

Así fue como leímos con pasión que “La escuela debe capacitar al niño para que adquiera conocimientos, para que dirija la formación de sus hábitos y concurra conscientemente al desarrollo de sus ideales”, tal como lo escribió el maestro Dengo, y mirábamos a esos chiquillos que llegaban a nuestras aulas.

s solo se alimentaban en los comedores escolares; ya habían
noche anterior, como vendedores de rosas o cuidacarros en las
José o habían presenciado un pleito, donde el compañero
turno le rompió la boca a su mamá. Así observábamos que
mientras nos dedicábamos a "enseñar" perdíamos de vista la
y humana de esos niños. Marielos escuchaba los casos que
en el aula universitaria sobre nuestros alumnos, seres de carne y
nueso, nunca inventos en el papel, que esperaban que nosotros, como
maestros, supiéramos darles respuesta. Nuestra profesora insistía en que
debíamos tener presente, en todo momento, la realidad de esos niños para
propiciar los procesos de enseñanza - aprendizaje. Que una escuela que
habla de lo ajeno, es una escuela vacía, un sombrío edificio sin significado.

Y al mismo tiempo que intentábamos conocer el pensamiento de Omar
Dengo, supimos de otros maestros costarricenses de inicios del siglo XX.
Empezamos a interesarnos en Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén
y Carmen Lyra. Fue en esos mismos tiempos en que Marielos nos pidió que
leyéramos la novela *A ras del suelo*, de Luisa González. Qué emocionante
resultaba percibir al maestro Dengo, no solo como un autor de ensayos y como
una figura central de nuestra educación, sino como personaje de un texto
literario. Sí, y sonreíamos porque aquella muchacha retratada en la novela,
joven maestra de la década del 20, tenía muchas similitudes con nosotros, que
empezábamos a formarnos como maestros más de sesenta años después.
Bien sabíamos que se trataba de una muchacha pobre como nosotros, tal vez
más pobre que muchos de nosotros, y que tenía plena convicción de que la
escuela era un sitio donde se debe tomar conciencia, conciencia de clase si se
quiere, conciencia de que debemos aspirar a mejorar las condiciones de vida
de quienes nos rodean. Como estudiantes que apenas intentábamos dar
nuestros primeros pasos en la docencia, experimentamos una emoción
inigualable cuando entrevistamos a doña Luisa González en su casa de Barrio
México. Fue un domingo por la tarde. Y aquella anciana de cortos cabellos
encanecidos, mirada ampliada por los lentes, nos recibió en la sala de su
hogar. Aquella sala decorada con tapices y telas tejidas por artesanas de
diferentes lugares de Latinoamérica. Allí estaba su colección de planchas
antiguas, aquellas planchas como las que usaba tía Chana para ganarse unos
pocos cincos arreglando los vestidos de las mujeres adineradas. Allí estaba la
protagonista de la historia y nos hablaba, a viva voz, de todos aquellos que
eran personajes elaborados por la palabra escrita, las descripciones de
Marielos y nuestra propia fantasía. Nos habló de Carmen Lyra, de Omar
Dengo, de don Joaquín... y los pudimos ver ahí, frente a nosotros, contestando
a nuestras inquietudes, advirtiéndonos de la inmensa responsabilidad que sería
la de ser educadores en el siglo XXI.

Al mismo tiempo que descubríamos esas nuevas ideas con Marielos,
íbamos observando los cambios en las caras de los niños que se encontraban
a nuestro cargo. Y es que así vimos que podíamos compartir conocimientos
por medio de la metodología participativa. Una metodología en la que nadie se
adueña del conocimiento, sino que se encuentra en boca de todos los
actores sociales que conforman la clase (niños, maestros, director, padres de
familia, conserjes... todos tienen algo que decir). Y vimos tres principios que
Marielos anotaba en la pizarra y trataba de profundizar: era una metodología
participativa, lúdica e integradora.

Eran tiempos en que escribíamos nuestros planeamientos, a mano, para mejorar la caligrafía. Se los llevábamos a Marielos, quien los leía detalladamente, los comentábamos en las "sesiones plenarios" que desarrollábamos en la clase y mirábamos la teoría que íbamos construyendo. De esa forma pudimos decir que "el hombre no enseña al hombre, sino que aprende en comunión", y bajo esas palabras, como un lema, nos dimos a la tarea de leer **Pedagogía del oprimido** de Paulo Freire. Allí pudimos imaginar los diálogos entre dos educadores, distantes en geografías y tiempos, pero inmensamente vinculados en su percepción de la educación y del mundo: Omar Dengo y Paulo Freire.

Discutimos sobre lo que significa educar en el contexto de los oprimidos. Para aquel momento, el presidente Reagan se satisfacía con los ataques que, desde tierras costarricenses, se le hacía al gobierno sandinista. El presidente Luis Alberto Monge acababa de declarar una neutralidad perpetua. ¿Cuál neutralidad? Los norteamericanos hacían de las suyas en la Base del Murciélago y las paredes de los edificios josefinos estaban tachonadas con graffitis: "Fuera yankees". El noticiero de Radio Reloj, Telenoticias, La Nación —con una página semanal pagada por el Movimiento Costa Rica Libre—, entre otros medios muy populares en aquel entonces, intentaban describir lo atroz que eran los de izquierda, en el vecino país del Norte. Recién acababan de estallar las granadas en La Penca y otros medios de comunicación como el periódico **Libertad**, la revista **Aportes** o el semanario **Universidad** intentaban mirar la situación nacional de otra manera. Leer a Freire, en un mundo así, era necesario. Comentábamos sobre la "falsa generosidad" de los opresores, el interés de convertir a los maestros en una masa burocrática para que ni siquiera piensen en cambiar el estado de las cosas, para lograr "tener más y cada vez más, a costa, inclusive del hecho de tener menos o simplemente no tener nada de los oprimidos" (Freire, p. 53, 1986).

Es necesario plantearse hoy, en momentos en que el gobierno costarricense se encuentra a punto de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos, las consecuencias de llevar a nuestros jóvenes estudiantes a aprender más tecnología, más inglés, más cultura extranjera, para convertirse en mano de obra barata de las empresas que vendrán a instalar sus fábricas en nuestro país. Fábricas en las que no sabemos aún qué va a imperar, el ser humano o la máquina, ¿nos acercamos, a pasos agigantados, a los momentos más desgarradores de la revolución tecnológica? ¿Es necesario repensar los efectos de una educación bancaria y una educación dialógica? En momentos como estos, de plena incertidumbre, es necesario pensar en la necesidad de desempolvar la **Pedagogía del oprimido** y leerla con profesores como Marielos Salas. Claro está, muy posiblemente hoy ya no hablaríamos de la metodología participativa, sino que nos referiríamos a los múltiples aportes de la pedagogía crítica. Por eso, habría que preguntarse qué están haciendo las universidades públicas para que las palabras de Freire, Macedo, Giroux o el propio Omar Dengo cobren nuevos significados a la luz de los tiempos.

Para ser maestros del siglo XXI, Marielos nos exigía con un amor maternal. Exigía porque sabía que nosotros no deberíamos formar parte de esa masa burocrática de la que se plasmaba en la **Pedagogía del oprimido**. Tal vez por eso, a veces podía parecer dura e implacable. Podía exigir, con una frialdad incuestionable, que se elaborara una unidad integrada de un día

para otro. ¿Cómo iba a ser de un día para otro? A muchos nos costó trabajo comprender ese concepto: el de poder desarrollar conocimientos de diversas disciplinas a partir de una situación que fuera de interés de los niños, parte intrínseca de su realidad. El hilvanar ciencias, matemática, lenguaje y estudios sociales a partir de una realidad, para desarrollar el trabajo durante por lo menos una semana, con un grupo de escolares, no era asunto fácil. Pensar y diseñar una unidad integrada podía llevar muchas horas de reflexión, de lectura, de investigación, de elaboración de materiales. Pero, Marielos lo pedía así, de un día para otro. Salíamos a las cinco de la tarde de clases y debíamos presentar a las ocho de la mañana del siguiente día, frescos y listos para exponer un trabajo que apabullaría a cualquiera.

Nos organizamos en subgrupos. Recuerdo que varios compañeros nos reunimos, a las ocho de la noche, en la casa de Lidianeth, una compañera que vivía en Santo Domingo de Heredia. Empezamos a imaginarnos la unidad integrada, a leer los documentos poligrafiados que utilizábamos en aquel entonces y a crear un plan de trabajo que satisficiera las necesidades de nuestros alumnos y las pretensiones de nuestra profesora. Ya, a la dos de la mañana, habíamos concluido el primer borrador, y nos dedicábamos a transcribir en amplias láminas de papel periódico todos los textos. Lejos aún estaban los tiempos en que se usarían computadoras y proyectores de imágenes para hacer exposiciones, así que debíamos "pasar", con una caligrafía perfecta, todo lo que habíamos escrito. De la misma forma, teníamos la obligación de elaborar los materiales didácticos que resultarían necesarios para aplicar esa unidad integrada. Ya casi a las cinco de la mañana, algunos compañeros nos despedíamos de la casa de Lidianeth, para irnos a bañar y estar listos para empezar a exponer a las ocho en punto (recuérdese que era imposible llegar tarde). Los que vivían largo, se recostaban a dormir en diferentes lugares: alfombras, sofás, camas improvisadas en la nada. Claro está, en aquel momento experimentábamos un resentimiento y hasta un rencor inusitado hacia la profesora que nos hacía desvelarnos como si nada estuviera pasando. Hoy, agradecemos aquellas noches de trabajo continuo, pues gracias a ellas aprendimos los conocimientos y la disciplina necesaria para poder sentir la llama del maestro viva dentro de nosotros.

Y es que Marielos podía ser despiadada en sus apreciaciones en clase. Bien recuerdo un cartel improvisado que hice a última hora. Un cartel sobre algún tema relacionado con la matemática. Ella se iba paseando por los alrededores del aula, observando cada uno de los trabajos. Cuando llegó al mío, se rascó la cabeza y se puso un lápiz detrás de la oreja (eso era señal de que algo malo estaba pasando) y pidió que bajaran inmediatamente esa cochinada.

Claro que nosotros como estudiantes, nos sentíamos profundamente ofendidos. No era nada raro ver a compañeras que pasaban llorando de un lado a otro, zapateaban en una esquina o se tragaban palabrotas imposibles de pronunciar. Y es que Marielos Salas era así, inmensamente cariñosa, pero también exigente y directa en sus apreciaciones.

Pero no era solo eso. Marielos también significaba el sentido del humor, la criticidad inmensa. Nunca se me olvidará la picardía con que nos mostraba una fotocopia con alguna de las tantas caricaturas que se hicieron de Francisco Antonio Pacheco, quien en ese entonces era el Ministro de Educación Pública. Ella enseñaba la caricatura y la volvía a esconder una y otra vez, con la certeza

de una chiquilla que está haciendo una travesura. El asunto no era para menos, ese ministro era el patrón de cada uno de nosotros, que éramos "estudiantes - maestros". Pero la profesora siempre estaba allí, para guiarnos hacia el conocimiento y la criticidad por cualquier camino, el de la serena reflexión o el de la risa. Como diría ella misma, esta es una conversación de "cigarros, guaro y hombres" y se echaría una carcajada sonora, de mujer que ha logrado calar en la vida de sus estudiantes.

Con la misma rapidez con que transcurrieron aquellos dos años de formación inicial con Marielos, han pasado dos décadas. Nuestra profesora, que ya se encuentra pensionada, y con un nieto en los regazos, recuerda, con esa alegría que da la madurez, todas aquellas congojas que pasamos para podernos iniciar en una carrera profesional. De su esfuerzo hemos sabido mucho. Bien sabemos que después de que nos graduamos, Marielos dio un inmenso aporte a los maestros unidocentes por medio de la elaboración de guías y continuas capacitaciones. Quienes pasamos por sus aulas no la olvidamos, pues como decía Omar Dengo, "*El maestro no es un mago que pueda transformar por la sola virtud de la palabra*", y en ella vemos esa continua integración entre el saber y el hacer.

La gran mayoría de aquellos jóvenes docentes adquirieron su propiedad laboral en las escuelas donde empezaron con la categoría de "aspirantes" y con un salario que no llegaba ni a cinco mil pesos. Muchos de ellos continuaron sus estudios en la Universidad Nacional y ya se convirtieron en directores de instituciones, asesores regionales o profesores universitarios. Pero todos, a pesar del paso del tiempo, siguen oyendo la voz de Marielos Salas como una voz de conciencia acerca de la misión luminosa que tiene el maestro. Vocación que está en el encuentro con los libros de texto, en los manuales de lectura y escritura, en el hacer del teclado o de la tiza, en la mirada cotidiana del niño. Vocación donde se haya el camino para hacer que los seres humanos podamos aspirar a convivir en paz y a transformar la realidad para bien.

Sirva este ensayo como un espejo para que Marielos se mire... Y nosotros nos miremos con ella. Un espejo pequeño, inevitablemente muy pequeño, para reflejar a una mujer grande.

Inspirar, creer y confiar: Tres palabras entrelazadas en el proyecto de vida, según las experiencias educativas personales

A María Cecilia Dobles Yzaguirre, siempre maestra

Jacqueline García Fallas

La oportunidad de reflexionar sobre las experiencias pedagógicas, permite valorar la importancia de que estas se hayan incorporado al sistema educativo público, desde la educación preescolar hasta la universitaria. Por ello he aprovechado las opciones formadoras que la sociedad costarricense ofreciera a la población estudiantil de mi época, mediante sus políticas educativas, sin las cuales no habría podido concluir con la educación superior completa, y ser parte de una minoría que ha tenido acceso a la universidad, aun habiendo estado en situaciones económicas adversas, pero con el apoyo de una familia que creyó en la educación como un legado propicio para transformar las condiciones materiales y espirituales de vida.

Recuerdo el esfuerzo de mi mamá y de mi maestra de primer grado para que aprendiera a leer y a escribir, actividades que, sin lugar a dudas, han marcado el desarrollo personal y profesional. Con ellas empecé el camino de la imaginación, el cuestionamiento, el interés por el conocimiento, el arte y las letras. Supongo que les fue difícil comprender cómo hacer del aprendizaje de estas actividades una aventura y, no, una tortura; aunque no tuve mucha suerte con mi maestra de primer grado (¡qué descanse en paz!), ya que logró que mi papá me castigara, cuando no pude hacer unos círculos "bien redondos", o cuando invertí la suma y la resta, con escasos seis años. Por sus "quejas", obtuve que este suceso nunca lo haya olvidado. ¡Por dicha, no me peleé con la lectura y la escritura!

El tiempo se ha encargado de reconocer a mis maestros la significativa tarea que emprendieron para que el mundo asumiera ante mí otros colores, sabores, tonos musicales, pasiones y amores. Así provocaron que en los libros encontrara el más inigualable tesoro y la herencia que había podido buscar a través de mis divagaciones infantiles, las cuales se tornaron en la búsqueda de la(s) filosofía(s) en mi adolescencia y en mi bastión de la adultez.

Mediante la lectura y la escritura he podido construir significaciones que dan sentido a mi vida y me acercan a las preguntas más sublimes de la existencia humana, aunque también me han permitido tomar distancia, criticar y creer en utopías, como los horizontes de posibilidad irrenunciables, (muy hegeliano), para seguir soñando y luchando por una sociedad más justa y equitativa. He querido emular a Juana de Arco, quien con su vida y su tortura, me inspiró cuando era quinceañera y comprendí que el mundo no era igual para las mujeres; por supuesto, que esta iniciativa surgió de los libros que me obsequió mi profesor de Religión en octavo año, incluyendo uno autobiográfico de Santa Teresa del Niño Jesús.

Por eso fue valioso concluir la educación primaria y la diversificada. Mi hermana cree que tuve suerte, porque conté con maestras que me permitieron

participar en todas las actividades escolares, y no me humillaron, como le sucedió a ella, quien ha renunciado a la creencia de la reencarnación con tal de no volver al preescolar y a la escuela. ¡Quizás, tenga razón: fui afortunada!

El "cole" (expresión llena de energía y optimismo), fue un espacio de descubrimiento personal. Conté con profesoras y profesores que potenciaron mis habilidades y mis intereses por la lectura y la polémica. Participé en todas las opciones académicas y políticas que se llevaban a cabo, aunque no en las deportivas, por falta de aptitudes.

Poseo recuerdos importantes de mis profesores y profesoras, aún reconozco sus facciones y gestos al impartir las lecciones, cuando rememoro algunos acontecimientos de esa época feliz. Los conocimientos compartidos fueron motivantes y esclarecedores, lograron sorprenderme, los respetaba mucho. No eran muy creativos con sus metodologías, pero permitieron que les creyera lo que compartían entre anécdotas, dictados y cuestionarios. Creo que ahora es más difícil, hay Internet; y escucho, de muchos docentes de secundaria un reclamo a sus estudiantes para que dejen la apatía que les produce las aulas, y, quizás, los contenidos y sus estrategias didácticas.

Hoy tengo la oportunidad de ser colega de mi profesora de Matemática de Octavo Año en la Facultad de Educación, nos recordamos mutuamente y siempre le he dicho que por su forma de ser y asumir el reto de su enseñanza, logró que le perdiera el temor infundido en las aulas escolares a esta asignatura, de la cual no recuerdo que alguna de mis maestras disfrutara por enseñar y comprender la fascinación de los números.

Sin lugar a dudas, los cinco años en las aulas y corredores de mi colegio fueron importantes en mi vida. Me despidieron a los dieciséis años, con un enorme deseo por conocer y saber. Quería ser maestra, teóloga, filósofa, psicóloga, antropóloga y socióloga, entre las muchas profesiones que quería estudiar. Estos múltiples intereses por aprender, fueron muy importantes en la "U", donde finalmente en la Escuela de Estudios Generales, mi profesora de Filosofía me encausó hacia este campo, y, mi compañera de Seminario de Realidad Nacional, casi egresada en ese momento de la Escuela de Filosofía, me convenció por su actitud, su bagaje de conocimientos y su capacidad crítica para que estudiara esta carrera.

Los años transcurrieron más rápido de lo que podía creerlo. Comencé mi carrera profesional en el año 1991. Tenía muchas dudas y temores, porque no sabía cómo relacionar los saberes construidos al lado de mis profesores y profesoras de filosofía, con un desafío nuevo y una aventura transdisciplinaria, que marcaron mi camino hacia la investigación educativa. Con el apoyo y la confianza de una de mis profesoras de filosofía, inicié mi rumbo hacia las tecnologías de la información y la comunicación, y su relación con los procesos educativos.

Los ensayos requirieron ser transformados en informes de investigación; las tareas académicas me permitieron comprender el poder del trabajo en equipo y la elaboración teórica compartida. Lo más importante fue la nueva pasión por

la educación, a la que le debía todo lo que en mi vida había resultado significativo.

Sirva este preámbulo para compartir las enseñanzas y los aprendizajes que propició en mi vida personal y profesional, conocer a *Ceci*. Repasando esas vivencias personales, dejo en evidencia que las experiencias pedagógicas significativas marcan el desarrollo de los proyectos de vida, y estas, en mi caso, se vieron favorecidas con su presencia.

En el año 1993 llegó una catedrática, jubilada de la Universidad Nacional Autónoma (UNA), como coordinadora de un proyecto nacional de investigación evaluativa, el cual se concentraba en la experiencia de informática educativa que se había iniciado en nuestro país a finales de la década de los ochenta. Se comentó que había laborado muchos años como evaluadora para el Consejo Nacional de Rectores (CONARE), había sido profesora de Matemática en secundaria y que era Doctora en Pedagogía, graduada en Rumania. Con sus anécdotas hizo que la acompañara en sus vicisitudes y en sus triunfos por tierras tan lejanas.

Ceci llegó para quedarse en mi vida. La primera imagen que tengo en mi memoria fue su afable rostro, su sonrisa cómplice y su alegría. Nos hizo parte de su familia y de su mamá, quien también había sido educadora; qué de Dios goce. *Ceci* mostraba muchas virtudes, tales como su humildad, su sencillez, su capacidad de trabajo, sus valores personales, su deseo de compartir y de dar oportunidades. Ella es la mejor prueba de que con el ejemplo se enseña y de aquella idea pedagógica, según la cual en el acto educativo se transmiten más que conocimientos, sino también valores y prácticas.

Incluso me animó a hablar en grupo, a no tener miedo y a mantener una disposición abierta para conversar, y para querer compartir lo que he podido conocer, saber o descubrir como un aprendizaje personal, y no como resultado de un "debe ser así". Me recordó que el tiempo pasado tiene sus flexiones en la lengua española, y que las consonantes tienen sonidos propios, lo cual, quizás, por hábito, no había podido reconocer, y, menos aún, incorporar al lenguaje ordinario: "Jackie se dice "veía y no vía". Esta frase motivó la compra de un texto sobre cómo conversar en público y cómo articular correctamente las consonantes.

Creo que reconoció que yo era una persona joven y con enormes deseos de aprender. Sistemáticamente me enseñó cómo se hacía una investigación, me dio las herramientas y las estrategias para negociar y trabajar en equipo. Me llevó a valorar a cada persona involucrada en los procesos educativos. Fue a través de sus experiencias en múltiples proyectos que descubrí métodos y técnicas de investigación, así como la famosa triangulación. Así me llevó a reconocer la importancia de la investigación educativa. Aún hoy repito algunas de sus frases, tales como: "*La figura del Director es la imagen de la escuela*".

Fue firme al insistir en la importancia de los procesos pedagógicos, la formación docente activa y permanente, la necesidad de que la investigación educativa "bajara del podio a las aulas", así como el papel de la comunidad en

los procesos educativos. Su sensibilidad y agudeza para abordar los problemas de investigación fueron indispensables en el desarrollo de las tareas de los proyectos que realizábamos.

A su lado y con su guía participé de una experiencia colectiva, la escritura de un libro de investigación. Con esta oportunidad selló en mi espíritu una frase que sigue presente en cada palabra que escribo: *"Siempre hay que tener en cuenta para quién se escribe, no escribimos para nosotros mismos. Hay que pensar en el lector"*. Esta actitud y este aprendizaje es una vivencia indeleble en el quehacer académico, la cual también comparto en las aulas universitarias.

Descubrí su fascinación de darse cuenta cómo estaba cambiando su pensamiento, mientras replanteaba creencias teóricas y metodológicas. Su acercamiento al constructivismo y a la investigación cualitativa. Su disposición por aprender siempre y reconocer el aporte de cada persona a su lado. Su honestidad para compartir lo que sabía, lo que no sabía y lo que quería saber. Su vida es un constante saber ser.

Ella había compartido cómo fue su experiencia en Rumania mientras realizaba el Doctorado, las dificultades que encontró al ser una mamá que trabajaba y cuidaba a sus infantes, y además cómo asumió su compromiso consigo misma para desarrollar su vida personal y su carrera profesional.

Con sus acciones y decisiones demostró su confianza hacia mí, y me inspiró para que iniciara estudios de posgrado en el campo educativo, el cual me había atrapado por su complejidad, vitalidad y necesidad de cambio permanente.

Fue la primera vez en que *Ceci* iba a ser mi profesora en un curso. Por cierto, en esa época, el proyecto de investigación evaluativa que nos unió, había concluido. Comencé a extrañarla profundamente y a valorar lo que significó haberla conocido, lo orgullosa que me siento, cuando le digo a alguna persona que con ella aprendí a investigar y a querer la educación como un campo de investigación y a creerla una acción transformadora.

Fue un ejemplo como docente. Ella nos devolvía cada trabajo con sus anotaciones. Nos motivaba a mejorar, pero nunca escuché que las aportaciones que hacíamos fueran erróneas o deficientes, siempre se podían rehacer y entregar una nueva versión. Nunca nos impuso su opinión o su manera de comprender el mundo. Había que fundamentar bien lo que se pensaba. Fue sumamente respetuosa de las ideas, las experiencias y las formaciones del primer grupo de doctorantes en Educación.

En esa ocasión la mayoría de sus estudiantes reconoció que como docente era una persona exigente. Se me olvidó resaltar esa cualidad de *Ceci*, me exigió siempre a mejorar, a no desfallecer y a concluir los proyectos que trazaba, a darles identidad.

Ella fue la Directora de Tesis Doctoral que elegí; por dicha ella también aceptó serlo. Fue mi constante consciencia de lo que debía hacer siempre: retarme,

arriesgarme, recordar mis metas. Cuenta como anécdota la expresión de mi rostro, cuando me reuní con ella, y, finalmente le había entregado un ejemplar completo de mi tesis, y, ella, en la sala de televisión de su casa, con su sonrisa y amabilidad características, me decía: "Está muy bien, ahora hay que empezar a hacer la tesis". Una vez le confió a mi mamá que ese día quedó consternada frente a la desilusión reflejada en mi rostro, pero sabía que iba a continuar, efectivamente, con más ganas y tratando de descifrar lo que diferencia una investigación de la tesis doctoral.

En ese proceso fue mi compañera. Me llamaba por teléfono cuando tardaba algunas semanas sin darle noticias. Me estimulaba a continuar a pesar del cansancio y de sentir conforme el tiempo transcurría que había iniciado el camino de un Sísifo, es decir una tarea interminable.

Recuerdo que cuando he conversado en público sobre mi trabajo de tesis y he planteado que es el resultado de las reflexiones compartidas con ella y las otras personas que me asesoraron y me acompañaron, advierte que es el producto de mi esfuerzo. Tiene razón parcialmente, porque sin su apoyo y su capacidad de escucha, jamás hubiera llegado a concluirla. Con este esfuerzo, una vez me dijo que siguiera creciendo. Necesito cada instante recordar esta frase, y cuando se avecinan situaciones difíciles, continúo escuchándola.

Observé en ella una disposición para compartir su experiencia y su aprendizaje, los cuales quisiera emular constantemente en mi labor como docente. Ella se ha convertido en esa imagen en la que una quisiera convertirse, porque ha cifrado las esperanzas que han hecho crecer a tantas personas como yo.

Son modestas las palabras con las que he descrito mi relación con Ceci; no son suficientes para resignificar mi experiencia con ella y poder decirle al mundo lo que ella logró que hiciera parte de mi proyecto de mi vida. En ella encontré inspiración, creyó y confió en mí, mientras me formaba profesionalmente, y le daba sentido a mi vida, las actitudes que me transmitió, y sin las cuales habría sido más duro, no menos difícil, asumir la vida como una experiencia inacabada, constructiva y transformante.

No es suficiente un "por siempre gracias, Ceci" para dejar plasmado, lo que ella logró labrar en mi espíritu, y con ello permitir que me acercara a realidades jamás pensadas ni imaginadas.

VIVIENNE RIVERA DE SOLÍS

Marta Eugenia Sánchez González.

Escribir sobre una educadora que marcó positivamente mi vida, es escribir sobre una de mis maestras: la pedagoga Vivienne Rivera de Solís. Doña Vivienne, como cariñosamente la llamábamos estudiantes, personas cercanas a ella y padres de familia, fue una pedagoga en el más profundo sentido de la palabra. Sus cualidades innatas se vieron enriquecidas tanto con la formación que recibió en la Escuela Normal donde fue alumna, entre otros educadores, de la Dra. Emma Gamboa, como en la Escuela Normal Superior de México, D.F., donde realizó estudios de maestría en educación. En ese centro de educación superior contó con la tutoría de grandes educadores quienes no solo le ampliaron su horizonte en torno a la educación si no que también, le enseñaron a valorar la importancia de vivir en distintos contextos y admirar y apreciar las diversas manifestaciones de esa cultura. Asimismo, destaca en su formación el estudio riguroso que realizó de los más diversos textos. Fue así como encontró en la lectura y en las diversas actividades de desarrollo profesional, el fundamento de las ideas innovadoras que luego compartía con sus alumnos.

Fue una alumna distinguida por lo que siendo muy joven, llegó como docente a las aulas de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de Costa Rica, posición que le permitió formar educadores con grandes valores, sensibilidad y mística. Doña Vivienne fue una humanista y trató de sembrar en sus estudiantes ese valor mediante el ejemplo y dedicación constante a su profesión y a quienes le rodeaban.

Los ideales y textos de la Dra. Gamboa como: *La educación como práctica de la libertad*, *El instante de la rosa*, *Paco y Lola* y *el Sombrero Aventurero de la niña Rosaflor*, eran objeto del análisis riguroso en los diversos espacios de aprendizaje que compartía con sus estudiantes. Participar en las diversas situaciones de aprendizaje que nos ofrecía, era ver cristalizados en su práctica educativa, los principios de la educación.

Doña Vivienne junto con don Freddy Solís Avendaño, formó un hogar ejemplar del cual nacieron tres hijos: Luis Guillermo, Vivienne y Freddy, hoy, profesionales destacados en los campos que eligieron para servir a la sociedad. Los estudiantes de doña Vivienne compartimos muchas actividades con su familia.

Era el año de 1968, cuando con muchas ilusiones y deseos de ser maestra, ingresé a la Universidad de Costa Rica a estudiar Educación Primaria. Se abría ante mí un mundo lleno de ilusiones, de deseos pero también adquiriría un gran compromiso con la sociedad: ser maestra. Ese año, matriculé los Estudios Generales y a la vez, algunas asignaturas del plan de estudios de Educación Primaria por lo que iba varias veces a la semana a la Facultad de Educación. Fue en la primera semana de marzo, como alumna de esa facultad, cuando una tarde conocí a doña Vivienne. Una de mis profesoras de la Facultad de Educación a quién conocía desde mi niñez pues había sido maestra en la escuela donde cursé mi educación primaria, la escuela Cleto González Víquez, fue quién nos presentó. Hoy, muchos años después, al escribir estas páginas, vienen a mi memoria muchos recuerdos. Entre ellos esa tarde de marzo, cuando visité la oficina de doña Vivienne, ubicada en el

segundo piso de la Facultad de Educación. Al traspasar la puerta, me encontré con una mujer fina, de tez blanca, delgada, baja en estatura, pulcramente vestida y con un trato personal muy cálido. El ambiente que la rodeaba: dos escritorios con sus respectivas sillas, una biblioteca con muchos libros así como materiales elaborados por sus estudiantes, formaban parte de aquel entorno que era lugar de visita cotidiana de sus estudiantes. En ese espacio, doña Vivienne nos mostraba los últimos libros que había recibido tanto para los niños como para nuestra formación personal y profesional, algunos de ellos adquiridos en el exterior pues sus editoriales aún no llegaban a nuestras librerías: *Escuela sin fracasos*, *Cómo enseñar a pensar*, *Enseñanza individualizada por materias*, *La capacidad creadora*, *La enseñanza multivel*, *La enseñanza de la lectura y escritura* de William Gray, *La lectura. Arte del lenguaje* de Antonia Sáez, los textos de John Dewey, Juan Salvador Gaviota, formaban parte de nuestra bibliografía.

En el segundo año de universidad, al matricularme tiempo completo en los cursos de la carrera que había seleccionado, me correspondió llevar el curso de práctica en la educación primaria. Allí me encontré nuevamente con doña Vivienne, ¡era mi profesora! Este curso lo recibíamos dos veces por semana. Nuestro grupo estaba conformado por diecisiete estudiantes, catorce mujeres y tres varones, egresados de colegios de San José: Saint Clare, Lincoln, Nuestra Señora de Sión, Superior de Señoritas, Liceo Anastasio Alfaro y de colegios de provincia; el Liceo de Heredia, Colegio San Luis Gonzaga e Instituto de Guanacaste.

El inicio de las actividades siempre fue a la hora exacta: 8:00 a.m., momento en que después de un cálido saludo, nos introducía en la lectura presentándonos una página motivadora. Doña Vivienne fue la maestra que cada mañana nos leía una hermosa página de la literatura universal o nos ponía una bella pieza musical. Fue así como poco a poco nos fue introduciendo en la obra de literatos y pedagogos tanto de nuestra América como de otros continentes y que hoy vienen a mi mente: John Dewey, Jesualdo, Juana de Ibarborou, Gabriela Mistral, Salvador de Maradiaga, Rabindranath Tagore, Gandhi, Gibrán Jalil Gibrán, Krisnamurti, Makarenko, Freinet, para mencionar solo algunos de ellos. Asimismo, nos introdujo en el estudio de los grandes maestros costarricenses: Omar Dengo Guerrero, María Teresa Obregón, Fabio Garnier Borella, Joaquín García Monge, Carlos Gagini, entre otros, eran motivo de reflexión constante en nuestras actividades. También aprovechaba ese espacio para invitarnos a la lectura. En ese período matinal, nos mostraba las láminas de un libro, algunos de los textos de reciente publicación o bien escuchábamos música de los grandes clásicos, prácticas pedagógicas que posteriormente, en el ejercicio de mi profesión como maestra y formadora de docentes, puse en práctica con mis estudiantes.

Concluido ese período matinal y que ahora pienso que con el correr del tiempo dio origen al "Período de Círculo", que forma parte de las actividades matinales especialmente del preescolar, doña Vivienne iniciaba el desarrollo de aspectos propios del curso. Fue así como una de las principales actividades consistió en ir al aula de la escuela costarricense pues semanalmente teníamos que observar alguna lección. La permanencia en las aulas era un aspecto fundamental en nuestra formación tanto era así que el realizar un "internado" con alguna maestra excelente, era parte de su propuesta pedagógica. Generalmente buscábamos las escuelas cercanas a nuestra comunidad o bien,

nos dirigíamos a la Escuela Nueva Laboratorio, ubicada en ese entonces, en una antigua casa, frente al parque de San Pedro, a realizar nuestra labor como observadores de las excelentes maestras de ese centro educativo. Esas observaciones luego eran analizadas en el aula universitaria lo que nos permitía, como estudiantes, valorar las diversas situaciones y de esa manera irnos construyendo como maestros.

El aula de clase era un aula- taller pues paralelo al desarrollo de los contenidos de las diferentes asignaturas del currículum de educación primaria, se elaboraban los planes de trabajo. Era frecuente encontrar libros, papeles de colores, diversos recursos pues el diseño de los materiales que íbamos a utilizar como parte de nuestra práctica en el aula de la escuela costarricense, era parte de nuestras actividades del curso de práctica. Asimismo, en ese período o bien en su oficina, doña Vivienne, nos revisaba nuestro Diario de Clase, documento que trabajábamos con gran esmero, pues era nuestra carta de presentación en las escuelas adonde íbamos a realizar la práctica docente. Fue así como trabajamos en escuelas urbanas, en rurales como la escuela central de San Pablo de Turubares y en otros espacios de aprendizaje como el Preventorio de Coronado y la escuela del Hospital Nacional de Niños. El trabajar en varias modalidades de instituciones no solo nos sensibilizó hacia lo diverso de nuestro sistema educativo si no a la adecuación del currículum a los diferentes contextos.

Destaca en nuestra formación, la planificación de unidades de trabajo integradas a las que dona Vivienne le prestaba brindaba gran importancia. El diseño de unidades de trabajo constituía una oportunidad para estudiar los contenidos del currículum de educación general básica y generar diversas formas para integrarlos. Las unidades de trabajo de Morrison, la propuesta curricular de Hilda Taba así como las ideas sobre el currículum en la escuela primaria de William Ragan fueron los primeros textos en que fundamentamos esos diseños.

El diseño de las unidades de trabajo integradas era una labor cuidadosamente planificada pues requería de un período de preparación donde no solo se realizaba el estudio cuidadoso de los temas por desarrollar, estudio que se llevaba a cabo desde diferentes fuentes escritas, sino que, en la búsqueda de información, se visitaban persona de instituciones y organizaciones. Esas giras o visitas las hacíamos en grupo o en forma individual. Realizábamos entrevistas o bien llevábamos a cabo conversaciones con personas que nos pudieran brindar información en torno a los temas en estudio. Luego, con base en la información recabada, en grupo, nos abocábamos a la planificación de esas unidades. Este período de preparación, nos dio las herramientas para la investigación pues posteriormente nos incorporamos a esa actividad con mayor seguridad y conocimiento.

Hoy, recuerdo que en el primer año de mi carrera, diseñamos una unidad de trabajo integrada sobre la Navidad, tema precioso, cargado de un profundo sentido religioso y a la vez, abierto a la creatividad. El diseño de esa unidad lo llevamos a cabo todos los estudiantes, luego nos organizamos en grupos de tres personas para desarrollarlo conjuntamente. Esa unidad nos permitió aprender a trabajar en grupos, compartir con otras compañeras y realizar una labor colaborativa. El trabajo en equipo, era una constante en la labor del aula universitaria. Esa unidad la desarrollamos con alumnos de segundo grado en la escuela Jesús Jiménez de Cartago y nos permitió llevar a

cabo las más diversas actividades. La lectura, la matemática, los estudios sociales, las ciencias pero también las artes y la música, se dieron la mano en torno al nacimiento del Niño Dios. El aula se organizó en grupos, disposición de la cultura material del aula que permitió que en ese espacio cada niño estuviera interesado en la tarea que realizaba, a la vez, daba mayor oportunidad para la atención individual pues brindaba mucha movilidad a las labores que ahí tenían lugar. Fue en ese entonces cuando por primera vez se trabajó con grupos heterogéneos y hojas de colores. Se asignaba un color para cada materia; el rosado para Español, el celeste para Estudios Sociales, el amarillo para Matemática y el verde para Ciencias. Una mañana, llegó doña Vivienne a observar nuestro trabajo. Para Ana Isabel, para Ana Cecilia y para mí, su visita fue una grata sorpresa. Tomó asiento para vernos trabajar, revisó lo que los niños estaban haciendo, conversó con ellos y con la maestra y al final, sus palabras de estímulo nos motivaron a continuar nuestro proceso.

El trabajo con grupos heterogéneos y no por niveles como se venía haciendo tradicionalmente así como las fichas de colores para cada asignatura, fueron técnicas que más adelante y con base en esas experiencias, se implementaron en la Escuela Nueva Laboratorio. Esas ideas, luego pasaron a otras instituciones educativas del país.

Durante el segundo año de mi carrera el curso de práctica docente continuó siendo un curso fundamental en mi formación profesional. Me dio las herramientas para trabajar en el aula pero también me brindó oportunidades para investigar, para diseñar situaciones de aprendizaje significativas para los estudiantes y para quiénes las proponíamos. Recuerdo que ese año, diseñamos dos unidades de trabajo; una sobre la caña de azúcar y otra sobre el Estado de Israel. Esta última, fue la unidad de trabajo que desarrollamos durante dos semanas como requisito de graduación. La preparación y diseño de esas unidades de trabajo, fueron de un gran enriquecimiento pues nos dieron oportunidad de buscar materiales, generar ideas e ir a la escuela costarricense con propuestas de trabajo innovadoras. Con nuestro trabajo, sentíamos que estábamos aportando al pensamiento pedagógico de las aulas donde realizábamos la práctica docente. En esta última práctica mis compañeros de estudios y yo, tuvimos la oportunidad de orientar a los niños de los grupos donde trabajábamos, en el diseño de las unidades de experiencia. Estas, brindaban la oportunidad, una vez leídos los textos, consultadas personas y explorado diversos materiales, que los niños pudieran proponer lo que deseaban estudiar. Los valores como participación, respeto, tolerancia, compañerismo, se hacían presentes en el diseño de las unidades de experiencia. Asimismo, ideas sobre materiales y otras actividades por realizar, constituían la guía del trabajo que los niños llevarían a cabo. Una vez desarrollada la unidad de experiencia, era importante retomar lo planeado a fin de proceder a evaluar la labor realizada.

Cabe destacar que el estudio de las efemérides y la celebración de otras fechas del calendario escolar como la creación de la UNESCO, entre otras organizaciones e instituciones, eran objeto de estudio y a la vez, motivo para realizar alguna actividad en la Facultad de Educación.

Recuerdo que la evaluación de nuestro trabajo era constante. La revisión de los documentos tanto por parte de doña Vivienne como por otra gran maestra, doña Ofelia Rodríguez de Herrera, también profesora de práctica, era permanente. Antes de retirarnos a la práctica, todos nuestros materiales y

documentos iban cuidadosamente revisados. La revisión de la ortografía, caligrafía y redacción de nuestros documentos, hacía que estos salieran del aula de la Facultad de Educación, con el visto bueno de esas educadoras lo que nos daba mucha seguridad y confianza en la labor que íbamos a emprender. Al finalizar ese segundo año de carrera, doña Vivienne nos realizó un examen que siempre recordaré pues la forma en que estaba diseñado, era diferente a las pruebas que había tenido en esa etapa de mi formación. Tengo presente que eran cuatro preguntas a su vez, integradoras. Cada una de esas preguntas era una situación donde debíamos de integrar lecturas, experiencias y creatividad. A lo largo del tiempo, sigo pensando en que esa prueba fue una oportunidad más para aprender pues había que construir las respuestas a la luz de nuestros aprendizajes.

Asimismo, doña Vivienne tenía a cargo cursos correspondientes al Bachillerato y a la Licenciatura en Educación Primaria pues impartía seminarios. En esos cursos estimulaba a sus estudiantes a continuar estudiando, a proseguir estudios de posgrado fuera del país pues consideraba esa experiencia como sumamente formativa. Fue así como algunos de sus exalumnos, realizamos estudios en las más diversas latitudes adquiriendo así una visión de la educación desde muy diversas fuentes.

También promovió en sus alumnas la formación como profesoras universitarias al darles la oportunidad de ser asistentes en su curso, para que a futuro cercano, asumiéramos el reto de enseñar en las aulas universitarias. A corto plazo, nos encontramos con que algunas de esas asistentes, entre las que me encontré yo, asumiéramos cursos tanto en la Universidad Nacional como en la Universidad de Costa Rica. Era muy común escuchar a doña Vivienne decir a sus estudiantes: "Muchachos estudien, prepárense pues mañana serán ustedes quienes tendrán a cargo puestos relevantes en la conducción de la educación del país". Como maestra visionaria, pudo leer en sus estudiantes las características para que ocuparan puestos en el Ministerio de Educación Pública, en las universidades o bien, en instituciones y organizaciones preocupados por ofrecer una educación de calidad a nuestra sociedad.

Otra etapa importante en la carrera profesional de esta maestra, fue cuando en 1971, asumió la coordinación de la Escuela Nueva Laboratorio como parte de sus actividades en la Facultad de Educación. En ese entonces, se inicia una nueva etapa en el desarrollo de esa escuela. Nuevas ideas pedagógicas, nuevas formas de organización del trabajo con los niños y con las docentes pues una vez a la semana -los miércoles por la tarde- había un espacio para la construcción del modelo pedagógico de la escuela, lo que contribuía al desarrollo profesional de las maestras de esa institución. La construcción de un edificio donde el diseño arquitectónico estaba pensado en función de las actividades de enseñanza y de aprendizaje para los niños por edades y no por grados, donde la huerta, la actividad física, las artes, la biblioteca, la observación por parte de los estudiantes de la Facultad de Educación y de otras instituciones, era una constante. El comedor escolar atendido por una nutricionista constituía una nueva experiencia en nuestro medio. El trabajo con los padres de familia adquirió mayor relevancia en la construcción del nuevo modelo pedagógico. Todos estos elementos, formaban parte de su nuevo reto. Ese mismo año, fui llamada a trabajar en esa escuela, ocasión que me permitió valorar la preocupación por el modelo pedagógico que

deseaba implementar en la institución. También, valorar la preocupación de doña Vivienne por el desarrollo profesional de las docentes de esa escuela, aspecto fundamental para que las nuevas ideas pedagógicas se cristalizaran en beneficio no solo de la Escuela Nueva Laboratorio sino de la sociedad costarricense en general.

Su faceta de maestra y formadora de maestros se vio complementada cuando asumió el puesto de Secretaria Permanente de la Comisión Costarricense de Cooperación con la UNESCO en nuestro país, cargo que aceptó luego de haber realizado trabajo como voluntaria para esa organización. En el desempeño de esa función, logró un mayor posicionamiento de la Comisión Costarricense tanto en nuestro medio como en el contexto de las naciones. Su labor fue reconocida cuando fue designada embajadora de nuestro país ante la Sede de la UNESCO en París, Francia, cargo que desempeñó en la década de los ochenta, en el gobierno de Oscar Arias Sánchez.

Debido a su interés por promover el desarrollo profesional de los educadores y educadoras se preocupó por fundar en Costa Rica un capítulo de la Sociedad Internacional Delta Kappa Gamma. Desde su fundación, ese capítulo abriga un nutrido grupo de educadoras que desde el nivel preescolar hasta la educación superior, contribuyen con sus proyectos al mejoramiento de la calidad de nuestra educación.

He querido mediante este escrito, aportar algunas ideas en torno a mis vivencias como alumna de esa gran maestra, doña Vivienne Rivera de Solís.



Vivienne Rivera de Solís, maestra

En ella pude valorar a la maestra, a la formadora de maestros pendiente del desarrollo profesional de sus estudiantes, a la luchadora por los ideales de la educación, a la madre, a la esposa, a la diplomática y ciudadana ejemplar. Quizás se me hayan quedado muchas cosas por decir, pero mi admiración y agradecimiento para doña Vivienne, serán para siempre.

DON CARLOS LUIS SÁENZ: LITERATO Y MAESTRO

Yadira Calvo

La figura

Hacia 1964 ó 1965, fui alumna, en la Universidad de Costa Rica, de don Carlos Luis Sáenz, cuyos créditos académicos al parecer se reducían a una larga práctica en la enseñanza y un más largo oficio de escritor. En su juventud se había graduado en la Escuela Normal y no tenía, que yo sepa, otro título que el de normalista. Es de suponer que en la actual época de doctorados y maestrías no se le habría admitido en los claustros del saber legítimo, o al menos legitimizado por los pergaminos y credenciales que dan cuenta de nuestra capacidad y buen hacer intelectual.

La primera vez que asistí a sus clases, me encontré con un hombre de apariencia frágil: humilde, afable, sensible, sencillo y cordial, con el cabello blanco flotante y los dientes algo estropeados. En ese entonces ya sobrepasaba los sesenta años, y se le veía la edad, pero tenía el entusiasmo joven. Se le reputaba de marxista, y esa era una etiqueta de prevención. Para la gente conservadora equivalía más o menos al letrero de las casas ricas: "¡Cuidado con el perro!" A la juventud, sin embargo, no le perturbaban esas advertencias e incluso más bien se sentía incitada a descubrir la verdad tras la etiqueta. ¿Qué había en él, aparte de su aureola de escritor exitoso y de su habilidad expresiva, para que la memoria de sus clases haya perdurado durante tanto tiempo en quienes fuimos sus estudiantes? Había escrito varias obras literarias de reconocido mérito, pero eso no faculta para enseñar; en la Escuela Normal había sido discípulo de Omar Dengo y de Brenes Mesén, pero muchos otros discípulos de estos notables maestros fueron profesores medianos. ¿Qué había en él para que asistiéramos a sus lecciones con la ilusión que nos faltaba con otros docentes tal vez más doctos en términos convencionales?

Don Carlos Luis tenía una enorme cultura literaria y humanística, lograda sobre todo a través de mucho leer, pensar y procesar. Supongo que también la tenían otros de mis profesores. Había transitado durante muchos años por las salas de clase de escuelas y colegios. Esa tampoco era una condición infrecuente. Entonces, ¿qué virtud o virtudes había en él como educador que hizo sus clases memorables? ¿Por qué mucho tiempo después de haber dejado las aulas, nos seguía siendo familiar, muchos lo visitaban y algunos, aprendices de escritores, se siguieron considerando sus discípulos? Intentando una respuesta, creo que al menos cuatro rasgos, en conjunto, lo distinguían de los demás: pasión, sencillez, habilidad comunicativa y sentido del humor.

Pasión

Uno de mis compañeros de estudios acostumbraba decir que para aprobar un curso había que enamorarse de la materia. Y yo creo que sí, que no solo para aprobar un curso sino para hacer bien cualquier actividad que se desempeñe, hay que enamorarse ferozmente de lo que se hace. Enamorarse a punto de prescindir de comodidades y posibilidades. Unas pocas personas dedicadas a educar consiguen que sus estudiantes se enamoren de sus

enseñanzas; la mayor parte no. Don Carlos, que no era profesor de monólogo y conferencia, mantenía en cada uno de sus cursos de Literatura Costarricense a veinte o treinta jóvenes colgados del hilo de sus palabras. Palabras que discurrían con vehemencia, sin forma de discurso preparado o clase planeada o notas de guía. Palabras que eran indicio de su profunda y respetuosa pasión por aquello que buscaban contagiar más que transmitir.

Sencillez

Algunas personas saben mucho o se supone que saben porque se doctoran en esta o aquella universidad prestigiosa, realizan dos o tres postgrados, se vuelven expertas en tal o cual disciplina o al menos se asumen y se les (SUGIERO: y se hacen asumir) asume como tales. Es frecuente –o lo era entonces–, que el saber, sobre todo el saber de quien gozaba de prestigio y acumulaba años y títulos, supusiera distancia y gravedad, cosa que se manifestaba en presencia y movimiento. Había incluso el que parecía caminar revestido de birrete y toga, cuyas clases pedían entrecejo arrugado y lápiz a punto. Supongo que en cierto modo, lo suyo era la versión nueva de la vieja máxima según la cual “la letra con sangre entra”, que, convenientemente actualizada, se traducía en “la letra entra con fastidio”.

Una vez leí un texto de Juana de Ibarbourou, en el que se burlaba un poco de la gente que le preguntaba cuáles eran sus ceremonias para escribir. Juana entonces aclara que no viste peplo griego ni se suelta el cabello ni hace nada teatral o espectacular: escribe en pantuflas. Y es que subsiste la idea de que lo importante debe rodearse de formalidad, cuando más bien, lo que se rodea de formalidad es lo insignificante para hacer que parezca lo que no es. A falta de ser hay que parecer, y ese parecer se presenta como arrogancia, como un “hacerse pasar por”. En las antípodas de este comportamiento, don Carlos era lo suficientemente seguro de sí mismo como para no tener que cumplir las ceremonias del que “sabe” o se supone que sepa. No asumía poses de genialidad interesante y actitudes de gran erudito; no representaba un papel de autoridad, sin que por eso esta le faltara. Era, como pedía ser Gabriela Mistral en su “Oración de la maestra”: “Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana”.

Asistí esporádicamente a un grupo que se reunía algunos sábados en la casa de don Carlos en Barrio México. Allí, en la sala, oyéndolos departir a él y a su esposa la escritora Adela Ferrero, supe apreciar mejor la naturalidad sus lecciones, la misma de la conversación informal ante una taza de café. Su enseñar era, como el escribir de Juana, un hacer “en pantuflas”.

Habilidad comunicativa

Había en la Universidad por aquellos años (y habrá todavía) dos tipos de profesores inadecuados: los que pecaban por exceso y los que pecaban por defecto. El primer grupo lo conformaban los que eran tan expertos y tan intelectuales que les era imposible ofrecer versiones sencillas de asuntos difíciles. Ellos hacían del vocablo erudito y conceptuoso la enseña de su saber; hablaban en reuniones y consejos en lenguaje cifrado, para que se notara su

pertenencia a alguna importante corriente teórica de moda. Esto se presentaba como una razón de orgullo: en realidad una deficiencia. Lo es en cualquiera, pero mucho más en quien se dedica a educar.

Pecaban por defecto quienes, siguiendo la idea de que "cada maestrillo tiene su librillo", manifestaban la más absoluta incapacidad de dar la clase sin sus fichas o su libro de texto. Había quien se limitaba a recitarnos nombres de autores, fechas, y libros. Era un zumbido de moscardón que nos inducía a la hipnosis, mientras mecánicamente, agotábamos los bolígrafos y llenábamos páginas de un saber que se quedaba en el papel.

Don Carlos Luis no pecaba por defecto porque dominaba su tema de pe a pa. No llevaba apuntes ni usaba textos. Él llegaba a disertar y a conversar. No pecaba tampoco por exceso porque no era precisamente su calidad de experto en términos convencionales lo que lo había llevado a la Universidad. Él no se daba tono, no se investía. Y al no investirse, no usaba el lenguaje codificado de los saberes académicos; esas jergas que pretenden dar fe de lo mucho y lo bien que se conoce una disciplina. En otras palabras, que en sus clases no había ni representación ritual ni lenguaje ritualizado. Don Carlos era maestro en el arte de volver fácil lo difícil, de ponerse en los zapatos de sus estudiantes y hacerse comprender. Nos hablaba de literatura en vocablos de vecindario, fáciles, fluidos, entendibles; y esto hacía que obras y autores se nos pusieran tan a la mano y tan a la vista que nada en ellos parecía ni tedioso ni complejo. Posiblemente, más que su saber, lo que destellaba en sus clases era su personalidad de hombre estudioso, observador, reflexivo, inteligente sensible y creativo; y una innata facilidad para comunicarse con quienes sabían menos.

Sentido del humor

Está de más decir que tanto donde prevalece la pedertería de quien alardea de erudición, como donde prevalece la indolencia de quien se ata a los apuntes para dar la clase, el humor está ausente. No hay espacio para él porque en ambos casos falta la flexibilidad que lo posibilite. Y esto es una limitación porque, como dijo Dario Fo, "solo a través del divertimento, la pasión y la risa es posible obtener un verdadero desarrollo cultural". No sé si don Carlos Luis lo sabía en términos de conocimiento; lo debe haber sabido de modo intuitivo, porque el humor formaba parte consustancial de su personalidad. Él era, o se le reconocía ser, en palabras de Abelardo Bonilla, "nuestro más auténtico valor en el campo de la poesía infantil". Creo que esta faceta suya ha opacado para la historia sus otras cualidades como intelectual y educador, porque no solo se manifestaba como artista en la escritura. Era un artista en el complicado arte de enseñar. Sus letras no entraban ni con sangre ni con tedio, sino con risa y regocijo. Nunca faltaba la anécdota irreverente, la picardía, el chiste oportuno, la asociación ingeniosa, el juego lúdico o el sesgo jocoso y divertido. Nunca faltaba la sensación de goce y de placer. Se asistía a sus clases porque impartía una materia que era parte del currículo, pero una vez hecha la inscripción, se asistía sobre todo por el gusto de estar con él, de aprender con él, de reír con él y de solazarse.

En síntesis

No sé cuáles son, según los libros de texto, las cualidades que hacen que una persona se convierta en docente memorable. Lo que aquí recojo es solo producto de mi experiencia de haber sido discípula de un maestro brillante. Y cuando digo brillante quiero decir todo lo contrario de una presencia autosuficiente del tipo gallo en su patio. Se trataba de un hombre de capa y gorra para decirlo en simple: sin alardes, plumajes ni cacareos. Esa brillantez expresada tan sin pretensiones tenía otros rasgos memorables, como la capacidad expresiva: una enorme facilidad para el vocablo llano y certero que había hecho obras notables de su *Mulita mayor* y sus *Memorias de alegría*. Como lo profundo no tiene por qué tener peso y textura de ladrillo, su aula era un resonar de risas y murmullos, una alegre tertulia en la que cada cual tenía su parte. Y la parte mejor era la contagiosa pasión con que don Carlos Luis experimentaba el goce de compartir lo que sabía y lo que sentía por aquello que posiblemente era el más intenso interés de su vida: la literatura. Todo esto es lo que hace que recuerde sus clases y su influjo en mí como si no hubieran pasado más de cuarenta años desde que lo tuve por Maestro.

¿QUÉ ES SER UNA EDUCADORA? LA RESPUESTA ES SENCILLA...

Hilda María Víquez Mora

Comencé mi vida universitaria en 1990, cuando ingresé a la Universidad de Costa Rica (UCR) en uno de los momentos más difíciles que cualquier persona puede vivir: la muerte de la madre. No sabía qué hacer, gané el examen de admisión, cosa que no creí posible. De un momento a otro, ya estaba en una aula universitaria, con gente que no conocía, con profesores que no conocía y haciendo que hacia. El colegio había salido de mí, pero yo de él, no. Comencé tanteando cursos y a mil penas gané humanidades, no sabía qué quería ni a dónde ir. Tomé la universidad como un escape, como un refugio ante la ausencia de mi madre.

Al año de estar en la U, decidí estudiar derecho; llevé toda la precarrera e ingresé, luego de volver a repetir la prueba de aptitud académica. En eso debía llevar un repertorio, y como yo estaba en ciencias sociales debía escoger uno contrario a mi área, por lo que llevé problemática ambiental. Ahí comenzó mi camino, un poco tortuoso, no está de más aclararlo. Cuando ingresé a ese curso, me enamoré. Claro, aun no sé, si fue de la parte ambiental o del profesor del curso, pero, lo que si sé, es que me enganché y tomé una decisión. Luego de haberme costado tanto aclarar mi mente sobre lo que quería estudiar, que según yo era Derecho..., al año siguiente, sorpresa, me cambie a Biología. Nunca pensé lo que me esperaba, no me acordé que la Matemática, la Química y la Física me esperaban. Estaba tan absorta disfrutando los problemas ambientales y al profesor, que caí en esa carrera. Gané varios cursos de biología sin problema pero por más de dos años sufrí y sufrí con el ciclo de ciencias básicas, no daba una. Perdí Matemática tres o cuatro veces, Química otras tantas; mi beca se fue a pique y lo peor es que el amor que sentía por el profesor se convirtió en un abrir y cerrar de ojos, en odio. Entonces se me presentaron dos opciones o seguía en Biología en otro lado o regresaba con el "rabo entre las patas" a Derecho. Pero me había dado cuenta de algo, me había enamorado de la carrera, así que el despecho hacia el profesor se convirtió, luego, en agradecimiento, por mostrarme lo que es la biología. Además me pregunté dónde me gustaría verme en diez años y no me imaginaba con traje sastre y medias altas, sentada en una oficina. Me veía en la montaña con botas de hule y pantalones rotos caminado y persiguiendo animales. Eso sí era vida, en la calle, sin preocupaciones de cómo ando mudada o maquillada, solamente preocupada de que no me muerda una serpiente o no caer en un hormiguero.

Mi decisión fue, por consiguiente, pasarme de Universidad, pasarme de la UCR a la Universidad Nacional (UNA) y continuar mi carrera. Pero debía buscar ayuda para superar Matemática y Química. Es en 1995 cuando esta profesora de la que quiero hablar, entra en mi vida, cala muy profundamente. Todo lo anterior considero es importante para entrar en contexto, en otras palabras para ubicarnos y dar los antecedentes de la gran ayuda que me brindó esta profesora y otros tantos estimables profesores, que hicieron mucho por mí, y a quienes debo todo el agradecimiento por su confianza y apoyo.

1995-1998

Cuando por fin mi familia salio del shock emocional de verme como bióloga y no como abogada, decidí llevar unos cursos en la UNA, entre estos; por haber aprobado Biología General y Botánica I y II en la UCR, me permitieron llevar Flora de Costa Rica y matriculé también Química I. Por supuesto, la Química la perdí, pero gané Flora con mil esfuerzos. La profesora del curso, y a la que dedico este ensayo, es la MSc. Dora Ingrid Rivera Luther.

Desde que ingresé, la MSc. Rivera me apoyó mucho. Yo era la nueva del grupo, no conocía a nadie, y por lo menos yo me comportaba como "india", en otras palabras, no hablaba con nadie, por inseguridad y pena más que todo, pero también por un poco de repugnancia, lo debo admitir: venía de la UCR y pasarme a la UNA equivalía, según yo, en ese momento, a bajarme de nivel. Más equivocada no podía estar. La profesora Rivera luchó conmigo más para que me integrara, que para que aprendiera las dichas familias de plantas. Pero esto me comenzó a despertar admiración, ya que era la primera vez que sentía que yo podía construir mi conocimiento. Claro, esto lo digo ahora con estas palabras bonitas, en ese momento ellas nos dejaba hacer lo que quisiéramos con tal de que aprendiéramos, por supuesto con su guía, pero cada quien iba a su ritmo. Nos dejaba sacar libros y apuntes en los exámenes, aun así, en estos no saqué notas superiores a seis. Me ayudaron otras actividades, como proyectos e investigaciones, porque si no igual hubiera reprobado.

En esos momentos en que lidiaba con la Química y la Matemática, ella se interesó, ya que yo le comenté de mis penurias y mi escasa habilidad para los números, pero que quería estudiar Biología, por lo que estaba gastando mis últimos recursos: si no podía ganar estas materias me debía retirar de la U, ya que había gastado mucho dinero, esfuerzo y tiempo en conseguir algo que no era para mí. Me imagino que la conmoví, o que vio un diamante en bruto que pulir, o que quiso darme una oportunidad. Al terminar ese periodo, había perdido Química; solo gané flora.

Por todo ello le solicité ayuda a la Profesora Rivera, y ella sin más ni más, fue a hablar con el director de la Escuela de Matemática y en la Escuela de Química, y para mi gran suerte, se había programado para el siguiente periodo un curso de Química I especial para repitentes, pero ya el cupo estaba lleno y la profesora hizo todo lo que pudo para que me aceptaran. Al igual que en Matemática, un profesor se ofreció a ayudarme, por supuesto por su gran amistad con la profesora Rivera. En ese momento busqué también ayuda en el departamento de orientación de la U con psicólogos para ver si tenía un problema. Bueno, un problema es poco decir. Junto a esto fue a consulta con una psicopedagoga que muy amablemente y entendiendo mi situación presupuestaria no me cobró la consulta; en ese momento nos dimos cuenta que yo seguía presentando un problema serio de dislexia. Digo seguía, porque en la escuela me habían detectado el problema y según mis maestras ya lo había superado, tanto así que, en el colegio nunca lo notaron y siempre pasé el año, no con notas de 10 corrido, pero muy bien. Sin embargo, el problema se me había vuelto a manifestar en la universidad con estas materias.

Todo esto lo conseguí porque la profesora Rivera me recomendó y me mandó a orientación, fue y puso su cara en las direcciones de las escuelas para que me ayudaran. Hablar de adecuación curricular en ese momento, era como hablar de la teoría de la relatividad, todos saben que existe, pero pocos la entienden.

Llevé el curso de Química I para repitentes con la supervisión de la profesora Rivera y la ayuda de la profesora del curso Rocío Madrigal y gané el curso. No se pueden imaginar la alegría que eso me dio pues volví a tener fe en mí misma y en gente como estas profesoras. Lo que nunca supe hasta mucho después es que la profesora Rivera y la profesora Madrigal estaban en contacto para ver mis avances.

En cuanto a Matemática, el trato fue el siguiente, yo llevaba el curso con un profesor y lo matriculaba con otra profesora para que me diera atención individualizada, cosa que consiguió la profesora Rivera. Gané el curso, pero la profesora a la que debía reportarse mi nota no quiso aceptarlo, alegando que a ella no le constaba cómo había sido el curso, por lo que me vi en la penosa situación de volverlo a matricular. Según lo que me contaron después es que a esta profesora no le gustó que otra profesora interfiriera en sus asuntos. Por ello matriculé el curso con el profesor y él me puso la nota. El cuento sería interminable si les relato lo que pasó con Química II y Matemática II o Cálculo o como quieran llamarlos, lo que si les puedo decir es que paso algo similar. Pero siempre bajo la ayuda y confianza de la profesora Rivera.

Otra cosa, es que en este mismo periodo ya se me había gastado el dinero que me habían dado después de la muerte de mi abuela, por lo que se me presentó un problema más, el económico, esto no quiere decir que no tenía problemas económicos, pero no tan serios. Pero como ya iba poco a poco superando mis problemas de estudio, decidí sacar un préstamo en CONAPE, para lo que debía buscar fiadores. En mi familia no había quién me ayudara excepto un primo quien no quería hacerlo, pero ya era tal el grado de confianza con la profesora Rivera que ella se ofreció a fiarme luego de que le comenté de la situación. Deuda que ahora sigo pagando.

1998-2000

Luego de haber superado las matemáticas y las químicas y de los tratamientos que recibí, logré sacar el bachillerato en Biología. Creo que no habrá otro momento como ese en mi vida, después de tanto trabajo y lucha y el apoyo incondicional, era bachiller en Biología. Para este momento no sabía si seguir o no, por el factor económico, pero la profesora Rivera me recomendó que siguiera y que preguntara si podía pedir más dinero en CONAPE, que ella me seguiría ayudando con la fianza. Yo le volví a pedir ayuda a mi primo quien a regañadientes aceptó a ayudarme esta vez. Por lo que decidí sacar la licenciatura, no podía creer que llegaría tan lejos.

El primer curso era sobre tema de tesis. Sin pensarlo dos veces le solicite a la MSc Rivera si podría ayudarme, y ella acepto. Y ahí se desarrolla otra etapa importante y trascendental en mi vida. Ya la profesora no me veía solo como

su alumna si no que era su pupila, pero no sabía del todo en lo que se metía, resulté más testaruda y necia que nada, la desafiaba, le decía que así no se hacia, que estaba mal como me lo explicaba. Y ella muy paciente permitió que yo hiciera todo el berrinche del mundo, que me equivocara las veces que debía equivocarme, para luego, llegar a decirle que tenía razón, que no me había percatado. Por ejemplo, definir el tema de tesis a mí se me complicó tanto, quería hacer tantas cosas, quería demostrar que sabía, cuando no era así. Me dejó, hasta donde el asunto se volvió inmanejable, tanto económicamente, como de tiempo, iba a gastar millones que no tenía y a invertir tiempo que no tenía. Fue ahí donde saco su profesionalismo, la experiencia que tantos años de trabajo docente le habían dado, tantos alumnos que habían pasado por sus manos y me dijo: "O se alinea o se va". Esto me dejó pasmada pues no me imaginaba un ultimátum, y me alineé. Al los pocos días ya había aceptado mi terrible error de no escuchar, y escuché, ya no solo oía, observé y no solo veía, razoné y no me dejé llevar (por lo menos durante un tiempo) por el corazón. Al poco tiempo ya tenía mi anteproyecto listo, el lugar, alguna ayuda económica y por supuesto la ayuda de mi tutora.

Al cabo de un año presente la tesis y me gradué de licenciada, nuevamente gracias a la ayuda y comprensión de la MSc. Rivera. Ese mismo año por recomendación de ella y a que comencé a trabajar, ingresé de una vez a maestría, pues en palabras de ella, eso me ayudaría mucho a formarme más como profesional, cosa que hice inmediatamente.

2000-2006

Desde el momento que obtuve mi licenciatura y hasta la fecha, y hasta que la vida así lo quiera, estaré al lado de la profesora Rivera. He aprendido en estos años que una buena manera de aprender y entender la forma en que funciona la vida es escuchando a mi maestra. La admiración y el respeto no es cosa que se compre, sino que se gana a punto de esfuerzo; ahora somos colegas y amigas, realizamos muchas actividades y estamos con varios proyectos importantes. A pesar de que ella ya piensa retirarse, espera seguir trabajando en sus proyectos, a los cuales me ha ido incorporando. Sin embargo, también debo aclarar que ella me ha inspirado para ser docente, lo cual me ha apasionado, nada más que me falta mucho para tener el respeto y el amor a la docencia que esta profesora ha demostrado durante muchos años.

Dora Ingrid Rivera Luther

La profesora Rivera es una mujer que está a punto de cumplir sesenta primaveras, es Bióloga, con Licenciatura en Botánica y Maestría en Biosistemática y Morfología Vegetal, obtenidas en la Universidad de Costa Rica. Se ha desempeñado como académica en la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad Nacional de Costa Rica desde 1977. Ha publicado varios artículos científicos de botánica, especies acuáticas, forestales, germinación, así como algunos libros de sistemática. Actualmente imparte cursos a nivel de grado en la Escuela de Ciencias Biológicas, y en dos maestrías: Manejo y Conservación de Vida Silvestre y Manejo de Recursos Marino-Costeros.



Desde el 2003 coordina el Comité de Representantes de las Autoridades Científicas CITES para Costa Rica. Actualmente es una de las Representantes Regionales de Sur América, Centroamérica y el Caribe, en el Comité de Flora de CITES. Ha impartido clases por más de veintisiete años y está "a punto" de pensionarse; aunque parece que ese "a punto" está muy lejos. Fue aceptada a principio de este año en un Doctorado en España, lo que la tiene muy entusiasmada (cuanto quisiera tener esta emoción de vida a mis treinta y cinco años), lo que la hará viajar a ese hermoso país en octubre de este año. Aunque es oriunda de Guatemala, hace más de treinta años vive entre los ticos, es tanta su pasión por nuestro país, que lo ha defendido mucho más de los ticos que nos decimos "patrióticos". Este es un pequeñísimo atestado de su vida académica.

¿QUÉ ES SER DOCENTE?

Cuando me hice esta pregunta, pensé que debía buscar apoyo bibliográfico para sustentar algunos de los puntos que he tratado de explicar en estas líneas. Cosa que haré, pero, ¿qué es ser docente? No es algo que encuentre fácilmente en un libro.

Ser docente es ser humano, tener don de gente, es ser paciente y escuchar, es la gran facilidad de transmitir conocimiento. Al ingresar a la UNA, lo primero que me dijeron es que "tenga cuidado con Dora Ingrid, es un "ogro", es muy "brava". Por supuesto, con esta primera advertencia cuando la conocí, sentí mucho miedo y más después de como estaba yo en ese primer curso, que para suerte o tuerse como decía mi abuela, era con ella. Pero al poco tiempo me di cuenta que del todo no tenían razón y recalco, que del todo no tenían razón.

Según la literatura la docencia es *"algo complejo, sublime y más importante que enseñar alguna materia. Educar es iluminar personas autónomas, libres y solidarias. Es ofrecer los ojos propios para que los alumnos(as) puedan mirar la realidad sin miedo. Ser docente, no implica solo dictar horas de clases, sino dedicar alma. Exige no solo ocupación, sino vocación de servicio"* (Luna 2004).

Ser docente, es *"ser un genuino educador que se esfuerza por ser verdadero amigo de cada uno de sus alumnos(as), ya que ellos(as) no son cosas para barrerlas, son personas, con su propio mundo intelectual y emocional. Es necesario cooperar con ellos para que hagan el mejor uso de las posibilidades y potencialidades"* (Esteve 2003). Esto es algo que la MSc. Rivera hizo conmigo, ella me otorgó la confianza y el respeto que nadie me había ofrecido; fue la primera que me presentó como colega y no como su alumna.

Docente es *"alguien que entiende y asume la importancia de su misión, consciente de que no se agota de impartir conocimientos o propiciar el desarrollo de habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar personas, a enseñar a vivir con autenticidad, sentido y proyectos, con valores definidos, con realidades, incógnitas y esperanzas"* (Pogré 2004).

Ser docente, "más que inculcar respuestas e imponer repeticiones, conceptos, fórmulas y datos, es orientar a los alumnos(as) a la creación y el descubrimiento que surgen de interrogar la realidad de cada día y de interrogarse permanentemente. Es formar individuos críticos, libres, democráticos, innovadores, trabajadores y con sentimientos nobles" (Luna 2004).

Ser docente, en cuanto a mí concierne tiene nombre y apellidos: se llama Dora Ingrid Rivera Luther, a quien profeso mi más sentido respeto y admiración, por el cariño y la amistad que me ha otorgado todos estos años. Y... como una excelente amiga y compañera, siempre, siempre estaré aquí para ayudarte en lo que pueda.

Carta que el filósofo Albert Camus dirigió a un maestro, tras la entrega del Premio Nobel de Literatura, en noviembre de 1957.²

Querido Señor Germain:

Esperé a que se apagara un poco el ruido que me ha rodeado todos estos días antes de hablarle de todo corazón. He recibido un honor demasiado grande, pensé primero en mi madre y después en usted. Sin usted, sin la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo, sin su enseñanza y sin su ejemplo, no hubiera sucedido nada de todo esto. No es que dé demasiada importancia a un honor de este tipo. Pero ofrece por lo menos la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continúan siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido.

Lo abrazo con todas mis fuerzas.

Albert Camus



**Instituto de Investigación
para el Mejoramiento de la
Educación Costarricense (IIMEC)
Facultad de Educación**

² CEDES Don Bosco-Escuela de Padres-Abril, 2006 "La familia agente de educación en valores"

Capítulo III

Aprendizajes para ejercer la docencia

La educación es una práctica social y política que incide en el desarrollo de las personas y de la sociedad. La educadora y el educador como responsables de organizar los procesos educativos en los contextos escolares desempeñan un papel determinante en la formación de sus estudiantes. Con sus acciones y actitudes van transmitiendo significados al alumnado lo que va moldeando su personalidad, su manera de ver el mundo y el papel que debe desempeñar en la sociedad. De ahí la importancia de conocer algunas de las características de maestras y maestros que son calificados como excepcionales por sus estudiantes y que marcaron positivamente sus vidas.

En este capítulo se dan a conocer algunos de esos rasgos que emergen de la teoría y de los relatos que diferentes personas hicieron sobre docentes destacados. Estos rasgos se clasifican en: características personales, formación y desarrollo profesional, relaciones interpersonales y práctica pedagógica.

Características personales

En este libro se han identificado algunas de las características personales de educadoras y educadores destacados de acuerdo con la opinión de sus estudiantes. A este personal docente lo distinguen las siguientes cualidades: vocación por su labor que se evidencia en la dedicación, gusto y amor por su profesión, formados en instituciones de educación públicas, son estudiosos, conocen la materia, expertos en didáctica y metodologías. Muestran gran satisfacción por su trabajo, se preocupan por la formación integral de sus estudiantes, por formar buenas ciudadanas y ciudadanos que se sientan copartícipes de la construcción de la nacionalidad costarricense. Con gran habilidad y fluidez comunicativa que permite la comprensión del mensaje por parte del estudiantado.

Las personas seleccionadas por sus estudiantes como maestras y maestros sobresalientes demuestran coherencia entre lo que piensan, predicán y lo que hacen. Son analíticos, innovadores, buenos lectores. Respetuosos, de trato amable, alegres, atentos, saben escuchar, con sentido del humor. Son personas sencillas con sensibilidad social, conscientes de su responsabilidad como formadores de seres humanos para una sociedad solidaria, justa y democrática.

Estas maestras y maestros se interesan por cada uno de sus estudiantes, en lo académico y en lo personal. Tienen la habilidad de hacerlos sentir importantes, talentosos y que pueden aprender. Crean normas de comportamiento y límites claros en el salón de clase. Incentivan a sus estudiantes a superarse, continuar estudiando y prepararse profesionalmente. Establecen una relación constante y respetuosos con las familias y la comunidad pues son conscientes de la importancia de coordinar acciones para favorecer la formación integral del estudiantado.

Formación y desarrollo profesional

La literatura y las narraciones expuestas en este texto coinciden en que una formación docente de calidad incide en el desempeño profesional. Se evidencia la importancia de partir del estudio del contexto sociocultural e histórico para analizar demandas del mundo actual, y a la vez, investigar las diferentes realidades de la población estudiantil que permitan ofrecer una educación humanista y pertinente que lleve al desarrollo pleno del ser humano y a la construcción sociedades democráticas, solidarias y comprometidas con el desarrollo sostenible.

De los relatos se infiere que en la formación inicial de docentes es fundamental analizar el aporte de educadoras y educadores que se han destacado, a través de la historia, pues inspiran a las personas que siguen la carrera docente. De igual importancia es el contacto directo de la persona que sigue la carrera docente con las diversas realidades educativas, desde que empieza el proceso de formación lo que le permite conocer las diversas realidades educativas y reafirmar su vocación. Se rescata la necesidad de ofrecer una formación sólida en las diferentes áreas del conocimiento, en didáctica, pedagógica, psicología, antropología, sociología, filosofía, entre otras; cultivar el gusto por las artes y el ejercicio físico.

En la formación docente es prioritario que estas personas se asuman como "agentes sociales de cambio" comprometidos con principios de equidad y justicia social para que su acción pedagógica se oriente hacia ese fin. Debe formarse para que desarrolle una comunicación asertiva y establezcan relaciones cordiales y respetuosas con estudiantes, familias y miembros de la comunidad. Debe ser consciente que es modelo a imitar por parte del estudiantado, de ahí la importancia de que analicen sus acciones, gestos, lenguaje e interacciones sociales, pues transmiten mensajes que el alumnado va incorporando en su diario vivir y que inciden en la construcción de sus identidades y subjetividades.

Es indiscutible que una formación docente de calidad ayuda en el desempeño de este profesional, sin embargo es importante tener conciencia que esta formación inicial constituye únicamente una base para desempeñar el puesto y que se requiere de una educación continua a lo largo de la vida para ejercer la docencia de manera eficiente y responsable. Por lo que es importante establecer políticas que se concreten con acciones prácticas para optimizar la formación y la educación continua de educadoras y educadores, por el papel esencial que desempeñan en toda sociedad.

Relaciones Interpersonales

Las relaciones interpersonales que se promuevan en las aulas son determinantes en la construcción de ambientes de aprendizaje efectivos. Una relación afectiva, de confianza y tolerancia entre estudiantes y profesorado contribuye al aprendizaje y a la construcción de identidades seguras, pues permite la expresión de conocimientos, pensamientos y sentimientos. De ahí la importancia que el personal docente sea amable, respetuoso, afectivo con el alumnado, conozca su realidad socioeconómica y familiar, sus potencialidades y limitaciones, y les ofrezca una atención personalizada que les permita crecer integralmente como seres humanos.

Freire (1998) indica que el acto de conocer y pensar están directamente ligados a la relación con las otras personas, y Piaget afirmaba que "lo afectivo

es motor o freno del desarrollo". Estas afirmaciones ratifican la importancia de que educadoras y educadores establezcan relaciones afectivas y de respeto con sus estudiantes. Lo que significa percibir la realidad de las otras personas y sentir al máximo lo que sienten. Al lado de esas relaciones interpersonales afectivas es necesario establecer normas de comportamiento y límites claros entre el estudiando que permitan construir ambientes de aprendizaje participativos y respetuosos.

Los seres humanos necesitamos sentirnos queridos y respetados, por lo que es tarea primordial del personal docente crear ambientes de aprendizaje cálidos, de confianza en los salones de clase donde el estudiantado pueda sentirse bien, expresarse libremente y formarse como persona respetuosa y solidaria, condición deseable en la sociedad actual.

Práctica pedagógica

La práctica pedagógica de docentes destacados tiene en común que muestran interés porque sus estudiantes adquieran una gran variedad de habilidades, destrezas y conocimientos tanto en las diferentes áreas del saber como para la vida. Se esfuerzan porque aprendan sobre ciencias, matemática, español, estudios sociales y demás contenidos, y por formar buenos ciudadanos y ciudadanas amantes de su patria, éticos y con sólidos valores para colaborar en construir una sociedad justa y democrática.

Incentivan el gusto por las artes y la lectura mediante actividades cotidianas para transmitir conocimientos y gozo. Y es que la lectura transporta al ser humano a otras realidades, situaciones, estimula la imaginación y la creatividad. Permite conocer sobre una infinita variedad de temas, ponerse en lugar de otras personas, percibir diferentes sensaciones, trasladarse a otros mundos y experimentar el placer que produce la literatura.

Estos educadores y educadoras crean ambientes de aprendizaje abiertos y flexibles donde es válido preguntar y discrepar. Se valen de numerosos recursos con el fin de atraer la atención del estudiantado e invitarlos a observar y manipular materiales, cuestionar, descubrir, crear y aprender. Preparan material, narran cuentos, poesías, cantan, organizan excursiones, utilizan los recursos que la comunidad ofrece, elaboran resúmenes y son innovadores con el propósito de interesar a los estudiantes a aprender. Le dan gran importancia al uso del material concreto para favorecer el proceso de aprendizaje. Este contacto se destaca como una estrategia valiosa que le permite al estudiantado construir conocimientos sobre diferentes temas al poder tocar, oler, manipular y experimentar con diferentes materiales didácticos y del medio, que los llevan a analizar, reflexionar, llegar a conclusiones y adquirir conocimientos a partir de las discusiones que incentivan en el salón de clase en relación con estos materiales.

Planifican cuidadosamente su clase, parten del interés y realidad del estudiantado, visitan los hogares de sus estudiantes, aplican metodologías activas y participativas, utilizan el juego como recurso didáctico, se valen de las evaluaciones para aprovechar el error como fuente de aprendizaje. Aman su labor y lo demuestran a través de la pasión con la que ejercen su labor profesional.

El personal docente destacado ofrece clases de recuperación a sus estudiantes con el único deseo de ayudarlos a que comprendan y construyan

conocimientos. Los motivan a superarse, a continuar estudiando y prepararse para enfrentar con éxito los desafíos y demandas del mundo actual.

En la práctica pedagógica este personal docente evidencia su vocación profesional, pues son indudables los esfuerzos que realizan por formar integralmente a sus estudiantes, en las áreas académica, física, espiritual y socioemocional. Recurren a diversos recursos para promover aprendizajes de contenidos curriculares y para la vida. Están conscientes de la función social que tienen como formadores de seres humanos, lo que los motiva a realizar su trabajo con gran sentido de responsabilidad y pasión lo que deja una huella imborrable en el alumnado que los recuerdan con admiración y cariño.

Autoras y autores de los relatos

En este apartado se incluirán un breve curriculum de las personas que escribieron sobre sus maestros